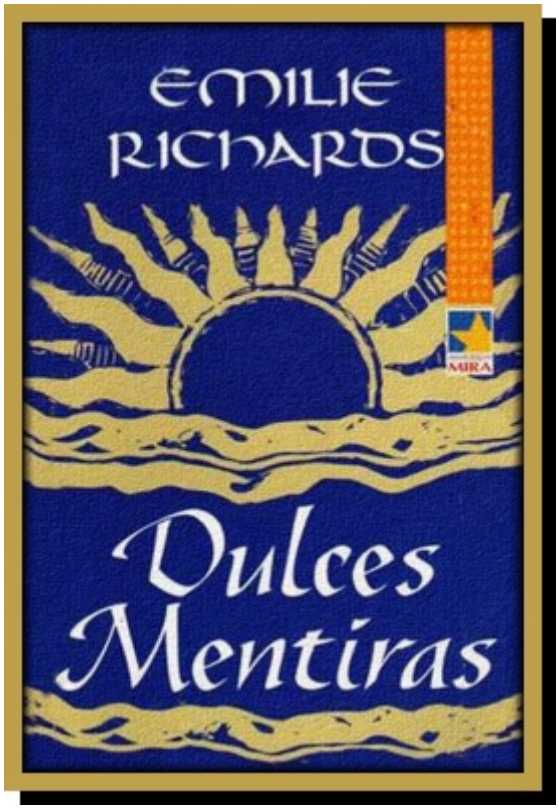
Dulces Mentiras

Emilie Richards



Dulces Mentiras (2000)
Título Original: Beautiful lies (1999)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Mira 34
Género: Suspense Romántico
Protagonistas: Cullen Llewellyn y Liana Robeson

Argumento:

Era una perla tan perfecta que no tenía precio, pero quienes la poseían lo pagaban caro.

Liana Robeson era en ese momento la dueña de la Perla del Gran Precio, hasta que un día la joya desapareció al mismo tiempo que su hijo. Desesperada, Liana recurrió a su ex marido, Cullen Llewellyn.

En busca del adolescente, ambos se embarcaron en una emocionante odisea que los llevó hasta Australia, donde se vieron envueltos en un juego mortífero con un rival que haría todo lo que estuviera en su mano para poseer un tesoro que era tan fatal como perfecto….

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 1

San Francisco — El presente

—¡Eh, señora, tenga cuidado con los tiburones!

En medio de una acera de San Francisco, cuando se acercaba rápidamente al epicentro del peor ataque de pánico que había experimentado durante meses, las palabras estremecieron a Liana Robeson. Se hallaba rodeada de tiburones y sentía cómo cerraban el círculo a su alrededor.

—No se olvidará, ¿verdad, señora?

Liana trató de apartar con la mano el títere que el mendigo le ponía frente a la cara.

—No, no me olvidaré.

El títere, un sonriente delfín, desapareció. El hombre, delgado y de piel oscura, se acercó un poco. Habló por encima del estrépito de un tranvía que pasaba.

—¿Se siente bien, bonita? Está pálida.

—Estoy… —pero no pudo formular las palabras. No se encontraba bien. Era una empresaria de treinta y ocho años de edad que no podía caminar por una acera sola. Tenía miedo a los espacios abiertos, a lo desconocido, a todas las fuerzas que no podía controlar. Pocas horas antes había entregado a su hijo a un 747 y lo desconocido. A las 8.16 de la mañana había visto a su único hijo subir al avión que lo llevaría a los brazos de su padre y ahora lo estaba pagando.

—No fue mi intención asustarla. Flipper no le hará daño —dijo el hombre, con mirada preocupada.

Liana cerró los ojos para olvidarse de lo que la rodeaba. Tenía la piel helada, el ritmo cardíaco más rápido que el tambor de una patrulla de ajusticiamiento y un millón de agujas de fuego punzándole las extremidades… ya lo conocía. Sabía lo que se le venía encima.

—¿Ha comido hoy, bonita?

El hombre seguía ahí. Bajo el brazo llevaba periódicos publicados por una organización de ayuda a los sin techo.

—Estoy bien, gracias —haciendo un esfuerzo por recuperar el control le dijo—: Deme uno.

—Estupendo. Flipper se lo agradece.

Un poco tarde, Liana se preguntó si llevaría dinero. Era la vicepresidenta de una de las compañías constructoras más grandes de la bahía y desde que dejase a Matthew en el aeropuerto había representado a la Pacific International Growth & Development en dos reuniones y picoteado una ensalada de marisco en Tarantino's

con magnates del mundo inmobiliario de cuatro continentes. Como siempre, la habían llevado en coche de un sitio a otro, sin que se tuviese que preocupar por el aparcamiento o pagar taxis.

Luego había cometido el error de dejar la limosina para caminar las tres manzanas que la separaban del Robeson Building. Había hecho el esfuerzo de caminar por California Street, un verdadero esfuerzo porque su mundo se hacía cada vez más estrecho y tenía que luchar o un día no podría salir de su dormitorio.

Abrió el bolso, pero lo único que tenía era un billete de dólar arrugado. Más que suficiente, pero no se encontraba con la amabilidad todos los días.

—Mire, tome esto —le dio el billete y no se sorprendió al darse cuenta de que le temblaba la mano—. Y esto —llevándose la mano a la solapa, abrió el cierre de un broche que tenía desde que era joven y lo bastante tonta como para creer en el amor. Eran seis pequeñas pero prístinas perlas engarzadas en un ramillete de lirios del valle de oro de catorce quilates. El único hombre que había amado en su vida había creado las perlas, ella había creado el broche. Se tomó un segundo para cerrarlo antes de entregárselo al mendigo.

—No puedo aceptarlo… —le dijo éste, con los ojos llenos de asombro.

—Por supuesto que puede —le agarró la mano y le puso la joya en ella, cerrándole los sucios dedos—. Llévelo a un buen joyero.

Él se quedó mirando el broche fascinado cuando se fue y ella conservó en su retina esa imagen mientras entraba en su edificio, cruzaba el suelo de mármol blanco y negro y se metía en el ascensor vacío. Presionó la palanca de emergencia y cerró los ojos.

¿Por qué se sorprendía de ser presa del pánico? Era junio y en junio Matthew pertenecía en cuerpo y alma a su padre, Cullen Llewellyn. En ese momento, si todo había ido bien con su vuelo, su hijo estaría en LaGuardia, envuelto en el cálido abrazo de Cullen.

Durante semanas, lo único en que Matthew podía pensar era en estar con su padre. Se iban de camping a las White Mountains y luego a la costa de Maine, donde Cullen había alquilado un barco y una primitiva casa de pescadores. Cullen, criado en el desierto Australiano con leche de canguro y carne de búfalo de agua, Cullen, que era mitad Mad Max, mitad Cocodrilo Dundee, le iba a enseñar a su hijo a ser un hombre.

Con catorce años, Matthew era bastante alto, pero seguía siendo un niño. Jamás había expresado su preferencia por su padre, pero cada junio cuando lo veía subir al avión se quedaba con la duda de si volvería con ella.

¿Y por qué tendría que estar convencida de nada que concerniese a Cullen Llewellyn? Un siglo atrás un antepasado de él casi había destruido a la familia Robeson. Diez años atrás, Cullen casi la había destruido a ella.

Cubriéndose los ojos con las manos, Liana se repitió que estaba a salvo, protegida en el edificio que era su segundo hogar. Matthew se había ido, pero por supuesto que volvería. Estaba a salvo.

Gradualmente, el confort de lo familiar comenzó a funcionar y en su mente comenzaron a aparecer atisbos de lógica. Cuando puso en marcha el ascensor y esperó que llegase a la última planta, donde estaban sus oficinas, había recobrado la compostura.

—Buenas tardes, señorita Robeson —oyó al cruzar el vestíbulo lleno de gente.

Saludó al personal con inclinaciones de cabeza mientras sorteaba paredes de un blanco opalescente donde colgaban pinturas de relajantes paisajes. A pesar de ellas, el aire estaba lleno de tensión. El mundo inmobiliario era muy competitivo y más aún en ese edificio.

—¿Liana?

Frank Fong, el director de marketing se le cruzó forzando a Liana a sortearlo y reducir la velocidad.. Sin hacer caso a la mirada de Liana, caminó a su lado.

—Tu ex ha llamado. Dos veces.

Liana no caminó más despacio. Saludó con la cabeza a su hermanastro, Graham Wesley, que charlaba con otro empleado frente a la puerta de su despacho. Él le devolvió el saludo, pero a diferencia de Frank, se dio cuenta de la expresión sombría de Liana y no se acercó a ella. Al llegar a su despacho, su secretaria, una joven que se ofendía con facilidad, ni siquiera la miró a los ojos.

Liana esperó hasta estar dentro de la oficina con la puerta cerrada.

—Parecía preocupado —dijo Frank—. Carol me lo pasó, temblando como una hoja.

—Frank, éste es un juego que juegan los divorciados. Cullen llama para avisar que Matthew ha llegado bien, pero luego se embarca en una diatriba de quejas. Que no le gusta la ropa que le mandé, que el vuelo de vuelta no está bien…

—Parecía que era más importante que una simple discusión por la ropa.

—Cullen es incapaz de controlar sus sentimientos. Cuando estábamos casados, eso lo hacía fabuloso en la cama y una pesadilla el resto del día.

—Pues no te hubieses divorciado tan pronto, eso lo hace estar por delante de la mayoría de los hombres que conozco.

Frank y ella eran parientes lejanos y aunque él era fuerte y musculoso y ella baja y delgada, la forma de sus oscuros ojos y el color dorado de su piel indicaban que ella, al igual que Frank, tenía sus raíces familiares en la fértil tierra del Lejano Oriente.

Liana miró el reloj, un Cartier que era completamente distinto al broche que acababa de regalar.

—¿Dijo Cullen si Matthew había llegado a su hora?

—No, insistió que sólo hablaría contigo.

—Pues no tendrá oportunidad de hacerlo —dijo Liana, escondiendo su enfado—. Graham y yo nos vamos a una reunión dentro de diez minutos.

—Le dije que tenías una entrevista y que quizás no estarías.

—¿Y qué dijo? —preguntó Liana, levantando la vista.

—Que se fuese a la porra la entrevista —dijo Frank, imitando el acento australiano. Ya en la puerta, se dio vuelta—. ¿Y si es algo serio?

Liana pensó en todas las discusiones que ella y Cullen habían tenido en los diez años de matrimonio y los diez desde entonces. Había habido un siglo de discusiones, un siglo en que los Robeson y los Llewdlyn se habían asesinado y traicionado mutuamente. Ella y Cullen no habían tenido suerte en el amor, pero hubo un tiempo en que creyeron que podrían forjar un futuro, a pesar de las intrigas del pasado. Se habían equivocado.

—Si estoy aquí cuando llame, que Carol me pase la llamada. Si no, que me llame a casa esta noche. Mientras tanto, haz que Carol se ponga en contacto con Matthew. Quizás pueda averiguar cómo le fue el viaje.

No acababa de salir Frank cuando entró Graham.

—¿Interrumpo algo?

—Estoy preparándome para hacer que PIG parezca lo mejor que le puede pasar a la ciudad de San Francisco.

—A lo mejor te deberías quedar aquí y dejarme que me ocupe de la entrevista.

Liana le hizo seña de que entrase. Ella y su hermanastro no eran amigos. Su padre, Thomas, se había ocupado de ello. Pero ella y Graham se comprendían. Juntos habían pasado la manipulación de Thomas, sus pataletas, sus tramas e intrigas. Finalmente habían logrado sobrevivir desarrollando un respeto mutuo. Graham, con su pelo rubio y su cuerpo regordete no se parecía a Liana, pero debajo de mil diferencias, una similitud los unía, una conexión inevitable con el hombre despreciable que los había criado a los dos.

—Jonas llamó hace unos momentos.

Jonas Grant era un periodista de la sección de negocios del San Francisco Chronicle.

—Le he enviado informes completos de todo en lo que estamos metidos en este momento, al menos todo lo que queremos que él sepa. ¿Necesita algo más?

—Quiere que traigas la perla.

Durante un instante, Liana se lo quedó mirando. Había solo una perla a la que Graham se podía estar refiriendo: la Perla del Gran Precio. La perla había ido y venido entre, sus antepasados y los de Cullen desde que la extrajeron del fondo del Océano Índico. La perla que aparecía en el glorioso logotipo de PIG.

—Estás de broma —dijo ella finalmente.

—No. Sostiene que la perla será una formar interesante de comenzar el artículo y una buena referencia visual. Quieren una foto.

Liana se quedó silenciosa, pensando en la solicitud de Jonas Grant. El pánico, que se había reducido a un distante y molesto zumbido, amenazó con aumentar otra

vez. Dio la vuelta a su mesa para mirar la ciudad que se extendía en dirección a la bahía.

—No me gusta manipularla, Graham —dijo, sin añadir nada más. La Perla del Gran Precio tenía una historia tumultuosa. A pesar de su única y perfecta belleza, nunca le había llevado la buena suerte a nadie. No le gustaba la idea de manipular la perla justo cuando Matthew acababa de irse a la costa Este. Se dio la vuelta.

—No es una cosa que me pueda meter en el bolso con los pañuelos de papel y la barra de labios.

—No la traigas entonces —asintió Graham comprensivo.

A pesar de la aparente naturalidad de su tono, Liana sabía que Graham intentaría sacar ventaja de aquella situación.

—Necesitaremos seguridad, por supuesto —dijo, mirándolo—. ¿Puedes decirle a Frank que se ocupe de ello?

—Si realmente no quieres ocuparte de ella, lo puedo hacer yo. Es solo una perla.

—Sólo me quiero asegurar de que tomamos todas las medidas adecuadas para protegerla.

La puerta se cerró detrás de Graham y luego ella cruzó la habitación y le echó el cerrojo. Luego se apoyó contra ella y se quedó mirando el cuadro de Georgia O'Keefe en la pared a La derecha de su escritorio.

Aunque tuviese la puerta cerrada con llave, Liana sabía que nunca estaba totalmente sola allí. Ese despacho había pertenecido a su padre y el trabajo del decorador no había logrado borrar el fantasma de Thomas Robeson.

Dentro de la pared había una prueba tangible de que algunas cosas duran para siempre.

Repitió las palabras de Graham, pero con amargo tono.

—Es solo una perla.

Se dirigió a la pintura y cuidadosamente la descolgó. Cuatro pequeños tornillos sujetaban un trozo del panel y los retiró con ayuda de un destornillador que sacó de su mesa. Después de dejar el panel en el suelo, se quedó mirando la caja fuerte adornada en bronce con su impresionante cerradura.

Graham y Frank sabían que la perla se hallaba allí, por supuesto, y también el resto de la cúpula de la empresa, pero su padre había exigido una caja fuerte de la mejor calidad.

—Eras un hijo de puta, Thomas Robeson.

Tenía las manos húmedas cuando alargó una hacia el dial. Cuando a veces recordaba su presencia, se decía que al estar escondida detrás de una lámina de acero y protegida por paneles de madera y las adorables amapolas de O'Keefe, la perla no tenía ningún poder para dañarla. Pero había días en que sentía que la observaba, especulaba, se reía de ella…

—Cuéntaselo a un psiquiatra, Liana —dijo, alargando la mano. El dial estaba frío al tacto. Se secó la mano en la falda y luego volvió a agarrarlo. Se imaginó que se calentaba al comenzar la larga serie de números que abriría la caja fuerte. Solo tres personas en el mundo habían conocido la combinación: su padre, ella y el hombre que creó la combinación.

Dio un paso atrás antes de llegar al último número, preparándose a sacar la perla.

El intercomunicador sonó y se oyó la aguda voz de Carol.

—Señorita Robeson, el señor Llewellyn por la línea uno.

Tuvo un estremecimiento y el corazón aceleró sus latidos. Estaba suspendida en el aire como un péndulo, entre la perla y el hombre que tenía aun más poder para causarle dolor.

—Señorita Robeson, ¿se encuentra ahí?

Giró la ruedecilla hasta el último número y abrió la caja fuerte antes de dirigirse a la mesa. Accionó el intercomunicador y carraspeó.

—¿Te ha dicho como se encuentra Matthew?

—No. Lo siento, pero parecía furioso.

Decididamente, no tenía más opción que recibir la llamada.

—Gracias.

Levantó el auricular y apretó el titilante botón con rabia.

—Cullen, no empecemos. Dime sólo cómo ha llegado el vuelo de Matthew.

Siguió un silencio. En algún sitio de LaGuardia se oyó un anuncio por un altavoz. No tuvo paciencia.

—Cielos, Cullen, no me gustan tus juegos. —La conocida voz de acento australiano le llegó a través de la línea.

—¿Qué quieres decir con el vuelo? ¿Qué vuelo? ¿Me tomas por un redomado imbécil?

Unos leves nudillos sonaron en la puerta y se oyó la voz de Graham.

—Liana, es hora de irse.

—Muy sencillo. Si llegó a su hora, si tuvo buen tiempo. Mira, si Matthew está allí, ponme con él, Tengo poco tiempo. Tú y yo podemos hablar en otro momento.

—¿Llegó a su hora? ¡Si ni siquiera ha llegado! ¡Sabes que no lo ha hecho, Liana, porque no lo metiste en el maldito avión!

—¿Qué dices? —durante un segundo se le detuvo el corazón.

—¡Matthew no estaba en el avión! ¡Nunca subió al avión! ¿Dónde está mi hijo? ¡O me dices lo que pasa o tomo el siguiente vuelo a San Francisco!

La voz de Graham sonó más fuerte.

—Liana, que llegamos tarde.

Liana se tapó el oído con la mano.

—Te habrás equivocado de avión, Cullen. Maldita sea, Matthew está por el aeropuerto esperándote. Te mandé la información y le dijiste a él que la habías recibido.

—Esperé el avión. No estaba allí. Durante la última hora he recibido todos los aviones que venían de Denver y dos directos de San Francisco. ¡No estaba en ninguno!

—Yo misma lo llevé al aeropuerto. Lo vi subir. ¡Vi salir el avión!

Nuevamente se hizo un silencio. Luego, finalmente se oyó la voz de Cullen.

—Entonces, en algún lado entre San Francisco y Nueva York, nuestro hijo desapareció, Liana.

Se le cayó el teléfono y sintió que la sangre se te retiraba de la cara. Oía la voz de Cullen desde la mesa, una vocecita que nada tenía que ver con el hombre. Graham volvió a golpear la puerta.

Se dio la vuelta lentamente y miró la caja fuerte abierta, como si la Perla del Gran Precio, la perfecta y odiosa perla que durante un siglo había decidido el destino de su familia y la de Cullen, hubiese salido rodando de su pedestal de terciopelo y raptado a su hijo.

Al mirar, se dio cuenta de lo tonta que era. Porque la caja fuerte estaba vacía.

Como el niño que significaba para ella más que nada en el mundo, la Perla del Gran Precio se había esfumado.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 2

Broome, Australia, 1900

Australia se alimentaba de las almas de los hombres, convirtiéndolas en polvo rojo que el viento arrastraba por las planicies. Era una tierra de promisión que nunca estaría satisfecha, un año de estaciones tan extremas que uno se veía forzado a añorar el infierno que había dejado atrás. Para bien o para mal, Australia era el nuevo hogar de Archer Llewellyn. En 1898, en el fragor de una batalla en Cuba, había asesinado a un oficial del Primero de Voluntarios de Caballería. Nunca podría volverá casa.

—Yo me ocupo de éste, Tom —dijo, y le colocó un certero gancho en la mandíbula al hombre que se le acercó disparado por encima de una desvencijada mesa. Cuando su enemigo, un enorme espécimen que olía a ostras podridas, intentó enderezarse, le empujó la mesa y lo hizo caer con estrepito. Allí se quedó inmóvil con los ojos abiertos llenos de incomprensión.

—¡Gracias! —dijo Tom Robeson a su amigo, lanzándole una sonrisa que desapareció bajo el puño de otro extraño. Tom nunca estaba preparado para lo imprevisto.

—¡Por el amor de Dios, Tom, agáchate! —dijo Archer, estrechando al atacante de Tom en un abrazo de oso. Le dio un cabezazo que lo tiró al suelo—. ¿Alguien más en esta ciudad quiere que saldemos las cuentas?

La media docena de hombres que habían estado mirando se dieron la vuelta como si nada hubiese sucedido.

—¿Te encuentras bien? —dijo Archer, acercando la mejilla de Tom a la luz.

Tom le retiró la mano de una alegre palmada.

—Me has salvado la vida. Otra vez.

—No aprenderás nunca, ¿eh? —dijo Archer, mientras movía la cabeza de lado a lado para juzgar el daño que había sufrido—. Te crees que la gente respeta las reglas. Pues bien, nada es justo en un sitio como Broome. Esa actitud te llevará a la tumba.

—Parece que no, siempre que tú estés por aquí—. Tom alargó la mano. Era una mano aristocrática con dedos largos y callosos, una mano fuerte, a pesar de su aspecto. Era una mano a la que no le importaba la suciedad o el sudor, o alargarse para ayudar a un amigo.

Archer hizo una mueca, pero la apretó en la suya antes de darle un empujón a Tom.

—Prosigamos.

Tom esbozó una sonrisa rápida a pesar de tener los labios hinchados.

—¿Prosigamos? ¿Con qué? ¿Pelear, beber o planear cómo hacernos ricos?

Archer se había cansado de lo primero, lo que había sido un vaso de ginebra peleona era un charco en el suelo, así que lo único que les quedaba era planear el futuro, que parecía cada vez más oscuro.

—Te pediré otra. Por salvarme el pescuezo —dijo Tom, señalándole una silla patas arriba y dirigiéndose al frente de la sala.

Archer acercó la silla a su mesa y se sentó en ella mientras observaba a Tom dirigirse a la barra. La pensión, su hogar eventual, consistía de unas pocas habitaciones además del bar, con sábanas mugrientas y vista a los baños públicos. El bar no era más que un cobertizo de chapas sujetas erectas con troncos de árboles. Las ventanas no tenían ni tela ni cristales y la puerta sólo era una abertura entre dos planchas de hierro, que tenía una cortina hecha con corchos ensartados en sedal de pescar.

Había hoteles decentes en Broome, donde marinos con elegantes trajes blancos y sombreros de paja contaban historias de las perlas que habían conseguido y los compradores europeos saciaban su sed buscando la perla de su vida. Pero la pensión era lo mejor que Tom y Archer podían permitirse y antes de poco tiempo tampoco podrían pagarla.

Tom se dirigía a la barra con todo el aspecto de un rey que mira con benevolencia a sus súbditos. No era demasiado alto, pero además de finos huesos, tenía un porte elegante, el cabello oscuro, la piel clara y una calma sonrisa para todos que se hacía más cálida para quienes quería. Archer, por contra, poseía un cuerpo nervudo y compacto, el cabello rubio y la piel pecosa de una madre irlandesa y los ojos azules de su padre galés. Y aunque generalmente era tan alegre como su amigo, ese día una mueca de enfado le arrugaba las facciones.

Alguien arrastró una silla al lado de Archer.

—¿De dónde procede usted, forastero? —retumbó una voz.

Archer se dio la vuelta para ver a un hombre que acababa de entrar y sentarse junto a él.

—John Garth. El timonel John Garth —alargó el hombre su mano. Era alto y con la piel bronceada y llevaba un bigote engomado. Vestía el uniforme blanco de los capitanes perleros, pero tenía la chaqueta desabrochada sobre una limpia camisa—. Llámeme John.

Archer se relajó un poco después de haberlo sopesado.

—Archer Llewellyn. Y vengo de América.

—No hay muchos americanos en Broome, y si han venido de vacaciones, no están en el hotel adecuado.

—¿Qué hace usted aquí, entonces?

—Esos que acaban de zurrar eran mi abre conchas y mi contramaestre. Los acabo de ver arrastrarse por la puerta. He venido a investigar.

—¿Cómo sabe que he sido yo quien lo ha hecho?

—Por su aspecto; es el único que puede haberlo hecho.

—Su abre conchas insultó a mi amigo.

—¿Siempre sale en defensa de un amigo?

—Cuando necesita que lo defiendan —se encogió de hombros desinteresadamente.

—La lealtad es algo bueno. Es algo que buscamos cuando contratamos a nuestra tripulación.

—¿Y supongo que será fiel a sus hombres y viene a acabar lo que ellos comenzaron?

—¿Quiere que le muestre la lealtad? —se metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsita—. Eche un vistazo.

Con curiosidad, Archer la abrió. Dentro relucían tres perlas, pequeñas pero aparentemente perfectas. Levantó la vista. El capitán lo miraba atentamente.

—Un hombre podría dejar que lo mataran por unas perlas como éstas.

John alargó la mano y Archer le devolvió la bolsa.

—¿Será usted de Georgia o quizás de Carolina?

—Texas.

—¿Y su amigo?

—California.

—Entonces, ¿por qué están aquí?

Archer se había quedado pensando en las perlas. Deseó habérselas puesto sobre la palma para tocarlas. En la costa de Broome se encontraba el mejor nácar del mundo, que se vendía a todo el mundo para hacer botones. Había hombres millonarios por la madreperla solamente. Pero un subproducto de la ostra que procedía el nácar eran las perlas, perlas consideradas de las más finas que se sacaban del mar.

Tom volvió con dos mugrientos jarros y los puso sobre la mesa, ofreciendo su mano al capitán antes de sentarse.

—¿Tendremos que zurrarlo a usted también? ¿Nos permite al menos terminar nuestras copas?

John hizo una seña y para que le sirvieran otra cerveza y la levantó en el aire.

—Por los amigos.

Los hombres bebieron en silencio un momento.

—Le preguntaba al señor Llewellyn por qué estaban aquí.

Tom respondió con naturalidad con la historia que Archer y él habían acordado contar hacía tiempo.

—Peleamos con Roosevelt en Cuba. Después decidimos ver el mundo. Buscando nuestra suerte, probamos los campos auríferos, entre otras cosas. Hasta ahora, no hemos salido favorecidos.

—Hay que educarse y tener cuidado. Aquí la recompensa es buena si se está dispuesto a correr uno o dos riesgos.

Archer consideró el que él había corrido para salvarle la vida a su amigo y a lo que él y Tom habían sobrevivido en los dos años desde que se habían escapado del ejército americano. La recompensa había sido magra y el trabajo sucio y degradante. Archer Llewellyn había nacido para algo mejor, pero lo mejor lo había eludido toda su vida.

—Broome no es un sitio para un hombre blanco —dijo, rascando con la uña la mugre de su jarra—. Tom y yo somos marineros experimentados, pero a menos que un hombre tenga suficiente capital para comprar su lugre, no tiene posibilidades de trabajar. La ciudad está a rebosar de bastardos amarillos y negros locales que están dispuestos a hacer el trabajo de un hombre blanco por la tercera parte de la paga.

—Lo que tiene la suerte —interrumpió Tom—, es que aparece cuando uno menos se la espera.

—¿Y esas perlas? —preguntó Archer, bajando la voz.

—Es verdad, las perlas —dijo John, atusándose el bigote—. Las perlas que le he mostrado provienen de mi lugre, el Odyssey pero nunca las había visto hasta ahora. El tipo con el que se pelearon, Cambridge Pete, las encontró en una concha que encontró. Las escondió en una cuerda que había ahuecado y las vendió cuando entramos a puerto ayer. Se las vendió a un comprador de perlas robadas.

—¿Robadas?—preguntó Tom.

—Sacadas de contrabando de los barcos por la tripulación y a veces por los buceadores. El hombre que las compró me las volvió a vender esta mañana contándome la historia. Tenemos un acuerdo.

—¿Está seguro de que le estaba diciendo la verdad?

—Pete no esperaba que yo estuviese en el puerto, así que fue descuidado. Me encontré la cuerda ahuecada en el sitio donde duerme. No tuvo suficiente viveza para tirarla al mar.

—Así que le faltan dos miembros de la tripulación.

—Y Pete y su amigo no vivirán para contarlo si no toman el vapor a Perth, por supuesto que con los bolsillos vacíos después de que tengamos una pequeña charla.

Archer no se sorprendió al oírlo. En Broome a veces la justicia la administraban algunos que no estaban contratados para ello.

—Necesito un abridor de ostras. Desgraciadamente, sólo puedo contratar a un hombre blanco. No se puede confiar en la tripulación de color para esa tarea.

—Eso no parece ser una garantía, ¿no? —dijo Tom con una mueca de desagrado—. Si no me equivoco, Pete es blanco bajo la capa de roña que lo cubre.

—Mi amigo creció con sirvientes chinos —explicó Archer al capitán—. Tiene un cariño especial a todos los chinos con coleta.

—No lo tome a mal —dijo John—. Respeto a todo hombre que haga su trabajo bien, pero este trabajo es para un hombre blanco. Mis abridores están directamente bajo mis órdenes y comparten mis beneficios. Tenemos que entendernos perfectamente —hizo una pausa—. ¿Nos entendemos? ¿Perfectamente?

Archer se reclinó en la silla.

—Había dos hombres. Un contramaestre también.

—Exactamente. Hay dos plazas en mi lugre. Ustedes son dos y dicen ser expertos marineros. He visto que pueden cuidarse solos y que saben ser leales.

—Y somos blancos —dijo Tom.

—Siempre he sido jugador y confiado en mi instinto. La temporada casi ha acabado. El resto de la tripulación puede enseñarles lo que les falte. Pueden repartirse el trabajo si quieren. El Odyssey vino a puerto porque el contramaestre dijo que necesitaba unas provisiones y unas reparaciones, pero estará listo para partir mañana. ¿Díganme, caballeros, partirán con él?

John Garth tenía dos lugres que trabajaban de forma independiente, con el más grande bajo su mando. Le había ido bien con el negocio de la madreperla y pronto se podría comprar una goleta. Entonces podría llevarse más provisiones cuando saliese al mar y así no interrumpir los valiosos días en alta mar. Los capitanes de perlas que tenían las flotillas más grandes ejercían un control más que estricto sobre sus tripulaciones y tenían unos ingresos envidiables. Pero hasta el lugre más pequeño con una tripulación mínima podía amasar una fortuna si el buzo sacaba la ostra adecuada.

—Pinctada maxima —dijo Tom lentamente. Pinctada maxima era el nombre de la ostra que producía las perlas más finas del mundo, la ostra que le estaba por brindar a los dos americanos un sitio para dormir y una tripa llena—. ¿Pensaste alguna vez que te dedicarías a abrir ostras para ganarte la vida?

—No —sonrió Archer, que con un poco de blanca en el bolsillo siempre tenía mejor carácter—. Tampoco pensé que me encontraría en este agujero. ¿Quieres mirar eso?

El barrio chino de Broome estaba a rebosar de gente. La calle por la que iban era tan estrecha que apenas tenía el ancho de unos pocos hombres.

—¿Qué es lo que quieres que mire?

—¿Qué hacen ésos? Jesús, nunca me acostumbraré a los hombres con faldas.

Media docena de hombres de piel oscura con coloridos sarongs formaban un corrillo en una de las numerosas callejuelas que se extendían a ambos lados. A juzgar

por lo concentrados que estaban, podrían haber estado jugando o realizando un ritual.

Tom se vio invadido por una oleada de nostalgia. Reconocía los olores del barrio chino de su infancia en San Francisco, donde había ido ocasionalmente con el cocinero de su casa cuando su madre estaba ocupada y no se daba cuenta de ello. Ah Wu lo había llevado a través de las calles adornadas con linternas de papel y sedas de brillantes colores, sorteando carros con tentadoras frutas y verduras. Ahora, rodeado de las imágenes y los olores conocidos, casi podía sentir su mano en el hombro.

—Pronto se acabará la temporada y vendrán todas las tripulaciones —resopló Archer de disgusto—. Si este sitio apesta ahora, ¿te imaginas lo que será dentro de un mes o dos?

Tom admiraba la colorida vitalidad del barrio chino, pero estaba acostumbrado a la visión más estrecha que su amigo tenía del mando. Sabía que Archer era básicamente razonable y tenaz, aunque ocasionalmente intolerante. El texano era una contradicción en muchos sentidos. Aunque impulsivo, sabía calcular los pros y los contras de una situación para sacarle provecho. Era un hombre cuyo primordial interés era sí mismo, pero a la vez capaz de arriesgar la vida alegremente por un amigo, Tom sabía lo último por experiencia.

Ahora apoyó la mano en el hombro de Archer y le guió suavemente, como Ah Wu lo hacía con él cuando era pequeño.

—Asegúrate de no perderte lo que Broome te pueda ofrecer.

—¿Un trabajo encontrando perlas que no van a ser para mí?

—Tenemos que aprender el oficio de una forma u otra. Averigüemos cómo se hace y quizás la temporada que viene poseeremos un lugre. Todavía tengo fondos en California.

—No los suficientes para comprar un barco.

—Pero los suficientes para comenzar algo. Mientras tanto, tenemos que mantener los ojos abiertos para la gran oportunidad. No te olvides, éste sólo es el principio.

—Pues ahora, lo que necesito es comida.

John les había dado un adelanto y ya se habían mudado al Roebuck Bay Hotel, un alojamiento más adecuado que el tugurio donde los había conocido el capitán. Todo lo que necesitaban ahora era una lavandería que les tuviera la ropa lista para la mañana. Después podrían volverse al hotel para llenarse de comida casera y barata. John les había advertido que no esperasen nada mejor que arroz y pescado una vez que estuviesen a bordo del Odyssey.

—Ahí está la lavandería que nos recomendó John —señaló Tom el cartel al final de la manzana—. Casa Sing Chuang.

Los chinos eran quienes se ocupaban, en la ciudad de lavar y planchar los uniformes y demás ropa de los capitanes perleros que no podían permitirse enviar su ropa a Singapur.

—Pobres diablos, yo no estaría toda la noche de pie junto a un caldero hirviente con este calor —dijo Archer.

—Lo harías si fuese lo único que podías hacer para mantener a tu mujer y tus hijos.

—Pienso casarme con una mujer que me mantenga —sonrió Archer—. Pienso quedarme en este agujero sólo hasta encontrar una perla. En cuanto haga fortuna, me iré a Victoria. Allí me instalaré, compraré un sitio y me dedicaré a la ganadería. Eso es lo que sé hacer. Y cuando me muera, le dejaré a mis hijos un reino.

Tom comprendía de dónde provenían las ambiciones de su amigo. Archer era el único hijo de inmigrantes que habían muerto pobres, dejándolo en un orfanato. Archer había pasado el resto de su infancia en el rancho del alcalde local como vaquero sin sueldo.

Tom le palmeó la espalda.

—Ocupémonos de la ropa, así puedes alimentarte, por el contrario no tendrás fuerzas para construir ese reino.

Archer reía cuando cruzaron la puerta.

La habitación estaba oscura y llena de cosas, y el calor era casi insoportable. Tom supuso que se debería a que la ropa se hervía detrás de una cortina, lo que hacía subir la temperatura de la habitación unos diez grados. La única luz provenía de la puerta por la que habían entrado y cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio una figura delgada detrás de una mesa. Se trataba de una mujer joven de delicado rostro en forma de corazón y ojos modestamente fijos en la mesa frente a ella.

Archer, que tenía prisa por volver al hotel, dio un paso adelante y dejó caer el hatillo sobre la mesa.

—Necesitamos esto para mañana por la mañana. Temprano. ¿Lo puede hacer?

Tom llegó tras él. La joven no había hablado.

—Quizás no hable inglés —dijo suavemente.

—Hablo inglés perfectamente —dijo la joven sin levantar la vista. Tenía una voz cantarina, y aunque hablaba con acento, era totalmente comprensible.

—Mire, no quiero que me dé largas. Si no puede, dígalo.

—Vete al hotel, yo me ocuparé de esto. Pide algo para los dos, que enseguida voy.

—Hay muchas lavanderías en el barrio chino —previno Archer cuando se iba.

—Tiene prisa por comer —dijo Tom, una vez que él se hubo ido—. No es su intención ser grosero.

—¿Y usted no tiene prisa?

Tom no tenía ninguna prisa. Había visto pocas mujeres hermosas desde que llegó a Australia. Estaba seguro de que había varias, pero no vivían en las enormes propiedades donde se criaban ovejas ni en los campos auríferos. Tampoco las había en Broome.

Aquella joven, de largo cabello negro, suave piel color marfil y largas pestañas, rivalizaba con cualquier belleza que había conocido, aunque el sudor le perlase la frente y manchase la ropa.

—No le pediríamos que la tuviese lista tan rápido —dijo, depositando su hatillo junto al de Archer— si no nos hubiesen contratado para trabajar en un lugre que parte mañana por la mañana. Es nuestra última oportunidad de llevamos la ropa limpia, aunque dudo que dure demasiado tiempo así —sonrió con la esperanza de que ella elevase la vista.

—La haré esta noche ——dijo ella levantando los ojos. Su mirada era sorprendentemente cándida.

—Muy amable.

A pesar de calor, sintió deseos de quedarse a mirarla. Le recordaba a las hermosas mujeres chinas que había visto de niño, las esposas de los comerciantes con sus ropas bordadas y festivos peinados, las sirvientas con sus sencillas túnicas y pantalones de algodón. La mujer llevaba un atuendo semejante, una túnica negra con sólo una línea de bordado en el cuello alto. Pero el fuerte contraste con su piel, acentuado por la sedosa trenza que le caía sobre el hombro la hacía aun más adorable.

Ella tampoco parecía tener prisa. Quizá disfrutaba el respiro que le daba de las tinas de la trastienda.

—¿No es de aquí?

—No, soy de California —respondió, contento de que se lo preguntase—. ¿Y usted? ¿Ha vivido siempre aquí?

—No. Vine de China hace diez años.

—Yo echo de menos California. ¿Extraña China?

—Volveré pronto a casarme con un hombre de mi pueblo.

Tom sintió una súbita desilusión.

—Será un hombre afortunado.

Ella se ruborizó y él se dio cuenta de que se había pasado de la raya que los separaba.

—Lo siento.

—Quizás así se dicen las cosas en California —dijo ella, comenzando a desatar el hatillo de Archer.

Ya que Tom había pisado territorio prohibido, se aventuró un poco más.

—No, en California diría algo como: ¿Está segura de que quiere irse tan lejos cuando se podría quedar aquí y casarse conmigo?

El color se le acentuó en las mejillas, pero sonrió tímidamente.

—Mi padre no me permite hablar con hombres. Ahora comprendo.

—¿Dónde está su padre hoy?

—Está enfermo.

—Lo siento. Espero que se mejore pronto.

Ella miró la ropa que tenía frente a sí y dijo un precio.

—Estoy seguro de que está bien.

—Lo mismo para usted.

—Pero no ha contado la mía. Puede ser que haya más.

—Lo mismo o menos.

Estaba claro que ella no quería abrir el hatillo frente a él. Sonrió accediendo.

—¿Quiere que le pague ahora?

Ella lo volvió a mirar. Tenía estilizadas cejas y hermosos ojos negros, pero fue la inteligencia que vio reflejada en ellos lo que lo cautivó.

—Puede darme el dinero cuando vuelva mañana.

—¿Estará usted aquí, o será su padre?

Ella meneó la cabeza, indicando que no lo sabía.

Tom se sintió despreciable al desear que su padre siguiese enfermo.

—¿Seguirá aquí cuando acabe la temporada o ya se habrá ido a la China?

—Si mi padre está enfermo, me quedaré a cuidarlo.

—Estoy seguro de que la apenará retrasar la boda.

Como suponía, ella no respondió.

—Perdone otra vez, digo cosas que no debería todo el tiempo.

—El hombre con quien me voy a casar es viejo. Ya tiene dos esposas.

La idea de esa joven, poco más que una niña, casándose con un viejo, lo entristeció.

—Por favor, márchese ahora. Vuelva mañana —antes de que pudiese responder, ella recogió la ropa y desapareció tras la cortina desteñida.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 3

Archer pidió la comida para él y Tom y luego encontró una mesa en un rincón donde poderse sentar de espaldas a la pared. El Roebuck no era una maravilla, pero mucho mejor que la pensión.

La mayor parte de la gente que lo rodeaba era de su misma clase, aunque no había demasiada. Había hombres vestidos con ropa de piel y otros de elegante blanco y aunque no le prestaron demasiada atención, estaba seguro de que ya sabían quién era. En una ciudad como aquella, ningún forastero pasaba desapercibido.

Mientras esperaba que lo sirvieran, entraron un hombre mayor vestido de blanco impoluto y una mujer de cara amarga y prominente nariz, que llevaba un vestido tan almidonado que ni se movía al andar. Pronto la pareja estuvo atendida por dos deferentes empleados del hotel.

—Ha venido la realeza, ¿eh?

Archer miró al camarero que le puso los cubiertos y un generoso vaso de *whisky*.

—¿Quién es?

—¿Ése? Podría ser usted cualquiera de estos días, si encontrara una perla o dos para la corona de su Majestad, o la de un maharajá.

—¿Uno de los capitanes perleros?

—De los más importantes. Sebastian Somerset y su esposa. Le hacen las camisas en Singapur a medida, encarga sus cigarros a Egipto y su champán a Francia —el camarero repasó la mesa rápidamente con una bayeta y bajó la voz—. Lo que es yo, no cambiaría todas las perlas del mundo por vivir con una como ella.

—¿Así que ha tenido éxito?

—El capitán Somerset tiene una flota de dieciséis lugres y al menos dos barcos madres, con un gran campamento en Pikuwa Creek. Frecuentemente saca perlas del tamaño de huevos de emú. Es el hombre más rico de la ciudad. No hay ningún soltero entre aquí y Perth que no sueñe con casarse con su hija.

—¿Se parece la hija a la madre?

—¿Viola? Es bastante guapa, supongo, pero tiene la lengua como la de una serpiente. Ha envenenado a todos los hombres de la ciudad.

—Parece que necesita que la domen.

—Será preciso que sea un hombre rico —dijo el camarero volviéndose a la barra a la vez que Tom entraba por la puerta.

—La ropa estará lista por la mañana —dijo éste, tomando asiento.

—Bien, porque tengo intención de dar un paseo temprano antes de echarnos a la mar.

—¿Un paseo?—dijo Tom, perplejo.

—Sí. Parece que hay una zona de Broome que todavía no hemos visto.

—¿Cuál, exactamente?

Archer se cruzó de brazos y sonrió.

—La parte donde vive mi futura esposa.

Viola Somerset despreciaba Australia. Cuando era pequeña, su madre le había prometido mandarla a Inglaterra a terminar su educación y su padre no lo había permitido. Decía que Viola era demasiado voluntariosa para salirse con la suya. Estaba seguro de que si la dejaba marcharse, nunca volvería.

No había servido rogarle. Cuando tenía catorce años no quiso comer durante una semana, y como respuesta, él había adoptado hacer todas sus comidas frente a ella sin ofrecerle ni un bocado. A los quince ella había abandonado toda esperanza de ir a Inglaterra y le había rogado que la mandase a Perth, pero su padre había declarado que ninguna escuela podría convertir en dama a una niña que era tan embustera.

Sebastian Somerset era tan obcecado como su hija y aunque ella lo despreciaba tanto como a la ciudad y al país, también admiraba su tenacidad. Él había desafiado todas las convenciones para establecerse en el oeste de Australia y comenzar con un barco y un cargamento de nácar hasta lograr construir un imperio que lo había hecho rico. Se había llevado a su mujer y su hija recién nacida a Broome cuando nadie creía que se pudieran llevar mujeres a la ciudad. Al establecerse con su familia antes de que ello estuviese de moda, había logrado una posición envidiable para recoger la cosecha cuando los demás siguieron su ejemplo.

Cuando su padre había cedido lo suficiente para permitirle que a los dieciséis años se fuese a visitar a una prima que vivía en una gran propiedad ovejera en el sur de Australia, Viola se lo había agradecido como una hija obediente, aunque pensaba desembarcar en Adelaida, vender el collar de perlas que llevaba de regalo a su tía y tomar otro barco que fuese a cualquier sitio fuera de Australia.

No lo habla hecho, por supuesto. Su prima la estaba esperando en Adelaida y Viola se había dado cuenta enseguida de que eran almas gemelas. Las dos jovencitas habían pasado los siguientes meses envueltas en el torbellino de la vida social de los terratenientes del sur. Viola había asistido a bailes en la ciudad y carreras de caballos en el campo, cabalgado voluntariosos pura sangres, bailado y coqueteado con los invitados que iban a quedarse semanas. Martha le había enseñado a levantarse los dorados rizos y bajarse los amplios escotes, pero el arte de hacer que los hombres se enamoraran de ella era tan natural en Viola como las flores que nacían después de las lluvias.

Cuando finalmente volvió a Broome, Viola ya sabía que podía controlar su futuro con el movimiento de sus rizos y el batir de sus rubias pestañas. Encontraría un hombre a quien le gustara la vida de los ganaderos y dejaría Broome y las perlas

para siempre.

Pero ahora, meses más tarde, comenzaba a dudar que encontrase a ese hombre.

Al ver a sus padres bajar del coche y dirigirse a la casa, se dijo que no pondría mala cara. Su padre siempre estaba disgustado con ella y no valía la pena enfadarlo más.

—¿Estaba bueno el té? —le preguntó a su madre con una sonrisa forzada.

—No había nadie importante en el hotel —dijo Jane Somerset con desprecio.

—Qué pena —dijo Viola, ofreciéndole el brazo para que subiese los escalones.

Como siempre, la corpulenta Jane usaba un antiguo corsé tan ajustado que le restringía el movimiento. A pesar de la ayuda de Viola, Jane respiraba con dificultad al subir a la galería con celosías.

—Viola, no me gusta el escote de ese vestido —dijo Sebastian, quitándose el sombrero.

—¿No? —dijo dulcemente, abandonando su decisión de no hacerlo enfadar—. ¿Preferirías que fuese más escotado?

—¡Preferiría que me hablases de la forma en que una hija debe hablarle a su padre!

—¡Y yo preferiría que no me criticases por cada pequeñez! —dijo Viola, echándose los rizos hacia atrás—. No hay nadie aquí que pueda ver lo que llevo. Nunca hay nadie que valga la pena.

—Entonces, ¿qué es para ti Freddy Colson?

Freddy Colson era la elección de esposo que su padre había hecho, un joven pequeño que se dedicaba a controlar e invertir el dinero de su padre. Freddy sabía el precio de cada clavo de los barcos, cada barril de arroz que se llevaba a bordo y cada cesta de ostras recogida También estaba segura de que Freddy no soñaba con ella ni con ninguna otra mujer.

—La mayor felicidad de Freddy sería casarse contigo. Si fuese una carrera, yo quedaría en un muy lejano segundo lugar.

—Estás decidida a ponerme furioso, ¿verdad, niña? —dijo su padre, tironeándose del bigote.

—Estoy decidida a señalar que no me casaré con Freddy Colson, aunque sepa mucho de Somerset y Compañía —llevó a su agitada madre hasta una silla—. ¡Si me caso con un hombre de esta ciudad, será con uno que quiera irse de aquí!

—¡Si haces eso te repudiaré!

—¡Si eso pasa, lo consideraré una bendición del cielo! —concluyó, dándose la vuelta enfadada con su madre por no decir nada, más enfadada consigo misma por dejar que la provocara, más enfadada con su padre, que estaba decidido a arruinarle la vida.

La cama de Archer era dura y estrecha, pero hacía semanas que no dormía en nada mejor. Las sábanas estaban limpias y la ventana tenía un mosquitero que impedía la entrada de los mosquitos pero no de la brisa nocturna. Había dormido profundamente después de comer y beber en abundancia, pero antes del amanecer algo lo despertó.

—No, no, Linc. No quiero pelearme… contigo no. No seas imbécil masculló Tom y se debatió en la cama contigua a la de Archer—. No… Linc, no.

Por sus palabras, Archer se dio cuenta de la pesadilla de la que era presa su amigo. Las sufría desde la guerra de Cuba. A veces, después de minutos de dar vueltas, Tom caía en un profundo sueño. Pero otras, las pesadillas lo consumían y por su propia tranquilidad Archer lo tenía que sacudir para despertarlo.

—No estamos aquí… para pelearnos entre nosotros —volvió a hablar Tom y dijo algo más que resultó incomprensible.

Incluso en sueños, Tom era sensato. Era verdad que el regimiento. Primero de Voluntarios de Caballería, o Los Duros Jinetes, como lo llamaban, no había ido a Cuba a pelearse entre ellos. Eran una extraña mezcla de duros vaqueros y aristócratas idealistas que tenían el cerebro y el coraje que necesitaba el ejército. A pesar de la diferencia en su educación y procedencia, se habían unido para luchar contra un enemigo común, los españoles, quienes según se decía habían esclavizado al pueblo cubano.

Cuando Teddy Roosevelt llamó a filas, Archer se había alistado porque era una forma de escapar de un ganadero que juraba que Archer había hecho trampa jugando al póker y amenazaba con demostrarlo. Como aquello era verdad, Archer encontró en el viaje gratis a Cuba la forma de mantener la cabeza alta y a la vez salvar el pescuezo.

Por supuesto que Tom no se había alistado en Los Duros Jinetes porque quisiera huir de algo. Su padre era un magnate del ferrocarril en la boyante San Francisco y algún día Tom, su único heredero, recibiría una considerable parte de la ciudad. El californiano sentía el sufrimiento de sus semejantes en carne propia y había jurado su lealtad a Roosevelt aun después de qué su padre lo amenazara con dar su herencia a unos parientes lejanos.

Aunque asignados al mismo regimiento, ninguno de los dos jóvenes se prestaron demasiada atención hasta una noche en una cervecería en que el sargento de entrenamiento, un minero llamado Linc Webster, comenzó a hacer sufrir a Tom.

Esa noche le molestó un comentario inocente de Tom y Archer, sin pensarlo dos veces, se había interpuesto entre el minero y el aristócrata. Linc lanzó un puñetazo, Archer se hizo a un lado y Linc cayó por su propio impulso al suelo, acompañado por las risas de los presentes.

Tom y Archer se convirtieron en grandes amigos desde entonces. Pero de allí en adelante, Linc juró vengarse, dándole a Tom los trabajos más duros y el caballo peor.

Tom intentaba no darse por enterado, lo que enfurecía más al sargento. Cuando descubrió que le había arrancado todos los botones de la guerrera, los cosió sin un murmullo y cuando alguien le llenó el sombrero con bosta de caballo, lo vació y limpió sin protestar. Tom no era inmune a la rabia, pero argüía que había demasiado en juego como para perder la paciencia.

Cuando llegaron al sur de Cuba, la tensión pareció disolverse entre los dos mientras Linc canalizaba su rabia en las batallas contra los españoles, pero una semana más tarde, después de un infernal avance hacia las afueras de Santiago, los hombres comenzaron a ponerse nerviosos, y Linc más que todos.

La noche anterior a la carga de la colina de San Juan, Tom recibió una advertencia de que Linc no lo había olvidado. Estaba durmiéndose cuando oyó el susurró de Linc contra su oído.

—No sobrevivirás el día de mañana, Robeson. Yo me encargaré de ello.

Tom estaba tan exhausto que se preguntó si no había sido su imaginación. No se hallaba demasiado seguro de sobrevivir aquel infierno y mucho menos otra batalla, y se durmió convencido de que había soñado con la amenaza.

A la mañana siguiente comenzó el ataque a Santiago. Mientras esperaba sus órdenes, el regimiento hizo cuerpo a tierra a lo largo de las márgenes, escondido entre la alta hierba mientras los españoles hacían fuego a discreción y causaban abundantes bajas.

—Iré a ver si puedo conseguir un sitio mejor —dijo Archer y se dirigió hacia el arroyo. Estaba cansado de esperar y ansioso por comenzar la batalla. Se arrastró hasta una nueva posición hasta estar a cubierto y se dio la vuelta para ver si podía localizar a Tom.

Desde donde estaba, Archer logró ver a Tom donde se hallaba, pero detrás de él, arrastrándose lentamente hacia él, se encontraba Lincoln Webster. Archer no tuvo tiempo de pensar. Levantó el rifle y en el preciso momento en que Linc apuntaba con su propio rifle a Tom, Archer disparó.

Nadie, salvo un estupefacto Tom, tendría que haberlo sabido. Nadie tendría que haber sospechado que Linc no era otra víctima del fuego español. Pero cuando Archer bajó el arma se encontró cara a cara con un corresponsal de un periódico de Nueva York que habla observado todo el incidente, salvo precisamente lo que Linc tenía intención de hacer. El hombre se levantó de detrás de una roca con la cara lívida, como si estuviese seguro de que Archer no lo dejaría vivir para contar el cuento. Salió corriendo para buscar una mejor protección, pero según lo hacía, un proyectil español lo derribó.

La historia tendría que haber acabado allí.

Pero cuando el regimiento se enteró de su victoria días después de que terminaran las celebraciones, Archer se enteró de que el corresponsal no había muerto esa mañana después de todo. Cuando el regimiento de caballería fue disuelto, se dio cuenta de que ya no podía permanecer en los Estados Unidos al saber

que el reportero se recuperaba lentamente en un sanatorio en Albany. Algún día ese hombre podía recordar lo que había visto.

Esa noche, Archer le dijo a Tom que se marchaba del país, pera Tom estaba convencido de que aunque se revelase la verdad, Archer sería exonerado, pero Archer sabía que estaba condenado si al ejército se le ocurría hacer una investigación. El periodista estaba apoyado por un gran periódico, un periódico que se nutría del sensacionalismo. ¿Qué más sensacionalista que uno de los Duros Jinetes asesinando a otro? Si Archer mentía, nadie lo creería. Y si decía la verdad, probablemente se enfrentaría a un pelotón de fusilamiento.

—Entonces, me voy contigo —le dijo Tom—. Mi familia: no nos ayudará, pero tengo unos ahorros. Si unimos nuestras fuerzas, probablemente podamos establecernos en algún sitio. Y aunque yo no me quede, te ayudaré a empezar.

Al salvarle la vida, Archer se había convertido en el héroe de Tom, una situación que le convenía, ya que le brindaba la lealtad de Tom y sus recursos.

Pero aunque hubiesen pasado años buscando la suerte juntos, Tom seguía resultándole un misterio. La persecución irracional de Linc no le había enseñado nada. Seguía creyendo es la bondad de la gente, justificando las faltas de quienes se encontraba y buscaba cualidades redentoras en los sitios más insólitos. Pero, por encima de todo, Tom quería a Archer sin reserva. Archer, a quien no habían amado desde que era niño, encontraba que ése era el mayor misterio de todos.

Archer era un temerario que actuaba sin pensar y ése era el verdadero motivo por el que le había salvado la vida a Tom. Pero aunque el asesinato había tenido consecuencias en su vida, no se arrepentía de haberlo cometido. Al huir del país se había acostumbrado e incluso se había hecho un poco dependiente de la amistad de Tom.

Mientras Archer lo miraba, Tom se sentó de golpe y miró a su alrededor sin ver. Luego, como si el sueño hubiera pasado a otro capítulo, suspiró, se volvió a acostar en las bastas sábanas de algodón y se puso de costado, quedándose por fin silencioso.

Archer miró el techo, pero se le había ido el sueño. Ya no pensaba en las circunstancias que lo habían llevado hasta allí, sino en las que se encontraba ahora. Aunque hubiese resultado seguro volver a Texas, sus posibilidades de obtener suficiente tierra buena para construir un imperio eran flacas.

En Australia había tierra a buen precio. Lo único que necesitaba era un poco de capital para comprar o alquilar la propiedad. Podía lograr el resto con sudor y sus conocimientos. Necesitaba una novia de familia rica, necesitaba una perla para hacer que una mujer como Viola Somerset se fijase en él.

Se vistió rápidamente y salió sin despertar a Tom. El aire de la mañana era pesado y cálido. La noche anterior le había preguntado al camarero dónde vivían los ricos de la ciudad y éste le había señalado un camino que se alejaba del centro. Ahora, mientras caminaba, se dio cuenta de que había mucho más en esa ciudad fronteriza que el barrio chino.

Archer había pasado suficiente tiempo en un barco para darse cuenta de que no era marinero, pero sabía apreciar el tranquilo encanto de esa ciudad costera con su exótica profusión de flores, sus cielos llenos de coloridas aves.

Se detuvo y observó el paisaje, preguntándose cuál sería la mansión de Somerset. Seguro que sería la residencia mejor, pero ninguna de las casas que había visto eran dignas del capitán perlero más importante de la ciudad.

Siguió por el camino ascendiendo la colina hasta que divisó a un chico de piel oscura y ropas limpias y planchadas, obviamente el sirviente de alguien que se dirigía a trabajar. Archer lo alcanzó rápidamente.

—¡Oye! puedes decirme cuál es la casa de Sebastian Somerset?

Pero el chico le hizo una gesto con las manos, indicando que lo ignoraba, pero no se alejó.

—¿Casa señor Somerset? ¿Gran capitán de perlas?

El chico no se movió ni habló.

Archer agarró la moneda más pequeña que tenía y comenzó a juguetear con ella, arrojándola al aire varias veces antes de volverle a hacer la pregunta de la misma forma primitiva.

El chico señaló el camino más adelante.

—Casa tres.

Archer estuvo tentado de guardarse la moneda, pero en vez de ello sonrió y la tiró al suelo. El chico se agachó a buscarla mientras él se alejaba.

Aunque la casa era muy inferior a las de los ricos de Texas, en contraste con sus vecinas, la casa de Somerset era un castillo.

Archer se preguntó cómo resultaría la vida de la niña de esa casa. ¿Habría vivido siempre allí o la habría mandado su padre al extranjero para convertirse en una dama? ¿Se negaría a irse de la ciudad aunque intentara convencerla?

Como si él hubiese creado la imagen con su mente, una mujer en camisón salió a la galería que rodeaba a la casa y se quedó mirando el jardín. Archer contuvo el aliento sin saber si ella lo veía. Era una joven delgada, con una sola trenza dorada sobre el hombro. Su figura suavemente redondeada se adivinaba bajo el camisón blanco y la bata. Se apoyó contra la columna de la galería y cruzó los brazos.

Un pájaro de colorido plumaje se estacionó por encima del sauce llorón donde se encontraba Archer y parloteó como si se dirigiera a él.

Al oír el ruido, la mujer miró y vio más que el pájaro. Se inclinó más y la trenza cayó sobre la barandilla como la de Rapunzel invitando a su amado. Archer salió de las sombras del árbol y levantó la mano haciendo un saludo.

—¿Lo conozco? —preguntó sin levantar la voz, pero aunque la distancia entre los dos era considerable, Archer la oyó.

—Todavía no —dijo, esbozando su sonrisa despreocupada y maliciosa.

—¿De veras? ¿Y por qué iba a cambiar eso?

—Porque soy el hombre con quien se va a casar.

—¿Lo cree? —preguntó, sin alterarse por su atrevimiento.

—Ya lo he decidido.

—¿Y por qué?

En los momentos más peligrosos de su vida, las intuiciones de Archer siempre habían funcionado. Y ahora percibió que Viola Somerset era una mujer formidable que querría saber la verdad porque ello la ayudaría a planear su siguiente jugada. Aquella era una mujer que utilizaría todas sus artes para lograr lo que su corazón desease. Archer deseó saber exactamente cuál sería ese deseo.

—Se casará conmigo porque somos iguales —dijo finalmente—. Yo la deseo porque me dará placer en la cama, hijos fuertes y un suegro rico. Usted me desea porque a cambio, yo le daré todo lo que desee.

—¿Y eso es?

—Perdón, princesa, pero no he llegado a ese punto todavía.

—Entonces, ¿cómo sabe que me lo puede dar?

—Porque si no puedo, moriré en el intento.

Ella lanzó una tintineante carcajada.

—Quiero marcharme de Broome y no volver nunca jamás. ¿Me dará eso?

—En el mismo instante que pueda. Porque yo quiero lo mismo.

—Quiero un marido con tierras. Quiero ser la dueña de una propiedad, no de un hombre, ¿tiene tierras?

—No tengo demasiado, pero eso cambiará muy pronto.

—¿En serio? —bajó la voz un poco—. Vuelva si eso sucede —levantó la barbilla y se dirigió a la puerta.

—¿Princesa?

Ella volvió la cabeza y le lanzó una mirada helada.

—Mi nombre es Archer Llewellyn. Puede comenzar a bordar el ajuar mientras yo esté fuera.

—Y mi nombre es Viola Somerset. Puede soñar conmigo hasta el día que lo entierren a varios pies de profundidad.

Él se reía cuando ella cerró la puerta detrás de sí.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 4

—Ballena mal bicho. Tú y yo no poder ir a los campos de nácar.

Bernard, un enorme nativo del Timor holandés, agarró el timón para alejar al pequeño lugre del chorro de agua que surgía de las olas delante de ellos, pronto las velas del Odyssey se inflaron y se alejaron bastante de la ballena antes de que el lugre cambiara de curso para dirigirse a los campos perleros. La tripulación, una mezcla de nacionalidades, sabía exactamente lo que se esperaba de ellos y cada hombre trabajaba rápido y en silencio.

—¿Has visto alguna vez tantos asesinos y ladrones juntos?

Tom inclinó la cabeza hacia Archer, que se le había unido. Tom veía la diversidad de la tripulación como una aventura.

—Estos asesinos y ladrones puedes ayudamos o destruimos —dijo, lo bastante bajo para que nadie lo oyera—. Será mejor que nos llevemos bien con ellos, ¿no te parece?

—No creo que hablen suficiente inglés para ponerse de acuerdo.

Tom creía lo contrario, pero, contrariamente a Archer, le parecía que no estarían interesados en amotinarse.

—¿Dormiste bien anoche?

—Ni pegué ojo.

Tom no se sorprendió. Por la noche el lugre era pasto de miles de cucarachas que se alimentaban de los restos de las ostras. Desde que embarcaron había sentido su aletear y las cosquillas de sus patas sobre la piel desnuda. Y como si ello no hubiese sido suficiente, el aire de la bodega donde dormían era insoportable por el agobiante olor a pescado podrido, especias orientales y hongos.

—Esta noche me traeré mi petate para dormir en cubierta. Vente también, si quieres dormir.

—¿Dormir aquí con asesinos y criminales mientras Juan duerme en el camarote?

Juan Fernández era el buzo del Odyssey. Había llegado a Australia de Manila y era indudablemente el hombre más importante del barco. Aunque no era el mejor buzo de Broome, su récord, medido en toneladas de madreperla, era bueno.

——¿Cómo imaginas que será bajo el agua? —dijo Tom—. Juan es un tío con suerte, ¿no crees?

—¿Suerte? ¿Has mirado bien a Toshiharu? Así es como te puede dejar la vida de buzo. No sé por qué Garth lo ha contratado para este viaje. No oye, apenas ve. Se tropieza con todo el que se le pone por delante.

—Está aquí porque fue el buzo del primer viaje de John y él se siente responsable. Sé que hay peligros allí abajo, pero correría el riesgo con gusto.

—Pídele a Juan, quizás te deje ir en su lugar —dijo Archer, yéndose a buscar una forma más activa de pasar el tiempo.

Juan subió de la bodega, meciéndose con un paso que se parecía al que realizaba durante largas horas en el fondo del océano. Al salir de Broome había adoptado el práctico sarong. Su único otro adorno era una cruz de oro en el cuello.

—¿Qué es lo que buscas allí abajo?

A Tom le gustaba Juan, un hombre tremendamente religioso que había erigido un altar a la Virgen María en su camarote.

—La eternidad.

—Dime cómo es el fondo.

—El fondo no es tan solitario como esto —dijo con ojos soñadores—. Hay muchos peces, mucha compañía. Aquí arriba uno busca pero no encuentra. Yo, pienso en mi casa aquí, pero allí en lo único que pienso es en las ostras —dijo Juan, alejándose también.

Tom apenas si había pensado en su casa desde que él y Archer se habían marchado de los Estados Unidos. Aunque les escribía a sus padres con regularidad, sólo había recibido una carta de su padre en la que le exigía que volviese inmediatamente o perdería su herencia.

Pero Tom era más feliz ahora que nunca en su vida, como el heredero de una gran fortuna californiana. Necesitaba muy poco para vivir y no veía la razón para cambiar. La mansión de sus padres le parecía una prisión y las elegantes herederas que intentaban conquistarlo le habían parecido sosas o triviales.

Pensó en la mujer que no era ninguna de esas dos cosas, la mujer que estaría preparándose para su viaje de novia hacia su pequeño pueblo de China.

Tom seguía sorprendido ante su respuesta a la joven china. La había visto sólo dos veces y la segunda, cuando fue a buscar la ropa, bajo la estrecha vigilancia de su padre, Sing Chuang, un viejo de ojos hundidos que tiritaba sentado en un taburete en un rincón.

Ella estaba aun más hermosa la segunda vez, con la túnica recién planchada y el rostro sin el sofoco del calor. Se había recogido el pelo en la coronilla con una peineta de marfil, pero él había echado en falta la seductora coleta que le pendía sobre el pecho.

—¿Se quedó tarde anoche para hacer nuestra colada?—le preguntó él al saludarla.

—No fue ningún problema —respondió ella.

—Estoy seguro de que sí, gracias —le dijo, bajando la voz para que su padre no oyera.

Un torrente de áspero cantonés surgió del hombre en el rincón y la joven se ruborizó, mencionando el precio que habían acordado.

—Me marcho esta mañana y usted probablemente se habrá ido para cuando yo vuelva. ¿Querrá al menos darme su nombre para que sepa cómo llamarla en mi mente?

—¿Por qué iba a pensar en mí? —preguntó ella, bajando la voz hasta convertirla casi en un suspiro.

Él no respondió directamente porque no supo qué decirle.

—Mi nombre es Tom. Tom Robeson.

Ella titubeó mientras él se metía la mano en el bolsillo como si estuviese buscando, aunque ya tenía el dinero en ella. Luego, lo miró a los ojos un segundo antes de retirar la vista.

—Lian. En inglés soy un árbol. Un sauce.

—Sauce —sonrió él—. Le va muy bien.

—Quizás. Mi madre me dijo que siempre me tengo que doblar.

Tom pensó en la vida que la esperaba y deseó que ella se pudiese doblar sin quebrarse por la mitad.

El viejo ladró roncas órdenes a su hija nuevamente. Ella lanzó un suspiro.

—Deme el dinero. Tiene que irse ya.

Él le alcanzó las monedas. No sabía qué más decir. Probablemente la única vida para una chica como Lian en Broome era la prostitución o la servidumbre. Quizás lo mejor para ella fuera volver a su patria, donde al menos respetarían su sitio en la comunidad.

—Que su viaje tenga éxito —le deseó ella al tomarle el dinero.

—Que su futuro sea feliz —le respondió él.

Ella elevó unos ojos transparentes pero tristes. Se quedaron mirándose largo rato hasta que el viejo comenzó a gritar oraciones acentuadas con golpes de tos. Tom agarró la ropa y se fue sin mirar atrás.

Ahora sí que miraba atrás. Se sorprendió por la reacción que había tenido ante Lian, cuando las mujeres de su misma condición no le atraían. ¡Diablos! Había sentido el impulso de agarrarla de la mano y llevársela con él.

—Sauce —dijo, modulando el nombre suavemente.

Archer nunca había hecho un trabajo que despreciase más. Unos días después de partir de Broome, el Odyssey llegó a las coordenadas donde la tripulación había tenido éxito al principio de la temporada. Juan estaba ansioso por probar en esa área otra vez.

La pesca había sido pequeña al principio. Después de que se las sacaba del agua, se dejaban las conchas en cubierta toda la noche y a la mañana siguiente, Tom y Archer raspaban las algas y luego, con cuchillos de delgada hoja, aprendieron a sacarle las ostras sin dañar las perlas que podrían tener dentro. El primer día, Archer había sentido la excitación de la aventura cada vez que arrancaba a la ostra de su concha. El siguiente paso, palpar la resbalosa masa con las puntas de los dedos, había sido como buscar un tesoro escondido. Podía haber una perla allí, una pequeña piedrecita retorcida que no valdría más que el tiempo que llevaba encontrarla o la enorme y perfecta perla del siglo.

Después de tres semanas sin encontrar ni una, la excitación se había desvanecido y lo único que quedaba era un trabajo pestilente y mugriento que le dejaba las manos pegajosas y manchadas por más que se las frotara concienzudamente.

El lugre también se había transformado. Tiras apestosas de molusco secándose al sol adornaban el aparejo para ser luego envasadas y vendidas en Singapur. En la bodega las cucarachas parecían doblar su número y tamaño todas las noches y el olor a concha llegaba hasta la cubierta y infectaba cada centímetro cúbico de aire.

El constante rolar de la nave, la forzada inactividad, el aburrimiento. Todo se sumaba para hacerle sentir que la vida se le escapaba de las manos, que sus sueños, al igual que la costa australiana, se hacían más y más lejanos.

Sin embargo Tom, que había sido su amigo desde la guerra, no parecía comprender sus sentimientos, ya que a él le encantaba la vida en el barco. Se había hecho un sitio a bordo y la tripulación lo respetaba y quería. En ese momento, mientras Archer estaba apartado, los marineros lo rodeaban. Tom, gracias a la generosidad de Juan, estaba a punto de hacer su primera inmersión.

Tom levantó la vista en ese momento y sonrió.

—¡Eh, Archer! Acércate y dame una mano.

Estaba claro que Tom no necesitaba su ayuda y Archer lo sabía, pero se acercó igual porque no tenía nada más que hacer.

—No hagas el tonto demasiado tiempo —dijo Archer con voz ahogada—. Tenemos cosas más importantes que hacer que darte sepultura bajo el agua.

—Lo mejor no permanecer demasiado primera vez. Subiremos tanto si gusta como si no.

Tom llevaba dos pijamas de franela superpuestos, así como dos pares de calcetines de lana. Ahora, con la pobre ayuda de Toshiharu, se puso un par de calzoncillos y un jersey de lana y encima de todo eso un par de medias largas que le llegaban hasta los muslos.

—Ahora meterse en traje —indicó Juan—. Luego nosotros acomodar.

Tom lo hizo y los hombres le subieron el traje por las piernas, ajustándoselo antes de subírselo a los hombros. Tom metió las manos por los puños de goma engrasada y se mantuvo de pie y en silencio mientras le ajustaban el cuello de goma. Juan lo guió hasta la escotilla y se sentó mientras Juan y Toshiharu le ajustaban las

botas con sus suelas de plomo. Mientras lo hacían, Bernard lanzó la línea que le serviría para guiarse hasta el fondo.

Bernard levantó el peto de cobre y lo sostuvo frente a la cara de Tom, quien sonrió mientras se lo ponía y le ajustaba los tornillos uno a uno al cuello de goma, cerciorándose una y otra vez de que cada tuerca y tornillo, y cada válvula, estuviese como correspondía.

—¿Estás seguro de querer hacerlo? —preguntó Archer, con una sensación rara en el estómago.

—Desde luego.

Luego, ante una señal de Juan, Tom se dio la vuelta y caminó pesadamente hasta la borda. Se dirigió a la escalerilla y descendió hasta que su peto estuvo a la altura de la barandilla. Bernard se inclinó y le ajustó una serie de pesas en el pecho y la espalda para evitar que quedase cabeza abajo si llegaba a perder pie en las profundidades. Luego, Bernard levantó la escafandra en forma de campana y se la atornilló al peto.

Sobre la cubierta, dos jóvenes malayos comenzaron a accionar la bomba, haciendo que el aire penetrase en el traje con un silbido. Bernard, después de ajustar las válvulas, agarró la línea de seguridad y asintió con la cabeza.

Tom titubeó un instante y luego se soltó de la escalerilla y se dejó caer al agua de espaldas.

—Ahora veremos si se acuerda —le dijo Juan a Archer.

Tom agitó las piernas un instante y Archer pensó que para compensar caería de boca. Pero después de un momento pareció tranquilizarse. Se ajustó la válvula al costado del casco y luego, como si lo llevase haciendo toda la vida, se sujetó a la línea y comenzó a descender al fondo del océano.

—Tu amigo es un genuino marinero —dijo Juan—. Su sitio es aquí con nosotros.

Archer sintió la crítica soterrada en las palabras del filipino.

—¿Quieres decir que no sientes lo mismo con respecto a mí?

—Tú buscando una perla —respondió Juan, elevando las cejas—. Él buscando por mejorar algo.

Se alejó para consultar algo con Bernard y Archer se quedó sólo mirando las burbujas del traje de Tom bailando en la superficie del océano.

La noche era el momento predilecto de Tom. Al caer el sol, cuando se echaba el ancla, los hombres cansados de sus tareas, se acomodaban en sus sitios favoritos para consumir el arroz con pescado y especias que les preparaba Wong Fai.

A Tom le gustaba escuchar sus conversaciones. Se estaba familiarizando con el pidgin, ese dialecto del inglés que se usaba en oriente y que era el lenguaje común a

todas las nacionalidades. Disfrutaba especialmente de sus charlas con Juan, que era un hombre educado que disfrutaba de la poesía y sabía tocar la guitarra, lo cual hacía que las horas hasta el momento de dormir se hicieran más soportables.

Juan se acercó a Tom la noche de su primera inmersión y le ofreció su tajada de carne de bote, un plato poco frecuente en el menú del barco.

Tom sonrió pero meneó la cabeza.

—No lo puedo aceptar. Tú necesitas toda la carne que puedas. Trabajas muy duro, según he descubierto hoy.

—Hoy tú trabajar duro. Cómetela.

Tom la aceptó con una frase de agradecimiento.

—Nunca había visto nada por el estilo, Juan. Un mundo entero fuera del alcance de todos menos aquellos lo bastante afortunados para sumergirse.

—¿Cómo está oídos tuyos?

Tom tragó para probar. La presión había sido terrible, y sangraba por los oídos y la nariz al salir del agua, aunque la hemorragia había parado al poco tiempo. Tom había pasado mucho más tiempo bajando y subiendo que explorando, pero había encontrado madreperla.

—Parecen estar bien.

—Tripulación decir es buena suerte tú encuentres madreperla debajo. Decir tú es buena suerte para este lugre.

Tom rió y el sonido le hizo un eco extraño en la cabeza.

—Me temo que si tuviésemos que depender de lo que yo encuentre, nos volveríamos a casa con la bodega semi vacía. Es un arte descubrirla. No sé lo que me llevó hasta las pocas conchas que subí.

—¿Dios de la concha?

—¿Crees en eso?

—No. Nadie creer.

Tom volvió a reír y Juan sonrió.

Aunque Tom sabía que su vida lo esperaba en San Francisco y sentía la responsabilidad de sus padres, se preguntó si lo que realmente quería era quedarse en Broome, comprar un lugre y hacer su propia fortuna. Nunca se había encontrado tan feliz en la vida.

—Conocí a una mujer en Broome —dijo, sin mirar a Juan—. Era china. Lian, la hija de Sing Chung, de la lavandería en Dampier Terrace. ¿Se podría casar uno con una mujer como esa en Broome?

—No tan bien mezclar color. Gente blanca no aprobar. Ellos no entender y darte espalda.

—Conque sí, ¿eh? —dijo Tom, sin sorprenderse.

—¿Chica querer casar contigo?

—No. Sólo preguntaba. Se va a la China a casarse con un extraño. Probablemente se haya ido para cuando yo vuelva.

—No lo creo. Sing Chung muere pronto. Ella cuidar mientras tanto. Seguir allí cuando volvamos.

—¿Cómo sabes eso, Juan?

—Tripulación hecho apuesta. Cada hombre quererla.

Tom sonrió. Se preguntó si Lian sabría que tenía un barco lleno de admiradores.

—Lo bueno de Broome es que si un hombre es rechazado por su propia gente siempre habrá muchos otros que seguirán siendo sus amigos.

—Otro lugre en distancia —dijo Juan—. Hay luz allá.

Tom siguió el dedo de Juan y escrutó la lejanía. No era la primera vez que encontraban otros lugres. En varias ocasiones se habían acercado lo suficiente para reunirse al anochecer.

—Pena que estén tan lejos —dijo—. Nos alegraría la noche que estuviesen más cerca.

Juan se acercó a la borda y miró largo rato. Archer y los otros, al darse cuenta de que algo sucedía, dejaron los dados con que se entretenían y se acercaron.

—Viene bote de remos —dijo Juan por fin.

—¿De veras? —dijo Tom uniéndoseles—. Así que tendremos compañía después de todo.

—Nakanishi, buzo del Sophia. Uno de flota Sornerset. Dos más con él —dijo Juan, cuando el bote estuvo cerca.

—¿La flota de Somerset? —preguntó Archer con curiosidad.

—Gran campamento costa en Arroyo Pikuwa —señaló Juan al este—. El barco madre viene principio mes y traer provisiones.

Archer le sonrió a Tom; frotándose las manos.

—Una noche de juego con los hombres de Somerset. Quizás me adueñe de la compañía antes de acabar.

—Ten cuidado, Archer. No conoces a esos hombres. No podré evitar que te tiren por la borda si los desplumas.

Archer rió y miró hacia el bote, que ya se encontraba a cien yardas.

—No sé, parecen… —se interrumpió, inclinándose adelante—. ¡Dios Santo!

Antes de que nadie pudiese preguntarle qué sucedía, se puso de pie en la borda y se zambulló en el agua.

—¡Boten la chalupa! —gritó apareciendo a varias yardas del lugre. Luego sumergió la cabeza y comenzó a nadar.

—Hombre caer agua —señaló Juan. El bote se había detenido y había dos hombres solamente en él. Se veía una cabeza que se hundía y aparecía en el agua a cierta distancia de él—. Ponerse de pie y caer. Nakanishi.

—Juan, el agua está helada. Archer no es demasiado buen nadador. No creo que lo consiga.

Tom se preparó para sumergirse, pero un par de fuertes brazos lo agarraron de la cintura y lo echaron hacia atrás.

—Bote pertenecer bote, ir lejos. Tú mí, quedar.

Tom intentó empujar a Bernard, pero los sólidos brazos del hombre lo sujetaron más fuerte.

—Tú mi, quedar.

Detrás de él los demás botaron la chalupa para el salvamento de los dos hombres.

—Él lograrlo. Saber nadar mejor tú crees —dijo Juan, como si hablara de algo sin importancia—. Nakanishi encuentra bebida esta noche y tomar demasiado. O le da un mareo de buzo.

Tenía razón. Fuera de su traje de buzo, Nakanishi no parecía llevarse demasiado bien con las olas. Tom se dio cuenta de que no lo necesitaban. Entre los dos botes y el coraje del intrépido Archer, estaban salvando al buzo del Sophia.

—Nakanishi, él hace Somerset rico. Somerset, él no querer perderlo. Él se entera, él contento. También pone contento Archer.

Tom se preguntó si durante el segundo en que se zambullía Archer habría pensado en ello. Había tiburones en el agua y otros peligros, pero, una vez más, no había dudado en arriesgar su vida.

—¿Crees en las coincidencias? —le preguntó a Juan.

—Todo tiene propósito —meneó Juan la cabeza—. Pero a veces, hombre hace su propósito.

Mientras Tom miraba en silencio a Archer esforzándose por mantener la cabeza del buzo japonés fuera del agua, se preguntó dónde estaría en ese momento su amigo si el hombre en el agua hubiese sido algún otro.

Capítulo 5

Viola Somerset era todavía más hermosa de cerca. Sus largas pestañas orlaban unos ojos del mismo tono verde azulado que su vestido y sus facciones eran delicadas. Cuando Sebastian se la presentó a Archer, una fina ceja se elevó un instante antes de que alargara una mano enguantada.

—Usted es el hombre que salvó la vida de Nakanishi.

Archer le tomó la mano e hizo una ligera reverencia sonriendo a la vez, lo que le quitó un poco de formalidad al gesto.

—No estoy seguro de haberlo salvado, pero tuvimos una agradable charla mientras flotábamos en el agua esperando el bote.

—No dejes que el señor Llewellyn te engañe, Viola —apuntó Sebastian, vestido de blanco impoluto—. De no haber sido por él, mi mejor buzo estaría en el fondo del océano y no precisamente para recoger madreperla.

—Qué valiente —musitó Viola a Archer—. ¿Qué hace a un hombre arriesgar su vida por un desconocido? Y sin pensar en la recompensa —la misma ceja se elevó un poco más.

—Necesitaba ayuda y yo me encontraba allí. No había nada complicado en ello, señorita Somerset. Habría hecho lo mismo por usted.

—Dormiré más tranquila sabiéndolo —sonrió ella dulcemente.

—Viene alguien a quien tengo que saludar —hizo Sebastian un gesto hacia la puerta—. Los dejo para que se conozcan mejor. Viola, por favor, no te olvides que te tienes que sentar a la derecha de Freddy durante la cena.

Archer percibió el acero en la voz de Sebastian y el relámpago de rebeldía en los ojos de su hija.

—¿Cómo podría olvidarlo si me lo estás recordando a cada minuto, papaíto?

—No parece motivarte demasiado —respondió él y excusándose, los dejó solos.

—Mi padre y yo no somos los mejores amigos del mundo —le dijo Viola a Archer—. Quizás debería presentarle a Freddy ahora para que podamos apostar cuál de los dos logrará escalar más en la estimación de mi padre esta noche.

—Casi parece que usted cree que rescaté al buzo de su padre para congraciarme con su padre.

—Pues es cierto que lo ha logrado.

—¿Me he congraciado también con su hija?

—¿Se ha hecho rico de golpe?

—Lamentablemente, no.

—Entonces, no me impresiona.

—¿Debo entender que sus pañuelos no llevan mis iniciales?

—Siento que sea un hombre pobre, señor Llewellyn —dijo Viola sin pestañear—. Usted tiene un cierto atractivo al que podríamos sacar provecho entre los dos, pero no tengo interés en un hombre que no sea capaz de llevarme de esta ciudad —se dio la vuelta, con gesto displicente, pero Archer la retuvo apoyándole una mano en el brazo.

—Señorita Somerset…

Ella se volvió, llevando la mirada lánguidamente a la mano en su brazo.

—Le prometo que la sacaré de aquí, pero necesitaré un poco de tiempo para hacerlo. ¿Hay algo que le impida esperarme?

Ella pareció pensar.

—Sólo Freddy Colson. Mi padre se obstina en que me case con él. Y no sé cuánto más podré rehusarlo.

—Entonces, Freddy tendrá que irse.

—¿Irse? —lanzó una cantarina carcajada—. Freddy se aferra a mi padre como una ostra a su concha.

—Yo abrí conchas durante mi temporada como perlero. Sólo es necesario un buen cuchillo para separar a una ostra de su valva.

—Quizás sea entonces el hombre para esa tarea, pero ¿me permite sugerirle que separe a Freddy de mi padre con un poco más de delicadeza? —inclinó la cabeza y levantándose las faldas, cruzó la habitación para hablar con alguien más.

Tom se acercó a Archer. Sebastian Somerset había ido al Hotel Rosebuck el día anterior, apenas una hora después de que Tom y Archer desembarcaran del Odyssey en el muelle tras largos meses en el mar. Somerset no había tardado nada en agradecer a Archer que le salvara la vida a Nakanishi e invitarlo a cenar. Archer, sorprendido de que Somerset reaccionara tan rápido, había solicitado su permiso para llevar a Tom. Se alegraba de haberlo hecho. Tom, con sus pulidos modales y elegante presencia, le daba credibilidad frente a la crema de la sociedad de Broome, reunida allí esa noche. Aunque Archer, que había trabajado como sirviente, sabía cómo comportarse en un sitio así, ya se estaba impacientando.

—¿Qué te parece esta casa? —le preguntó a Tom.

—Bonita —dijo Tom, demostrando una vez más las diferencias entre los dos—. Está claro que la señora Somerset ha ido a Singapur de compras. Yo podría ser feliz en una casa como esta.

—Pues no tendrás una casa como esta —dijo Archer con un bufido— si no nos compramos un lugre y comenzamos a sacar madreperla por nuestra cuenta.

—¿Sigue siendo tu intención?

—¿Qué otra posibilidad tenemos? Es lo mejor que se me ocurre.

—Aunque utilizáramos todo el dinero del que dispongo, no nos alcanzaría para comprarnos nuestro propio lugre. Quizás dentro de un año o dos.

—Tendremos un lugre en cuanto mejore el tiempo y podamos echamos a la mar nuevamente.

—¿Qué sabes que yo ignoro?

—Sé que no tengo tiempo que perder.

—Ten cuidado de que la prisa no te haga correr demasiados riesgos, Archer. O que hagas daño a alguien. Somos jóvenes y podemos esperar.

Pero Archer había dejado de ser joven el día en que su madre lo dejó en la puerta del orfanato. Le dirigió a Tom una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes. Conseguiremos ese lugre y yo tendré a la señorita Somerset, ya verás. Sonríe y vayamos a encantar a los nativos.

Tom se excusó después de la cena, Los demás invitados serían agasajados con un concierto por un cuarteto de cuerdas acompañando a una soprano local que se especializaba en Stephen Foster. Tom le explicó a Jane Somerset que, como acababa de desembarcar, tenía cuestiones que atender y después de dedicarle un número suficiente de cumplidos a su casa y su hospitalidad, ella lo dejó ir sin protestar.

Se sintió aliviado de poderse retirar. Desde su retorno a Broome había estado demasiado ocupado supervisando el desembarco del cargamento del Odyssey para intentar localizar a Sauce. Había logrado escaparse unos momentos e ir hasta la lavandería, pero la sofocante habitación donde se habían conocido era ahora una casa de comidas china. Intentó averiguar lo que había sucedido, pero nadie había querido ayudarlo.

Decidió recurrir a Wong Fai, el cocinero del Odyssey, con quien había establecido una buena relación durante el período en alta mar. Esperaba que lo pudiese ayudar. Tom tenía pocas esperanzas de que Sauce se encontrara en Broome, pero no podía evitar buscarla.

Encontró a Wong en la trastienda de una sastrería.

—¿Algún problema, jefe? —preguntó Wong, haciéndose a un lado con una cortés inclinación.

—No hay ningún problema —respondió Tom, cohibido al invadir la vida privada del chino—, pero me gustaría pedirte un favor. Busco a Lian, la hija de Sing Chung. La lavandería ha desaparecido y no puedo encontrarla.

Wong permaneció en silencio, pero a pesar de ello se percibía desaprobación en sus labios apretados y la postura de su cabeza.

—Sí, ya sé que es una locura —dijo Tom—, pero sabes que no quiero hacerle daño. Sólo deseo saber si está bien.

—¿Cómo conoce esta mujer?

Tom le relató sus dos encuentros con ella.

—Ella dio únicamente ropa, ¿nada más?

—Sí, eso fue todo, Pero me gustó Y quiero asegurarme de que está bien. ¿Sabes si sigue en Broome? ¿Ha muerto su padre?

—Padre muerto.

—Oh, entonces probablemente ella habrá vuelto a China.

Wang no respondió.

—¿Ha vuelto a China o no?

—¿Por qué importa? Ella chica lavandería, nada más que eso.

—No sé el porqué. Pero me importa.

Wong titubeó, luego entrelazó las manos y negó con la cabeza.

—Ella en China ahora. Mujer casada. Aquí no más.

—Ya veo —dijo Tom, pero no lo tenía nada claro, porque sospechaba que Wong mentía. La forma en que se apoyaba en un pie y luego en otro y el modo en que evitaba mirarlo se lo indicaron, así que probó una nueva táctica—. Si Lian no se hubiese ido a la China, ¿dónde supones que estaría ahora?

Wong pareció aliviado, como si hubiese cumplido con su deber y ahora pudiese decir la verdad.

—Joven como ésa tiene muchos hombres que quieren. Quizás uno la lleva, la esconde.

Tom sintió que la alarma lo invadía.

—¿Y dónde crees que la escondería un hombre si ella se encontrase en Broome?

—Mucho sitio esconder joven. En barco. En habitación —titubeó un segundo y luego se encogió de hombros—. O si hombre tiene casa de juego, esconde arriba con otras mujeres que tiene.

Su alarma crecía, pero Tom asintió con la cabeza pacientemente.

—Un hombre que quisiera una chica como ésa probablemente sería chino, ¿verdad? Si la chica no estuviese casada y viviendo en la China.

—Sí. Hombre importante. Dinero importante.

—Y si algo por el estilo hubiese sucedido, ¿cómo se sentiría la gente, crees tú, si alguien fuese a encontrarla y ayudarla?

—Algunos está feliz. Otro trata de matar hombre que ayuda.

—Entonces, ¿cómo podría protegerse el hombre que tratase de ayudar?

—Quizás hombre trae amigos. Si hombre viene de barco, él lleva tripulación a casa de juego. Tripulación monta riña, él va arriba, busca joven.

—Gracias, Wong —dijo Tom, disponiéndose a irse.

—Recuerde, hija Sing en China. Casada ahora…

La puerta se cerró detrás de Tom antes de que Wong terminara la frase.

Le resultó fácil encontrar a Bernard y a Juan. Ahmed y Reece le llevaron más tiempo, pero una vez que Tom los localizó, ellos y todos los demás estuvieron dispuestos a ayudarlo. Incluso Toshiharu, cuya cojera era peor en tierra, quería unirse al grupo. Llevaron armas de lo más variopintas, incluyendo algunas que Tom no había visto en su vida y esperaba que nadie tuviese que usar. El único miembro de la tripulación que faltaba además de Wong era Archer, que seguía en casa de los Somerset. Aunque Tom lamentó no tener a su amigo, no quiso esperar. En las circunstancias en que se hallaban, la rapidez era más importante que el número.

Cuando le contó a Juan su conversación con Wong, a él se le ocurrieron dos personas que podían ser el misterioso dueño de la casa de juego.

—Primer hombre, él tiene casa grande, pero no creo es ése. Sólo juegan *mah-jongg* allí, mujer vive arriba —dijo Juan, haciendo con el dedo el gesto de cortar el pescuezo—. Ella no contenta si él trae Sing Lian.

—¿Y el otro? —preguntó Tom, tratando de no imaginar lo que ya le podría haber sucedido a Sauce.

—Ése creo sí. Sitio peligroso. Mucho dinero va viene. Bobby Chin, dueño, tanto dinero compra pueblo en China.

—¿Qué sabes de él?

—Muy malo. Mandarlo China rápido, pero da dinero ciudad, mucho dinero. Cómo hace dinero malo, muy malo. Trae opio. No sólo pasarlo bien, sino mucho, mucho. Su propia gente enferma.

—Entonces, allí es donde iremos —dijo Tom—. Roguemos que sea ese el sitio.

Para llegar al tugurio, tuvieron que entrar a través de un almacén y sortear a un guardia que se quedó detrás gritando. Al fondo del galpón, Juan señaló una puerta y Tom la abrió de golpe, preparándose para la pelea.

La habitación estaba llena de humo y ruido. Los hombres conversaban sentados en bancos o de pie en corrillos alrededor de las mesas donde se jugaba. En las paredes de chapa colgaban carteles con anotaciones en chino y había un hombre frente a ellas anotando lo que otro le gritaba al oído.

Se fue haciendo un silencio paulatino a medida que la concurrencia se daba cuenta de la presencia de los hombres del Odyssey. Un hombre de pantalones kaki y camisa negra se les acercó.

—Bobby Chinn —informó Juan.

—Estamos aquí para gastarnos el dinero —le dijo Tom.

—No bienvenido.

Tom era más alto que Chinn, y Bernard más alto aun. Tom dejó que el silencio se extendiese un momento mientras observaba a su oponente. Luego se acercó a él hasta que se hallaron nariz con nariz.

—¿Quiere crear problemas, Chinn? Haré que uno de mis hombres llame a un oficial de policía.

La expresión de Chinn se oscureció y Tom aprovechó su ventaja.

—Si yo fuese usted, no me gustaría que viniesen el sargento y sus hombres a mi local.

—Quedarse poco tiempo. Sólo poco tiempo. No problemas.

—¿Por qué íbamos a crear problemas?

Chinn se hizo a un lado.

Al entrar, Tom no había visto ninguna salida de la habitación, aparte de la puerta por donde habían entrado. Pero ahora notó una muy disimulada en el hierro corrugado, obviamente la entrada al segundo piso.

Tom sacó una libra y la puso sobre la mesa de *fantan*.

—¿Cómo se juega?

—Dividen las fichas en cuatro montones. Apuestas sobre la cantidad de fichas que quedan —dijo Juan, acercándosele.

Otros hombres se acercaron a hacer sus apuestas y Tom se hizo a un lado mientras el hombre detrás de la mesa comenzó a dividir las fichas tan rápido que apenas se podía seguir el movimiento de sus manos. Sin embargo no importó, porque en ese momento Bernard lanzó un aullido y volteó una mesa en el otro extremo de la habitación.

—Comenzamos —dijo Tom por lo bajo.

Juan ya se dirigía a echarle una mano flanqueado por Toshiharu, que había arrancado una pata de la mesa y la blandía con sorprendente habilidad. Ahmed y Reece se habían abalanzado contra dos hombres que lo trataban de atacar, y el resto de la concurrencia se disponía a defenderlos.

Tom sorteó la mesa y se dirigió a la puerta.

—Conque eso era lo que pretendía, ¿eh? —dijo Chinn, intentando cortarle el paso.

Pero Tom, que se esperaba una reacción por el estilo, le dio un puñetazo en la mandíbula y lo desmayó. Pasó por encima de su cuerpo y abrió la puerta, subiendo los escalones de dos en dos.

El segundo piso consistía en un estrecho pasillo al que se abrían varias puertas. Tom las abrió a medida que pasaba.

—¡Lian! ¿Dónde estás? ¡Soy Tom! —gritaba con urgencia porque sabía que contaba con poco tiempo para encontrar a Sauce antes de que Chinn se recuperase.

Avanzó por el pasillo, abriendo las puertas. Oyó un ruido detrás de la última mientras trataba de abrirla. Estaba cerrada con llave.

—¿Lian? ¿Sauce? —forcejeó con el picaporte—. Soy Tom, ¿puedes abrirme?

Oyó un sollozo, pero no hubo otra respuesta.

—Lian, ¿eres tú? —frustrado, retrocedió todo lo que pudo y echó todo su peso contra la puerta una y otra vez hasta que cedió.

La habitación no tenía ventana y en la mortecina luz que provenía del pasillo vio que Lian se hallaba sentada en una sucia manta en el suelo, sollozando.

—Sauce —se arrodilló en el suelo y le puso las manos en las mejillas para elevarle la cara hacia él. Ella llevaba el cabello suelto que le colgaba en mechones enredados hasta la cintura de la oscura túnica—. Todo está bien.

—Estoy muerta —dijo ella—. Déjame.

—No, estás viva. Y yo estoy aquí para ayudarte.

—Bobby Chinn me ha matado.

—¡Maldición! Mataré a Bobby Chinn. ¿Te ha hecho daño?

Ella sollozó más fuerte.

—Yo estoy contigo ahora. Pero tenemos que sacarte de aquí. Puede que nos mate a los dos si no salimos.

—No soy digna. Soy una estúpida.

Poniéndose de pie, él la tomó de las manos y la hizo levantarse a pesar de su resistencia.

—Tienes que ayudarme. Será más fácil si no te tengo que llevar en brazos.

—Déjame.

—No te dejaré, Sauce, tienes que colaborar.

Finalmente ella asintió levemente con la cabeza.

—Bien —dijo Tom dirigiéndose a la puerta y preguntándose cómo sacarla de allí. La llevó de las manos a otra habitación, buscando una abertura, alguna forma de escapar. Esa habitación estaba conectada con otra y la segunda tenía una ventana que daba a un desvencijado balcón. Abrió la ventana con un golpe del tacón y salió al exterior, haciendo pasar a Lian con cuidado por los cristales rotos.

—El salto al callejón no es demasiado. Yo iré primero y luego te recibiré a ti. Mira cómo lo hago y luego haz lo mismo. ¿Puedes hacerlo?

Lian seguía sollozando, pero logró asentir con la cabeza.

—Obsérvame y haz exactamente lo que hago yo. Yo te recibiré.

Se oyó un ruido en la escalera y Tom consideró la posibilidad de tirarse con ella en brazos, pero estaba seguro que se haría daño si lo hacía así, por lo que se agarró a la barandilla y pasó al exterior, deslizándose por los barrotes todo lo que pudo hasta

dejarse caer a la calle. Con el impacto trastabilló hasta recobrar el equilibrio. Se situó bajo el balcón y tendió los brazos.

—Salta. Hazlo ahora, antes de que te encuentren.

Suponía que ella titubearía, incluso dudó sí lo haría, pero mientras la observaba, ella se elevó por encima de la barandilla y se dejó caer como él, cayendo en sus brazos.

Sauce se cepilló el cabello con manos trémulas. Se hallaba sola en una habitación, pero esta vez llevaba una túnica limpia y la puerta no tenía cerrojo. Era una habitación limpia y ordenada, con una cama con sábanas limpias y una cómoda junto a la ventana.

Después de golpear suavemente la puerta; entró Tom.

—Te he traído la cena —dijo, poniendo una bandeja sobre la cómoda—. No sé lo que te gusta, así que he pedido lo que tenían. Parece pastel de carne. Y también pan y té —se dio vuelta—. ¿Te encuentras mejor, aunque sea un poquito?

A ella le gustaba mirarlo. Había pensado mucho en él desde la primera vez, pero nunca pensó verlo nuevamente, ni tampoco que él la encontrarla en esas condiciones. Desvió la vista con la esperanza de que él lo hiciera también. No era digna de que la mirase.

—¿Por qué me ayudas?

—Sauce, no te mereces lo que te sucede. ¿Crees que te podía dejar en un sitio como ése una vez que me enteré de que te hallabas allí?

—No tendrías que haber venido. Estoy muerta.

—Respiras. Te late el corazón.

—Bobby Chinn me mató.

—¿Quieres contarme cómo acabaste en ese sitio?

Ella lo miró y sacudió la cabeza.

—Da igual cómo haya sucedido. Lo importante es que ahora estás a salvo. Encontraremos un sitio para que vivas. ¿O quieres irte a China ahora? —dudó.

—No puedo volver. Estoy muerta.

—¿Porque Chinn te raptó?

No había palabras para responderle.

—¿Porque Chinn te violó? —preguntó suavemente.

Ella no se horrorizó al oírlo. No había nada que la volviese a horrorizar.

—Yo era una hija obediente. Iba a casarme con un hombre honorable, pero cuando mi padre murió, no fui a China como sabía que tenía ir.

Tom se acercó a la cama, donde ella se hallaba sentada y se puso en cuclillas para que ella no tuviera que mirar hacia arriba.

—¿Qué sucedió?

—Soy de un pueblo de China, pero no lo soy, ¿comprendes?

—¿Naciste allí pero vives aquí desde que eras niña?

—No quería ir. Soy una extranjera, sin familia. Aquí aprende inglés, a leer y escribir. Mi padre no comprende. Me castiga cuando trata de explicarle.

—Prosigue.

—Broome mi hogar. Cuando mi padre muere, tomé el dinero de mi billete a la China y alquilo una habitación. No quería ir a China. Sabía que había trabajo aquí. Yo desobedece mi padre y estoy maldita.

—¿Chinn se enteró de que estabas sola y te raptó?

—Me promete un trabajo en su tienda. Yo sabía que él no buen hombre, pero pensé poder mantenerme alejada.

—Pero no pudiste —le dijo él con voz tan suave, tan dulce, que los ojos se le llenaron a Lian de lágrimas nuevamente.

—No tienes ser tan amable. Yo he sido hija desobediente y recibe castigo.

—No, sólo eres una mujer que creyó en quienes no se lo merecían.

—Ocurren cosas malas porque yo no escucha.

Él la tomó de las manos y ella no se apartó. Estaba muerta y no importaba.

—Sauce… —le estrechó las manos—. Tú fuiste criada aquí, donde las mujeres tienen más participación en su destino. Te habían educado, tenías una perspectiva distinta de las cosas. Lo que hiciste era comprensible, pero porque…

Ella levantó la vista cuando él se interrumpió.

—¿Porque desobedecí a mi padre?

—No, porque eres china, no tenías a nadie aquí que te defendiese después de la muerte de tu padre —dijo él con la tristeza reflejada en los ojos—. Chinn es un hombre poderoso, y tu propia gente tenía miedo de enfrentarse a él. Y la demás gente de Broome no quería intervenir.

—Pero tú no tuviste miedo.

—Si hubiese estado aquí —dijo él en tono duro—, nada de esto hubiese sucedido. Lo siento.

Ella no comprendía. Había hecho algo terrible, que no merecía perdón, sin embargo parecía que Tom se sentía culpable de ello.

—Yo soy quien ha perdido el honor.

—¿Perdido el honor, no muerta? —alargó la mano para tocarle una lágrima que se le deslizaba por la mejilla—. Estamos mejorando.

—Ahora no me puedo casar. Mis hijos serán parias. Ninguna mujer me dejará servir en su casa. Sólo puedo vivir como Bobby Chinn lo planeó.

—¿Como una prostituta?

—Estoy muerta.

Él se sentó sobre los talones.

—¿Cuándo has comido por última vez?

Ella meneó la cabeza, mirándolo sin verlo.

—Una muerta no come.

—Una muerta tampoco habla o camina, o llora.

—Pronto no hago ninguna esas cosas —respondió ella, levantando la barbilla.

—Sauce, no eres culpable de lo que Chinn te ha hecho. Eres una mujer educada e inteligente. Estoy seguro que la mujer de un capitán perlero te contratará como niñera o ama de llaves. Hoy he conocido a gente importante. Puedo encontrarte un empleo. Ten fe en mí.

Sintió una punzada de algo similar a la rabia, lo que la hizo sentirse viva.

—¿Qué tiene hacer por tu ayuda? ¿Las cosas que hacía Bobby Chinn?

—¿Por qué estabas sola en esa habitación?

—Un hombre iba dar mucho dinero. Chinn me mantuvo separada de los otros hombres.

—Entonces Chinn no… ¿Crees realmente que yo fui a buscarte porque quiero algo de ti?

—Es algo que todos los hombres desean.

—Todos los hombres lo desean, pero no todos los hombres lo toman. No te tocaría nunca a menos que tú.

—¡Yo no deseo nada! Estoy…

—Muerta. Ya sé que piensas eso.

Nuevamente sintió el aguijonazo de la rabia.

—¿Piensas que lo sabes? Tú eres un hombre. Yo no soy nada. ¡Estoy sola!

—No, no lo estás. Me tienes a mí, y yo no te dejaré morir de hambre o vender tu cuerpo, o permitir que esto pueda contigo.

—Quiero morirme.

La rabia había desaparecido y dejado en su lugar una tristeza tan profunda que apenas si la podía soportar. Apoyó la cabeza en las manos y comenzó a sollozar nuevamente.

—Llora, cielo —dijo Tom, sentándose en la cama con ella y tomándola en sus brazos—. Los últimos días fueron terribles, pero te juro que todo será distinto desde ahora.

—¿Por qué?

Él suspiró, y la tristeza se reflejó en su rostro.

—Pensé con frecuencia en ti cuando estaba en alta mar, aunque sabía que no debía hacerlo, porque tú te ibas a casar. Pero no pude olvidarte. Así que cuando volví, tuve que asegurarme de que te habías ido. Entonces, me dije, abandonaría tu recuerdo.

Ella había perdido el honor y era indigna, pero eso no le importaba a ese hombre, ese guapo americano de ojos amables y alma tranquila. Había arriesgado su vida por ella y no le pedía nada a cambio.

Sin embargo, la deseaba. Ella lo presentía. Y eso era algo bueno, algo que la ayudaría a olvidar la forma en que Bobby Chinn y el otro hombre, que la habían desnudado y mirado sus pechos con ojos duros y fríos antes de ofrecerle dinero a Chinn. Ella estaba muerta para su propio pueblo, pero no estaba tan muerta por dentro cómo creía.

—A ti haré lo que no hacer a Bobby Chinn y al otro hombre —dijo ella suavemente—. Haré por ti porque tú no dejar ir aunque es lo que debe hacer.

—No, ni siquiera me conoces —negó él con la cabeza, pero con las manos le estrechó los hombros—. Y eres una buena mujer, a pesar de lo que crees de ti misma. Te mereces el matrimonio y yo no sé si se me permitirá casarme contigo aquí, o el tipo de vida que te puedo ofrecer. Ya habrá algún otro hombre a quien no le importe lo que te ha sucedido, un hombre que te tome por esposa, a pesar de Chinn.

—No, no habrá hombre así. Porque lo que no hacer a Bobby Chinn, haré a ti.

Se inclinó hacia él y antes de que pudiese protestar y le presionó los labios con los suyos. Su piel era cálida y suave, y olía a jabón. Él gimió contra sus labios e intentó apartarla. Ella levantó la cabeza y vio en sus ojos lo que él quería negar.

—Tú dice que no estoy muerta, Tom Robeson. Si eso así, tiene que demostrarme.

—Sauce…

Ella lo volvió a besar y él dijo su nombre nuevamente, pero de forma distinta esta vez. Le sintió las manos bajo el pelo, cálidas y fuertes a través de la fina tela de la túnica. Se apoyó contra él, apretó los senos que los hombres habían mirado con frialdad contra el pecho de Tom, hasta que la cálida dulzura de su cuerpo se los limpió.

—Te daré lo que ellos habrían tomado —susurró.

Él lanzó un profundo gemido y la estrechó entre sus brazos.

Y ella descubrió que, después de todo, estaba viva.

Capítulo 6

Colson era un hombre insípido con escaso pelo que se le pegaba al cráneo como algas mojadas. Aunque era capaz de recitar precios y datos de la industria perlera como un texto, el resto de su conversación se hallaba circunscrita al tiempo, con énfasis en su efecto sobre el negocio.

—Parece divertirse aquí —le dijo Archer cuando el cuarteto de cuerdas y la desafinada soprano acabaron su concierto—. Dígame, ¿hay algo en Broome que podría hacer la vida más placentera estos próximos meses?

Colson lo miró escandalizado, como si una vida placentera fuera el preámbulo a la degradación.

—Trabajo muchas horas para el señor Somerset y encuentro que es una recompensa suficiente.

Hacer caer a Colson había sido en principio una mera cuestión de negocios, pero ahora Archer decidió.

—¿De veras? ¿No bebe usted, ni juega? —bajó la voz—. ¿Ni persigue a las damas? Estoy seguro de que un hombre con un futuro tan prometedor como el suyo estará muy solicitado.

—Trabajo demasiado para preocuparme de ello —se ruborizó Colson.

—Todos necesitamos un poco de diversión. ¿Por qué no pasamos el resto de la noche juntos? Soy nuevo en Broome y no sé dónde se puede entretener un caballero. No hay demasiados caballeros de verdad en la ciudad, ¿no cree? —añadió, bajando la voz.

—No hay demasiados sitios donde usted se sentiría cómodo —dijo Colson, sucumbiendo a la tentación.

—Por eso necesito su ayuda.

—Supongo que no tiene nada de malo.

—¡Bien dicho! —le palmeó Archer la espalda—. ¿Nos despedimos, pues? Me parece que la señorita Somerset se aproxima.

Viola se acercó, como si fuese a ayudar.

—El señor Colson ha accedido a mostrarme la ciudad —le informó Archer, después de que intercambiaran unas frases de cortesía.

—Estoy segura de que estará en excelentes manos. Freddy no lo llevará por el mal camino, ¿verdad, Freddy?

Freddy pareció escandalizarse levemente de que a Viola se le ocurriese algo así.

—El señor Llewellyn quiere ver todo lo bueno que le pueda ofrecer nuestra pequeña ciudad.

—Me da la impresión de que el interés que el señor Llewellyn pueda tener en lo bueno es… —titubeó, con una sonrisa dibujada en los labios.

—¿Profundo? —sugirió Archer—. ¿Sincero?

La sonrisa se amplió.

—¿Son las palabras uno de sus muchos talentos?

—Veremos.

Archer y Freddy se despidieron de ella y después de que Archer se ocupase de agradecerle a sus padres la invitación, Freddy y él partieron a pie.

—La señorita Somerset parece muy interesada por usted —dijo Archer cuando se hallaban encamino.

—¿Lo cree usted así? —preguntó, dudoso.

—Según mi larga experiencia, diría que las señales están allí.

—La verdad es que me parecía que trataba de humillarme.

—Como lo hacen los enamorados con tanta frecuencia —lanzó Archer una risilla conspiradora.

—A su padre le gustaría que nos casásemos, y yo le debo tanto que me casaré con Viola si eso es lo que él quiere. Después de todo, sería una forma de afianzar mi posición en Somerset & Co.

—Estoy seguro de que todas las empresas de la ciudad quisieran tenerlo en su nómina, Freddy —dijo Archer, considerando la idea de matarlo ahí mismo. Pero la descartó rápidamente. Él sería el primer sospechoso. Todos los habían visto salir de la fiesta juntos.

—Otros me han solicitado, por supuesto. Pero le debo mi lealtad al señor Somerset.

—Usted es un empleado fiel —le palmeó Archer la espalda—. Vale su peso en oro.

—Sí. Supongo que sí —dijo Freddy, satisfecho.

Archer también estaba satisfecho. Ya sabía cómo iba a hacer que Freddy Colson se cayera de bruces.

—Iremos primero al Conti —dijo éste—. Es el sitio para hombres como nosotros.

Al oír a Archer volver a la habitación contigua, Tom se levantó, pero Sauce siguió durmiendo. Estaba tan exhausta que no se despertaría en horas. Tom se vistió y se dirigió a la habitación de Archer, golpeando suavemente con los nudillos antes de abrir. Éste le hizo señas de que entrase.

—Estuve de bares con Freddy Colson, el ayudante de Somerset.

—Seguro que tienes algo escondido en la manga.

—Exactamente —dijo Archer con una sonrisa—. ¿Qué has hecho tú? —se desvistió hasta quedarse en ropa interior y vertió agua de la jarra en la jofaina.

—Oye, Archer, ha sucedido algo que tienes que saber —dijo Tom, sin saber por dónde comenzar.

—¿Ha vuelto Garth? —preguntó Archer, ansioso por recibir el resto de su paga.

Tom inspiró profundamente y comenzó el relato de los acontecimientos de la noche.

—A ver si te he comprendido bien —dijo Archer, secándose con la toalla—. ¿Tú y la tripulación os metisteis en lo de Chinn y sacasteis a la chica? ¿Se encuentran todos bien?

—Todos bien. Estaban esperando fuera cuando escapamos. Sólo unas magulladuras.

—¿Y qué sucedió después?

—Me traje a Sauce aquí.

—¿Te la trajiste aquí y te acostaste con ella?

—No era mi intención, pero sucedió.

—¡Es china! ¡Quién sabe lo que te podrás haber pillado de una mujer como ésa!

—No hay ninguna probabilidad de que pillase nada porque era virgen —dijo Tom, sintiendo que el enfado le hacía un nudo en el estómago—. Esto complica las cosas. Lo siento.

—¿Que complica las cosas? ¡Claro que las complica! ¡Es una maldita china! ¡Dios Santo, Tom! ¿Qué dirán tus padres si descubren que tienes una amante china? ¿Crees que te dejarán volver a casa?

Tom se dijo que Archer era así, que era el Archer de siempre, el Archer que le había salvado la vida.

—Una esposa china.

—Oh, dime que no vas a casarte con ella. ¿Has perdido la cabeza? ¿Adónde iríais? ¿Dónde viviríais?

—Creo que aquí. Mucha gente nos retirará el saludo, pero haríamos otros amigos. Y criaremos a nuestros hijos para que sean ciudadanos decentes.

—¿Y ellos con quién se casarán? ¿Con chinos o blancos? ¡Quizás lo hagan con algo nuevo y distinto! ¿Tienes derecho a hacerles esto? ¿No quieres algo mejor para ellos?

—La quiero a ella. Quiero que la conozcas.

—No —dijo Archer, meneando la cabeza—. Conozco todo lo que necesito. Hace mucho que no estás con una mujer. Has encontrado una virgen que te ha permitido que la llevases a la cama y crees que te has enamorado. Te destruirá la vida.

—Me hará feliz.

—¿Has considerado el efecto que ello tendrá sobre mi vida?

—¿A qué te refieres? —preguntó Tom, frunciendo el entrecejo.

—Todos saben que eres mi socio. Cualquier posibilidad que tenga de respetabilidad se destruirá.

—Tú no tienes intenciones de instalarte aquí, sólo quieres hacer suficiente dinero para comprar tierras en Victoria.

—¡Y no podré hacerlo a no ser que la gente de Broome confíe en mí!

—¿Quieres que dejemos nuestro acuerdo? —preguntó Tom, que siempre era justo.

—Quiero que pienses sobre lo que estás haciendo. Hay muchos blancos con amantes orientales. La gente simulará no enterarse si tienes una, pero nos destruirás a ambos si te casas con ella. Si piensas hacer semejante tontería, espera a que yo me haya ido. Somos socios. Compañeros. ¿Eso no cuenta?

—Sabes bien que sí.

—¿Te lo pensarás?

A Tom no le gustaba la idea, pero las preocupaciones de Archer tenían fundamento. Era verdad que sus actos afectarían a su amigo, Y le debía su vida. A ello se sumaba la inseguridad sobre si a él y Sauce les permitirían llevar una vida juntos de; verdad. Se vio forzado a asentir.

—Lo pensaré.

—Bien.

—Es todo lo que un hombre desearía por esposa, Archer.

—No. Te has olvidado de lo más importante, Tom. No es blanca.

Tom instaló a Sauce en un *bungalow* en una parte de la ciudad donde vivía gente de distintas razas. La casa tenía tres habitaciones, pero había un pequeño jardín al que daba una galería con celosías. Ella estaba tan contenta como si le hubiese construido un castillo.

Luego, tomando la precaución de hacerlo a plena luz del día, se fue a ver a Bobby Chinn a su tienda. Chinn salió de detrás del mostrador cuando lo vio llegar.

—Tiene chica me pertenece. Yo recupero lo mío.

—Pues sería una idea muy mala. Tengo todo tipo de información que puedo llevarle a la policía. Datos interesantes, como cuánto opio ha entrado usted en el país, o cuántos inmigrantes ha entrado de contrabando.

—No puede probarlo.

—¿Usted cree que no? —preguntó Tom, sacando un grueso sobre del bolsillo de la chaqueta—. Tengo declaraciones aquí de gente que participó en todas esas operaciones, gente que usted ha engañado. Estaban más que dispuestos a ayudarme.

Chinn no pareció preocupado.

—¿Qué tiene que hacer?

—Sólo deje a Lian en paz. No le hable, no se acerque a ella. Alguien la estará cuidando cuando yo esté fuera. Si usted o su gente la molesta, la policía recibirá esto en cuestión de minutos.

—Puede encontrarle una chica mejor —dijo Chinn después de pensárselo un rato—. Más joven y bonita.

Tom lo agarró de la pechera de la camisa.

—Es usted despreciable, y lo mataré si alguna otra vez se dirige a mí o a los míos.

Chinn empujó a Tom y se enderezó la camisa.

—¿Está claro?

Chinn no asintió, pero estaba claro que habían llegado a un entendimiento. Tom, que lo único que tenía en el sobre era un informe escrito de rumores que conocía todo el mundo, había ganado.

Archer también estaba ganando. Cada vez que Tom lo veía, oía historias de apuestas y ganancias. Archer pasaba más tiempo con Freddy Colson que con él, pero Tom sospechaba que se debía a Sauce. La mayoría de las veces, Archer rechazaba invitaciones a la casa que Tom compartía con ella y excepto las mañanas, que pasaba supervisando las reparaciones que le hacían al Odyssey, Tom estaba todo el tiempo con ella. Por el momento, a Tom le venía bien que Archer no lo visitara, ya que sus momentos más felices eran aquellos en que la tenía en sus brazos, mirando cómo la pesadilla de la semana anterior iba desapareciendo poco a poco.

El día en que John Garth finalmente volvió a Broome, Tom se dirigió al Hotel Continental para reunirse con Archer y celebrar el relativo éxito de la temporada. Aunque Garth se había visto forzado a parar en una isla para reparar su barco después de una fuerte tormenta, su captura había sido buena y además estaba satisfecho con la que había realizado el Odyssey.

Cuando Tom llegó al hotel, Garth ya estaba un poco achispado por un exceso de alcohol y planes para el futuro.

—Añadiré un lugre a la flota el año que viene. No, dos —le sirvió a Tom una copa de ginebra y rellenó la suya y la de Archer—. Quizás tres. Venderé el Odyssey. Es un barco muy marinero, peco demasiado pequeño —meneó la cabeza—. No es bueno para mi flota.

—A mí me gusta —dijo Tom—. Es una nave pequeña, pero ágil. Navega en el oleaje más fuerte como si nada.

—Es tuya si puedes pagarla.

Tom miró a Archer, cuyo rostro estaba totalmente inexpresivo. Conocía bien a su amigo. En el único momento en que sus emociones eran secretas era cuando estaba jugando.

—Diga el precio —dijo.

Garth lo hizo y a Tom se le fue el alma a los pies. Ni reuniendo el capital que podía traerse de San Francisco con el dinero que Archer se había ganado jugando llegarían a eso.

—Supongo que no me dejará pagarla a plazos.

—No puedo. Necesito el dinero para incrementar mi flota.

Archer asintió con la cabeza.

—Tengo entendido que es jugador, capitán. ¿Es la reputación más grande que la realidad?

—Lo fui una vez. Todos los que estamos en el negocio de las perlas lo somos. ¿No te has dado cuenta?

—¿Una vez? ¿Es que perdió la suerte?

—El mejor jugador es el que no tiene nada que perder. Cuando llegué al punto en que estaba arriesgando mi oportunidad de un futuro, dejé las cartas para siempre.

—Muy sensato —dijo Tom.

—Yo no tengo nada que perder, salvo los salarios que todavía me debe —dijo Archer—. Usted no tiene nada que perder excepto un lugre que ya no quiere más.

—¿Tus salarios contra el Odyssey? ¿Bromeas?

—Podríamos jugarnos mis salarios, entonces —dijo Archer, encogiéndose de hombros—. Si gano, me los dobla. Si gana usted, no me debe nada. Se ahorra lo que me tendría que haber pagado, lo que sumado a lo que puede conseguir por el Odyssey, le permitirá comprarse esos dos lugres que quiere.

Garth se atusó el engomado bigote. Tom supuso que rechazaría la apuesta inmediatamente, pero era evidente que Archer conocía la reputación del capitán mejor que él.

—¿Y de qué vivirías si pierdes?

Por obvios motivos, Archer no mencionó sus ganancias en el juego.

—Todavía tengo más de la mitad del adelanto que me dio cuando me enrolé. Con eso me alcanza.

—Si gano, te quedas conmigo la temporada que viene como abridor de ostras.

—No tengo nada mejor que hacer.

—¿Y tú? —preguntó Garth, dirigiéndose a Tom.

—¿Y yo, qué?

—¿Te quedarás tú también? Preferiría no perderos a los dos.

Tom se dio cuenta de que Archer le hacía una casi imperceptible señal para alentarlo.

—De acuerdo —concedió—. Me quedaré yo también. Pero tenga cuidado, Garth. Es un tramposo, y muy bueno.

—Vosotros los americanos os creéis que sois los mejores en todo, ¿no? —dijo Garth y pidió un mazo de cartas y otra botella de ginebra.

—Cuando acabe la noche, el lugre será mío —dijo Archer con serenidad—. No puede decir que no lo prevenimos, capitán.

Sauce no dormía cuando Tom llegó esa noche a casa. La habían educado para que fuese respetuosa y cumpliese con sus obligaciones. Y aunque el poco placer que estaba destinado a ella debía proceder del orgullo de haber cumplido con esmero con su papel en una sociedad de antiquísimas costumbres y leyes, ella había abandonado todo ello para vivir como concubina de un hombre que la adoraba.

Nunca había pensado que podría conocer a un hombre al que abrirle su corazón. Pero Tom quería saber hasta el más mínimo detalle sobre ella. La alentaba a que hablase y luego recordaba los detalles para poder ajustar su vida a la de ella. Si ella le decía que le gustaban las velas a la mesa, él se ocupaba de qué estuviesen encendidas todas las noches sin que ella tuviese que pedírselo. Si ella le decía que le gustaba ver nacer la luna llena, él se aseguraba de dar un paseo con ella cuando el reflejo de la luna era como una escalera en las marismas.

Por ello, ella no quería perder ni uno de los minutos que pasaba con él. Así que incluso cuando él salía por las noches, ella siempre lo esperaba hasta que llegase.

Esa noche, el placer que asociaba a cada uno de los días que pasaban juntos había comenzado a disolverse. Era tan tarde que comenzó a imaginarse que Bobby Chinn se había vengado después de todo, o que se había organizado una pelea en el hotel y Tom había salido herido. Cuando él atravesó la puerta erguido y fuerte, y abrió los brazos, ella se echó a ellos corno un niño asustado.

—Tuve miedo le confesó, apoyando la mejilla contra su pecho mientras él la abrazaba.

—¿Por qué, ha sucedido algo?

—No, pero tuve miedo de que no volvieses.

—Sauce, nunca te haría una cosa así.

—Pero alguien más podría hacérnoslo, Tom. Otros podrían hacernos daño.

—No permitiré que eso pase tampoco —le levantó el rostro y la besó en la boca. Ella sintió el sabor del alcohol fuerte y supo por qué él no había vuelto antes.

—He preparado comida —dijo, cuando él la soltó.

—No tengo hambre, ¿Se puede conservar?

—Sí. ¿Quizás té?

Él la apretó fieramente contra su pecho y la sujetó allí.

—No te vas a creer lo que ha sucedido esta noche, Sauce. Sigo sin creérmelo yo mismo.

La estaba apretando demasiado, pero a ella no le importó.

—¿Qué? ¿Qué es?

—Archer y yo tenemos nuestro propio lugre, el Odyssey, el barco en el que trabajamos la temporada. Archer lo ganó esta noche a las cartas.

Ella se separó de él para poder mirarlo a la cara.

—¿Te ganaste ese barco a las cartas?

—No, fue Archer. Pero seremos socios. Su barco y mi dinero para iniciar la temporada próxima.

—¿Un hombre perdió su barco a las cartas? ¿Cómo se sentirá?

—Nada bien, por supuesto. Pero es todo un hombre, un hombre de honor. Jugó y perdió. Podría haber dejado de jugar en cualquier momento, pero no lo hizo. Y al final de la noche, cuando Archer ofreció apostar todo lo que había ganado contra el lugre, Garth eligió aceptar la apuesta.

—Jugar no es honorable —dijo Sauce, frunciendo el ceño.

—Yo no tengo ni el corazón ni el instinto para hacerlo, pero no puedo condenar a Archer por hacerlo, ¿no? Cuando nos va a significar tanto a ti y a mí.

—¿Significar tanto?

—Amasaremos una fortuna juntos, Archer y yo. Adoptará la ciudadanía australiana inmediatamente para que no haya ningún problema con la licencia. Archer no es un perlero de corazón, así que en cuanto logre el suficiente dinero, comprará tierras, Criará ganado e hijos y conseguirá un poco de felicidad por fin. Yo me quedaré aquí contigo, Sauce. Tú y yo tendremos una flota completa de lugres algún día y educaremos a nuestros hijos en Broome y encontraremos nuestra felicidad aquí mismo —la volvió a abrazar, besándole el pelo, luego la frente y finalmente, los labios otra vez.

Ella se preguntó por qué, cuando el corazón de él estaba tan ligero, ella sentía semejante peso en el pecho. Tom acababa de esbozar una vida perfecta, una vida mejor de la que ella se hubiese imaginado jamás.

Pero cuando ella cerraba los ojos, no veía la luz dorada de un futuro feliz. Lo único que veía era la oscuridad.

* * *

Archer había considerado muchas formas de hacer caer a Freddy Colson. Había descubierto su secreto la primera noche en que salieron juntos, pero la forma en que podía llevar a cabo su plan habían sido una fuente de considerable placer desde entonces. Los meses en que se interrumpía la pesca eran interminables, y el tiempo tan malo que había que entretenerse como se pudiera. Cuando las calles de Broome estuvieron inundadas por las lluvias y el moho cubrió todas las superficies, y el calor se hizo tan intenso que la lluvia se convirtió en vapor, Archer pensaba en Freddy y en lo que le estaba por hacer.

Una noche, Archer esperaba en el bar del Roebuck al sirviente de los Somerset. Había cultivado su relación con el chico durante sus infrecuentes visitas, asegurándose de darle al chico pequeños regalos y comportarse con amabilidad con él. Hacía dos noches le había solicitado un favor, rogándole al muchacho que le llevase una nota privada a Viola. Tal como lo suponía, el chico había accedido.

En su nota le había pedido a Viola que se reuniese con él, o al menos que le dijese cuándo podía visitarla en secreto, Había insinuado que tenía noticias que ella apreciaría.

Mientras esperaba que Ashwar volviese con la respuesta, Archer podía sentir que su propia tensión llegaba a un clímax. Hacía rato que había olvidado la alegría de ganarse el Odyssey. e incluso si Tom y él tenían una temporada excepcionalmente buena, estarían lejos de tener una fortuna. Viola, y la fortuna que ella representaba seguirían fuera de su, alcance. Y cuando pudiese reclamarla, ella estaría casada con alguien más.

Pero con Freddy Colson, no.

—¿Señor? —oyó Archer y se volvió, viendo al sirviente. Era un joven que no llegaba a los quince años, delgado pero alto para su edad. Siempre tenía una sonrisa para Archer.

—Parecería que hubieses nadado hasta aquí.

—Caminar igual de malo —dijo Ashwar y le entregó un paquete envuelto en lona—. Esto para usted.

—Espera, ¿quieres? —dijo Archer mientras abría el envoltorio y luego el papel sellado. Los padres de Viola estaban fuera. Tenía que ir a las nueve, pero sin carruaje por si sus padres regresaban temprano. Ashwar lo guiaría—. Iré a buscar mi guardapolvo, tengo que volver contigo —dijo Archer y volvió a la habitación a buscar las botas de goma y un guardapolvo con capa que lo protegería un poco de la lluvia. Envolvió unos documentos en la misma lona que Viola había utilizado y fue en busca del sirviente.

Cuando consiguieron llegar a la casa de los Somerset, Archer estaba totalmente mojado y sucio después de vadear calles inundadas y llenas de todo. La excitación de compartir las noticias con ella había disminuido considerablemente. Protegido por la oscuridad y una nueva tormenta que provenía del este, siguió a Ashwar y esperó en la galería posterior mientras éste llamaba a la joven.

Ella apareció después de un rato y Archer sospechó que lo había hecho esperar a propósito. Llevaba una falda violeta y un corpiño con flores bordadas. Un largo mechón le caía sobre el seno.

—Una extraña noche para venir de visita —murmuró ella como bienvenida.

—Quizás, si no soy bien recibido, tendría que marcharme antes de darte el regalo que te he traído.

——¿Un regalo? —irguió ella la cabeza—. Me intriga. ¿Qué podía darte usted a una mujer, señor Llewellyn?

—¿Qué es lo que más desearías, Viola?

Ella no pestañeó ante el tuteo.

—Un billete para salir de la ciudad. Pero dudo que me haya traído eso. ¿Por qué ha venido?

—Eso es lo que me pregunto yo. He hecho el esfuerzo de venir, y me saludas como si fuese una molestia. Un hombre prefiere una recepción un poco más cálida.

—¿Lo cree así? Pero usted es casi un extraño, señor Llewellyn.

—Archer.

Ella elevó una ceja.

—Mi nombre es Archer. Dilo —dijo él sin sonreír.

—¿Le ha afectado el mal tiempo?

—Este asunto me está afectando. Tú me afectas. Buenas noches, Viola —le dio la espalda, dispuesto a partir.

—Archer… por favor. ¿Qué has traído?

Él la volvió a mirar.

—¿Te alegras de verme, Viola?

—No lo puedo decir hasta saber por qué has venido.

—Eso no es lo que quiero saber.

Ella tenía expresión pensativa, la de una mujer evaluando sus posibilidades. Se tocó el ala del sombrero y le volvió a dar la espalda.

—Oh, de acuerdo. Me alegro de verte. Estoy aburrida, y la lluvia me está volviendo loca. Odio este país. Y me muero por saber por qué estás aquí.

—¿A mí también me odias, Viola?

—Te encuentro… excitante.

Era más de lo que él había esperado.

—¿Cuán excitante?

—Es algo que no se puede medir —dijo ella, con los ojos agrandados y una sonrisa en los labios.

—¿Eso es lo que crees?—alargó los brazos, apretándole el blanco corpiño estrechamente contra el chorreante guardapolvo de lona—. ¿Quieres comprobarlo?

Ella se retorció costra su pecho, pero antes de que pudiese protestar, él le selló los labios con los suyos, tomándose su tiempo y usando su considerable fuerza para demostrarle quién mandaba. Finalmente la soltó, y ella le golpeó el pecho con los puños.

—¡Hijo de p…!

—Mi nacimiento ha sido completamente legítimo.

—¿Cómo te atreves?

—¿No te ha gustado? ¿Aunque sólo sea un poco?

Ella levantó la mano para abofetearlo, pero él se la sujetó.

—Freddy Colson quizás te dejara abofetearlo, pero yo nunca la haré. Responderé yo mismo la pregunta, Viola. Te gustó, y bastante. Y te gustará todo lo que venga detrás una vez que nos casemos. Puedo romper estos papeles y tú hacer lo que tu padre te exija. Yo siempre podré encontrar a una mujer que desee lo que las mujeres desean.

Archer se separó y buscó dentro del abrigo de lona, sacando el paquete y desenvolviendo los documentos, que retorció entre las manos como si fuese a romperlos.

—¡No! —le detuvo, sujetando su mano—. ¿Qué es eso?

—La sentencia de muerte de Freddy. Según he averiguado, prefiere a los hombres. No sé si alguna vez logrará cumplir con sus deberes de esposo.

—¿Es eso lo que traes?

—No. He descubierto que Freddy ha estado considerando la oferta de una compañía inglesa para fundar una oficina aquí en Broome en su nombre, usando todos los trucos que aprendió de tu padre en su provecho. Tengo las cartas que escribió, una solicitud a un banco de Perth, documentos que explican con detalle los porqués. Habría usado todo lo que aprendió en el regazo de tu padre para robarle el negocio. La información sobre sus perversiones sería menos interesante, ¿no? Me temo que tu padre valora la lealtad de Freddy más que la felicidad de tu lecho matrimonial.

—¿Y dices que planeó abrir un negocio que le hiciera la competencia?

—Por supuesto que él mismo me dijo que había decidido no hacerlo. Tiene a tu padre en gran estima, pero tengo pruebas de que hizo los contactos y no hay documento que indique que se volvió atrás, sólo su palabra. Ya no será una amenaza para ti o para mí si te diese estos papeles.

—¿Si me los dieses…?

—Simplemente dime si mi beso significó algo para ti y entonces te lo daré.

Ella dio un puntapié al suelo y los salpicó a ambos con agua de lluvia.

—¡Eres un pagado de ti mismo! —dijo furiosa. Después de un momento reconoció—: Sí, significó algo, pero nunca me vuelvas a besar sin mi consentimiento otra vez, ¿comprendes?

—¿Quieres los papeles, Viola? —se los alargó.

Ella se los arrebató.

—Ya te haré saber lo que suceda cuando mi padre se entere de esto —le dijo.

—Por supuesto que no le dirás de dónde provienen.

—No soy tonta.

—¿Estás dispuesta a esperar a un hombre que te ha demostrado que lucha por tus intereses?

—Podría esperar… ahora que Freddy no cuenta más.

—Pero… ¿querrás hacerlo?

—No prometo nada —sonrió ella—, salvo que me casaré con un hombre rico.

Le dio la espalda y se dirigió a la puerta, donde se detuvo con la mano en el picaporte y lo miró.

—¿Si ese hombre eres tú? Supongo que no se me romperá el corazón —lo miró un momento y luego rió.

Él esbozó una sonrisa cuando ella se echó atrás el largo rizo que llevaba sobre el hombro y cerraba la puerta tras de sí.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 7

La tripulación del Odyssey era leal a Tom y los hombres se quedaron en el barco. Sólo faltaba Toshiharu cuando los barcos perleros, limpios y pintados se hicieron a la mar para iniciar una nueva temporada de pesca. En febrero había muerto mientras dormía y lo habían enterrado en el cementerio japonés.

Tom accedió con reticencia a que Sauce fuese a despedirlo al puerto. Una vecina, una jamaiquina, esposa de un comerciante local, se había ofrecido a acompañarla. Aunque ella nunca le había dicho nada, Tom sabía que Sauce no quería que él se fuese. Tenía una cómoda casa, y tanto los vecinos como la sirvienta cuidarían de ella durante su ausencia, pero Sauce parecía turbada y la semana anterior a su partida lo miró con ojos tristes.

A Archer también lo fueron a despedir. En el momento en que estaba embarcando, un elegante carruaje tirado, por un hermoso pura sangre se acercó. Sujetaban las riendas las delgadas y blancas manos de Viola Somerset. Su aparición en el puerto fue señal suficiente para él. Freddy Colson ya no era un problema, pues Sebastian Somerset lo había despedido y había caído en desgracia en la sociedad de Broome. La silenciosa despedida de Viola fue un buen presagio, y cuando el lugre finalmente se echó a la mar, Archer sintió que el corazón le rebosaba de esperanza.

La esperanza reinó las siguientes semanas, en que encontraron bastante madreperla. Hasta el olor al molusco pudriéndose le resultaba agradable cuando las ostras eran suyas. Durante la segunda semana en alta mar descubrió una perla de forma irregular que pareció reforzar el buen presagio. Durante la tercera, una tormenta los sacó de su rumbo, pero acabaron en una zona en la que Juan encontró más conchas que nunca hasta entonces.

Archer y Tom se quedaron conversando en cubierta esa noche.

—No seremos ricos por un buen tiempo todavía, pero si seguimos a este ritmo, nos llevaremos a casa suficiente nácar como para vivir con holgura —dijo Tom, que se encontraba de buen humor después de haber hecho una inmersión ese día.

—¿Holgura? ¿Es eso lo que quieres, holgura? —preguntó Archer, lanzando un resoplido.

—Quizás tú no, pero yo sí.

—Antes deseabas más que una miserable choza en un país extranjero y una pequeña putita oriental que te calentase la cama.

Tom se mantuvo silencioso largo rato. Luego miró a Archer con ojos llameantes.

—Mañana me habré olvidado que dijiste eso, así que no añadas nada más que lo haga más difícil de olvidar —dijo finalmente.

—Podrías tener todo lo que un hombre quisiera, pero tú lo has abandonado sin pensar! No te comprendo.

—¿No? Pues si no hubiese abandonado mi vida en California, no estaría en este barco contigo.

—¡Si no hubieses abandonado tu vida de niño rico para ir a luchar con Roosevelt, yo no habría tenido que salir huyendo de un pelotón de fusilamiento y me en contraría en Texas!

—Quizás tendrías que haber desviado la vista cuando Linc decidió matarme.

Esta vez Archer se quedó silencioso. Era un hombre que se arrepentía de pocas cosas. No se arrepentía de haberle salvado la vida a Tom, pero sí que lo hacía de la forma en que todo había cambiado desde que se instalaron en Broome.

—Quizás serías tú quien debiese recordar quiénes son tus verdaderos amigos —dijo finalmente—. Quizás deberías acordarte de quien se mantuvo a tu lado cuando las cosas se complicaron.

—Nunca he dudado de ello, Archer.

Pero Archer no estaba tan seguro.

La pelea les cambió la suerte, o al menos eso fue lo que pareció. El campo de conchas que encontraron se agotó rápidamente y las pocas áreas que exploraron luego rindieron poco beneficio también.

Después de una tormenta particularmente traicionera, la tripulación se reunió en cubierta para discutir los siguientes pasos.

—Yo creo que no debemos quedamos aquí —dijo Tom.

—Un capitán me dijo en puerto que el mejor sitio para encontrar conchas es Cygnet Bay en King Sound —apuntó Archer.

—Buena concha pero mala suerte —dijo Juan.

—¿Qué problema tiene? —preguntó Tom.

—Los agujeros se esconden en la hierba fondo. Un hombre no sabe hasta empieza a caer. Línea se corta —se encogió de hombros—, hombre muere.

—Entonces me da la impresión de que no hay que ir a ese sitio —dijo Tom.

—El capitán dijo que, tomando las precauciones adecuadas, conviene correr el riesgo.

—¿A quién le conviene, Archer? Juan es quien arriesgaría su vida —dijo Tom, pareciendo ponerse del lado de alguien más, como sucedía mucho en los últimos meses.

—¿Crees que quiero arriesgar la vida de Juan? —molesto, se enfrentó Archer con él, súbitamente decidido a defender algo que no había sido más que un comentario al pasar.

—Cygnet Bay llaman «El cementerio» —intervino Juan—. «El cementerio» mala suerte para algunos buzos, pero no todos. Buzo cuidadoso con buen operador —se encogió de hombros—, hacen mucho dinero poco tiempo. Hombres así retiran, vuelven a casa y viven resto vida sin preocupaciones.

—Yo prefiero volverme a casa con mi buzo antes que con la bodega llena de conchas —dijo Tom, con la frente arrugada de preocupación.

—Allí perlas. Muchas perlas en «El cementerio». Yo fui allí joven. Esa temporada sacó más dinero que nunca.

—¿Por qué no mencionaste ese sitio antes?

—Amigo murió allí. De mi pueblo en Filipinas.

—No sé para qué discutimos el tema —dijo Tom, haciendo una mueca de disgusto.

—Propongo que le dejemos la decisión a Juan —dijo Archer—. Él es quien correrá el mayor riesgo. Si él quiere, vayamos. Siempre podemos ir a otro sitio si ese resulta muy peligroso.

—Yo trabaja diez temporadas, más que muchos —dijo Juan, como pensando en voz alta—. No quedan muchas. Perlas hacen tremenda diferencia para mí.

—Entonces, ¿estás a favor de ir al Cementerio? —preguntó Archer.

Juan asintió con la cabeza.

Tom se tranquilizó después de dos semanas en Cygnet Bay sin incidentes. Había cuestionado la propuesta de Archer, pero según pasabas los días se preocupaba menos.

Aunque la primera semana habían pescado pocas ostras, la segunda rindió muy por encima de la media. Además, encontraron perlas. Tom encontró la primera buena perla de su vida, pero se guardó muy bien de alertar a la tripulación. Los barcos perleros se regían por una ley implícita. El abridor de conchas guardaba su hallazgo en una caja especial a prueba de robos en la cabina del capitán. Más tarde, en privado, compartía la buena noticia con el buzo, quien recibiría un porcentaje. Pero todos estaban más seguros en el barco si nadie más lo sabía. Había que evitar la envidia y la avaricia a toda costa.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Archer, que la sostenía frente a la luz.

—La mejor que hemos encontrado hasta ahora —dijo éste, devolviéndosela—. Valdrá unas cien libras, si queda bien al pulirla. Tiene una pequeña falla, pero puede que salga.

—Me gustaría quedármela y dársela a Sauce —rió Tom, tontamente satisfecho consigo mismo—. Mi primera perla.

—¿Para qué? ¿Para que cuando se vaya con otro que le haga una mejor oferta que tú, se la lleve consigo?

Tom se tragó la rabia, lo que ya le resultaba familiar.

—Me la quedaré como parte de los beneficios al final de la temporada.

Archer encontró una pequeña perla al día siguiente también, pero lo más impórtame era que Juan trabajaba turnos de ocho horas y mandaba la bolsa de red llena de conchas con mayor frecuencia que nunca.

A comienzos de la tercera semana, cuando Juan estaba a punto de sumergirse una mañana, se inclinó sobre la borda y comenzó a vomitar.

—¿Qué es lo que te sucede? —preguntó Archer, cuando Juan terminó.

—Algo enfermo dentro —dijo éste, cruzándose de brazos—. Hoy no inmersión.

—¡Infiernos! —golpeó Archer con la mano el timón—. ¿Crees que es algo que has comido?

—Puede ser curry anoche.

—¿Comiste el curry anoche? —le preguntó a Tom.

Pero éste meneó la cabeza.

—No, ¿y tú?

—Yo tampoco. ¿Y los otros?

Bernard parecía hallarse bien, pero Ahmed y Reece se hallaban asomados a la borda también y Wong Fai apareció de la bodega con aspecto pálido y tembloroso.

—El curry de anoche —le preguntó Tom— dijo Juan que estaba más picante que lo habitual. ¿Le pusiste mucho picante porque el pescado olía fuerte?

—Pescado huele fuerte. Todo pescado huele fuerte.

—Wong, lo mejor es no correr riesgos.

—No hay pescado fresco tres días. No hay carne.

Tom sabía que se les estaba acabando la comida y pronto tendrían que ir a Broome a dejar el cargamento de conchas y cargar provisiones. Se alegraba de ello porque vería a Sauce, pero no era rentable ir a puerto hasta que la bodega estuviese llena.

—No sirvas nada que no esté en buenas condiciones otra vez, ¿comprendido?

—Todo pescado huele fuerte —dijo Wong Fai, uniéndose a los otros que vomitaban en la borda.

—Hay varios hombres descompuestos —dijo Archer, pasándose la mano por el pelo, que necesitaba un corte—. Dios Santo. Justo lo que necesitábamos, un día sin trabajar, ahora que habíamos encontrado el sitio perfecto.

—Podría ser más. Juan no se puede sumergir hasta que no se encuentre bien.

—Y para entonces, se nos habrán acabado las provisiones y tendremos que ir a puerto. Luego nadie querrá volverse aquí, con lo peligrosa que resultó la travesía al venir.

—Mira —sugirió Tom, intentando buscar una solución—, mientras estemos aquí, ¿por qué no me sumerjo yo?

—Esto no es un juego, Tom —lo miró Archer, como si se hubiese vuelto loco.

—Juan no se puede sumergir, pero yo sí. Bajaré y veré lo que puedo encontrar. Ya que no nos podemos mover de aquí durante un tiempo, qué más da si probamos.

—¿Quién va a operar la bomba de aire?

—Tú.

—Se necesitan dos hombres.

—Los otros se pueden turnar. Si hacemos turnos cortos, podrán hacerlo.

—No es algo que pueda hacer un aficionado.

Tom se quedó silencioso. Se daba cuenta de la ironía de la situación. Hacía unas semanas se había opuesto a ir al Cementerio y ahora pretendía sumergirse.

—Sé que estás ansioso por encontrar madreperla. Necesitamos llenar la bodega antes de volver. Déjame intentarlo.

—¿Lo harías por mí?

—Tú arriesgaste tu vida por la mía, ¿no?

Archer titubeó, pero acabó asintiendo.

—No hagas el tonto allí abajo. Si ves que hay peligro, haz una señal y te sacamos.

—Lo haré. Te lo prometo —lo palmeó Tom en la espalda—. Pero si algo me llegase a suceder, ocúpate de Sauce, por favor.

—¿Que me ocupe de ella?

—Dale mi parte de nuestro negocio juntos. Ayúdala a invertirlo.

Aunque reticente, Archer asintió con la cabeza.

Tom se metió en el traje y Areher y Bernard lo ayudaron. Mientras Bernard le ajustaba la escafandra, pensó en Sauce. La tenía siempre en sus pensamientos y deseaba poder mostrarle el fondo del océano. Pocos hombres habían visto lo que él y sabía que siempre le causaría ilusión la inmersión siguiente.

—Prueba con pie —dijo un pálido Juan como última advertencia—. Da paso pequeño. No pisa hierba. Mira siempre.

—Tendré cuidado —dijo Tom, haciendo una seña para que le cerraran la máscara. Luego se soltó de la escalera, se ajustó la válvula del casco y comenzó su lento descenso.

Cuando casi había llegado al fondo, dio un tirón a la línea para avisar que estaba bien. La línea y el tubo de aire eran la única comunicación con el barco y existía un código que Juan le había enseñado.

Al comenzar a dar unos pasos lentos y pesados, recordó las instrucciones de Juan. Éste le había advertido de que encontraría pocas conchas allí, ya que él había sacado las que había. Cuando se convenció de que así era, hizo señales al barco para que izaran las velas para ir a otro sitio.

Su trabajo consistía ahora en ir colgando del barco mirando el paisaje marino que le indicaría que había madreperla. Juan le había dado pistas de cómo identificar el mejor sitio subacuático, pero hacerlo bien requería años de práctica. Pero si encontrase aunque fuese un poco de nácar, quizás lograría que se aflojara la tensión en el barco.

Después de cubrir cierta distancia y descorazonado ante su inexperiencia, señaló al barco para que se detuviese. Comenzó su pesado andar par el fondo nuevamente, pero la pesca no tuvo éxito, volvió a hacer señas y se dejó arrastrar nuevamente, eligiendo detenerse otra vez cuando su frustración había llegado al clímax.

Después de un rato, abandonó ese sitio también. Se dio cuenta de que se estaba cansando y que pronto llegaría el momento de ascender a descansar. Dudaba que los hombres lo volviesen a bajar.

Hizo señas para que lo arrastrasen un poco más y se sorprendió de que Bernard accediese. Se concentró en el ondulante suelo, buscando al pasar los característicos montículos, la vegetación que había cortado mecánicamente de las conchas que Juan le subía al lugre.

La fatiga lo comenzó a aplastar, o quizás el disgusto. Había creído que tenía un cierto talento para aquello, pero hoy era una prueba de que no. Se detendría otra vez, pero no lograría resultados. Bernard lo izaría y él tendría que decirle a los hombres que había fallado. Archer, siempre impaciente, haría algún comentario sarcástico y cortante. Los demás se desilusionarían.

Tiró con fuerza para que Bernard se detuviese. La señal fue automática y sólo después de dio cuenta de que la había hecho antes de que el pensamiento se terminase de formular en su mente. Miró el suelo a su derecha. El fondo era sutilmente distinto allí, las plantas más verdes. La zona parecía diferente y le dio una sensación diferente también. Le hizo señas a Bernard para indicarle dónde quería que se dirigiese y esperó a estar cerca para comenzar la prospección.

Sintió el suelo firme bajo sus pies y se movió con facilidad, con cuidado pero sin demasiada cautela. Los peces no lo distrajeron esta vez. Un pequeño tiburón le pasó por un costado, pero las burbujas lo intimidaron rápidamente y desapareció.

Encontró su primera concha a unos quince pies de donde había tocado fondo. No era buzo, pero sí que conocía las conchas y se dio cuenta de que aquella era vieja, y quizás la más grande que había visto en su vida. Esbozó una sonrisa de alegría mientras la metía en la bolsa y comenzaba a buscar más.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 8

Esa noche todos celebraron el hallazgo. Y aunque demasiado débiles para comer, los hombres brindaron con té fuerte a la salud de Tom. No había encontrado más que Juan en un día normal, pero el hecho de que encontrase madreperla parecía ser una buena señal.

—Tú abre conchas esta noche, a ver qué encuentras —le dijo Juan—. La buena suerte te sigue hoy.

Tom había pensado echar sus conchas a la pila de las que no se habían abierto el día anterior, pero se dio cuenta de que Juan consideraba importante que abriera las suyas, ya que Tom tenía el derecho del buzo a lo que tuviesen dentro.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Archer más tarde, cuando los hombres, agotados por su enfermedad, se habían dormido antes de que el cielo se acabase de oscurecer.

—Entre los dos, podremos acabar antes de que la luz se acabe —respondió Tom, sentándose para comenzar la tarea. Estaba acostumbrado a abrir conchas, pero no era una tarea que le gustase. Le daba pena separar a las ostras de sus hogares opalescentes.

—¿Cómo es allí abajo? —preguntó Archer, raspando una concha antes de tirársela a Tom.

—Otro mundo. No te lo puedes ni imaginar. Magnífico.

—Yo no podría hacerlo —dijo Archer, limpiando otra concha antes de arrojarla a la pila a los pies de Tom.

—Claro que podrías, sólo que no quieres hacerlo.

—Cada vez que te ponen la escafandra…—meneó Archer la cabeza—. Podrías morirte.

—O me podría morir en la cama, o caerme de un caballo, o envenenado con la comida de Wong.

—Nunca he dicho que no fueses a morirte con la comida de Wong —rió Archer.

—Me gusta estar allí. Cuando era pequeño, miraba las estrellas y me preguntaba quién viviría allí. Nunca lo averiguaré, pero el fondo del océano podría ser otro planeta.

—Yo no tuve tiempo de mirar nada. Estaba demasiado ocupado. Demasiado ocupado persiguiendo los novillos de alguien más y limpiando de hierbajos una huerta que no era mía. Demasiado ocupado recibiendo latigazos si no trabajaba con la suficiente velocidad.

—Según estás trabajando ahora —dijo Tom, que sabía el efecto que su dura infancia tenía en Archer—, pronto tendrás tus propios novillos.

—Mi padre trabajó como un burro toda su vida y no consiguió nada.

—Eso no quiere decir que a ti te suceda lo mismo.

—Tienes razón —dijo Archer, tirándole otra concha—, porque yo no soy igual a él. Él pensaba que si vivía correctamente, le sucederían cosas buenas. Pero yo sé que no es así. Un verdadero hombre agarra todo lo que se le pone a tiro, incluso cosas que no le pertenecen.

—Sí, eso es lo que hizo mi padre —dijo Tom, esbozando una sonrisa irónica—. Agarró todo lo que se le puso al alcance y se convirtió en un hombre rico. Pero nunca agarró lo bastante para ser feliz.

—¿Y piensas que serás feliz si vives del modo en que planeas?

—Ya soy feliz —dijo Tom, esperando que Archer comenzara a despotricar contra Sauce nuevamente, pero éste escogió la siguiente concha sin comentarios. Tom la miró mientras Archer la hacía girar entre las manos una y otra vez.

—Ésta es gigantesca.

Tom la reconoció por el tamaño.

—Es la primera que encontré hoy. Casi había perdido las esperanzas y, de repente, allí estaba.

Archer le raspó las algas que tenía pegadas y se la pasó a Tom.

—Casi que me da pena abrirla —reconoció—, por el tamaño que tiene, es la abuela de todas las demás.

Tom la sopesó en sus manos, pero dudaba que pudiese vivir después de tanto tiempo fuera del agua.

—Si nos ponemos en plan sentimental, nunca conseguirás tu primera vaca —dijo, encajando el cuchillo entre las dos valvas y haciendo fuerza a pesar de la pena que le causaba abrir una ostra de ese tamaño que por fin les había traído suerte.

Tanteó el borde con los dedos, apretando y toqueteando. Luego se detuvo.

Archer levantó la vista de la ostra que limpiaba y también se quedó quieto. No hizo la pregunta obvia. La tripulación estaba dormida, o al menos lo parecía, pero alguien podía estar todavía despierto, escuchando.

Arqueando una ceja, se inclinó adelante mientras Tom lentamente apretaba los dedos en torno a una perla y la sacaba.

—Dios Santo —susurró las palabras tan bajo que las ahogó el tintinear de las cadenas y el ruido de las olas que golpeaban el casco del lugre.

Tom se quedó mirando la perla que tenía en la mano. Era la perla más grande y magnífica que había visto en su vida, una perla más grande que un huevo de gorrión. La perla es la única gema que se extrae en su estado final, no hay que tallarla y pulirla como a otras piedras preciosas. Lavada y frotada con un paño, enseguida brilla en su total perfección.

Pero perfección no alcanzaba para describir la calidad de aquella gema.

Archer tendió la mano y al principio Tom se resistió a dársela. La hizo rodar en la palma una vez más, atesorando la sensación que le suscitó, hasta finalmente dejársela caer en la palma.

—¿Es tan valiosa como a mí me lo parece? —susurró.

—Mucho más —dijo Archer, sujetándola entre el pulgar y el índice—. Magnífica. No tiene precio.

Tom miró a la ostra que le había dado su tesoro. No había posibilidad que hubiese sobrevivido a su cuchillo, pero le resultaba imposible sacarle el bicho y echar la concha a la bodega para que la convirtiesen en botones. La volvió a cerrar y meter el animal dentro lo mejor que pudo y luego la dejó caer al agua suavemente para que muriese en su entorno conocido.

—Eres un idiota —dijo Archer a su lado, pero lo dijo con afecto—. Un imbécil redomado y sentimental, pero un excelente buzo.

Tom siempre había sido rico, pero nunca debido a su propio esfuerzo.

—Somos millonarios —dijo.

—Veamos cuánto —los ojos de Archer relampaguearon a la luz de la luna.

Despertaron a Juan. Éste abrió los ojos como platos e hizo una inspiración entrecortada.

—Nunca ver nada semejante.

—Es plateada y blanca a la vez dijo Archer—. Un color poco común. Y no veo que tenga ningún fallo —la hizo rodar con la punta del dedo—. Es tan grande como una canica, incluso mayor.

—Precio será grande para esta perla —dijo Juan.

—Una perla de gran precio —meneó Tom la cabeza.

—¿Tiene eso algún significado especial? —preguntó Archer.

—Es de la Biblia. Aprendí los versículos de niño. «El Reino de los Cielos es como un mercader que buscaba perlas y que cuando encontró una de gran precio, vendió todo lo que tenía y la compró».

—Es una perla que hará que los hombres vendan todo lo que tengan con tal de poseerla —dijo Archer, mirándola—. Y es nuestra. Podríamos comprar el Reino de los Cielos con lo que nos dieran por ella, o cualquier otro reino que quisiésemos.

Tom también la miró, pero él no veía reinos. Veía una vida tranquila con Sauce en una espaciosa casa, hijos e hijas que le enriquecerían los días, la satisfacción de que Archer se podría embarcar ahora en la vida que siempre había deseado.

—Esta perla hacer un hombre muy rico —dijo Juan—. Hacer dos hombres arrepentirse de ser socios.

—¿No alcanzará su precio para darnos a los dos lo suficiente para empezar? —dijo Tom, apoyando la perla en su palma nuevamente y saboreando su peso.

—Para empezar sí, pero no para reino. Lo que sacar por ella no es suficiente.

—Pues entonces, nos llevará una o dos temporadas más antes de que ambos tengamos lo que queremos. Al menos, vamos camino de ello.

—Y mañana nos encaminaremos a puerto. Volveremos a aprovisionarnos y ocuparnos de esta cuestión.

—¿No crees que tendríamos que quedarnos aquí mientras podamos? —preguntó Tom, cerrando el puño con la perla dentro—. En cuanto Juan se sienta mejor, se podrá sumergir, y mientras tanto yo haré lo que pueda. Hemos encontrado buenas conchas aquí.

—¿Realmente quieres tener esta perla a bordo? —preguntó Archer y Tom se dio cuenta de a lo que se refería. Perlas de menor tamaño habían causado motines.

—Tendremos que mantenerla en secreto, entonces —dijo.

Juan asintió con la cabeza.

—Creo que podemos correr el riesgo. Un par de días más en El Cementerio para llenar la bodega, y luego nos vamos a la ciudad, descargamos, y nos avituallamos —dijo entonces Tom, esperando que Archer no discutiese con él, pero no lo hizo. Se había quedado mirando la mano de Tom. Levantó la vista.

—¿Por ahora la meterás en la caja? —dijo.

Tom asintió.

La caja de las perlas tenía una ranura por donde se metían las gemas, pero no se podía abrir hasta llegar a puerto. La llave se hallaba depositada en el banco.

—Una mirada más.

Tom abrió el puño y extendió los dedos con la palma hacia arriba. La perla relució en la luz del farol.

—Caballeros, os doy La Perla del Gran Precio.

Se quedaron silenciosos, cada uno mirándola intensamente, como tratando de memorizar su imagen. Luego Tom la tomó delicadamente entre dos dedos y la deslizo por la ranura.

Archer no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos, veía la perla brillándole en la mano a Tom. En la litera contigua a la suya, Juan se revolvía en sueños.

No le sorprendería que todos enfermasen y muriesen en el océano. Entre las cucarachas, las ratas, el agua potable en mal estado y la mala calidad de la comida, lo lógico era que enfermasen todos.

Odiaba la vida de los buscadores de perlas. Pero más que todo, esa noche odiaba la alegría que había sentido al ver La Perla del Gran Precio por primera vez.

¡Qué idiota había sido! Por unos momentos pensó que la perla le cambiaría la vida. Se había imaginado yendo a Broome para contárselo a Viola y mostrarle la perla a su padre. Sebastian Somerset se había mantenido a distancia después de su

inicial agradecimiento por el rescate de Nakanishi, pero la perla lo habría hecho cambiar de actitud.

Lo habría hecho cambiar de actitud si la perla le hubiese pertenecido a él solamente.

Un dueño sería lo bastante rico para comprar tierras y ganado, especialmente si tenía un lugre que vender y la bodega casi llena de madreperla.

Pero los beneficios compartidos tendrían que reinvertirse en la sociedad. El dinero podría utilizarse para ampliar la flota y así convertirlos en capitanes perleros, que reinvertían cuando la temporada era buena y se ajustaban el cinturón cuando era mala. Podían llegar a vivir, como Tom había dicho, cómodos.

Archer se preguntó si Viola aceptaría ese tipo de vida. Pero mientras lo consideraba, supo que ella no esperaría. Mientras tuviese la belleza y la juventud para negociar, se casaría con alguien más que la llevase de allí.

Si la perla fuese sólo suya podría tener la vida que deseaba. Con Tom de socio, esa vida le estaba negada.

Juan se dio vuelta en la litera a su lado, pero Archer ni se inmutó. Sus propios pensamientos lo mantenían despierto.

A la mañana siguiente, justo antes del amanecer, Bernard se asomó por la borda y vomitó todo lo que tenía en el estómago.

—Porquería tripa —murmuró, echando su enorme humanidad junto a la plataforma donde se ocupaba del buzo. Tom, que lo había oído se acercó con una manta y lo cubrió.

—Y tú, ¿cómo te sientes? —preguntó Archer, saliendo de la cabina. Llevaba sólo los pantalones puestos y se desperezó como si hubiera dormido como un rey.

—Mejor que nunca —sonrió Tom para indicarle que se refería a la perla. No había podido pensar en otra cosa desde encontrarla.

—Yo también estoy bien —dijo Archer, desviando la vista—. Bernard es tan grande que quizás el pescado podrido haya necesitado más tiempo para hacerle efecto. Ahora sí que tendremos que esperar uno o dos días para ver si se recuperan. Si no lo hacen, y nosotros dos seguimos bien, tendremos que hacerlo solos.

Ahmed y Reece se acercaron a ver cómo se hallaba Bernard y declararon encontrarse un poco mejor.

—Qué pena que no tenemos un operador —dijo Tom—. Con Reece y Ahmed turnándose contigo en la bomba, podría intentar hacer una inmersión.

—Podría hacerlo yo —dijo Archer y se frotó la barbilla sin afeitar—. Bernard estará aquí si tenemos problemas, pero lo he ayudado bastante como para saber qué hacer.

El trabajo del operador era quizás el más importante de un barco pesquero. Aunque el buzo determinaba el fracaso o el éxito de una temporada, del operador dependía su supervivencia.

—No sé qué decir —dijo Tom—. Tanto tú como yo somos novatos. ¿No sería mejor que alguno de los dos supiera lo que hacía?

—Tom, cuando estás allí abajo, te encuentras solo. Si cometes un error, no hay quien te pueda ayudar, Aquí arriba tengo a toda la tripulación. Bernard está enfermo, pero no tan enfermo que no pueda decirme qué hacer si te encuentras en dificultades.

Tom se dio cuenta de que su respuesta era importante para Archer. La noche anterior, se había sentido como en los viejos tiempos, la tensión que había reinado en ese viaje había desaparecido. La perla lo había cambiado todo.

Archer parecía otro, más resuelto, más decidido a hacer que ese viaje fuese un éxito mayor. Eran socios nuevamente, dos hombres que buscaban su porvenir juntos.

—Hagamos un intento —dijo Tom—. Quizás podamos llenar la bodega antes de tomar rumbo a Broome.

—Bien, eso es lo que haremos. Le pediré a Bernard que me dé unos consejos antes de que te sumerjas después del desayuno. Tomaremos todas las precauciones posibles.

—Será corno en los viejos tiempos —dijo Tom, palmeándolo en la espalda—. Volverás a tener mi vida en tus manos. Parece que ese es nuestro destino.

—Parece que sí, ¿no?

Se quedaron silenciosos mirando salir el sol.

Archer se cercioró de que todas las válvulas funcionasen correctamente, tomándose su tiempo, como si se hubiese dedicado a preparar buzos toda la vida.

—Eres muy bueno —le dijo Tom—. Será mejor que Bernard se mejore pronto porque quizás lo dejes sin trabajo.

—No me habría ofrecido a hacerlo si no hubiese sabido qué hacer.

—Buena suerte —dijo Tom.

—Tú también —dijo Archer, y a pesar de su peso, sujetó la escafandra sobre la cabeza de Tom, como si desease que éste cambiara de opinión. Luego, mirándolo fijamente a los ojos, la bajó y comenzó a fijarla al traje.

—Archer…

—¿Qué?

—¿Recuerdas lo que te dije ayer sobre Sauce?

—¿Qué pasa? ¿Has cambiado de opinión?

—No. Sólo que me resultará más fácil bajar allí si estoy seguro de que alguien se ocupará de ella en caso de que algo me suceda.

—Yo me ocuparé de Sauce. No te preocupes en absoluto, tú sólo piensa en conseguir ostras.

—Eso es lo que haré —dijo Tom, esperando a que Archer se colocase en la plataforma y sujetase la línea y el tubo. Luego, con Ahmed y Reece accionando rítmicamente la bomba, se soltó y comenzó a descender.

Igual que el día anterior, pensó en Sauce mientras bajaba agarrado de la línea. Se preguntó la cantidad de niños que tendrían juntos. Quizás ella ya se hallase embarazada. De repente, se arrepintió de no haberse casado con ella. Se sentía seguro de que había sido una tontería esperar y se preguntó si podría hacerlo rápidamente en cuanto hiciesen puerto.

El día anterior deseó tenerla allí para mostrarle ese mundo exótico, pero ahora lo único que quería era estar en su pequeño *bungalow*, rodeado de todo lo que había aprendido a amar. Quería tener a Sauce entre sus brazos, sentir su corazón latiendo fuerte y sereno contra su pecho.

Los ojos le pesaban y se dio cuenta de que se estaba durmiendo. No sabía por qué se sentía tan cansado. Ajustó la válvula de aire. Sentía el rítmico ruido de la bomba a través de la manguera, lo que parecía mecerlo como una canción de cuna. Inspiró profundamente, o al menos intentó hacerlo, pero a pesar del tranquilizador ritmo de la bomba, a pesar de los desesperados esfuerzos por regular la válvula, no logró hacer que el aire le entrase en los pulmones.

Tironeó angustiado de la línea. Algo iba mal, y no sabía qué. La escafandra necesitaba ajustes y tenía que subir a la superficie antes de que se le acabara el aire totalmente.

Tironeó nuevamente de la línea, pero no recibió la respuesta de la superficie. Habría problemas arriba también. Archer estaría intentando desesperadamente arreglarlo también. Dentro de un momento le llegaría su reacción. Se le llenaría el casco de aire y estaría a salvo. Archer lo haría ascender y juntos analizarían el problema.

Tironeó nuevamente de la línea, pero había perdido la sensibilidad en los dedos. Sentía como si le hubiesen aplastado la cabeza con una tonelada de piedras. Llegó al fondo del mar y trastabilló hasta caer.

Gritó el nombre de Archer, pero no había quien lo oyese. Arriba, la bomba continuó con su ritmo y en la cabina una perla esperaba que la vendiesen al mejor postor.

Murió rápidamente, aunque no lo suficiente. Supo, mientras intentaba infructuosamente tomar aire, que su mejor amigo lo había sacrificado por La Perla del Gran Precio. Él mismo había pagado con el precio más alto que existe.

Capítulo 9

Archer enterró a Tom en la playa más cercana a donde había muerto y marcó el sitio con una basta cruz de madera. Se vio obligado a hacerlo solo porque todos los marineros se negaron a ayudarlo. Se quedaron junto al agua y únicamente cuando Archer se encontraba en la barca de remos nuevamente, se acercaron a la tumba y dejaron pequeños recuerdos.

Archer sabía que todos pensaban que había asesinado a su amigo, pero Juan fue el único que se lo dijo.

—Crees has actuado de forma buena para ti —le dijo, después de acabar con la desagradable tarea que sacar el deformado cuerpo de Tom del traje de buzo y envolverlo en una sábana y una lona—. Pero nosotros ocuparemos que nadie trabaje para ti. Y otros capitanes enterarán también.

—Te digo que no hizo ninguna señal; Juan. ¡No tenía ni idea de que se hallase en dificultades hasta sentir que colgaba!

—¿Tú crees no sabemos hiciste válvula?

—Eso es ridículo. Se rompió cuando tuvimos que cortar el traje para sacárselo. Tienes que creerme, Juan. Tom era mi mejor amigo.

Juan apretó en el puño la cruz de oro que siempre llevaba al cuello.

—Nunca tendrás otro.

Archer no durmió los dos días que les llevó volver a Broome. Tuvo cuidado de no darle nunca la espalda a los otros y de tener la pistola a mano.

En Broome, los hombres salieron del lugre sin siquiera despedirse, aunque Archer les juró que no les pagaría a menos que bajasen la carga. Se dio por vencido cuando se dio cuenta de que no responderían a sus amenazas. Amarró el lugre y aseguró la carga. Luego, con la caja con la perla bajo el brazo, se dirigió al banco donde se encontraba la llave.

Había considerado vender la perla inmediatamente, pero era tan magnífica, tan soberbia, que le daba rabia separarse de ella sin aprovechar su potencial. Quería que Sebastian Somerset la viese, que supiese que tipo de hombre era el que le pedía la mano de su hija. Quería que Viola la viese también, que viese la prueba de que había cumplido con su promesa. Había vuelto rico.

Después de retirar la llave, se fue al Roebuck a alquilar una habitación. El empleado le asignó una, pero no parecía dispuesto a conversar. Archer le contó la tragedia del Odyssey y el hombre lo miró con cara inexpresiva hasta que terminó el relato.

—A mí me gustaba Tom —dijo luego—. Era un caballero.

—No parece sorprenderle su muerte.

—Lo sabía.

Aun teniendo en cuenta las amenazas de Juan, era sorprendente que se hubiese corrido la voz tan rápido.

—La tripulación me culpa a mí, pero hice todo lo posible por salvarlo. Éramos compañeros. Preferiría estar yo en esa tumba de ser posible.

—Es una pena que no sea posible —dijo el empleado dándole la espalda antes de que pudiese responder.

En la habitación, Archer desempacó y luego abrió la caja perlera para mirar su botín. En tierra y con luz natural, La Perla del Gran Precio era tan hermosa como había sido en el mar bajo la luz titilante de un farol. La sostuvo en la palma de la mano mientras consideraba qué hacer. Todo le pareció arriesgado. No podía dejarla allí, ni llevarla al banco. Finalmente, decidió llevarla consigo. Se desanudó el pañuelo que llevaba al cuello y la envolvió en él antes de volvérselo a atar de modo que la perla le quedase encajada en el hueco del cuello.

Una vez hecho aquello, escribió una nota a Sebastian en la que le explicaba las trágicas circunstancias de la muerte de Tom y cómo éste no había sabido reaccionar ante el peligro, impidiéndole hacer nada por salvar su vida. La concluyó diciéndole que tenía algo que mostrarle, que necesitaba su consejo. Luego escribió una a Viola, para que se la entregara Ashwar. En ella le resumía la muerte de Tom y luego le pedía que se reuniese con él en secreto.

Le quedaba una cosa más que hacer antes de que Tom Robeson desapareciese de su vida totalmente. Le había prometido a Tom que se ocuparía de Sauce. Sabía que en cuanto la historia de la muerte de su socio se extendiese, la gente de Broome sospecharía de él. Hasta esperaba que lo interrogase el sargento de la policía. Si no hacía nada por Sauce, su reputación se vería aun más afectada. Si la ayudaba, aunque no fuese necesario, ello podría echar dudas sobre los rumores de que él era el culpable de la muerte de Tom.

Antes de dormir o siquiera comer una comida decente, se cambió de ropas y se dirigió a pie al *bungalow* de Tom. No le causaba ilusión enfrentarse a Sauce ni a la casa donde había vivido su amigo.

Su decisión de matar a Tom había sido repentina, había nacido una noche de insomnio mientras pensaba en su futuro. Le había salvado la vida en Cuba y le había dado más de dos años extra que vivir. Esos dos años habían sido como un préstamo y durante ese tiempo se habían separado. Archer lamentaba profundamente haber tenido que matarlo, pero había aprendido hacía mucho tiempo que dijese lo que dijese la gente, al fin y al cabo, cada uno tenía que cuidar de sí mismo, y Archer tenía que cuidar de Archer.

Ahora se encontraba ansioso por acabar el tema con Sauce y comenzar una vida nueva.

Al oír llanto proveniente de la casa, se detuvo frente al *bungalow*. Sabía quién lloraba y por qué, así que tomó el sendero que conducía a la casa.

Reconoció en la mujer que le bloqueaba la entrada a la jamaiquina que había acompañado a Sauce al puerto. Sus ojos lo condenaron antes de que abriese la boca.

—Vengo a ver a Sauce —le dijo Archer.

—¿Para qué? ¿Viene matarla ella también?

—Déjeme pasar, no sea estúpida. No he matado a nadie. Estoy aquí para darle algo.

—Juan Fernández dice usted mató Tom.

—Juan quiere echarle la culpa a alguien.

La expresión de sus ojos le indicó que no lo creía, pero no le importó, porque se oyeron pasos por el pasillo.

—Dije que se vaya —le dijo a la mujer detrás de sí.

—Por favor.

La mujer se hizo a un lado para que Sauce se asomase a la puerta.

—¿Por qué viene?

Tenía la cara inflamada y los ojos enrojecidos. El pelo le caía en desorden sobre los hombros, pero incluso sin estar arreglada, Archer tuvo que reconocer que era hermosa. Comprendía por qué Tom había actuado de forma tan estúpida con respecto a aquella mujer, aunque no lo perdonaba.

—Le prometí a Tom que le daría esto si algo le pasaba. Ninguno de los dos pensó que tuviese que hacerlo alguna vez, pero quiero hacer honor a mi promesa —dijo Archer, sacando un pañuelo del bolsillo y lo desenvolvió. La perla pequeña que había encontrado Tom, la que dijo que le quería dar a Sauce, se hallaba allí—. Él quería que la tuviese usted.

Pareció que ella no la iba a agarrar.

Finalmente, la tomó y la giró en la mano antes de volver a mirarlo.

—Juan Fernández dice que hay otra.

Archer no respondió.

—La Perla del Gran Precio —dijo Sauce, levantando la barbilla—. Mitad de la perla pertenece Tom.

—Aunque así fuese —dijo Archer, doblando el pañuelo y guardándolo—, Tom está muerto. Le doy esta perla porque Tom quería que la tuviese usted, no porque crea que se la debo.

—¿Deber? Usted no debe a mí nada, pero le debe niño de Tom lo que pertenece Tom.

—Tom no tiene niños.

—Usted equivocado —dijo Sauce, tocándose el vientre.

Durante un momento, Archer se sintió vulnerable, incluso asustado. Se había deshecho de su socio para poseer la totalidad de lo que tenían juntos. ¿Lo había hecho por nada?

Luego se dio cuenta de lo absurdo que era y el alivio y la rabia lo inundaron.

—Vaya con la putita. Él le rescató de un burdel. ¿Cree que alguien va a creerla cuando diga que el niño es de Tom?

—Es niño Tom.

—Eso es lo que usted dice.

Archer sabía que era la verdad. La noche en que Tom le contó el rescate de Sauce, le dijo que ella era virgen, pero estaba seguro de que no se lo habría dicho a nadie más.

Bajó los escalones para irse. Al llegar abajo, se dio la vuelta y la miró.

—Le he dado la perla de Tom. Haga con ella lo que quiera. Quizás cuando venda el cargamento de madreperla, le mande un poco de dinero, pero no lo haré si me entero de que ha estado extendiendo rumores sobre mí. Y tampoco porque le deba nada.

Ella se irguió y sus ojos enrojecidos lo enfocaron como rayos de luz que lo atravesaban.

—Yo dice verdad. Usted no puede comprar la verdad de mí. Y tampoco puede comprar la paz en la mente. Yo tiene niño de Tom, pero usted no tiene nada. Ni paz, ni sueño, ni amigo. Sólo perla, y perla atormentarle hasta fin de sus días. ¡Yo atormentarle también!

Durante dos días, Archer esperó que Sebastian y Viola se pusiesen en contacto con él. El segundo día escribió dos notas idénticas a las anteriores y las hizo entregar por otro mensajero. Pasó otro día y aunque sabía que los Somerset se encontraban en la ciudad, no recibió noticias de ninguno de los dos.

Sólo dejaba su habitación para comer y dormía poco y mal. Lo hacía sentado, con la pistola preparada y el pañuelo atado al cuello. No veía el momento de poder dormir otra vez, cuando vendiese la perla y depositase el dinero en el banco. No veía el momento de compartir su buena fortuna con Viola y recibir su promesa de matrimonio.

La mayoría del tiempo se mantuvo despierto con visiones de su futuro, la tierra que compraría y el ganado que iba a criar. Pero a veces, a pesar de su esfuerzo, los ojos se le cerraban y los ojos se le llenaban de imágenes de Tom con los ojos salidos de las órbitas y la piel de un horrible color azul.

Tom, que había sido su mejor amigo.

La cuarta mañana supo que no podía seguir de esa manera. Había querido ver la envidia en la cara de Sebastian cuando viese la perla, el placer en la de Viola.

Pero ya no podía esperar más. Se vistió con cuidado para visitar al más conocido comprador de perlas de Broome, Fabian Wells. Wells era un inglés, del que se decía que se ocupaba de todas las perlas de Somerset. Archer llegó a su casa a las nueve en punto. Le abrió la puerta un criado aborigen, que lo hizo entrar al vestíbulo.

Fabian Wells parecía un banquero entrado en años de protuberante estómago y voz nasal.

—¿Me ha traído algo? —dijo Fabian, al estrecharle la mano.

Archer se había imaginado ese momento, pero ahora se hallaba demasiado exhausto para hacer nada más que asentir con la cabeza.

—Tengo una cita —dijo Fabian—, pero volveré a la una. Puede usted esperar o volver esta tarde.

—Nada de lo que vea en su cita será comparable a lo que yo le traigo.

—Sin embargo —inclinó Wells la cabeza—, no me puedo permitir ofender a mis clientes habituales. Espero que vuelva.

Archer hizo un esfuerzo por controlar su enfado.

—Puede que sí, puede que no.

Archer ocupó el resto de la mañana en conseguir a alguien que le descargara el barco. Encontró dos hombres en el Club Social Japonés que estaban dispuestos a hacerlo, por lo que los acompañó hasta el barco. Allí, nadie le dirigió la palabra. Había hombres blancos con quienes había jugado a las cartas y bebido, pero ellos lo miraron como si no lo conocieran.

Lo mismo le había sucedido en el hotel. Desde su regreso, nadie le hablaba a menos que fuese estrictamente necesario y cuando entraba en una habitación, todas las conversaciones se interrumpían.

A la una se encontraba dispuesto a volver a casa de Wells a vender la perla. Cuando llegó esta vez, lo hicieron esperar en la galería. En el momento en que estaba dispuesto a darse por vencido y buscar otro comprador, el sirviente lo hizo pasar.

—El señor Wells dice que pase a su oficina.

—Ya era hora —dijo Archer enfadado.

Siguió a la persona de servicio a través del vestíbulo hasta la parte trasera del *bungalow*. El sirviente lo dejó frente a una puerta y se retiró, Archer golpeó.

Wells le indicó que entrase, pero no se hallaba sólo. Con él se encontraba Sebastian Somerset y el sargento de policía de Broome.

—Parece que hay una reunión —dijo Archer, con el pulso acelerado latiéndole justo debajo de la perla que llevaba al cuello—. ¿Puedo preguntar si yo soy el tema de ella?

—Pase, señor Llewellyn —dijo Wells—. Y por favor cierre la puerta.

—He venido a hacer negocios con usted, señor Wells. En privado.

—El señor Somerset y el sargento han solicitado venir. Han oído que usted tiene una perla extraordinaria a la venta, pero parece haber cierta controversia sobre cómo la ha obtenido.

Archer miró a Somerset, cuyo rostro no expresaba ninguna emoción.

—El señor Somerset se ha enterado de la perla por mí. No esperaba hablar de ella con él de esta forma.

—Vayamos al grano —dijo el sargento—. Su tripulación sostiene que usted mató a su socio en alta mar para quedarse con la perla.

—Todos querían a Tom y necesitan un chivo expiatorio. Quizás haya sido culpa mía. Él se quería sumergir. Nuestro operador estaba enfermo. Pensé que sabía lo que hacía, pero no me hizo ninguna señal. Esperé. Parecía que todo estaba bien. Luego sentí el peso en la línea… —cerró los ojos, tragando como un hombre intentando no perder la compostura.

—Juan Fernández dice que usted dañó el casco, que el aire no lo llenaba correctamente.

Archer abrió los ojos y meneó la cabeza.

—¿Cómo se puede saber una cosa así? Tuvimos que cortar el casco para poder quitárselo a Tom cuando lo sacamos del agua.

—¿Qué le parece si nos cuenta su versión, entonces? —dijo Sebastian.

—Controlé el equipo antes de que bajara. Todo estaba bien. Pero él se había sumergido sólo unas cuantas veces y esas inmersiones habían salido perfectas. Así que cuando una no lo fue, le dio el pánico. No tendría que haberse sumergido en El Cementerio, era demasiado inexperto. Quizás se cayó en un agujero y no supo ajustar el aire. No hizo ninguna señal y yo no supe que tenía complicaciones. Le estábamos bombeando el agua, pero no le llegaba —dijo Archer, meneando la cabeza—. Eso es todo lo que sé. Eso es lo único que se sabrá.

—Es conveniente que tuviese que cortar el casco —dijo Sebastian.

—¿Cree usted que lo tendría que haber enterrado dentro del traje de buzo? ¿No se cree que se merecía algo más que eso?

—No se puede hacer nada —dijo el sargento, mirando a los otros dos hombres—. Es la palabra del señor Llewellyn contra la de la tripulación. Todas las pruebas han sido destruidas. Es cierto que el señor Llewellyn tenía motivos para matar al señor Robeson, pero sin ninguna evidencia, un motivo no tiene sentida.

—No era necesario que montaran una reunión sorpresa —dijo Archer—. Si hubiese tenido algo que esconder; me habría ido de la ciudad inmediatamente.

—No se ha marchado de la dudad porque piensa llevarse a mi hija consigo cuando se haya —dijo Sebastian antes de que el sargento pudiese responder—. Mi hija y la promesa de todo lo que ella heredará.

—Eso es absurdo —Archer sabía que no tenía que negar que quería a Viola—. Amo a su hija, es verdad. Pero no por nada. Por sí misma.

—Sé que usted fue quien reunió toda la evidencia contra Freddy Colson, Llewellyn. Y sé en el fondo de mi corazón, donde no se necesita la evidencia, que usted asesinó a su socio. Un hombre como usted dañaría la línea de sangre de los Somerset. Si Viola se casa con usted, para mí habrá muerto.

—En lo que a Freddy concierne —dijo Archer, irguiéndose—, pensé que debería saber el calibre del hombre que trabajaba más cerca de usted. Pensé que le hacía a usted un favor. Con respecto a Tom, sólo puedo decir que me acusan falsamente.

—¿Y mi hija?

Archer pensó desesperadamente en una forma de convencer a Sebastian de que no era el maleante que parecía. Sin la promesa de su herencia, ¿cuál era el motivo para casarse con Viola?

—No puedo hablar por boca de ella, ¿no? Es una buena hija y el cariño que usted le tiene significa demasiado para ella como para…

Sebastian echó la cabeza hacia atrás lanzando una carcajada.

—¿Mi cariño? Usted no conoce a mi hija, ¿verdad? Me mataría mientras duermo si pensara que nadie la iba a descubrir. Ahora que usted tiene dinero, se irá a donde usted se lo pida. Sólo sepa que cuando se vaya, nada de lo que a mí me pertenezca se irá con ella.

—Parece que lo mejor que puede hacer es vender la perla inmediatamente y marcharse de la ciudad —dijo Fabian—. Estoy dispuesto a darle el mejor precio de Broome para facilitar su partida. Y le encontraré un comprador para el Odyssey, aunque le advierto que el precio será bajo, ya que ninguna tripulación querrá volver a navegar en él.

Archer sabía que conseguiría el mejor precio allí y necesitaba cada céntimo que pudiese reunir. ¿De qué valía continuar con esa conversación? Se iba a ir y ahora que no había posibilidad de una boda con Viola, le daba igual lo que pensasen de él aquellos hombres.

Desanudó el pañuelo y se lo quitó con cuidado. Luego se dirigió a la mesa frente a Fabian y apoyó el pañuelo sobre ella.

—Tom la llamó «La Perla del Gran Precio».

—Una descripción muy adecuada, considerando que pagó por ella con su vida —dijo Sebastian.

—¡No por mi mano! —exclamó Archer, desenrollando él pañuelo lentamente hasta que se vio la perla.

Los otros hombres la miraron largo rato antes de hablar.

Finalmente, Fabian alargó una mano para tocarla con un trémulo dedo.

—Una perla por la que vale la pena matar —dijo.

La oferta que Fabian le hizo a Archer excedía todas sus previsiones, todo lo que se había imaginado. La aceptó sin regatear.

Fue inmediatamente al banco y depositó la mayor parte del dinero para poder dormir esa noche sin miedo. Descansaría y se recuperaría de las semanas pasadas y luego se prepararía para un largo viaje en búsqueda de tierras. Sin la promesa de la herencia de Viola, tendría que elegir cuidadosamente. Sería inútil elegir tierra que no pudiese explotar inmediatamente, pero con suerte y la agricultura adecuada, podría establecer la dinastía con la que había soñado.

Era una pena que Viola no pudiese ser la madre de sus hijos.

Al llegar al hotel, se quitó las botas y se tiró sobre la cama, pero el sueño no quiso llegar. Había logrado aquello por lo que había trabajado y matado, estaba a salvo de la ley, y una vez que descansase, podría comenzar la vida con la que soñaba desde que era niño.

Y a pesar de todo ello, el sueño lo eludía.

Una hora más tarde seguía mirando el techo cuando golpearon la puerta. Cruzó la habitación y la abrió con una mano apoyada en la pistola. Viola se encontraba en el umbral, aún más hermosa de lo que la recordaba.

Soltó la pistola y la hizo entrar, cerrando la puerta detrás de ella.

—¿Qué haces aquí?

—Mi padre me encerró en mi habitación cuando se enteró que estabas en la ciudad. Le ha estado pagando a Ashwar para que le pase las notas de mis admiradores antes de que me las de a mí. Cuando recibió la tuya, me encerró.

—Tu padre piensa que yo maté a mi socio.

—Eso es lo que me ha dicho repetidas veces.

Archer esperó a que ella le preguntase si era verdad, pero no parecía interesada en ello.

—¿Por qué has venido?

—Te dije que me casaría contigo si te hacías rico.

—Tu padre te deshereda si lo haces. Me lo ha advertido.

No le preguntó si se casaría con ella igual. No parecía tener ilusiones de ello.

—Pero no te dijo todo, Archer. No te dijo que tengo una herencia. Con o sin su consentimiento. Por eso me encerró.

Archer le tocó un rizo que le caía provocativamente sobre el hombro y ella no se opuso a ello. Sintió una esperanza dentro de sí, y algo más.

—¿Qué herencia es esa, Viola?

—El hermano de mi madre murió hace un año. Era dueño de tierras por toda Australia..

Archer le acarició el rizo y ella no dijo nada.

—¿Te las ha dejado todas a ti?

—No, dejó cada parcela a un sobrino diferente. La mía es la más grande, un rancho en el territorio del norte. Se llama Jimiramira, una palabra aborigen que no sé qué significa.

—¿Por qué no lo mencionaste antes, cuando discutimos nuestro futuro?

—Me enteré después de que tú te fueras. Mi padre dice que es tierra sin valor, pero he visto las cartas de mi tío. Mi tierra se encuentra cerca de un río, así que son ricas tierras de pastoreo. Dijo que en su mayoría no es una zona colonizada, pero que otros llegarán a montones cuando se corra la voz. Él hombre que se instale allí primero y construya una casa… pues, será como un rey, ¿no? Y la mujer que esté con él será una reina.

—¿Y qué harás con ella, Viola?

—No lo sé. ¿Qué crees tú que tendría que hacer?

Él tiró del rizo y ella se le acercó gustosa. Al mirarla a los ojos, se dio cuenta de que ella simplemente le proponía un acuerdo. Se podían ayudar mutuamente y quizás encontrar placer al hacerlo. Cada uno era la mejor elección del otro para el futuro.

—Seré el ama de un rancho que florecerá con el dinero que tú inviertas en él —dijo ella, como si le leyese los pensamientos—. A cambio, te daré mis tierras e hijos.

Él la besó y ella no se le resistió. Tampoco se resistió a todo lo que vino después. Hasta pareció disfrutarlo. Pero cuando acabaron y se quedaron echados en la cama, ambos miraron el techo. Ninguno durmió.

Se casaron en cuanto la ley lo permitió. A Viola la autorizaron a que sacara su ropa de la casa, pero nada más. Su madre le dio de contrabando varias joyas familiares, pero se rehusó a reunirse con ella una última vez para despedirse.

Encontraron un aborigen que sabía la ruta a Jimiramira y que los llevaría allí. Archer compró la mejor carreta y caballos que pudo encontrar para el viaje, que sería agotador. Viola no se hallaba ilusionada ante semejante viaje, pero estaba de acuerdo en que la recompensa valía la pena.

La mañana en que dejaron Broome, los paró en el extrarradio de la ciudad un conocido carruaje negro.

Sebastian Somerset se bajó y dejó al palafrenero a cargo de los caballos para acercarse a su hija que se sentaba orgullosa en el pura sangre que Archer le había comprado.

—No podía dejarte ir sin un regalo de boda —dijo Sebastian.

Archer se quedó mirándolos en silencio. No había nada que pudiese hacer Sebastian que le interesase ya.

—¿Qué es?—preguntó Viola, dejando las manos quietas sobre el pomo de la montura.

—Tendrás que abrirlo para ver.

Ella dudó, mirando a Archer. Él asintió con la cabeza y ella le tendió una mano enguantada a su padre. Él le dio un pequeño paquete y retrocedió.

—Gracias —dijo ella tensamente.

—Quiero que lo abras ahora —dijo Sebastian—. Significaría mucho para mí.

Durante un momento, Archer pensó que ella rehusaría, para darle rabia a Sebastian, pero ella se encogió de hombros y rompió el paquete. Se le abrieron los ojos y lo miró como si no pudiese creer lo que veía.

Archer acercó el caballo para mirar. La Perla del Gran Precio relucía en sus manos.

—Es tuya, Viola. Tuya, no de tu marido —dijo Sebastian—. Es tuya para que hagas con ella lo que quieras. La podrías vender, por supuesto. Pero es una perla única que te convertiría en una mujer única si la conservas. Ciertamente que no tiene parangón. Y aunque tú no serás su dueño, Llewellyn —dijo Sebastian, levantando la vista hasta Archer—, siempre te recordará tus días en Broome, ¿no? Y todo lo que sucedió aquí. A veces, lo hombres necesitan que se le recuerden las cosas —sonrió, como si se sintiese genuinamente satisfecho con su generosidad.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Viola—. Me odias. Lo has hecho desde que era niña. ¿Por qué me has dado esto?

—Considéralo la última palabra en la conversación que hemos tenido durante toda la vida. Y, Viola, ya que la perla casi no tiene precio, no es necesario que te advierta que la mantengas escondida. Hay hombres que han matado por una perla, ¿no es verdad, Llewellyn?

Viola lo miró sin comprender, pero Archer comprendió.

—¡Es mi mujer! Compartimos todo. No le haría daño nunca.

—Eso me reconforta inmensamente, muchacho, inmensamente. Cuida a mi hija y a la perla. Y que el buen Dios os de a los dos la vida que os merecéis —dijo Sebastian antes de darse la vuelta sin mirar atrás y dirigirse al carruaje que lo esperaba.

Se subió, agarró las riendas y se hizo a un lado para permitirles pasar.

Archer lo oyó reírse hasta que se alejaron.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 10

San Francisco - El presente

—Por supuesto que tenías que permitirle ir, Liana. Es el heredero de una fortuna, pero necesita ver a su padre.

Liana le daba la espalda a su hermanastro y miraba por la ventana del estudio de Graham a la ciudad de San Francisco que se extendía hasta la bahía. Hacía un siglo quizás su abuelo Tom Robeson mirase la misma masa de agua desde casi el mismo sitio. Cuando tenía ocho años, su padre, que también se llamaba Thomas, la había llevado a la antigua ubicación de la mansión de los Robeson en Van Ness Avenue para darle una breve lección de historia.

Él se había quedado con los brazos cruzados y la cara inescrutable.

—Aquí es donde mi padre nació. Pero no en ese edificio, oh no. Hubo una vez una casa en ese sitio, más grande y más hermosa que cualquier cosa que puedas ver ahora.

Liana había esperado que él terminase de hablar. Había pasado su primera infancia lejos de Thomas. Desde la muerte de su madre, hacía varios meses, había aprendido a no interrumpir nunca a aquel hombre, ese gigante desconocido que decía ser su padre.

—¿Por qué no está ahora?

—Hubo un terremoto en 1906. Yo era un niño en un barco que entraba a la bahía esa mañana. Venía a vivir con mis abuelos. Las olas eran tan enormes que me caí y me golpeé la cabeza en la cubierta. Cuando recobré el conocimiento, la mujer que me cuidaba había desaparecido. Más tarde, dinamitaron esta calle para evitar que el fuego arrasara la ciudad. Oímos la explosión desde el puerto. Hizo volar todas las casas.

—¿Se murió tu padre?

—No, ya se había muerto asesinado por su mejor amigo en un sitio que se llama Australia. Eso es lo que sucede cuando confías en la gente, Liana. Nunca, nunca confíes en nadie. Ésa es la lección que aprendí ese día.

Ahora ella era una adulta, había aprendido mucho y su padre había muerto.

—Cullen insiste en su mes con Matthew. Legalmente no puedo evitarlo aunque quiera —siguió mirando por la ventana de la casa donde había vivido con Thomas, la casa en la que Graham vivía ahora con unos pocos sirvientes. Estaba allí porque él se lo había pedido, después de rellenar un informe sobre la desaparición de su hijo en la comisaría.

—Cuéntame los detalles. ¿Qué dijo la policía?

—Están investigando. Se están poniendo en contacto con las líneas aéreas, las autoridades de Denver. Dicen que llamarán en cuanto sepan algo. Pero me previnieron que podría haberse escapado.

¿Escapado?

—Exacto. Les dije que Marthew no tenía motivos para escaparse, pero no me prestaron atención. Generalmente no reaccionan ante una cosa así con demasiada prisa. La mayoría de los adolescentes se vuelven a casa solos a los dos o tres días.

Le había contado a Graham la desaparición de su hijo porque su hermanastro, con los recursos de Pacific International, podía ser un apoyo enorme en la búsqueda. Pero no le había informado a nadie de la desaparición de la perla.

Se dio la vuelta.

—Estoy segura de que lo encontraremos. Casi tiene catorce años y es grande para su edad. Y es muy listo. Muy listo. Sabemos que se subió al avión. Yo lo vi.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Graham, haciéndole una seña para que se sentara—. Le dije a Stanford que no se fijara en gastos —continuó Graham, al ver que ella no le respondía.

Stanford Brown era el jefe de los servicios de seguridad de Pacific. Había llegado a la compañía directamente del FBI y tenía una legión de contactos. Graham se había ocupado de que Stanford dejase todo y se dedicase exclusivamente a encontrar a Matthew.

—¿Dónde estará, Graham? —hizo una profunda inspiración y dejó escapar el aire lentamente.

—Sé que no te va a gustar lo que te voy a decir, pero quizás se fue por su cuenta. Quizás… se siente un poco sofocado —le dio una palmadita en el hombro, pero dejó caer la mano cuando ella le lanzó una mirada de enfado.

—¿Y quién lo sofoca? Va a una escuela privada, pero lo hace en transporte público. Visita a amigos por toda la bahía, incluso en sitios donde yo no me sentiría segura, no lo tengo envuelto en algodones.

—Ya sé que no, pero es un niño, Liana. Los niños necesitan probar sus alas. Matthew sabe que si llega un minuto tarde, tendrás a Stanford con todos sus hombres buscándolo. Es el heredero de los Robeson. Haga lo que haga, siempre lo están vigilando.

—No se ha quejado nunca. Es un niño feliz. Tiene más amigos de los que puedo contar.

Se levantó y dejaron el estudio para bajar la escalera. Graham no dijo nada hasta que llegaron al enorme vestíbulo, con su araña de cristal de Waterford.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me iré a casa a esperar. Puede que ya haya llegado Stanford. Quiere que me quede junto al teléfono, por si Matthew o… —carraspeó— alguien más llamase.

—Si quieres, te acompaño.

—Gracias, pero hasta que se aclare un poco el panorama, prefiero estar sola. Lo siento.

—Me quedaré en casa esta noche por si me necesitas —apoyó la mano en el picaporte—. Liana, ¿y Cullen, tendrá algo que ver con esto?

—No. Adora a Matthew.

—¿Y si Cullen está usando la supuesta desaparición como tapadera para poder sacarlo del país?

—No tiene sentido. Cullen iba a estar con Matthew durante un mes de todos modos. Si se lo iba a llevar a Australia, tenía más que tiempo suficiente para hacerlo sin inventarse una historia e involucrar a las autoridades. Además, Matthew sabe perfectamente que no puede irse a Australia con Cullen. Me ha prometido que nunca lo hará.

—Ya sabes lo que dijo tu padre antes de morir. Hay dos cosas que tu ex quiere y que nunca podrá tener. Una de ellas es su hijo. La otra, La Perla del Gran Precio.

Al oír mencionar la perla el corazón de Liana se oprimió dolorosamente. La voz se le agarrotó y tuvo que aclararse la garganta.

—Si Matthew está con Cullen, está perfectamente seguro. Lo terrible es que de todas las alternativas, que Cullen rapte a su propio hijo es la mejor.

La casa donde vivía Graham, la casa de los Robeson, era una mansión construida inmediatamente después del terremoto con piedra arenisca de Arizona. La casa era sombría por dentro y por fuera. El interior con su oscura madera, sus pesados cortinajes y sus sillones de cuero, recordaba un club privado masculino y el exterior de enormes árboles y geométricos arbustos, estaba rodeado de un muro de ladrillo que disminuía la luz que quedaba.

El apartamento de Liana, por el contrario, cerca del parque de Lafayette, había sido diseñado para que entrase la luz. Estaba en el ático de un edifico de ocho pisos construido en estilo *art decó* con docenas de ventanas. Además, puertas acristaladas daban a un jardín terraza. El apartamento era su refugio y el de Matthew también.

—Señorita Liana —dijo Sue, sin expresar sentimientos en su cara ancha y cuadrada. Le quitó el portafolio y la ayudó a quitarse el abrigo—. El señor Brown está en el dormitorio de Matthew.

—Gracias. ¿Ha habido llamadas?

Hubo una rotura en la serena máscara de Sue, un atisbo de su tristeza.

—No. Ojalá.

—¿Te ha hecho alguna pregunta Stanford?

—Pocas. Quería saber si yo tendría idea de dónde podría haber ido Matty.

Sue era la única persona a la que se le permitía seguir llamando a Matthew «Matty».

—Sigue pensando. Quizás recuerdes algo.

—No pensaré en otra cosa.

Liana le apretó la mano y recibió un tierno apretón por respuesta.

—Iré a hablar con Stanford.

Siguió por el pasillo cuyas paredes estaban recubiertas de fotos de Matthew bebé, luego Matthew caminando. Su hijo se hacía más grande a medida que avanzaba, hasta que justo antes de entrar en su habitación las fotografías mostraban un guapo adolescente sonriendo con uniforme de un equipo de fútbol. Un niño puro piernas y brazos, a punto de convertirse en un hombre. Las fotos se acababan allí. El pasillo seguía adornado con kakemonos japoneses hasta que Matthew siguiese creciendo.

Si seguía creciendo.

—¿Stanford?

Stanford Brown, un afroamericano de oscura piel y anchos hombros, se dio la vuelta con las manos llenas de papeles de la mesa de estudio de Matthew.

—Quería comenzar lo antes posible. Sabía que no le importaría.

—¿Ha encontrado algo?

—Sólo papeles del colegio. Buscaba las cosas típicas que podrían darnos una pista de dónde se ha marchado. Pero lo único interesante es una composición sobre la capa de ozono y otra sobre los efectos de terremoto de 1906 en la comunidad china.

—Yo no creo que se haya marchado, Stanford. Lo habría sabido si él hubiese estado triste. Tenemos una buena relación, demasiado buena para que me oculte algo por el estilo.

—Tiene casi quince años. Yo también tuve esa edad una vez. Y le puedo asegurar que un niño no comparte todo lo que tiene en la mente con su madre.

Ella apretó los labios para no protestar.

—Lo primero qué haré mañana es ponerme en contacto con algunos de los profesores que ha tenido este año. Quizás llevase un diario en el colegio.

—Él no me ha dicho nada. Y ninguno mencionó un diario durante las reuniones que hemos tenido.

—Es un ordenador sofisticado —dijo Stanford, señalando lo que había en la mesa—. Lo he encendido para mirar unas cosillas. Se pasa bastante rato enganchado en Internet. ¿Lo sabía?

—Los ordenadores son una de sus pasiones. No me parece que sea malo.

—Me he fijado en el correo que envió y recibió ayer. No hay ninguna pista interesante, pero me gustaría que le mandase un e-mail a todos los que se han puesto

en contacto con él en las últimas dos semanas y averiguase si alguien tiene idea de dónde se ha ido. ¿Sabe usar un ordenador?

—Los uso en el trabajo y Matthew me ha enseñado a utilizar el correo electrónico.

—Pues conéctese esta misma noche en cuanto yo me vaya. Y mire las respuestas antes de irse a dormir. He estado mirando los sitios que ha consultado en los últimos días, pero no hay pistas. Parece que estaba buscando precios de nuevo equipo electrónico. Y se conectó con un par de sitios de acampada.

—Se iba a ir con Cullen de acampada a Nueva Inglaterra.

—Con respecto a su marido…

Liana se cruzó de brazos.

—Prosiga —dijo—. Me da igual. Lo único que me interesa es que aparezca mi hijo.

—¿Cuál fue la reacción del señor Llewellyn cuando le dijo que Matthew no había aparecido en LaGuardia?

—Se puso furioso. Pensó que yo no lo había mandado.

—¿Y después, cuando usted le dijo que había dejado a Matthew en el avión esta mañana?

Ella cerró los ojos y recordó. Después del susto, después de darse cuenta de que tanto Matthew como la perla habían desaparecido, ella había logrado volver a agarrar el auricular para acabar la conversación con Cata.

—¿Qué es lo que vamos a hacer? —susurró, oyendo la respiración agitada de Cullen.

—¿No tenías ni idea, verdad?

—No.

—Yo lo encontraré. Lo encontraremos.

Abrió los ojos y miró a Stanford.

—Cullen estaba destrozado —dijo—. Está tan preocupado como yo.

—Tiene reputación de ser un buen mentiroso.

Ella lanzó un suspiro.

—Lo siento —dijo Stanford—, pero eso es lo que he oído.

—Cullen es un jugador. Cuando nos casamos y tuvo grandes pérdidas, me mintió. Sí.

—¿Podría estar reteniendo a Matthew para pedirle dinero?

Cuando ella negó con la cabeza enfáticamente, él hizo una mueca.

Cullen era el dueño y gerente general de la Southern Cross Pearls en Pikuwa Creek en Australia occidental. Liana seguía asombrada de que la granja perlífera siguiese en funcionamiento, considerando la adicción al juego que tenía Cullen.

Pero jugar era una cosa y raptar a tu propio hijo era otra.

—Cullen adora a Matthew —le había dicho lo mismo a Graham.

—Comprendo —dijo Stanford—. Lo investigaré a él al igual que a todo el mundo. Esté preparada. Tengo suficiente por ahora. ¿Quiere que me quede a pasar la noche por si necesita ayuda con el teléfono?

—No, me las puedo arreglar —salió de la habitación de Matthew y acompañó a Stanford hasta la puerta.

—Este es el numero de mi busca —le dio una tarjeta—. Puedo estar aquí en diez minutos. Intente dormir si puede. Le he intervenido la línea, pero es un sistema muy primitivo. Si alguien se llega a poner en contacto con usted, el FBI tomará las riendas del tema y ellos tienen un equipo mucho más sofisticado.

—Dígame la verdad, ¿cree que Matthew ha sido raptado?

—¿La verdad? —preguntó Stanford. Parecía incómodo—. Creo que aparecerá por sí mismo. Pero tenemos que tener en cuenta todas las posibilidades.

De camino a casa, se había debatido entre contarle a Stanford la desaparición de la perla o no. Quizás se podría confiar en que Stanford no extendiese la noticia de la desaparición, pero si ella se lo decía, ¿ocuparía sus considerables poderes de investigación en ello y dejaría de lado, aunque fuese por sólo un instante, la búsqueda de su hijo? ¿Habría una conexión entre ambas desapariciones? Hacía semanas desde la última vez que había abierto la caja, quizás años. La perla podría faltar desde entonces.

—¿Algo más? —dijo Stanford.

Decidió considerar las posibilidades antes de decir nada.

—No.

—No dude en llamar si se le ocurre algo nuevo, o si se entera de algo; lo que sea.

—Gracias.

Él asintió con la cabeza antes de salir.

Ella se quedó mirando la puerta que su hijo había atravesado esa mañana. Luego se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 11

Cullen Llewellyn se encontraba cansado como un perro. Después de recorrerse el aeropuerto de LaGuardia de cabo a rabo, habló con autoridades de todo tipo. Luego voló a Denver para iniciar el mismo proceso otra vez.

Nadie en ninguno de los dos sitios recordaba a Matthew. Lo lamentaban mucho, pero el niño viajaba solo y nadie les había alertado sobre tal hecho.

Cullen quería echarle la culpa a alguien, pero si había que culpar alguien, era a sí mismo. Él había insistido en que Matthew volase solo, después de que durante años Liana pagase a una escolta para que lo acompañara porque ella no volaba en avión.

—Aquí es —dijo el taxista, deteniéndose frente a una casa de apartamentos en lo alto de una colina. Matthew le había descrito el apartamento de su madre, pero Cullen no se hallaba preparado para las luces de la ciudad que se extendían como olas hasta la bahía. La ciudad más cercana a su casa tenía menos de cien mil habitantes. Y aunque Broome crecía a pasos agigantados, pasarían mil años hasta que pudiese equipararse a aquella.

—Se parece un poco a Sídney —dijo, buscando la billetera—. Aunque más impresionante.

—¿Su primera vez aquí?

—Más o menos —dijo. Había viajado por negocios a California y más de una vez se había reunido con Matthew en el aeropuerto. Pero nunca había querido recorrer la ciudad donde vivían Liana y su hijo. No quería imaginárselos allí, porque el dolor de la ausencia de ambos de su vida sería más definido e inmediato.

Pagó al taxista, se echó la bolsa al hombro y se dirigió al edificio. Al ver que no había portero, tocó el timbre. No lo hicieron esperar, sino que le abrieron el portero automático inmediatamente. Encontró el ascensor en el vestíbulo pequeño pero elegante y lo tomó para ir hasta el último piso. Había un solo apartamento y una puerta, Liana se hallaba en el vano, mirándolo en silencio.

Tenía más años, pero no por ello había perdido la hermosura que tenía el día en que se alejó de su vida para siempre. Aunque ese «para siempre» había resultado no serlo.

Liana no lo dejó entrar. Llevaba una bata blanca de seda con rosas rojas bordadas y un filo dorado. Tenía el negro cabello suelto sobre los hombros y el blanco rostro sin maquillaje. Pero no la había sacado de la cama. Estaba peinada y los ojos color pizarra estaban ensombrecidos por la pena, no el sueño.

—¿Qué haces aquí, Cullen? —le preguntó finalmente.

—¿Ha habido alguna noticia? —preguntó él, dejando la bolsa en la alfombra.

—Nada dijo ella, meneando la cabeza.

Suponía que sería así, pero no por ello había dejado de tener esperanzas. Se le hundieron los hombros.

—He venido haciendo escala en Denver, para poder hablar con las autoridades. Allí tampoco se sabe nada.

—La policía está haciendo sus averiguaciones. El equipo de seguridad de la Pacific también está abocado a lo mismo.

—¿Y hasta ahora nada?

—Nada, Si llama, o si alguien más llama, podremos localizar la llamada. Pero el teléfono no ha sonado.

—¿Ha tenido preocupaciones? ¿Malas notas? ¿Una chica?

—Podríamos haber hablado de esto por teléfono —dijo ella, perdiendo un poco la compostura.

—Necesitaba verte la cara. Para asegurarme —dijo, demasiado exhausto para tener tacto.

—¿Seguro de que no estaba aquí? ¿De que no estaba intentando separarlo de ti?

—No sé qué pensar, Lee. Mi hijo ha desaparecido. Tengo un mes de cada doce para estar con él, y en vez de estrecharlo entre mis brazos, llevo un día entero rellenando formularios de la policía, como si poner un papel en una bandeja de salida ayudase a encontrarlo.

Un relámpago de compasión iluminó los ojos de Liana, pero sus palabras lo contradijeron.

—Es una pena que te haya tocado a ti.

—No he venido a discutir contigo —dijo Cullen quitándose el sombrero, un gastado Akubra que era tan parte de él como un brazo o una pierna, y se pasó la mano por el pelo—. Quiero encontrar a mi hijo. Quizás si compartimos todo lo que sabemos podamos resolverlo.

—¿Resolverlo?

—¿Prefieres sentarte a esperar?

Esperaba una respuesta sarcástica, pero ella sacudió la cabeza.

—Entra. ¿Dónde estás alojado?

—Todavía tengo que llamar a un hotel —sonrió él cansado.

—No estamos en Australia, Cullen.

—No, tenéis muchos más hoteles aquí.

Ella se dio la vuelta y lo guió a través de un vestíbulo de baldosas hasta un salón con sofás llenos de almohadones en tonos neutros y colorido arte contemporáneo en las paredes. La única pintura figurativa era un hermoso retrato de su hijo de pie junto al agua, un cuadro que Cullen no había visto nunca. Matthew Robeson Llewellyn a la edad de once o doce años. Cabello castaño aclarado por el sol

y peinado hacia atrás como el de Cullen, ojos oscuros y rasgados como los de su madre. La sonrisa de Cullen, la nariz recta de Liana. El físico atlético de Cullen, los largos dedos de Liana.

El hijo de los dos.

Cullen no pudo soportar mirar el retrato un segundo más. Dejó la bolsa junto a uno de los sofás que le daba la espalda al cuadro.

—¿Podemos hablar un poco antes de que me vaya?

—Es medianoche.

—¿Por eso está tan oscuro allí fuera?

—Podrías haberme despertado.

—Venga, Lee está claro que no lo estabas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sé el aspecto que tienes cuando estás recién levantada. Hasta que encuentren a Matthew, apenas pegarás un ojo.

Ella no lo negó.

—Cuéntame lo que descubriste en los aeropuertos.

—Nada en absoluto. Se pasaron el rato asegurándose de que comprendiese que ellos no eran los responsables. Se llevaron la foto de Matthew para hacerle copias. Me aseguré de que lo busquen e interroguen a gente que puede haberlo visto, incluyendo la tripulación del avión donde lo dejaste hoy.

—Ayer.

Cullen no podía creer que ya hubiese transcurrido un día, pero Liana tenía razón. Había comenzado la cuenta atrás.

—¿Qué hiciste después de que te llamé?

—Informé a la policía y al servicio de seguridad de la empresa —titubeó—. Luego repasé todo con mi hermanastro.

—¿Tiene alguna hipótesis?

—Se preguntó si no sería una de tus argucias, Cullen. Nuevamente te tuve que defender.

—¿Y tú qué piensas?

—Pienso que no llegarías a tanto —respondió ella, apartando la vista.

—¡Bien por ti! Lealtad por los cuatro costados.

—¿Qué has hecho para ganarte mi lealtad?

Él se mantuvo en silencio, pero no le retiró los ojos del rostro.

Por fin, ella lo miró.

—No crees que se haya escapado, ¿verdad?

—Sé que es duro para nuestros egos ya que somos una familia tan feliz, pero pienso que las alternativas a ello son peores.

Fue como si la hubiese abofeteado.

—¡Es un niño feliz! Llevamos una buena vida aquí. Paso todo el tiempo que puedo con él. Va a una escuela fantástica. Tiene notas excelentes.

—Su padre vive en el otro extremo del mundo y Matthew no lo puede visitar —dijo inclinándose hacia delante y manoseando el Akubra.

—Quizás haya huido porque no quería pasar el mes contigo, ¿se te había ocurrido?

Las palabras le hicieron daño, pero había que tenerlas en cuenta.

—¿Te ha dado motivos para pensar que no quería pasar el mes conmigo?

Ella se debatió antes de responderle. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y los apretó más, como queriendo contener los sentimientos.

—No. Intenta no mencionarte, pero esta vez no lo podía evitar. Habló del viaje por Nueva Inglaterra. Hasta sacó a relucir el sombrero que le regalaste.

Cullen sonrió, imaginándose a su hijo con el sombrero como el suyo, pero luego se puso serio.

—¿No está bien que nuestro hijo me mencione en tu casa?

—Por supuesto que sí. Nunca te critico frente a él y nunca le he pedido que no te mencione, pero estamos divorciados, Cullen. Es obvio que no somos amigos.

Nunca habían sido buenos amigos. Amantes, sí. Locamente obsesionados el uno con el otro. Sin deseos de vivir separados pero incapaces de vivir juntos. Idealistas, impetuosos y tontos. Pero nunca verdaderos amigos.

—Está clarísimo que esto no nos lleva a ninguna parte, ¿no te parece? No quiero discutir contigo, sólo quiero encontrar a nuestro hijo. Juntos podemos lograr más cosas que separados. ¿Quieres?

Esperaba que discutiera, pero ella asintió con la cabeza.

—Haré lo que sea para encontrar a Matthew.

Podía oír el resto de la frase: «Lo que sea, Cullen, hasta soportar tu presencia». Se puso de pie lentamente.

—Estoy muerto. Llamaré a un taxi. ¿Qué hotel me sugieres?

—Probablemente haya tres convenciones importantes en la ciudad —se puso de pie ella también, lanzando un suspiro—. Puedes quedarte en la habitación de huéspedes por lo que queda de la noche.

Pocas veces se quedaba mudo, pero en ese momento no se le ocurrió qué decir.

Los ojos de Liana eran enormes, dos ojos asustados que le decían que incluso su presencia era bienvenida, incluso su ayuda era mejor que tener que enfrentarse a aquella crisis sola.

—Si realmente vamos a trabajar juntos, tendrías que estar aquí esta noche por si Matthew llama, o alguien más.

—Gracias.

—Para mañana sabremos algo y podrás hacer los arreglos que te vengan mejor.

—Puede que no sepamos nada mañana, pero encontraremos a nuestro hijo. Te prometo que haré lo que esté en mi mano. ¿Recuerdas la mañana en que nació Matthew?

Cullen vio cómo se le llenaban los ojos de lágrimas a pesar de que ella desvió la vista.

—Entré en la habitación del hospital y tú lo tenías entre tus brazos. Levantaste la vista y dijiste: «Nuestras familias intentaron destruirse mutuamente, Cullen, pero mira el milagro que hemos creado entre los dos».

—¿Por qué lo mencionas ahora? —preguntó ella sin llorar, pero con lágrimas en la voz.

—Porque si podemos unirnos para recobrarlo, quizás podamos traer la paz a todo lo demás.

—Recuerdo esa mañana —dijo ella—. Nadie sabía dónde estabas. Nadie te encontró hasta que terminó el parto y yo ya no te necesitaba. Estabas jugándote el dinero que yo había ahorrado para pagar nuestra estancia en la ciudad.

—También recuerdo eso.

—Así que tendrás que perdonarme si no estoy acostumbrada a confiar en que tú cumplirás con tus promesas.

Cullen deseó que hubiese alguna forma de borrar un siglo y un pasado que los había maldecido a los dos, pero sólo supo decirle la verdad.

—Sólo tengo la esperanza de que algún día me puedas perdonar.

Liana no podía creerse que Cullen se hallase a sólo dos habitaciones de distancia. Lo había erradicado de su vida tan completamente, que incluso los recuerdos de sus años juntos se habían hecho más soportables. Pero ahora que Cullen se hallaba en su piso, los recuerdos resurgieron con dolorosa claridad.

Cullen era el bisnieto de Archer Llewellyn, y Liana, cuyo padre tenía sesenta y un años cuando ella nació, la nieta de Tom Robson. Desde el principio los dos sabían la trágica relación entre las dos familias, y la historia de La Perla del Gran Precio, pero eran jóvenes e idealistas y creyeron que no se verían afectados por ello.

Ella había conocido a Cullen en Nueva York, lo había seguido hasta el fin del mundo y se había casado con él cuando estuvo claro que sus náuseas matinales no se debían al calor y la humedad de Australia Occidental. Se había enamorado locamente, una diseñadora de joyas de espíritu libre, colada por un hombre que fabricaba perlas.

Y luego, cuatro años más tarde, después de un lento deslizarse hacia la desilusión y la falta de confianza, su relación se había desfondado.

Abandonó sus intentos de dormir cuando se dio cuenta de que cada vez que cerraba los ojos veía la cara de Cullen, o, peor aún, la de Matthew.

Matthew se parecía mucho a su padre, aunque sus facciones eran más refinadas que las rudas y sensuales de Cullen. Los ojos de Cullen eran de un azul humo. Los iluminaba el carácter y los dulcificaba las líneas de la risa, porque el mundo siempre había sido una cuestión de risa para Cullen. Los ojos de Cullen estaban llenos de la inocencia juvenil, ojos gris ceniza que reflejaban todo lo que veía.

¿Qué verían esos ojos en ese momento? ¿Dónde se hallaba su hijo? ¿Aterrorizado por un extraño, pensando que nunca volvería a su hogar? ¿O huyendo de algún demonio que no se atrevía a compartir con ella?

Se sentó de golpe, presa de un ataque de pánico. Salió de la cama y se puso de pie, forzándose a respirar lentamente hasta que logró mantenerse erguida sin caerse. Se puso la bata y se la ató a la cintura. Luego, descalza, se dirigió a la habitación de su hijo y se quedó en el umbral.

El ordenador de Matthew se encontraba encendido e iluminaba el cuarto con un fantasmagórico resplandor verdoso. Liana había pasado las horas entre la partida de Stanford y la llegada de Cullen redactando cuidadosos mensajes a todos los de la lista de direcciones, así como todos los que le habían mandado mensajes en las últimas semanas. Todos los mensajes que había mandado eran similares. Era la madre de Matthew y por algún motivo, por un problema de comunicación, había perdido momentáneamente contacto con su hijo. ¿Sabía el receptor dónde se hallaba Matthew? ¿Era posible mandarle un mensaje?

No encendió la luz para no alertar a Cullen, que se hallaba en la habitación contigua. Se dirigió a la mesa y pinchó el icono de Internet. Escuchó marcar el Modem y miró la pantalla mientras el ordenador se conectaba, recibía los mensajes y se desconectaba nuevamente.

Pinchó en «Bandeja de entrada» y encontró tres mensajes, aunque ninguno de ellos respondía al suyo.

Uno de ellos, titulado «Supongo que llego tarde», no estaba firmado, pero lo enviaba un tal SEZ, otro nombre desconocido. «Problemas con el servidor. Espero que recibas ésta antes de irte. Mucha suerte. Ojalá pudiera ir contigo».

Se hallaba mirando la pantalla pensando en qué hacer, cuando oyó un ruido detrás de sí. Giró la silla y vio a Cullen apoyado en el vano de la puerta.

—¿Qué pasa?

Ella todavía se sentía temblorosa, mareada. Cullen, con los vaqueros ajustándole las caderas y la camisa abierta como si se la acabara de poner, no era exactamente lo que necesitaba.

—Estoy mirando el correo de Matthew. No hay nada.

Ella le explicó brevemente lo que Stanford le había sugerido.

—¿Has encontrado alguno de mis mensajes? A veces nos escribimos hasta varias veces al día. Las últimas semanas no, por supuesto, porque he estado de viaje.

—No sabía que Matthew se estuviese carteando.

—Quizás pensó que no te gustaría.

Lo sentía detrás de ella, como si algo indefinible llenase el espacio que los separaba.

—Tendría que haberlo adivinado. No me pide hablar contigo por teléfono tan seguido.

—Nos mandamos fotos. Así él le toma el gusto a lo que yo hago y yo veo lo mucho que ha crecido.

Su correspondencia secreta la turbó, como si los dos hubiesen estado tramando algo a sus espaldas.

—¿Intentas hacerme sentir culpable?

—No, te informo de lo que hace tu hijo, para que lo sepas.

—Te corresponde un mes con él, Cullen. ¿No te alcanza para ponerte al día?

—¿Te bastaría a ti?

—Eso es distinto. Yo quería ser su madre. Todo lo que Matthew hace me importa.

—A mí también. Por eso uso todos los medios que tengo para mostrarle que me interesa su vida.

—Tú no lo deseabas.

—Yo no deseaba ser padre, hay una diferencia, Lee.

—Es demasiado sutil para mí.

—Muy sencillo. No quería ser padre porque sabía que no estaba preparado para hacerlo bien. Pero quise a Matthew desde el momento en que nació.

—Vaya forma de demostrarlo.

Él no respondió y ella sintió un aguijonazo de culpa al darse cuenta de que había elegido el momento en que ambos estaban aterrorizados de no volver a ver a su hijo para refregarle a Cullen sus errores.

—Parezco tan amargada —dijo—, y vengativa. No soy realmente así. Casi nunca pienso en el pasado. Es que la desaparición de Matthew…

—Y la aparición mía…

—Eso también, después de todos estos años —reconoció ella—. No parezco tener demasiado autocontrol —era lo más cercano a una disculpa que podía llegar.

—Te hice daño. No puedo cambiar eso. Pero puedo ayudarte a encontrar a nuestro hijo. Y lo haré.

Ella escuchó sus pisadas y finalmente la puerta del cuarto de huéspedes que se cerraba.

Stanford llegó poco después del alba. Liana misma le abrió la puerta, duchada y arreglada, pero sin haber descansado.

—¿Hay alguna noticia? —preguntó casi antes de que él cruzase el umbral.

—No demasiado. ¿Puedo pasar?

Ella se hizo a un lado.

—No demasiado es mejor que nada.

—Tuve una conversación telefónica con la mujer que estaba sentada junto a Matthew en él vuelo a Denver. Lo recordaba porque era tan cortés, algo inusual en un adolescente. Matthew le dijo que hacía conexión en Denver, pero desgraciadamente ella no le preguntó hacia dónde. Le dijo que su madre no se subía a los aviones. Es todo lo que recuerda.

Liana meneó la cabeza tristemente.

—Una vez me dijo que si me subía al avión con él, él se ocuparía de que todo saliese bien. Apenas tenía ocho años —su temor a volar había precedido a los ataques de pánico casi una década. Le había reducido el mundo a Matthew también, ya que resultaba imposible tomarse las vacaciones lejos de casa.

—Algo más. La pasajera dijo que Matthew se encontraba de buen humor. Parecía ilusionado con el resto del viaje. Dijo que si se hallaba preocupado o mortificado, lo ocultaba bien.

—No nos dice demasiado, ¿no?

—Indica que si está escapándose de casa, está encantado de hacerlo —dijo una voz tras ella.

Liana se dio te vuelta y examinó a Cullen, que llevaba unos pantalones oscuros y una camisa de punto.

Se había duchado y afeitado, pero seguía teniendo cara de cansado.

Liana presentó a los dos hombres.

—Cullen llegó anoche —concluyó.

Stanford tendió la mano y Cullen se acercó para estrechársela.

—Supuse quién sería por el acento —dijo Stanford—. Lamento conocerlo en estas circunstancias. Imagino que estará preocupado.

—Es verdad. ¿Parece que habló con alguien en el vuelo de Matthew?

Stanford le repitió la información.

—Ojalá hubiese más, pero eso es todo.

—Hablé con las autoridades de Denver al venir. Ellos tampoco saben nada.

—Nos hemos puesto en contacto con ellos. Parecían estar particularmente informados de todo. ¿Qué les ha hecho?

—No se olvidarán de mi hijo.

Stanford esbozó una sonrisa cansada. Probablemente había dormido más que ellos, pero tampoco parecía haber descansado.

—¿Alguna suerte con el correo electrónico?

—Nada. El ordenador está encendido. Puede mirar lo que recibí.

—¿Ninguna llamada?

Ella negó con la cabeza.

—¿Tiene teléfono celular? —al responderle ella con una cabezadita, continuó—. Utilícelo para llamar a la oficina. Dígales que desvíen todas las llamadas a ese número. Quiero que la otra línea esté libre. ¿Qué piensa hacer hoy?

Ella no había querido pensar, pero cuando estaba vistiéndose, se quedó mirando una chaqueta unos minutos y supo lo que tenía que hacer.

—Si le parece que está bien que me vaya unos minutos, querría ir a ver a mi tía.

—¿Tu tía Mei? —preguntó Cullen—. ¿Cómo se lo ha tomado? Irá por los noventa ya, ¿verdad?

—Noventa y siete. Y no sabe nada. Ayer no me pareció que tuviese sentido decírselo.

—¿Crees que tiene sentido hoy?

No había podido pensar en otra cosa desde que se había quedado mirando la chaqueta antigua que era el regalo más reciente de su tía. Era brocado rojo de seda, con un cuello chino y hermosos botones de cordoncillo de seda trenzados, un regalo hermoso que había sido hecho con intención de que Liana recordara sus orígenes.

—Si no se lo digo y se entera por alguien más, nunca me lo perdonará —dijo, mirando a Cullen.

—¿No te perdonaría cualquier cosa?

—En lo que respecta a Matthew, no. Creo que ha vivido tanto porque no quiere separarse de él.

—¿Se quieren? —preguntó Stanford.

—Mi tía piensa que Matthew ha sido especial desde el día en que nació. Lo trata como a un nieto.

—¿Habrán compartido secretos?

—¿Quiere saber si él le habrá dicho a dónde se dirigía?

—¿Es posible?

—Conozco a mi hijo —respondió Cullen por ella—. No le pediría a una anciana que guardase un secreto como ése.

—Cullen tiene razón —asintió Liana reticente.

—Pero si ella lo conoce tan bien como usted cree —insistió Stanford—, quizás tiene su teoría de dónde se ha ido.

—Puede que sí. Si puedo encontrar las palabras para decírselo.

—Me gustaría ir contigo —continuó Cullen antes de que ella pudiese protestar—. Mientras estuvimos casados, sus cartas eran más que cordiales. Querrá verme al saber que estoy aquí. Podré ayudarte a darle la noticia.

Por más extraño que pareciese, Liana sabía que Cullen tenía razón. Su tía nunca lo había conocido en persona, pero siempre lo había deseado. Y aunque no le había dicho a Liana que no se divorciase de él, tampoco había tolerado que se lo criticase en su presencia. Después del divorcio, ella se había convertido en la única persona con quien Matthew podía hablar de su padre y Liana se había sentido agradecida por ello.

—Tienes razón. Si se entera de que estás en la ciudad y no la vas a visitar, se sentirá mal.

—Lo que haremos será lo siguiente —dijo Stanford—, me quedaré aquí para responder el teléfono. Pondremos a su disposición la limusina de la empresa y si necesito ponerme en contacto con usted, llamaré al chófer —miró el reloj y luego a Liana—. ¿Ha desayunado?

—No, no lo ha hecho —respondió Cullen por ella—. Lee, ¿té con tostadas? Tienes que comer algo.

Ella asintió aturdida. La alarmaba que Cullen tomase el mando, pero no tenía fuerzas para luchar contra él.

—Hablaré con Sue —dijo él y se fue a la cocina. Se oyó su voz grave y sexy, que tanto la había atraído al conocerlo.

—¿Sabía que vendría?

—Lo sabía —dijo Liana y se dio cuenta de que era verdad. Por supuesto que en el fondo de su corazón lo sabía. Sabía que Cullen vendría a San Francisco a ayudarla a encontrar a su hijo, sólo que no lo había reconocido.

—Es mejor que esté aquí —dijo Stanford, como si comprendiese—. Y ahora al menos está claro que no tiene a Matthew consigo.

—Pero, ¿dónde está nuestro hijo?

Solamente después de haberlo dicho, se dio cuenta de sus palabras.

Liana cerró los ojos. Cullen Llewellyn había desaparecido de su vida durante diez años. Y ahora, a pesar de todo, ella, Matthew y Cullen eran una familia otra vez.

Capítulo 12

Mei Fong era una poderosa matriarca en un cuerpo que se marchitaba. Hacía lo que le venía en gana, exasperando a sus nueras y controlando a sus hijos y nietos, pero todos la adoraban por su generosidad y cálida lealtad.

Vivía en Waverly Place en Chinatown, dos manzanas repletas de templos y recuerdos familiares.

—Esto podría matarla —dijo Liana cuando el coche se detuvo en la esquina.

—No lo creo, Lee. Querrá asegurarse de que Matthew está bien antes de morirse.

—Hasta tía Mei tiene sus límites.

Cullen le tocó la mano, un ligero roce para tranquilizaría.

Liana abrió la puerta antes de que nadie lo hiciera. Se dijo que no estaba demasiado lejos de la puerta del edificio de su tía. Tenía que caminar unos veinte metros. No le pasaría nada.

Pero no logró convencerse y el familiar temblor comenzó en su interior. Y hoy había alguien más que sería testigo de su pánico. Cullen se hallaba a su lado.

—Tendrás que hacer de guía —le dijo.

Ella no habló. Hizo una profunda inspiración y exhaló lentamente. Luego comenzó a caminar hacia el edificio contando los pasos en silencio y respirando cuidadosamente cada vez que llegaba hasta cinco. Sintió una mano en su codo, aunque Cullen no hizo ningún comentario. No le preguntó cómo se encontraba ni hizo comentarios sobre el sudor que le perlaba la frente o el tono pálido de sus mejillas.

—Conque aquí es donde vive la tía Mei —dijo, como si no sucediese nada—. Ahora me doy cuenta de por qué le gusta tanto. Me habló de este sitio en sus cartas. Me alegro de que siga aquí, de que su familia no la haya aparcado en uno de esos sitios que nunca son un hogar.

Siguió hablando con voz baja y tranquila. Ella sintió que él se daba cuenta de cómo se sentía. Quiso quitarse su mano del codo, gritarle que la dejase sola. Pero lo único que podía hacer era respirar una vez y luego otra.

Al entrar en el vestíbulo, al pie de la escalera que llevaba al apartamento de la tía Mei, Liana se apoyó contra la pared y cerró los ojos.

—¿Cómo lo sabías? ¿Te lo dijo Matthew?

—Me lo mencionó.

Había intentado que Matthew no se diese cuenta de que el pánico era peor cada mes. Había tomado medicamentos y tratado de no darle importancia cuando era tan obvio que no se lo podía ignorar, pero era evidente que no lo había logrado.

—No trates de esgrimirlo en mi contra, Cullen. No me impide ser una buena madre. Estoy luchando contra ello y lo lograré.

—Hace bastante que sé de tus ataques de pánico. Si hubiese pensado en usarlos en tu contra, y me imagino que te referirás a otra lucha por la custodia, hace rato que lo habría hecho.

—¿En serio? —la rabia se encendió dentro de ella, una llama que había ahogado durante años—. Lo dudo, porque si intentas conseguir la custodia, le diré a Matthew lo que hiciste y por qué me divorcié de ti finalmente. Ése es el único motivo por el que no has intentado quitármelo.

—Nunca intentaré quitártelo —dijo él, sosteniéndole la mirada. Cuando intentó subir las escaleras, le puso una mano en el hombro para sujetarla contra la pared—. Pero para que conste, sé que nunca harías daño a nuestro hijo de esa manera, así que no tienes por qué hacer amenazas sin fundamento. Hice un trato contigo cuando nos separamos, y tengo intención de cumplirlo.

Se enderezó y dejó caer la mano.

—Y ahora que hemos acabado con eso, vayamos a ver a Mei, ¿te parece?

Él tenía toda la razón del mundo cuando decía que ella nunca le diría a Matthew por qué se había divorciado de él. La sorprendía que Cullen, quien tenía tan pocos escrúpulos, estuviese tan seguro de los de ella.

—Continuaremos con la búsqueda de Matthew, pero una vez que lo encontremos, no subestimes lo que haré para quedarme con él.

—Relájate un poco, ¿quieres, Lee? Si tratas tanto de controlar a todo y a todos, el mundo se hará cada vez más aterrorizador, ¿no? Estás tan tensa que en cualquier momento explotarás. Y no quiero que eso suceda.

Su expresión era comprensiva, casi compasiva. A pesar de todo lo que ella le había dicho, no parecía enfadado. Ése no era el hombre que ella conocía.

—Si no estuviese tan tensa, segura que me derrumbaría —desvió la vista—. Pero no hay peligro de que suceda. Haré lo que haya que hacer para encontrar a Matthew. Y ahora voy a hablar con mi tía —subió por las escaleras y esa vez él no intentó detenerla.

Cullen miró a Liana pasearse por el pequeño salón de Mei como un convicto en una celda. La habitación estaba calurosa y olía a jazmín y a sándalo. A pesar de que las paredes estaban recién pintadas y los sillones con tapicería nueva, el resto se veía viejo y decadente.

¿Cómo estaría Mei? Se preguntó. Mei Robeson Fong. La hermana melliza de Thomas Robeson, la fuerza estabilizadora en la adolescencia de Liana, la alegría en la de Matthew. Aunque Cullen sólo la había conocido por carta, lo había sorprendido con su tranquila calidez, la aceptación de este Llewellyn en su vida, a pesar de la historia que casi había destruido a sus familias. Había hablado de la buena suerte que

tendrían, de su futuro, nunca del pasado, de los niños que él y Liana criarían, de las alegrías anticipadas y los horizontes conquistados.

Ahora se hallaba allí para decirle que el único hijo nacido de esa unión había desaparecido.

—Duerme con frecuencia —dijo Liana desde la ventana, mirando la calle—, y lleva su tiempo vestirla.

—Ningún problema. No tengo nada más que hacer.

Mirar a Liana no era fácil La mujer que veía en la curva de su mejilla y su barbilla, las suaves líneas de sus labios, era la mujer con quien se había casado. Libre, generosa, cariñosa. Una mujer que lucharía hasta la muerte por quienes amaba, una mujer que intentaba superar su fragilidad en todo momento.

—¿Lee?

Ella se dio la vuelta con los brazos cruzados.

—Te pregunto esto porque puede ser importante. ¿Hay algún hombre en tu vida? ¿Alguien que Matthew quiera? ¿O alguien con quien se lleve mal?

Para ser una mujer tan llena de emociones, se le daba muy bien esconderlas. Ni pestañeó.

—Esto no tiene nada que ver con ningún hombre de mi vida.

—Intento analizar todas las posibilidades.

—Pues bien, ésa es una menos que analizar.

—Matthew mencionó a alguien llamado Jay…

—Jay se mudó a Honolulú hace seis meses para casarse con el amor de su infancia. Un tipo llamado Max.

Sin poder evitarlo, él sonrió.

—Habrá sido un buen susto.

—Sabía lo de Max. Jay y yo éramos sólo amigos. Lo echo de menos.

—No es fácil encontrar amigos, ¿no?

—¿Por qué lo dices? —dijo ella sorprendida—. Siempre los has tenido por docenas.

—Es cierto. Un tipo que pierde más de lo que gana siempre es bienvenido.

—¿Le debes dinero a alguien ahora, Cullen? ¿Alguien a quien no puedes pagar? ¿Alguien que puede haberse llevado a nuestro hijo para vengarse? ¿O para hacerte chantaje?

—Nadie.

—Stanford te está investigando.

—Si no lo hiciera, no valdría lo que vale ¿no te parece?

—Sería en beneficio de todos que fueses totalmente honesto. La vida de Matthew depende de ello.

—No debo dinero. No tengo hipoteca, o crédito del coche. Ni siquiera llevo tarjetas de crédito. No necesito esa tentación —lo miró como si no lo creyera, y no podía culparla por ello—. Eso no quita que mañana vaya y lo pierda todo a cara o cruz —añadió.

La puerta se abrió y ambos levantaron la vista. Mei, apoyándose en su joven ayudante, entró arrastrando los pies y Cullen se puso de pie. La primera impresión fue que Mei Fong estaba demasiado frágil como para contener vida. No le habría sorprendido que desapareciese en un abrir y cerrar de ojos.

—Liana ah —dijo con voz cascada—, ¿a quién has traído a verme?

—Tía —dijo Liana, agarrándole ambas manos y besándola en la mejilla—. Cullen, el padre de Matthew está aquí.

—¿Será posible?

Cullen se acercó, dándole tiempo para que se hiciese a la idea de que estaba realmente en su salón, que después de todos esos años de distanciamiento Liana y él estaban juntos frente a ella.

—Esto es un milagro —dijo Mei—. Es una suerte, pero, ¿por qué?

—Permíteme que te ayude a sentarte primero —dijo Liana.

La ayudante, una joven chino americana Con un alegre vestido floreado, ayudó a Liana a acomodar a Mei en un sillón y cubrirle las piernas con una manta tejida. Cullen notó que la anciana llevaba un hermosísimo collar de plata y ónix al cuello. Tuvo la sospecha de que se trataba de uno de los primeros diseños de Liana. Se preguntó, como tantas otras veces, si Liana seguiría diseñando, aunque sólo fuese por hobby. No había visto que tuviese un taller en su piso.

—Si te vas, no tardes demasiado —le dijo Liana a la muchacha—. Puede que necesite tu ayuda para volver a meterse en la cama cuando acabemos.

La ayudante se dio cuenta de que quizás las cosas no estuviesen demasiado bien después de la visita y asintió con la cabeza.

—Enseguida vuelvo —se cercioró de que Mei estuviese bien, le dio un apretón en la mano y habló con ella en rápido cantonés, aunque el inglés de Mei era excelente. Luego se retiró.

Cullen se había imaginado discutir la desaparición de Matthew con la tía Mei, pero ahora pensó que quizás no sobreviviese a la noticia.

—Tiíta —dijo Liana, hablando en voz más alta de lo normal, ¿recuerdas que Matthew iba a viajar a Nueva York para estar con Cullen durante un mes?

—Recuerdo —dijo Mei son voz apenas audible.

—Lo dejé en el avión ayer, tal como había planeado. EL avión llegó a Denver sin novedad, pero Matthew no hizo la conexión. En este momento no estamos seguros de dónde puede haber ido.

Cullen se sorprendió de que Liana no intentara suavizar la información ni un ápice.

—No ha sucedido nada que nos haga pensar que está en dificultades, Mei. Sólo que no sabemos dónde está.

Mei no habló, pero sus frágiles y reumáticos dedos retorcían la manta.

—¿Comprendes lo que te decimos, tiíta? —le preguntó Liana suavemente.

—Es un muchacho con grandes propósitos —dijo Mei finalmente—. Matthew hará lo que él considere que tiene que hacer.

—¿Puede explicarnos qué quiere decir con eso? —preguntó Cullen, que hubiese entendido lo mismo si ella lo hubiese dicho en chino.

—No comprendéis porque no sabéis todo lo que deberíais.

Liana intercambió una mirada con Cullen, quien se dio cuenta de que ella estaba tan in albis como él.

—¿Hay algo que debería decirnos a los dos? —preguntó Cullen.

—He vivido todo este tiempo para decíroslo. ¿Creéis que tengo miedo de morir? —preguntó Mei y levantando la barbilla se dirigió a Cullen—. ¿Te ha dicho tu familia cómo perdió La Perla del Gran Precio?

—Mei —dijo Cullen con respeto—, ¿qué importa eso ahora?

—Hasta que lo comprendas no encontrarás a tu hijo.

Cullen decidió seguirle la corriente.

—Sé que mi bisabuelo Archer Llewellyn asesinó a su padre, Tom Robeson, para quedarse con La Perla del Gran Precio.

—Esa parte es cierta.

Cullen nunca se había podido enterar de mucho más. Su padre parecía no saberlo o importarle.

—Lo que quedó de su familia vino aquí y con el tiempo, Thomas, el padre de Liana, le pagó a un hombre para que se fuese a Australia y le quitase la perla a Archer. No sé cómo, pero lo logró y la perla pertenece a la familia de Liana desde entonces.

—Tiíta, eso es lo que me dijo mi padre —reconoció—. Pero, por favor, ¿qué tiene que ver eso con Matthew?

—El niño sabe más que los padres. Un niño que comprende más que aquéllos que lo cuidan es un niño que se ve obligado a actuar. Mala suerte para todos si no lo hace.

—Mei, por favor —sacudió la cabeza Cullen—, si Matthew le ha dicho que se escapaba, si sabe algo, ¿nos lo dirá? Es demasiado joven para estar solo por ahí.

—Por respeto, Matthew nunca me lo diría.

Cullen se echó hacia atrás, desesperanzado. Había comenzado a pensar que Mei tenía la respuesta a la desaparición de Matthew, Ahora tenía la sospecha de que se estaba inventando las respuestas.

—Lo encontraremos, no se preocupe. Pero creíamos que se lo teníamos que decir.

—No, vosotros sois a quienes hay que decíroslo —a Mei se le entrecerraron los ojos.

—Nos iremos en cuanto Betty llegue —le dijo Liana en voz baja a Cullen—. Tiene que descansar.

Mei se sacudió como si se acabara de despertar, pero Cullen dudaba que se hubiese dormido de verdad.

—Iros, pero volved esta noche —dijo la anciana—. Os contaré entonces.

—Tía, no sé si volveremos —le acarició Liana la manó—. Tenemos que encontrar a Matthew.

Llegó Betty y le levantaron para irse.

—Volved. Entonces sabréis por dónde comenzar a buscar. ¿Dónde está la perla? —dijo en voz mucho más alta que en toda la conversación anterior.

—¿Tía? —Liana volvió a arrodillarse junto a la silla de Mei.

—La Perla del Gran Precio.

Liana titubeó, como si prefiriese no responder Cullen se preguntó si se debería a su presencia.

—Sabes que la tengo en una caja fuerte.

—¿Mientes porque crees que soy demasiado vieja para saber la verdad, o porque tu esposo está presente?

—Tiíta, estás muy cansada —dijo Liana poniéndose de pie—. Volveremos esta noche —se dirigió a la puerta, pero las palabras de Mei la siguieron.

—Nos diremos la verdad, tú y yo, como debe ser —esta vez cerró los ojos otra vez, obviamente porque no quería hablar más.

Cuando bajaban las escaleras, Cullen la detuvo.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que sabe Mei que yo no sé?

—Está vieja, Cullen, demasiado vieja para este tipo de presión. Es su imaginación.

—¡No trates de engañarme! ¿Le ha pasado algo a La Perla del Gran Precio? ¿Hay algo que no me hayas dicho?

—La perla no es asunto tuyo. Me pertenece a mí.

Él se le acercó.

—¿Le ha sucedido algo a la perla, Liana?

Ella se quedó silenciosa tanto tiempo que él creyó que no le respondería. Luego ella apartó la vista.

—La Perla del Gran Precio ha desaparecido también. Me di cuenta en el mismo momento en que me dijiste que Matthew no había llegado a Nueva York.

—¡Maldición! ¿Y me lo estabas ocultando?

Ella le lanzó una mirada desafiante.

—Se lo he ocultado a todos, Cullen. Nadie lo sabe salvo tú y yo y quienquiera que la robó de la caja fuerte de mi despacho. Pensé que sería mejor de esa forma y si tía Mei no hubiese adivinado la verdad, tampoco te lo habría dicho.

Capítulo 13

—¿En qué pensabas, Lee? —le preguntó Cullen, pasándose la mano por el pelo como siempre lo hacía cuando se hallaba preocupado.

—Estoy volando ciega —dijo Liana en voz baja para que el chófer de la limusina no la oyese—. La perla ha desaparecido. Mi hijo ha desaparecido. ¿Qué querías que pensase? Alguien ha robado la perla y alguien puede también haber robado a nuestro hijo. ¿En quién puedo confiar?

—Incluyéndome a mí, por supuesto. ¿No crees que sé lo que te está pasando por la cabeza? Esa perla podría ser una pelota de tenis, por las veces que ha botado de un lado al otro entre nuestras dos familias.

—No bota, Cullen. La gente la roba. Y hay gente que ha muerto por ella.

—Sí. ¡Y preferiría que nuestro hijo no fuese uno más!

Matthew era hijo de Cullen y podría haber venido algo que ver con la desaparición de la perla.

—¿Tienes alguna teoría sobre quién se la puede haber llevado? —le preguntó él finalmente—. ¿Alguien más tiene la combinación?

—Sólo yo.

—¿No será tu fecha de nacimiento o algo fácil d adivinar?

—Es la misma que en la época de Thomas. Y él no era un hombre sentimental. Era un número aleatorio.

—Supongo que eso significará que alguien ha robado la caja fuerte.

—No soy detective, pero no había ninguna señal de que la hubiesen forzado —dijo Liana dándose cuenta de que casi habían llegado a su apartamento—. No falta nada más, al menos nadie lo ha mencionado.

—¿Se guarda algo más en esa caja?

—No. Mi padre la hizo instalar especialmente para la perla. Estaba convencido de que era el único lugar donde se hallaría protegida.

—O quizás quería que le recordase constantemente el desastre que había causado.

—Es una perla. No se la puede culpar de los hechos que la rodeen.

—Y desapareció justamente con nuestro hijo.

—No necesariamente. Descubrí que faltaba casi en el instante en que me decías que faltaba Matthew, pero hacía dos meses que no abría la caja. Puede haber desaparecido en cualquier momento.

El chófer se detuvo y dio la vuelta para abrir la puerta.

Liana esperó hasta encontrarse en el ascensor con Cullen hasta volver a hablar.

—Stanford no lo sabe. Era en serio cuando te dije que eras la única persona que lo sabía. Ni siquiera se lo mencioné a mi primo Frank Fong, aunque probablemente es mi mejor amigo.

—¿Se lo vas a decir a Stanford?

El ascensor se detuvo y ella salió, pero se quedó frente a él.

—No. Si da la alerta a sus hombres, puede que alguno se le diga a Graham.

—¿Puede Stanford ayudar a encontrar a Matthew si no tiene toda la información?

—Si se entera de la perla, dividirá sus energías en dos. Dentro de un tiempo la perla me pertenecerá a mí, pero por ahora es propiedad de Pacific International. Así lo especificó mi padre en su testamento. Piensa, Cullen. ¿Crees que podrían ignorarlo hasta encontrar a Matthew? ¿Sabes el valor que tiene?

Su silencio era la respuesta que ella necesitaba.

—¿Estás de acuerdo entonces en que no lo mencionemos hasta encontrar una conexión?

—Tu tía piensa que la hay.

—Mi tía está confusa y preocupada.

—Tengo intención de ir allí esta noche.

Liana sabía que por respeto y cariño, ella también lo haría.

—Lee, ¿tenía Matthew acceso a La Perla del Gran Precio? ¿No la habrá vendido para poder escaparse?

—Matthew no haría jamás una cosa así —dijo ella horrorizada—. Sabe lo que la perla significa para nuestra familia.

—¿Tenía acceso a ella? —volvió a preguntar él.

Liana intentó pensar.

—Matthew sabe sobre la caja fuerte, pero no tiene la combinación, y yo nunca la he escrito.

—¿Nunca?

—Sería una estupidez escribirla, ¿no?

—¿Ha estado en la habitación cuando tú la abrías?

—Muchas veces. Hace sus deberes allí mientras espera que yo salga de reuniones. Pero no sabe la combinación —titubeó y luego se encogió de hombros—. Tiene seis números, Cullen. Llevaría un milenio poder averiguarla.

—¿Está vigilado tu despacho?

—No, y no quiero que lo vigilen. Pero la puerta de mi despacho tiene un complicado sistema de alarma. Si alguien quiere meterse tendrá que desarmarlo

primero. Y Stanford tiene guardias patrullando el edificio las veinticuatro horas del día.

—Quizás ese sea otro motivo para no decirle lo de la perla por el momento. Es el mejor candidato para saltarse los sistemas de seguridad.

A Liana le gustaba Stanford, pero en ese momento todo el mundo estaba bajo sospecha.

—No sé ni cómo ni por qué Matthew puede haberse llevado la perla.

—Si ha escapado, necesitará dinero. ¿Tiene cuenta bancaria?

—Sí. Y tarjeta.

—¿Han mirado su cuenta?

—Le di el número a Stanford esta mañana.

—Veamos si ha descubierto algo mientras estábamos fuera.

En los últimos minutos, ella y Cullen habían unido sus fuerzas sin animosidad y Liana se sintió mejor por ello. No se encontraba sola. Por la primera vez en años, alguien que quería a Matthew tanto como ella podía ayudarla a tomar decisiones.

La asustaba que después de todo lo que había sufrido en sus manos, Cullen Llewellyn seguía siendo importante en su vida.

Juzgar el carácter de la gente era una habilidad que necesitaba un jugador, particularmente si su objetivo era ganar.

Ganar nunca había sido el objetivo principal de Cullen. El momento en que la moneda giraba reluciente en el aire, el instante en que soltaban los caballos para que corrieran a la línea de meta, esos habían sido los momentos más importantes. Había sido un adicto a las posibilidades, a la excitación de los quizás. Ganar había sido casi accesorio.

Pero en ese momento, ganar era primordial.

Y observó la forma en que Stanford se comportaba. Intranquilo, y aunque respetuoso con Liana, su atención no estaba al cien por cien en la conversación.

—No ha habido llamadas —le dijo Stanford—. Y ninguna novedad de los aeropuertos. Hemos estado mostrando la fotografía de Matthew en los dos, interrogando a la gente, pero no ha habido resultados por ahora.

—¿Nada? ¿O nada de lo que quiera hablar?—se acercó Cullen para intervenir en la conversación.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Stanford, después de titubear un instante más de lo necesario.

—Stanford, parece incómodo —dijo Liana.

Stanford se hundió de hombros lo suficiente como para darle la razón.

—No tengo nada concreto que decirles.

—Nos contentaremos con la teoría.

—Pues bien, esta mañana investigamos la cuenta corriente de Matthew y está intacta. Sólo retiró cincuenta dólares hace tres semanas.

—Te compró un regalo —le dijo Liana a Cullen—. Una brújula con estuche de cuero. Pensó que podrías usarla durante la acampada.

—¿Te has fijado en su habitación para ver si sigue allí?

Ella lo miró preocupada.

—Si no se la ha llevado, quiere decir que no tenía intención de reunirse contigo, ¿verdad?

—He revisado la habitación y no he encontrado nada por el estilo. Además, es algo que un chico se llevaría si pensase escapar —dijo Stanford, apoyándose primero en un pie y luego en el otro. Pero no ha sacado más dinero. ¿Tiene acceso a otras cuentas?

—No, pero tiene una buena paga. Puede haber estado ahorrándola sin meterla en el banco. También tiene tarjetas de crédito. Sabe que las tiene que usar sólo si es una emergencia, pero las tiene.

—¿Podría fijarse si las tiene usted todas? —le pidió Stanford—. Y también mire si le falta algún talón.

—Lo haré ahora mismo —dijo Liana y se fue.

—¿Qué más ha averiguado? —le preguntó Cullen a Stanford mientras los dos la miraban alejarse por el pasillo.

—Lo he estado investigando a usted. Por ahora los informes dicen que todo está correcto. ¿Ha superado su problema de juego?

—Lo estoy superando. No lo he superado aún. El día en que me olvide de esa diferencia será el día en que pierda la camisa otra vez.

—¿Cuándo fue la última vez que lo hizo?

—¿Qué? ¿Ir a «Jugadores Anónimos» o a las carreras?

—¿Ése era su juego?

—Cuando estaba hundido podía apostar a quién meaba más rato. Cualquier cosa.

—¿Cuándo fue la última vez que se hundió?

Cullen se tomó un segundo antes de hablar.

—Yo diría que fue cuando me jugué y perdí el fondo para los estudios de mi hijo.

—No había llegado a esa información todavía —dijo Stanford, lanzando un suave silbido.

—Liana se aseguró de que nadie se enterase. Un antiguo hábito de encubrir mis errores.

—¿Y desde entonces?

—Desde entonces ha sido el día a día. Finalmente perdí la cuenta el año pasado. Otro mojón en el camino —la mirada de Cullen era firme pero vio algo en la del otro hombre que no lo era—. Mire, ya sé que no me lo quiere decir, pero, ¿qué le preocupa? ¿Qué más ha descubierto?

Stanford no respondió inmediatamente. Luego sacudió la cabeza.

—Le dije que investigamos el banco. Pues, parece ser que alguien ya había estado por allí. Puede que alguien más intente encontrar a su hijo, señor Llewellyn. Y no necesariamente porque quiera convertirse en héroe.

Cuando se levantó de una siesta atormentada por pesadillas que sin embargo le permitió descansar un poco, Liana se dirigió al salón.

Stanford se había ido, pero Cullen se hallaba tan concentrado mirando el retrato de Matthew que ni se percató de su presencia.

—Lo ha captado perfectamente, ¿no?

Él se dio la vuelta.

—Sí, creo que sí.

—No conozco a demasiados niños, pero a mí me parece que Matthew es un chico sin complicaciones. Le interesa lo que lo rodea y no intenta esconder lo que siente.

—Y es un chico sensato, ¿no? Tiene sentido común, sabe cuidarse. Si está en algún sitio donde pueda…

—He hecho una reserva en un hotel cerca de la casa de la tía Mei. Me iré ahí esta noche después de que la veamos.

Liana sabía que si se hallasen en Australia, Cullen haría todo lo posible para incluirla a ella. Nunca había sido mezquino o egoísta. Por más que tuviese fallos, nunca había intentado hacerle daño a propósito.

—Me gustaría que te quedases aquí —le dijo, observando cómo él arrugaba la frente—. Si me llaman por teléfono o tengo que tomar una decisión repentina, no quiero tener que esperar hasta que llegues. Aquí es donde todo está sucediendo y tienes derecho a participar. ¿Quién iba a decir que acabaríamos trabajando juntos después de tantos años?

—Nunca fui bueno compartiendo nada, ¿Verdad?

—No.

* * *

De camino a casa de la tía Mei apenas si hablaron. Cuando eran jóvenes, muchas veces habían hecho viajes juntos así. Creían que juntos conquistarían todo y que el pasado lejano no los afectaría.

—La Perla del Gran Precio nunca ha traído suerte —dijo Liana mirando a Cullen, que iba sentado distante y serio a su lado—. Si Matthew la tiene…

—Si crees que trae mala suerte, ¿por qué la guardas en tu despacho? ¿No te preocupa tenerla tan cerca?

—Mi abuelo murió por esa perla. La guardo allí en su honor —dijo, y tuvo un escalofrío.

Cullen puso una mano encima de la de ella. Una mano fuerte callosa y cálida.

—Matthew no tiene la perla, Lee. Lo has dicho tú misma.

El chófer se paró en la esquina donde los había dejado antes. Cullen le apretó la mano.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte a entrar?

Durante un momento quiso pensar que él la podía ayudar, que por una vez ella no tenía que llevar el peso de sus miedos sola y que la calidez de su contacto era una promesa, no una mentira. Pero luego intervino la realidad.

—Puedes recordar que no has venido a arreglar nada, Cullen —dijo, arrancando la mano de debajo de la suya—. Mantente en tu lado de la búsqueda y no cometas el error de querer cruzarte al mío.

Cullen no se alteró, como lo hubiese hecho en el pasado.

—No hay lados en esta búsqueda —le dijo con calma—. Y sólo podré arreglar lo que tú quieras arreglar.

El chófer abrió la puerta y ella salió. La acera rodó en olas tumultuosas hasta el edificio de su tía. Los faroles de la calle relampagueaban como el llameante aliento de un dragón. Puso un pie delante del otro forzándose a no tragar el aire envenenado. Apretó los puños y dio unos pasos más hasta lograr entrar.

Cuando llegó arriba, Cullen se le unió en la puerta del apartamento de su tía. Entraron juntos, como si la escena abajo no hubiese tenido lugar.

—Liana ah, estás muy pálida —le dijo la tía Mei, abriendo ella misma la puerta.

Liana hizo una inspiración purificadora. Allí, en el caldeado capullo de vida de su tía, el miedo comenzó a desaparecer.

—No nos podemos quedar mucho, tía. Tenemos que estar cerca del teléfono.

—Os quedaréis todo lo que sea necesario —la agarró Mei del brazo y la llevó al minúsculo salón. Liana no estaba segura de quién se apoyaba en quién.

—Mei, ¿dónde le gustaría que me sentase? —preguntó Cullen una vez que Mei se hubo acomodado trabajosamente en un sillón.

Liana vio que su tía había sacado fotografías. Pero éstas no eran las que ella conocía de la familia de Mei, incluyendo a su primo Frank, su aliado en Pacific International. Aquellas fotografías no le resultaban familiares.

—Tú te sentarán a mi lado Cullen —dijo Mei con su voz cascada. Señaló el sofá que hacía ángulo a la derecha—. Y, Liana, tú siéntate allí —señaló una silla a su izquierda.

Liana no miró a Cullen. Ya se sentía avergonzada de su arrebato en el coche.

—Esta historia lleva su tiempo, pero ahora no tenemos tiempo —dijo Mei. Cerró los ojos y se mantuvo en silencio un instante—. Yo he estado en Jimiramira, Cullen, donde tú naciste. Y hace mucho, cuando era joven, conocí a tu abuelo, Bryce —levantó una foto y se la pasó a Cullen—. De niña me llamaban con mi nombre chino completo, Mei-Zhe. Significa «hermosa perla», un nombre que mi madre eligió cuidadosamente para mí para que no me olvidase de la muerte de mi padre. Pero tu abuelo Bryce me conocía por May…

En un 747 sobrevolando el Pacífico, la azafata se detuvo junto a Matthew.

—¿Quieres algo de beber?

—Una Coca cola, por favor —dijo Matthew, simulando que examinaba su bandeja. Su propia voz, madura y profunda, le dio confianza.

—¿No te sientes solo, aquí?

Esta vez él la miró a los ojos y mintió con aplomo.

—Mi madre está atrás. Se ha echado un rato a dormir.

Eso pareció dejarla satisfecha. El vuelo se hallaba semi vacío y mucha gente había aprovechado para tenderse en dos o tres asientos.

—Tendrías que hacer lo mismo tú. Es un viaje muy largo hasta Sídney.

—Buena idea. Quizás lo haga después de la película.

Cuando ella siguió hacia la otra fila, él se tranquilizó.

Parecía que la mentira sobre su madre había colado, además del corte de pelo, la camisa y las botas de vaquero que se había comprado en el aeropuerto de Dallas, y el pasaporte y la licencia de conducir que había tomado prestados de Simon Van Valkenburg, un amigo a quien su madre nunca se le ocurriría contactar.

Ahora, hasta pasar la aduana australiana, lo único que tenía que hacer era responder al nombre de Simon.

La azafata volvió con la bebida y un paquete de almendras.

—¿Quieres algo para leer?

—No, gracias. Tengo un libro en el bolso.

—¿Has estado en Australia antes?

—Dos veces —dijo, aunque fuese mentira. Había nacido en Australia, pero sólo había vuelto en su imaginación.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

Se había preparado bien, así que le soltó su historia.

—Australia del sur. Pero sólo tenía cinco años entonces. No recuerdo nada.

—De este viaje seguro que te acordarás, ¿no? —comenzó a caminar por el pasillo.

—Sin ninguna duda —dijo él, aunque ella estuviese demasiado lejos para oírlo.

¿Cómo podría olvidarlo? Había solicitado una visa asumiendo una identidad falsa, tramado y mentido. Se había escapado del aeropuerto de Denver e ido en taxi hasta la estación de autobuses, en autobús hasta el aeropuerto de Dallas, en avión hasta Chicago. Se había hecho cortar el pelo, se cambió de ropa y se deshizo de la maleta. Había evitado a la policía, hecho el simpático con los que le vendían los billetes, sudado a mares cada vez que alguien lo comparaba con la antigua fotografía del pasaporte y comentaba lo mucho que un joven cambia en cinco años. No, no se olvidaría de ese viaje.

La azafata tenía razón. Era un largo vuelo a Sídney. Y Sídney era un paso más a Jimiramira.

Capítulo 14

El viaje a Jimiramira había sido arduo. Mei fue hasta Darwin primero en un barco perlero perteneciente a John Garth. Después de la muerte de su padre, John había intentado ofrecerle ayuda a su madre con pequeños detalles. Nunca había compartido su cama, como otros hombres que llegaban tarde por la noche con quienes Sauce se acostaba para poder mantener a sus mellizos. John, por el contrario, llegaba siempre en pleno día, con regalos prácticos o pequeñas perlas con defectos que Sauce podría vender cuando lo necesitase. A veces le llevaba ropa para lavar, para que ella no sintiese que era caridad.

John fue quien se ocupó de buscar a los parientes de Tom que podrían ayudar a sus hijos a tener una vida mejor. Y también les escribió la carta a San Francisco, incluyendo fotos de Mei y su hermano mellizo, Thomas, a quien había dado con todo amor el nombre de su padre.

Finalmente, John había sido quien leyó la respuesta de los Robeson en voz alta en el salón del pequeño *bungalow* y aconsejó a la desesperada Sauce.

—Tienes que pensar en lo que será mejor para los niños, Sauce. Aquí no tienen futuro. Al menos los padres de Tom están dispuestos a darle un hogar al pequeño Thomas.

—¡Thomas es mi hijo! No puedo hacerlo atravesar el océano sólo. Y Mei es el aire que él respira. No los puedo separar.

—Pero la carta es muy clara. Recibirán únicamente a Thomas.

—Porque él no tiene aspecto chino —dijo Sauce, abrazando a su hija, que también comenzó a llorar.

—Es una pena que la apariencia sea tan determinante —se movió John inquieto—. Pero han prometido darle al niño todos los lujos y a ti enviarte dinero para ayudarte a la manutención y educación de la niña. Mei y tú podréis seguir viviendo aquí y cuando ella sea mayor, quizás pueda ir a California y buscar a su hermano. Nadie la podrá detener.

—¡No puedo entregar a mi hijo!

—¿Y qué harás? ¿Vender tu cuerpo con más frecuencia?

Ella exclamó alarmada.

John inclinó la cabeza.

—Sí, lo siento; pero sé lo que te has visto obligada a hacer. Y si lo sigues haciendo, pronto todo el mundo lo sabrá. ¿Es eso lo que quieres para tus hijos?

Ella cedió finalmente y cuando Thomas tenía cuatro años, lo mandó a vivir a San Francisco con una mujer a quien se le pagó para que lo acompañase.

Ahora, después de dieciséis años sin su hermano, después de la prolongada enfermedad de su madre y su muerte, Mei hacía un viaje también. No tan lejos como su hermano, pero más peligroso que el océano que separaba Australia de Norteamérica.

Iba a Jimiramira, a recobrar la perla que le había dado su nombre.

Ni siquiera recordaba la primera vez que había oído la historia de cómo su padre había encontrado la perla y muerto en manos de un desleal amigo llamado Archer Llewellyn. La había absorbido junto con las historias de sus ancestros chinos. Se había enterado de la bondad de su padre, su tierna sonrisa, su deseo de casarse con su madre y de la vergüenza de ésta porque no lo hubiese hecho.

Era una historia de injusticia que pedía una compensación, y Mei no recordaba cuándo fue que se dio cuenta de que tenía que ir a un sitio llamado Jimiramira donde se decía que Archer vivía, a arrebatarle la perla. La tarea correspondía en realidad a su hermano, si se hubiese quedado en Australia. Pero Thomas seguía en California con sus abuelos, que también mandaban una cantidad mínima semi anual para Mei y pagaban su educación.

Sabía muy poco de su hermano. Una vez, un contable que trabajaba para los Robeson había metido una fotografía en el sobre junto con un billete para Sauce. Era de un niño que no se parecía a Mei, un niño de cabello oscuro, ojos graves y redondos, y una boca pequeña y seria. Mei tenía los ojos almendrados y la boca curva que parecía sonreír hasta en reposo, Mei miró la foto hasta que se grabó la imagen a fuego en el corazón junto con la del Thomas más pequeño que le arrancaron de los brazos infantiles y desapareció de su vida.

Ya que su hermano no podía recobrar el honor de la familia, robar La Perla del Gran Precio se había convertido en el destino de Mei. Tomaría lo que le pertenecía a su familia. Luego encontraría a Thomas en la lejana América. Juntos usarían la perla para iniciar una nueva vida.

Al morir Sauce, vendió los pocos muebles que tenía y le regaló la ropa de su madre a la mujer que la había ayudado a cuidarla hasta su muerte. Ella sólo se quedó con el brazalete de jade que Tom le había regalado a su madre y los pocos ahorros que le quedaban. Luego partió a Darwin acompañada por la mujer de John Garth, la dama inglesa que junto con su marido, había siempre hecho todo lo posible por ayudar a Mei.

Había elegido Darwin por dos motivos. Al igual que Broome, Darwin tenía una considerable población china y a los Garth les pareció sensato que iniciase su vida allí. Pero lo más importante era que Darwin era la única ciudad importante en el territorio del norte. Jimiramira se hallaba a muchas millas de distancia, cruzando un territorio espantosamente yermo, pero los ranchos de ganado muchas veces se dirigían allí para buscar empleados que no pudiesen reclutar entre los aborígenes locales. Mei tenía esperanzas de encontrar un trabajo que la acercase al rancho de Archer Llewellyn, para luego ir acercándose a Jimiramira como pudiese.

De pequeña había aprendido a ser paciente. Había tenido que esperar a que hubiese dinero para comprar pescado para comer con el arroz, y esperado a que su

madre volviese de su larga jornada lavando ropa para que la ayudase con sus lecciones. Más tarde, Mei había esperado a encontrar los libros que le enseñasen más de lo que había aprendido en la escuela.

Así es que Mei estaba dispuesta a esperar años si fuese necesario antes de lograr entrar a Jimiramira. Sin embargo, la oportunidad surgió casi inmediatamente.

Había conseguido trabajo en una tienda de ramos generales del barrio chino a cambio de alojamiento y comida. A la semana le presentaron a una mujer que se hallaba de vacaciones, proveniente de un rancho ovejero cercano a Katherine. La joven la llevó a ver al hombre que se había ocupado de buscarle su trabajo, un banquero llamado Stuart Sayers.

Sayers la miró de arriba abajo mientras la interrogaba. Mei le dijo que su nombre era May Ghun, ya que aunque estaba anotada oficialmente como Robeson, prefirió mantenerlo en secreto.

—Sólo hemos tenido una solicitud recientemente —dijo, poniéndose de pie para indicar que su breve entrevista había concluido—, pero no enviaría a alguien tan joven como usted, ni siquiera una china. Estaría de vuelta tan rápido como el bumerán de un aborigen.

—Le agradezco la consideración, pero soy fuerte e inteligente.

—El puesto no es imposible, que conste —dijo Sayers, bajando la voz—, pero casi, casi. Jimiramira queda donde el diablo perdió el sombrero, y la señora de la casa es un poco complicadilla. La gente que le he mandado ha durado lo necesario para conseguir transporte de vuelta. Y como se aproxima la estación de las lluvias, quizá no pueda volverse en meses. No quiero complicarme la vida con el lío que ustedes montan si las cosas no salen como esperan.

Al oír el nombre de Jimiramira, el corazón de Mei le comenzó a latir aceleradamente. Sabía que Jimiramira era su destino, pero no que el destino intervendría para ayudarla.

—No tengo familia en Darwin que lo pueda molestar —dijo Mei, observando cómo se le iluminaban los ojillos a él—. Quizás Jimiramira es lo que el destino me depara.

—Ésa es una actitud oriental. El hombre se labra su propio destino y la mujer deja que el hombre se lo labre —dijo Sayers, recorriéndola con una apreciativa mirada nuevamente—. Le puedo encontrar un trabajo mejor cerca de la ciudad.

—Puedo escribir directamente, sé escribir bien.

Los ojillos se convirtieron en dos estrechas líneas.

—Yo soy quien le ha dicho del trabajo, señorita, y yo seré quien la envíe. Pero luego no diga que no se lo advertí.

Dos semanas más tarde tomó el tren hasta la ribera norte del río Katherine; donde se iniciaba la huella. De allí viajaría en carreta hacia el sudoeste atravesando el desierto australiano.

El viaje desde Broome había sido duro, tanto, que la avergonzaba pensar que había estado descompuesta la mitad del camino. Ahora, mientras las mulas llevaban las carretas pulgada a pulgada por el polvoriento y sofocante terreno, deseó contar nuevamente con las olas, el crujir de la madera, el hedor a pescado podrido. Iban dos carretas, llenas hasta los topes de provisiones para los ranchos que se encontrarían en el camino. Además del conductor, Bluey, que olía peor que la bodega de un lugre perlero, y Rex, el joven aborigen que conducía la segunda carreta, iba con ella una pareja de ingleses, gente mayor que se dirigía a un rancho más allá de Jimiramira.

Viajaban de pozo de agua a pozo de agua, acampando a la caída del sol al lado del fuego donde hervían agua para hacer un té fuerte aromatizado con picantes hojas de eucalipto. Bluey era bastante amable y aunque no hablaba durante el trayecto, conversaba con ella al sentarse a comer los guisos de carne salada y verduras de bote que acompañaban con tortas que cocía en un horno colocado sobre las brasas.

Paraban en ranchos donde la hospitalidad del desierto compensaba la falta de lujos. Vio sólo a dos mujeres blancas en todo el viaje, con la piel seca y curtida por el sol.

Finalmente cruzaron una frontera invisible.

—Jimiramira —anunció Bluey, pero Mei se hallaba tan agotada que sólo logró asentir con la cabeza.

Pasaron casi cuatro días hasta que divisaron humo de la casa del rancho.

—Menudo lío se montará si el jefe no está en casa —murmuró Bluey.

—¿Por qué? —preguntó Mei, entrecerrando los ojos para ver mejor en la distancia.

—La señora prendió fuego la casa una vez. Ahora no la dejan encender el fogón a menos que esté él, o quizás el muchacho. La única ayuda que tienen en la casa son los negros, y los negros son capaces de dejar que la casa se queme totalmente.

Para entonces, Mei ya sabía que Archer y Viola Llewellyn tenían un solo hijo, un muchacho llamado Bryce, que tenía aproximadamente la edad de Mei. Quiso preguntar si Viola había intentado incendiar la casa aposta, pero tuvo temor de la respuesta.

—Esa pobre mujer está totalmente majara —dijo Bluey sin necesidad de que le preguntara—. Así que estate alerta y vigílala bien. No sé por qué Sayers ha enviado a una chica tan joven, pero, ¿sabes lo que te digo? Que después de las lluvias me vuelvo a Darwin, pero antes de hacerlo pasaré por aquí para llevarte conmigo.

Mei esperaba que los meses de la estación húmeda le alcanzasen para averiguar dónde estaba la perla y llevársela consigo.

Se vieron obligados a acampar temprano porque se salió una rueda. Mei se ocupó de la comida mientras Bluey hacía el arreglo. Se hallaba sacando la comida del fuego cuando se oyó el galopar de un caballo que se acercaba. La pareja, que se hallaba sentada en silencio mientras Mei trabajaba, se puso de pie y los ingleses se arreglaron las ropas. Mei se sacudió las manos y se incorporó al ver el caballo.

El corazón se le aceleró propulsado por los pensamientos del padre que nunca había conocido. Tocó el brazalete de jade que llevaba en el bolsillo de la falda y miró sin pestañear al caballo que se detuvo a unas yardas, del que se desmontó el jinete.

De hallaba frente al hijo del hombre que había matado a su padre.

—Soy Bryce Llewellyn —dijo, haciendo una cortés inclinación de cabeza en dirección a Mei y la pareja. La cara se le iluminó con una amplia sonrisa al ver a Bluey.

—¡Hola Bluey! ¡Justo a tiempo llegas, eh!

Mei lo vio acercarse y darle unas palmadas en la espalda. Había pensado poco en el hijo de los Llewellyn, sólo como en su rival en el plan de robar la perla. Ahora lo miró para calibrarlo. Era alto y enjuto, de piel morena por el sol y músculos moldeados por la vida que parecía sentarle tan bien a los hombres y destruir a todas las mujeres. Bajo el ala del sombrero, tenía el cabello rubio oscuro y agradables facciones.

—Casi he llegado —dijo Bluey—. Nos quedan seis o siete días antes de llegar a Shayside.

—Seis o siete días si te das prisa. Será mejor que te des prisa. El viejo Jake dice que las lluvias llegarán antes este año.

—Parece verdad.

—¿Por qué no me llevo a la chica yo? Así te ahorrarás el viaje hasta la casa.

—Tengo cajas también..

Déjalas aquí. Mandaré a un hombre con nuestra carreta a recogerlas a primera hora de la mañana.

—Haremos eso, entonces —dijo Bluey aliviado.

—¿Le parece bien, señorita? —le preguntó Bryce cortésmente a Mei—. ¿Habla inglés?

—Tan bien como tú, chico, y mejor que yo.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Bryce a Mei sonriendo.

—May —dijo ella, deseando que Bluey no hubiese dicho nada de su inglés. Había pensado comunicarse con los Llewellyn lo mínimo posible para que se acostumbraran a tratarla como un mueble, útil, pero sin pensamientos propios.

—¿Te quedas a tomar el té? Hemos hecho unas tortas.

—Tendría que irme —titubeó él—. Mi madre está sola en la casa.

—May, llévate tu parte —dijo Bluey, sin insistir.

—Mejor será que le haga caso, señorita —dijo Bryce, dirigiéndose al caballo—. El cocinero se ha Ido a caminar y desde entonces se come poco en la casa —hizo una pausa—. ¿Sabe cocinar?

—Sí.

—¿Sabe montar?

—Aprenderé —dijo ella, titubeando.

Él se dio la vuelta y le sonrió.

—Lamento decirle que tendrá que aprender ya mismo.

—No importa.

—Genial.

Era un pequeño sacrificio que hacer y Mei haría cualquier cosa por reunirse con Thomas. Estaba dispuesta a vivir con esa gente, cocinarles, hacerles la vida más fácil en todos los sentidos excepto en uno. Cuando llegase el momento oportuno, robaría la perla que Archer Llewellyn había valorado más que la vida de su mejor amigo.

Y luego se marcharía para que los Llewellyn se destruyeran mutuamente.

Durante los primeros días, Mei se dio cuenta de que Jimiramira reflejaba el tumulto emocional de sus habitantes. Bryce Llewellyn tenía una pureza de carácter que nada tenía que ver con el de sus padres, ya que Viola estaba loca y Archer, en su afán por conseguir su sueño, había renunciado a su alma.

La casa era ridículamente grande, diseñada para un estilo de vida imposible de llevar tan lejos de la civilización. Mei la recorrió el amanecer de su primer día. Las habitaciones estaban en su mayoría abandonadas, sin acabar, con las celosías herrumbrosas y los suelos llenos de hormigueros. Los cuartos que usaba la familia estaban recubiertos de una fina capa de polvo. Al piano de palo de rosa del salón le faltaban teclas. Estaba totalmente desafinado y cubierta de fotografías en marcos con los cristales rotos, como si fuese un pagano altar a los muertos.

En el salón de estar, las paredes ennegrecidas eran testimonio del fuego que había mencionado Bluey. Mei pasó el dedo por las paredes manchadas de hollín y se preguntó si Viola Llewellyn había intentado acabar con su vida y la de su familia, o si sólo se había olvidado de tener cuidado.

Luego se dirigió a la cocina, construida entre la casa y el comedor de los hombres. Estaba invadida por las moscas y llena de verduras podridas. Comenzó a trabajar allí, donde encendió el fuego en la cocina de leña y recogió agua oxidada para ponerla a hervir y poder fregar mientras recogía la basura.

Cuando apareció Bryce, ella ya había logrado limpiar la mesa lo suficiente para comenzar a preparar el desayuno. La saludó con un «buenos días» poco convencido, como si ya supiese que no lo iban a ser. Ella preparó lo poco que pudo: café hecho con el agua que había hervido, tomates de bote y pan tan viejo que ni moho tenía. Él no dijo nada mientras comía y al terminar recogió su sitio y le alcanzó el plato y el jarro.

—Mi madre se despertará pronto. Tengo que advertida.

Se preguntó dónde estaría el padre de Bryce. Archer Llewellyn no la había saludado la noche anterior, como si una sirvienta china no mereciese su atención.

—Mi madre —continuó Bryce— no se encuentra bien, A veces está callada y no responde cuando se le dirige la palabra —hizo una pausa y dejó caer los cubiertos en un cubo con estrépito—. Me temo que esos son los días buenos. No tendría que haber venido, ¿sabe?

—¿Qué pasa en los días malos? —preguntó Mei.

—Cuando no está silenciosa —dijo Bryce y se apoyó contra la mesar—, grita, llora, intenta arrancarse el cabello. No se la puede dejar sola entonces. Y haga lo que haga, jamás se la puede dejar sola en una habitación con el fuego encendido. Ni un farol, ni el fuego de una chimenea. Una vez casi quema la casa entera.

—Cuando le sucede eso, ¿qué prefiere, que la cuide a ella o que me ocupe de la casa?

—Creo que esta noche tendremos cocinero. Los negros han acampado cerca. Iré esta noche a ver qué puedo encontrar. Quizás consiga ayuda para la casa también. Pero a pesar de ello, pronto verá que tendrá ganas de liar el petate e irse. Sigue habiendo demasiado que hacer.

—¿Me echará una mano entonces?

—Haré lo posible, pero mi padre me necesita también.

—¿Su padre no se encuentra bien?

Él lanzó una carcajada, pero se puso serio inmediatamente.

—La verdad es que a veces él es un poco raro también. Ha venido a un sitio extraño, Mei. Ojalá le pudiese decir lo contrario.

—Extraño para mí y extraño para usted también.

Bryce no se movió, aunque ella lo tuvo que sortear para poder limpiar a su alrededor.

—¿Por qué ha venido aquí? Usted es joven y fuerte. Estoy seguro que cualquiera la hubiese contratado.

—Soy china. Mucha gente no me querría por ello solamente.

—Gente estúpida.

La sorprendió que él lo pensara, pero también la asustó la intimidad. Había tenido poco contacto con jóvenes de su edad y como hija de Sauce que era, había evitado relacionarse con las tripulaciones de los barcos perleros. Le hubiese costado poco encontrar un amante o un esposo, pero había visto lo que se lograba al entregar el corazón. Su madre nunca se había recuperado de la muerte de Tom Robeson y se había alegrado de morir.

—Estúpida, pero esa es la realidad —le respondió—. Ahora trabajo para usted y trabajo duro.

—¿Cree entonces que podrá preparar una cena? La mayoría de los hombres volverán al ocaso, incluyendo a mi padre, pero algunos comenzarán a llegar antes. Serán cinco en total, creo.

Ella pensó con disgusto en elaborar una comida en aquella habitación antes de limpiarla profundamente.

—¿Y su madre?

—Con un poco de suerte, se entretendrá sola una vez que se levante.

—¿Podrá prescindir de algún hombre para que me eche una mano?

—Ya encontraré a alguien. A usted le gusta la acción, ¿eh? Le mandaré a Henry para ver qué puede hacer aquí. Es un poco sordo, así que tendrá que levantar la voz. Y no se preocupe por el desayuno de mamá. No comerá hasta el mediodía.

Salió, cerrando la puerta con cuidado, pero el instante en que la puerta permaneció abierta, una nueva generación de moscas entró en la cocina. Mei se puso a trabajar sin comer nada. El poco apetito que tenía se le había ido.

Aunque Henry protestaba constantemente, sacó toda la basura antes de dedicarse a fregar la mesa y el fogón con jabón y cepillo. Como última contribución, limpió el mosquitero de la puerta con una escoba. Cuando acabó, la habitación casi estaba en condiciones para cocinar.

Mei lamentó no tener las cajas de provisiones que traían en la carreta, pero hizo lo que pudo con las provisiones que encontró en una fresquera.

Remojó carne salada y luego la cortó para hacer un estofado. Le añadió cebollas y unos puñados de arroz. Mientras eso hervía agradablemente, amasó una torta para cocinar en el horno.

Cuando Bryce volvió, la sencilla comida estaba lista.

—Les serviré a los hombres y comeré con ellos —se ofreció—. ¿Querría llevar un plato a la casa para mi madre?

No había tenido tiempo para conocer a Viola Llewellyn.

—¿Se siente bien su madre hoy? —preguntó mientras echaba cucharones de guiso en un recipiente.

—Está dócil —su voz no se alteró, pero su expresión se tornó triste—. Ya verá que hay momentos en que sabe lo que sucede y momentos en que no —se encogió de hombros—. Hoy es uno de esos días. Se cree que está de vuelta en Broome.

—¿Broome? —preguntó ella, como si nunca hubiese oído el nombre.

—Una ciudad en el oeste. Una ciudad perlera como Darwin. La vida era más fácil para las mujeres allí —añadió él.

Ella pensó en la vida de su madre, pero no dijo nada.

Mientras Mei se dirigía a la casa, sintió temor y excitación a la vez. Rose Garth le había contado cómo Viola se había marchado de Broome con Archer, a pesar de las advertencias de su padre. Su cabezonería y su poca consideración hacia los demás

habían sido tema de conversación muy común durante la infancia de Mei. Ella pensaba que Archer y Viola eran tal para cual, los dos igual de egoístas y esperaba que se estuviesen destruyendo poco a poco. Ahora, por lo poco que le había dicho Bryce, se daba cuenta de que al menos en el caso de Viola, ello ya había sucedido.

Entró en la casa y puso la mesa, sirviendo el guiso en un plato con el borde cascado antes de ir en busca de la madre de Bryce. La encontró al final del pasillo más largo, en un dormitorio, mirando sin ver su imagen en un espejo de mano. Aprovechó para analizar a la mujer que era la dueña de lo que le tendría que haber correspondido, al menos parcialmente, a Sauce.

Viola tenía el cabello rubio Como su hijo, pero allí se acababa el parecido. Mientras Bryce se encontraba en plena juventud, alto y erguido, con la piel suave y los ojos limpios, su madre estaba encorvada con los hombros caídos, tenía la piel de una vieja y se miraba al espejo con ojos enrojecidos.

La habitación contenía una cama de hierro, estantes para la ropa y unos ganchos en las paredes. Sobre la basta mesa frente a la cual se hallaba sentada Viola había un juego de cristal de tocador que era el único adorno de la habitación. Mei supuso que los sirvientes de Somerset dormirían en habitaciones mejores que aquella.

—Señora —le dijo—. La cena está dispuesta.

Viola no reaccionó ante su voz.

Mei entró a la habitación para detenerse a su lado.

—¿Quiere que la ayude a vestirse? Déjeme que le cepille el pelo.

Viola finalmente levantó la vista del espejo.

—Supongo que sí —dijo, con voz temblorosa.

Mientras Mei le cepillaba el escaso y muerto pelo, recordó el de su madre, sedoso y fuerte aunque estuviese débil por la enfermedad.

—¿Qué me pondré hoy, Susan? ¿El azul o el dorado? A mi padre no le gusta el dorado. Quizás me lo ponga.

—Ya lo lleva puesto, señora —dijo Mei, aprendiendo pronto.

Viola se miró el informe vestido marrón que necesitaba desesperadamente un lavado y un repaso.

—Es verdad —dijo.

Mei le retorció el cabello en lo alto de la cabeza y se lo sujetó con horquillas, añadiendo una peineta de madreperla que encontró en la mesa.

—Mucho mejor.

—Al menos sabes arreglar el pelo, aunque no valgas para nada más.

Cada vez Mei sentía más pena por Susan.

—¿Buscamos sus zapatos?

—No tardes todo el día.

Mei encontró los zapatos junto a la cama y se los puso, abrochándoselos con paciencia. Cuando se halló lista, la ayudó a ponerse de pie y le dio el brazo, como si fuese un antiguo acompañante. Así se dirigieron al comedor.

Mei echó una mirada a la mesa y cerró los ojos. El plato que había servido con tanto cuidado se hallaba cubierto de moscas. Hasta la torta estaba negra.

Viola miró la mesa con interés.

—No hay nada que me guste más que el cordero asado —dijo, sentándose y mirando al otro lado de la mesa, como si hubiese más comensales. Las moscas se levantaron en una nube y se instalaron en el techo. Viola agarró el tenedor y comenzó a comer.

Por la tarde, Viola durmió la siesta y Mei comenzó la ardua tarea de poner la casa en condiciones. Bryce apareció con dos mujeres aborígenes, Emma y Sally.

—Emma se ocupará de la ropa —le dijo a Mei—. Y Sally dice ser un as de la cocina.

Las dos mujeres parecían afables y le sonrieron tímidamente.

—Gracias —les dijo.

Entre las tres quitaron las sábanas de las camas y Mei ayudó a Emma a llevar la ropa hasta el estanque donde era evidente que se hacía la colada. Luego con gestos y sencillo inglés planeó la cena con Sally.

Al salir, se encontró a Bryce apoyado contra un eucalipto; arrancándole trozos de corteza que se enroscaba en el dedo.

—Cuando mi padre venga, traerá a Larry, el cocinero del campamento. A partir de mañana podrá trabajar con Sally cuando los hombres estén aquí.

A pesar de lo atractivo que era, Bryce no era consciente de ello en absoluto.

—Trabaja duro y Emma también.

—Lo mejor es que no estén dentro de la casa más de lo necesario. Una vez mi madre intentó atacar a un vaquero negro con un cuchillo. Hay que tener cuidado con ella, porque es muy ladina. Simula estar dormida y luego…

—¿Siempre ha sido así? —le preguntó Mei, asintiendo con la cabeza.

—¿Siempre? No lo sé —se le oscureció a él la cara.

Sabía perfectamente que no tenía que hacer demasiadas preguntas, pero comprender a los Llewellyn era vital si quería robarles la perla. Así que se inventó una historia.

—Hay un hombre chino en Darwin que es muy sabio. Todo el mundo le pide consejo. Un día, a su mujer la atropella un carro frente a sus ojos y la mata. Desde

entonces, él está igual que su madre. Le habla a su mujer como si ella estuviese con él, no un espíritu, sino una persona de carne y hueso.

—Prosiga… —dijo Bryce, fascinado.

—Fue ver eso tan terrible lo que lo causó, ¿comprende? Me preguntaba si a su madre le habría sucedido lo mismo.

Él se quedó silencioso un instante, como si le estuviera dando vueltas al tema en la cabeza.

Su mundo había sido tan limitado. ¿Cómo podía decir lo que había hecho enloquecer a su madre? ¿Con qué podía comparar a Viola? Quizás ni siquiera comprendía lo extraño que era su comportamiento cuando él era pequeño.

—¿Qué tiene ella para hacerla sentirse feliz? —como él seguía silencioso, Mei continuó—. No hay cosas bonitas aquí. ¿Quizás cierra los ojos a cosas que no quiere ver?

—Tenemos sequía un año, inundaciones al siguiente. No se puede cercar una tierra tan enorme como ésta, así que los negros se llevan el ganado. La malaria también es un problema.

—Quizás hay algo que ella ama, algo que ella mira o escucha, o huele, o saborea, de modo que dice: «Esto es bueno. La vida no es tan mala como pensaba».

La expresión de él se dulcificó.

—Qué buena preocuparse tanto. A nadie le ha importado durante años excepto a mí.

Ella se preguntó si él se daría cuenta de lo que ello decía de su padre.

—Tengo que ir a ver si sigue durmiendo, pero cuando esta noche refresque, la llevaré a dar un paseo y le mostraré los alrededores de la casa.

Mientras limpiaba la casa con trapos húmedos para quitar la capa de polvo, Mei se preguntó cómo sería. Sólo había ido hasta el estanque con Emma, que había colgado las sábanas y luego había vuelto a salir con un atado de ropa de Viola y camisas de Bryce. Mei deseaba explorar todo.

Estaba sudando cuando terminó con el salón y el comedor, y empapada cuando comenzó con los dormitorios. Como Viola dormía, comenzó por la de Bryce, pero a diferencia del resto de la casa, la habitación estaba limpia y perfectamente ordenada. No tenía nada que hacer allí, pero hizo una pausa en ese oasis e inhaló. El olor de Bryce era una mezcla de cuero gastado, sudor y tabaco. Era sutilmente masculino y reconfortante. Cerró la puerta y se dio la vuelta para encontrarse con los duros ojos azules de un hombre.

—¿Supongo que tú eras lo mejor que nos podía mandar Sayers? ¡Qué imbécil de hombre!

No necesitó que se presentase. Durante un minuto de demencia pensó qué reacción tendría ese hombre si le dijese quien era.

—Lo siento, pero era la única que quería venir —dijo sin perder la calma—. Haré lo posible para que se alegre de que me haya mandado —bajó la mirada simulando respeto.

—¡Jesús, una china! Lo que nos faltaba. Como si con los negros no tuviésemos suficiente.

Ella mantuvo la mirada baja y se preguntó cómo su padre, al menos el santo que su madre retrataba, podía haber sido alguna vez amigo de Archer Llewellyn.

—May ya ha hecho milagros, papá —dijo Bryce, que se acercaba por el pasillo con paso rígido —ha hecho más en un día que lo que la última pareja hizo en semanas.

Archer no prestó atención a su hijo e interrogó a Mei.

—¿Qué es lo que has hecho? ¡Quiero que me lo digas todo!

Ella enumeró las tareas que había realizado.

—¿Dónde está tu madre? —le preguntó a Bryce, sin mirarlo.

—La señora Llewellyn está durmiendo. Yo la he vigilado hoy.

Archer se quedó callado, pero Mei no le tenía miedo. Aunque la echara, le llevaría un tiempo poder hacer los arreglos para ello. Finalmente se volvió hacia su hijo.

—Mantente alejado de esta chica, ¿comprendes? Yo vi como un buen hombre se arruinaba por una como ella. No toleraré que le suceda a otro.

Bryce se ruborizó de vergüenza y sus ojos le pidieron perdón, pero tuvo la presencia de ánimo para no decir nada.

Ella se dio vuelta, encantada. Aunque él no sospechaba la identidad de Mei, quizás sabía en lo profundo de lo que quedaba de su conciencia, que ella había ido a Jimiramira a hacerle la vida intolerable.

Había hecho un buen trabajo ese día. Nunca se había sentido más segura de que ir a Jimiramira era su destino.

Capítulo 15

El paseo por los alrededores de la casa no pudo ser esa noche ni en las noches siguientes. Bryce se fue a llevar correo y provisiones a uno de los campamentos.

Mei continuó con su trabajo, supervisando a Emma y a su hermana Millie, quien comenzó, bajo su tutela, a poner algunos de los galpones en orden. Entre las dos encontraron un gallinero que tenía más gallos que gallinas, y estoicamente le retorcieron el cuello a la mayoría para conservar el grano para una gallina clueca, que intentaba empollar unos pollitos que les vendrían la mar de bien. Ante su sorpresa, Henry aparecía por la casa todas las mañanas para pedir instrucciones y con su ayuda lograron limpiar la cocina totalmente.

Larry resultó ser un buen cocinero tolerante con Sally, y la cocina mejoró considerablemente gracias a él, la afluencia de pollos para cocinar, y las provisiones que habían llegado de Darwin.

Mei pasaba mucho tiempo atendiendo a Viola, Después de ciertas dificultades, lograron establecer una rutina que incluía un baño y ropa limpia todos los días.

Mei incluso logró convencerla de que era saludable dar un paseo por las mañanas.

La tarde de la primera tormenta con truenos y relámpagos de la estación de las lluvias, Viola miró desde la galería, con los ojos tan relampagueantes como los rayos, como si, finalmente, algo hubiese atravesado su mundo imaginario.

—Lo que más odio son las lluvias.

Mei, que se sobresaltó ante el rencor que rezumaban sus palabras, la miró.

—¿Las tormentas la asustan?

—El trueno es la voz de Dios.

Mei no había imaginado que Dios fuese parte del inundo de los Llewellyn.

—Está enfadado, por supuesto —continuó Viola—. Como si ya no hubiese pagado lo suficiente.

—¿Por qué está enfadado?

—Yo me tenía que casar con Freddy Colson. Y ahora él me grita.

—¿Quién, Dios?

—Mi padre, imbécil.

Mei intentó combinar todo en la cabeza. Dios, su padre, el trueno.

—Quizás el trueno no es nada más que la naturaleza, señora. Y no tiene nada que ver con usted.

—Todo tiene que ver conmigo —respondió ella, lanzándole una mirada aguda.

La lluvia continuó toda la noche. La tierra estaba tan seca que como un sediento cuya lengua está tan hinchada que no puede beber, no absorbía el agua, que se acumulaba en las diferencias del terreno, aislando a los animales.

A la mañana siguiente, Archer apareció mientras ella tomaba el desayuno con Larry y Sally. Llevaba un chubasquero de hule. Sus ojos eran dos tajos en la cara bronceada y torcía su boca un irónico rictus.

—No me causa ninguna ilusión dejarte aquí sola, pero no tengo más opción. No me puedo quedar en la casa con todo lo que hay que hacer. Necesito que cuides a mi esposa.

—Me ocuparé de todo.

Él entrecerró los ojos aún más.

—Para eso se te paga, ¿no? —dijo, añadiendo luego—. Hablas bien el inglés. ¿Dónde lo has aprendido?

—Nací en Darwin. Lo he hablado toda la vida.

—¿Tus padres son los dos chinos?

—Sí, pero una de mis abuelas era una misionera inglesa —mintió.

—Pues que quede claro que aquí no encontrarás nada de eso. Si quieres un esposo, vete a buscarte un chino en Darwin.

Ella buscó algo bueno en él, algo que explicase la amistad con su padre.

—Sé que se preocupa por la señora y por eso es duro conmigo.

—Si quieres saber la verdad, chica, lo que me preocupa es que la señora prenda fuego a la casa e inicie un incendio forestal. Me da totalmente igual lo que le suceda a ella. Y no me responsabilizaré de lo que te pueda suceder si le echas miraditas con esos ojos almendrados que tienes a mi hijo o a cualquiera de los hombres. O si robas algo que me pertenezca.

Ella no desvió sus hermosos ojos rasgados.

—¿Tiene instrucciones para los días en que no esté aquí?

—Te las acabo de dar —dijo él. Se ajustó el chubasquero, se caló el gastado sombrero de cuero y salió a la lluvia.

Esa mañana ella comenzó la búsqueda de la perla. Se preguntó si parte de los temores de un incendio en la casa no sería porque había un valioso objeto escondido en ella. Pero le hubiese resultado más fácil si la casa hubiese estado en buenas condiciones. Como estaba, había miles de sitios donde meterla: rajas en las paredes, tablones levantados… Mientras Viola comía, revisó la habitación entera, hasta el colchón y el oxidado elástico de la cama. Y por la tarde, mientras Viola se sentaba en la galería y miraba otra tormenta, acabó su inspección, pero sin ningún resultado.

Se sentó con ella en la galería, considerando formas de mencionarle el tema de la perla, pero Viola era como un ovillo de lana que se había enredado. Quizás el centro seguía intacto, pero si lo tironeaba demasiado, quizás lo enredase más.

—Cuando vinimos aquí por primera vez estaba lloviendo —dijo Viola sin ninguna entonación.

—¿De veras?

—A cántaros. El río se había desbordado y casi había llegado aquí. Si hubiésemos llegado una semana más tarde, nos habríamos ahogado. Me hubiese gustado eso.

Mei no se atrevió a hablar por temor a interrumpir las reminiscencias de Viola.

—No había nada más que una choza miserable. Yo sabía qué iba a ser bastante primitivo, pero supuse que al menos habría una casa. Y no tenía ni idea de los insectos, ni los negros, ni lo lejos que estaríamos de la civilización. Para entonces, ya no podía volverme.

—¿No?

—La tierra era todo lo que tenía. Hasta había vendido mis joyas para comprar provisiones.

Mei sintió que se le detenía la respiración. ¿Habría vendido la perla para comprar mantas, comida enlatada y municiones? Cerró los ojos. Había ido allí para nada.

—Bueno, tenía algo más —dijo Viola maliciosamente—. Pero, por supuesto, no podía vender algo tan bueno.

Mei no se movió. Esperó, peto Viola había acabado. Finalmente, Mei hizo una profunda inspiración.

—Algunas cosas son tan buenas que las tenemos que conservar junto a nuestro corazón.

—¿Y tú qué sabes? —sacudió Viola la cabeza—. Nunca has poseído algo tan hermoso como mi perla.

—Por supuesto que no, señora —dijo Mei, sin demostrar ninguna emoción.

—¿Cerca de mi corazón? ¡Ése sería el primer sitio donde buscaría mi marido! —exclamó Viola, meciéndose hacia adelante y atrás mientras lanzaba unas horrendas carcajadas.

Mei se asustó. Viola se hundía en su mundo imaginario. Su risa se hizo más aguda, un sonido fantasmagórico que se elevaba sobre el ruido de la lluvia.

—Por supuesto, usted es más inteligente —dijo Mei desesperada—. Habría buscado un sitio mejor.

—¡He… elegido… muchos! —se meció Viola.

—¿Cómo se acuerda de dónde la puso la última vez?

Pero Viola se meneó, atrapada en su propia risa hasta que se vio presa de incontrolables sollozos. Mei, indecisa entre tranquilizar a su patrona o sacarle la verdad a la fuerza, finalmente la agarró de las manos y la llevó adentro. Viola se durmió llorando en la cama que Mei había explorado tan profundamente.

Después de dos días de fútil búsqueda y ninguna revelación más por parte de Viola, llegaron Bryce y Archer con un puñado de vaqueros enlodados que traían un rebaño rescatado de las aguas. Como nadie los esperaba, Mei dejó a Viola durmiendo en la casa y bajó a la cocina para echarles una mano a Larry y a Sally.

Bryce la encontró allí cortando rebanadas de pan. Se quitó el sombrero con un gesto caballeroso.

—¿Cómo estás, May?

Mei lo miró y sintió que el corazón le explotaba en el pecho. Bryce estaba recién duchado, y parecía irradiar salud y optimismo. Su sonrisa era blanca y cálida, e hizo que ella le sonriera su vez. Y el tuteo le salió natural.

—Bien, ¿y tú?

Pero ella no escuchaba lo que él le decía. Estaba fascinada por el modo en que su camisa a cuadros le marcaba el torso, la forma en que los pantalones se ceñían a sus piernas y cómo se movía frente a ella, como si estuviese preparándose para lanzarse a la vida. Le encantaba todo lo relacionado con aquel hombre, el hijo del asesino de su padre. Inmediatamente apartó la mirada.

—No los esperábamos. Tenemos menos comida de la que deberíamos.

—No disponíamos de nadie para avisarte. Lo siento, May.

Ella continuó cortando el pan sin levantar la vista, aunque sabía que él la miraba.

—¿Cómo está mi madre?

—Damos un paseo todas las mañanas. Y come bien.

Deseó tener mejores noticias que darle. Viola era una criatura triste e irritante, pero era su madre y él la quería.

—Todavía está durmiendo, aunque no tendrías que haberte quedado con toda la responsabilidad —dijo él.

Se dio cuenta de la velada crítica a su padre. Se preguntó cómo sería la relación entre padre e hijo.

—Tu madre y yo nos llevamos bastante bien, aunque la lluvia la pone más triste.

—Eres como un regalo del cielo, May. No me puedo imaginar lo que hacíamos antes de que llegases.

Cuando acabó de ayudar en la cocina, llevó un poco de comida a la casa. Bryce ya había despertado a su madre y hasta Archer, que normalmente comía con los hombres, estaba en el comedor.

Les sirvió en silencio, cuidando de no mirar a Bryce a los ojos en presencia de su padre. Luego llevó la vajilla a la cocina para lavarla. Cuando volvió, Viola se hallaba

en la galería con su hijo y Archer había desaparecido. La atmósfera era casi irrespirable Mei sintió el sudor en la cara y corriéndole por la espalda. Conversaron tranquilamente mientras Viola tarareaba desafinada, inmersa en su mundo.

—Daremos ese paseo esta noche. A mi padre no le gustará nada, pero no te preocupes. Te pasaré a buscar cuando llegue el momento.

Se dirigió al estanque. Viola dejó de tararear y comenzó a hablar en voz baja, como si estuviese compartiendo un secreto.

—Una vez escondí la perla en una cajita que Bryce tenía en su habitación, con piedrecitas que recogíamos del río.

—¿La descubrió Bryce?

—Oh, no estuvo allí demasiado rato —Viola comenzó a tararear otra vez.

—¿Su marido la encontró?

—La perla me pertenece a mí, y cuando yo arda hasta convertirme en cenizas, arderá conmigo.

Viola se la quedó mirando largo rato y luego comenzó a tararear nuevamente.

Después de la cena, Mei descubrió por qué Bryce la había invitado a dar el paseo. Archer había comenzado a beber, echado en un solitario sofá de crin frente al piano. La vio pasar y la llamó.

—¿Ves ese piano? Lo hice traer para complacer a la señora Llewellyn. ¿Sabes lo que significa traer ese piano por el desierto?

—No, jefe.

—Y lo único que se le ocurrió decirme fue que no lo quería.

Mei no respondió.

Archer movía rítmicamente una botella de *brandy* como un péndulo. La detuvo lo suficiente para echarle un trago. Mei supuso que habría venido en las cajas de provisiones y se preguntó, al verla semi vacía, si un hombre podría morir por beber demasiado muy rápido. La posibilidad le causó placer.

—¿Tocas el piano?

—No, jefe —quizás lo habría hecho si él no hubiese matado a su padre. Su vida habría sido totalmente distinta.

No le tenía miedo. Durante un momento se le ocurrió que le hubiese gustado que él la atacase. Aunque era más fuerte que ella, estaba borracho y le podría haber hecho daño con la botella. La fantasía le causó tanto placer que se descubrió mirando a su alrededor a ver si descubría otros objetos que usar de armas.

—Vete de aquí —se reclinó él en el sofá y cerró los ojos—. Yo no fui el que se llevó una china a la cama. Ése fuiste tú, Tom. Te dije que no, pero no quisiste escucharme.

Mei se quedó helada. Ni siquiera respiró.

—¿Por qué no me escuchaste? —la voz de Archer se agudizó al quejarse—. Si hubieses escuchado, todo habría sido diferente.

Mei sintió que la invadía la rabia. Archer Llewellyn había conocido a su padre, había dormido en la misma habitación que él, compartido comidas e historias. Pero él no le había dado nada de valor a ello, mientras que ella daría todo lo que tenía por estar una hora en las rodillas de su padre.

El padre que nunca había conocido. El padre que aquel hombre había asesinado.

Sintió que le tocaban los hombros y sobresaltada, se dio la vuelta. Bryce se encontraba a unos centímetros de ella y le hizo una seña hacia la puerta. Ella lo siguió sin que Archer les prestara ninguna atención.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, cuando se alejaron lo suficiente—. Cada vez que mandan las provisiones le pasa lo mismo.

—Hablaba con alguien llamado Tom.

—May, es imposible tratar de adivinar de lo que habla cuando bebe. Sólo el diablo podría descifrar a qué se refiere.

—Dijo que todo habría sido diferente si Tom lo hubiese escuchado…

—No sé quién es —dijo Bryce, pasándose la mano por el pelo—. Pero sí, tienes razón. Habla con alguien llamado Tom cuando se pone mal. Eran amigos, creo. Luego Tom murió y mi padre desea haber podido impedirlo. Luego es peor. Pronto comenzará a rogar que lo perdone.

Ella se debatía en encontradas emociones. Por un lado estaba feliz de que Archer se sintiese torturado por la culpa, de que de alguna forma sufriese por lo que había hecho. Pero no sentía lo mismo por Bryce, que sólo tenía en el mundo dos seres egoístas que no servían para nada. Se preguntó cómo había resultado ser como era. A pesar de sí misma, sintió compasión por la vida sin amor que había vivido.

—Vamos a dar ese paseo —dijo, apoyándole la mano en el brazo—. ¿Crees que tu madre estará segura sola con él?

—Está profundamente dormida. Hace un momento la miré y estará bien un rato.

Mei salió primero. La sorprendió ver la luna llena, que se reflejaba en plateados charcos rodeados de vegetación que se hacía más exuberante a medida que avanzaba la estación de las lluvias. Por encima de sus cabezas la Cruz del Sur era casi imposible de distinguir en un cielo lleno de estrellas.

—No iremos lejos, pero hay algo que te quiero mostrar. Me parece que hay suficiente luz para verlo.

Caminaron más lejos de lo que ella esperaba. Los árboles se hicieron más escasos, luego más densos otra vez. Se tropezó con una rama caída y Bryce la agarró del brazo. Lo metió bajo el suyo.

—Así estarás más segura.

Ella se rió, sorprendiendo con su risa a los dos.

Pero ella sabía que si un hombre tomaba del brazo a la mujer era que tenía en mente algo más que protegerla.

—A tu padre no le gustará esto.

—Mi padre no es quién para decir lo que está bien y lo que está mal —dijo Bryce, tomándole la mano entre las suyas —no es un hombre feliz. Supongo que nunca lo será.

—¿Y su hijo?

—Yo tengo todo —dijo, mirándola y sonriendo—, excepto una mujer para iniciar mi propia familia. Podría ser un mejor padre que el mío. Sé más sobre lo que los niños necesitan.

Mei se imaginó casada con él. ¿Qué sucedería si Viola y Archer no estuviesen allí y Jimiramira perteneciese a su joven y fuerte esposo? ¿Podría criar niños con la sangre Llewellyn sin traicionar a sus padres?

—De acuerdo. Dime lo que ves.

Se hallaba tan inmersa en sus pensamientos que ni se había dado cuenta de que estaban al borde de otro bosquecillo. Entrecerró los ojos, intentando ver lo único que vio fue una extraña estructura en la base de dos árboles construida con ramitas. Se preguntó si era eso a lo que se refería.

—¿Qué es? ¿La madriguera de algún animal?

—Frío, frío. ¿Conoces al ave del paraíso?

Ella negó con la cabeza.

—Se oye a uno que canta alrededor de la casa. Es grande y manchado y tiene un penacho de color en la nuca. Es un imitador. Puede mugir como una vaca, ladrar como un perro… supongo que le podría enseñar a hablar si quisiera.

—¿Es su nido?

—No mejor todavía. Aquí es donde hace su danza para atraer a una compañera.

Ella lo miró para ver si bromeaba.

—Te juro que sí. Construye esta especie de escenario y luego lo decora con todo lo que encuentra. He visto caparazones de caracol, trozos de hueso, trozos de de cinta. Una vez vi un botón e incluso un trozo de peine.

—¿Y eso es todo? ¿Atrae a una hembra aquí y le muestra lo que ha hecho?

—Hay que pensar que no es más que un pájaro. No puede jurar amor eterno, ¿no?

—¿Viven luego aquí? —dijo ella—. ¿Crían sus pichones juntos?

—La verdad es que creo que ella construye un nido en un árbol y cría a sus polluelos sola.

—Supongo que estará demasiado ocupado volando para buscar sus trocitos de cosas bonitas para añadir a su montaje.

—Después de todo, es su trabajo.

—Así son las mayoría de las familias, ¿no? —dijo ella, soltando el brazo para poder ponerse frente a él. En la claridad de la luna, la expresión de él era alerta y tierna a la vez.

—¿Qué quieres decir?

—El hombre construye algo para mostrárselo a una mujer que ha elegido. Luego, cuando ella se casa con él, él sigue con su vida y ella se queda atrás y cría a los hijos sola —dijo, pensando en el pequeño *bungalow* que su padre había alquilado y amueblado para su madre.

—Aquí no es así —dijo Bryce—. Aquí un hombre y una mujer pueden trabajar juntos, si eso es lo que quieren. Pueden construir una vida juntos. Tienen que hacerlo, si quieren llegar a algo.

—Eso no es lo que hacen tus padres.

—Podrían haberlo hecho, pero… —parecía que quería decir más. Mei se apoyó contra él, como si pudiera con ello sacarle más— algo se interpuso entre ellos al principio —dijo por fin, como si la necesidad de compartir sus sentimientos fuese más importante que la cautela—. El padre de mi madre vive en Broome. Le dio a mamá un regalo cuando ella se casó con mi padre, algo valioso. Mi padre lo quería. Pensaba venderlo para simplificarles la vida, comprar más ganado y contratar más hombres. Pero mi madre no se lo permitió. Quería conservarlo. Era su seguridad, por si las cosas no iban bien aquí, así que lo escondió. Creo que luego lo conservó porque era todo lo que le quedaba de una vida mejor.

—¿No es algo que tu padre podría vender sin su permiso?

—No. Es algo pequeño, fácil de esconder. Ella siempre lo ha escondido de él. Yo lo encontré de casualidad un día cuando era un chaval. Casi me retorció el pescuezo.

—Debe ser difícil para ti. Debe de causarte preocupación que tu padre encuentre esa cosa de valor.

—La busca cada vez que puede, yo lo he visto. Pero mamá siempre ha sido muy lista. Aunque… —meneó la cabeza— en el pasado siempre la escondió bien, pero ahora no estoy seguro de que recuerde dónde. La ha cambiado tantas veces de sitio, que no sé si sabrá el último sitio donde la ha puesto.

—Ha de ser muy triste para ti.

—Perdona si he sido un pesado —dijo, tomándole la mano—. Pero el motivo de traerte aquí fue para ver el escenario del ave del paraíso. Te volveré a traer otro día para que veas lo que le ha añadido —le apretó la mano.

—A tu padre no le gusta que estemos juntos.

—¿Te espera un hombre en Darwin, May? —le preguntó, acercándosela un poquito más.

—No es correcto que te guste una mujer china.

—No. Pero no me gusta una china, me gusta una australiana.

Mei sintió que se ruborizaba. Bryce la miraba como si fuese alguien importante, pero no veía en ella la mujer que había llegado allí a robarle a su familia.

—Otros no piensan así.

—¿Otros? ¿Cuántos otros ves aquí? ¿Cuántas mujeres están dispuestas a venir a estas tierras a probar suerte, May? Aquí los hombres toman esposas aborígenes. Si tú me quisieras y yo te quisiera, ¿quién nos detendría?

—Tu padre. Te podría echar.

—No, soy el único hijo que tiene.

Ella pensó largo rato.

—Es un hombre que hará cualquier cosa con tal de lograr lo que quiera.

—Quizás se enfade, pero no nos haría daño.

Mei no dijo nada, pero sabía perfectamente que Archer la mataría dos veces si se enterase de que Bryce se estaba enamorando de ella.

—Tienes que prometerme que no le dirás a tu padre nada de lo que me acabas de decir.

—Le tienes miedo, ¿no?

—Es tu padre, pero no es el mío.

—Te lo prometo, pero yo te protegeré, May.

—Tenemos que volver ahora.

Sabía que tenían que hacerlo por su propia seguridad, porque a pesar de lo que dijese Bryce, si continuaba sintiendo de esa forma, Archer se daría cuenta. Nada bueno saldría de ello. Pero sus manos querían abrazarlo, y no podía evitar que sus labios deseasen besarlo.

Aquel era el hijo de Archer Llewellyn, pero su triste y solitario corazón clamaba por el triste y solitario corazón de la hija de Tom Robeson.

Ella se entregó a sus brazos y sintió sus labios cálidos y duros contra los suyos. Y durante un idílico momento, ella y Bryce fueron las dos únicas personas del mundo.

Capítulo 16

Como si Archer sospechase algo, a la mañana siguiente envió a su hijo a controlar los terrenos del este con otros vaqueros. Y a los pocos días él también se fue, dejándola sola con Viola y los enjamines de insectos que se reproducían con la humedad. El polvo ya no resultaba un problema, pero la humedad parecía filtrarse por todos lados, y los hongos y el moho aparecían por todos lados.

Mei hacía las tareas con esfuerzo y en el tiempo que le quedaba, buscaba La Perla del Gran Precio pero se dio cuenta de la futilidad de su misión la tercera noche después de la partida de Archer.

Había cubierto una parte de la galería trasera con mosquitero y sacado los colchones afuera para que ella y Viola pudiesen dormir en la brisa nocturna. Las noches, al igual que los días, eran sofocantes y aunque la galería era mejor que la casa, el temor a la oscuridad mantenía a Viola despierta.

—¡El diablo me llama! —exclamó en un momento, sentándose de golpe al oír el ulular de un búho.

—Estoy aquí, señora —la tranquilizó Mei una y otra vez, como si cantase una nana—, yo la cuidaré.

Cuando finalmente Viola se durmió, Mei se quedó despierta mirando las estrellas. Como casi todos los días, no había logrado averiguar nada nuevo que la ayudase a encontrar la perla.

La tarea era imposible. Podía registrar metódicamente cada centímetro cuadrado de Jimiramira, pero mientras ella buscaba, Viola podía cambiar la perla a un sitio donde ella ya había buscado. El juego podía continuar para siempre, con Viola siempre llevándole la delantera.

En ese momento vio a Viola que se sentaba lenta y silenciosamente.

Mei no dijo nada con la esperanza de que se acostase otra vez, pero Viola, que ya no parecía tener miedo a la oscuridad; miró por encima de la barandilla y luego en dirección a Mei, que cerró los ojos rápidamente y no los abrió hasta que oyó que Viola se levantaba del colchón. Luego espió entre las pestañas y vio a Viola que se movía sigilosamente, levantando una punta del mosquitero para entrar a la casa y la siguió.

Escondiéndose para que Viola no la viera, Mei la espió mientras ella entraba a la habitación de Bryce y levantaba una mesilla y tanteaba a lo largo de una pata. Aparentemente, su búsqueda tuvo éxito, porque Viola encontró algo que sujetó contra el pecho mientras tarareaba desentonada antes de enderezar la mesilla.

Mei, con el corazón latiéndole desenfrenado, intentó calmarse diciéndose que Viola estaba loca y quizás lo único que tenía era un clavo o una astilla, pero la esperanza la invadió, una loca esperanza de que el viaje a Jimiramira había servido para algo después de todo.

Observó a Viola volver a salir y cuando estuvo fuera de peligro, la siguió. Durante un segundo temió que Viola volviese a la galería y notase su ausencia, pero la madre de Bryce se dirigió al frente de la casa y salió. Con su pálido cabello y camisón blanco, parecía una aparición. Mei volvió a seguirla, intentando desesperadamente mantenerse escondida. Pero Viola no prestaba atención a nada más que la misión que la impelía hacia su objetivo.

Parecía feliz ahora. Llevaba las manos unidas frente al pecho, sujetando lo que fuera que llevase entre ellas mientras canturreaba. Se internó entre unos árboles cerca del estanque y se inclinó junto a ellos, depositando su tesoro junto a sus raíces. Luego se enderezó, se quitó un camisón con un sólo movimiento y luego, desnuda, se quedó meciéndose y mirando las ramas por encima de su cabeza. Parecía una ninfa, enmarcada en las susurrantes hojas, bailando a la luz de la luna.

Y justo cuando Mei había decidido que todo lo que Viola había hecho no era más que una locura, Viola levantó lo que había dejado en el suelo y se lo metió en la boca. Luego comenzó a trepar.

Mei se quedó atónita. La imagen de esa mujer desnuda trepando el árbol llevando quizás La Perla del Gran Precio en la boca era la más extraña que había visto en su vida. Viola estaba en sorprendentes condiciones físicas. Trepó hasta llegar a una rama a unos doce pies del suelo, luego se deslizó por ella hasta que a Mei le pareció que no soportaría su peso.

Había un nido del tamaño de un plato sujeto por dos ramas pequeñas y Viola se reclinó en la rama hasta que logró tocarlo con los dedos, Luego Mei no vio perfectamente lo que sucedía, pero se lo pudo imaginar.

Viola se sacó el objeto de la boca y lo dejó caer en el nido. Entonces, satisfecha, comenzó a retroceder.

Mei se quedó sólo hasta asegurarse de que Viola llegaba al suelo sin sufrir daños. Luego salió corriendo, decidida a llegar a la galería antes de que la señora Llewellyn se diese cuenta de que la había seguido.

A la mañana siguiente, Viola se encontraba arrebolada y febril, como si el esfuerzo que había hecho la noche anterior la hubiese afectado. Mei se vio obligada a quedarse a su lado, humedeciéndole la piel con trapos mojados.

Cuando la humedad llegó a límites insoportables, se desencadenó una tormenta espantosa y Mei observó el chaparrón torrencial mientras se imaginaba La Perla del Gran Precio arrastrada por el agua fuera del nido y llevada por la corriente hasta el corazón del río Victoria. ¿Y dónde acababa el río? ¿Llegaría la perla hasta el mar que la había creado? Sabía que el nido quizás no soportara semejante lluvia. Pero también sabía que salir a rescatarlo sería una locura.

La condición de Viola fue empeorando paulatinamente y gemía y se removía en la cama, presa de la fiebre. Lo único que Mei podía hacer era refrescarle la piel y lograr que se quedase en la cama.

A la medianoche, cuando el cielo estaba cubierto y sin estrellas, la enfermedad hizo eclosión y Viola sudó tanto durante una hora que Mei temió que se derritiera. La refrescó con una esponja y la secó, y cuando pasó lo peor, la ayudó a ponerse un camisón limpio y acostarse nuevamente. Finalmente, cuando Viola cayó en un profundo sueño, Mei se lavó y se acostó, exhausta.

Se encontraba dándole el desayuno a la enferma cuando Archer y varios de los hombres llegaron a caballo.

—Estuvo muy enferma, tuve miedo de que se muriese, jefe —le dijo al recibirlo en la puerta.

Archer, manchado de barro y sin afeitar, le hizo seña de que se apartara.

—Pues no lo ha hecho, ¿no?

—Sé muy poco sobre cómo cuidar a una enferma tan grave —respondió, cruzándose de brazos en él umbral.

—Pues aprende entonces —le dijo y la empujó para pasar, pero no se dirigió a ver cómo se hallaba Viola.

Se quedó lo suficiente para cambiar de caballo y comer. Luego se volvió a ir con una seca advertencia de que volvería a la noche.

Mei vio esfumarse sus posibilidades de recuperar la perla. Viola insistía en instalarse en la galería del frente para recuperarse y Mei no se podría arriesgar a que la viese. Y por la noche volvería Archer. A menos que comenzara a beber, se encontraría alerta y vigilante. Si se quedaba en la casa, no tenía posibilidades de eludirlo.

Al tercer día, Bryce llegó a caballo antes de la cena. Esa mañana, Archer se había ido sin decir nada de sus planes. Cuando no volvió a la hora usual, ella había tenido la esperanza de que no volviese a dormir e hizo planes para buscar el nido una vez que Viola se durmiese.

La excitación se le fue acumulando durante el día hasta que el repiquetear de los cascos de los caballos se la destruyó. Bryce y cuatro de los vaqueros volvían. Ahora eran cuatro los que la podían encontrar con las manos en la masa.

Esperó que Bryce se acercase a la casa. Aquella tarde, mientras Viola dormía, se había lavado el cabello y se lo había dejado suelto para que se secara. Ahora, indecisa entre arreglárselo o cambiarse de ropa, decidió ponerse un vestido limpio y se ató el pelo rápidamente con una cinta azul celeste. Sabía que si se miraba al espejo vería una cara sin atractivos cuyas facciones no eran ni totalmente europeas ni totalmente chinas, y un cuerpo delgado que casi parecía el de un chico.

Pero a él pareció gustarle lo que vio y sonrió al encontrársela en el salón limpiando el piano. Le apoyó las manos en los hombros para mirarla largamente.

—El pelo te queda hermoso así.

Ella se ruborizó.

—Tu madre ha estado muy grave. Tendrías que ir a verla.

—¿Está mejor ahora?

—Sí, mucho mejor.

—Y tú la cuidaste, ¿verdad? —sonrió él con ternura—. Eres como una hormiguita. Haces lo que haya que hacer.

—¿Podrías ayudarla a comer? No. se puede levantar todavía.

Él dejó caer los brazos, pero siguió sonriendo.

—¿Viene mi padre hoy?

—No me ha dicho qué planes tiene.

—¿Querrás dar un paseo conmigo más tarde?

Ella pensó en la perla escondida en el nido. Bryce estaría cansado y dormiría profundamente esa noche. Si el cielo se mantenía despejado, si Viola dormía profundamente también, si Archer no volvía, quizás le quedara una oportunidad.

—Un paseo cortito —le dijo—, pero luego debes descansar. Tu madre está mejor, pero no sabemos quién será el próximo.

—No te preocupes. Yo no me siento nunca mal —le dijo, tocando un largo mechón de cabello que le caía sobre el hombro—. Nunca, excepto cuando no estoy contigo.

Archer apareció una hora más tarde que Bryce. Estaba colorado e irritable y Mei sospechó que había enfermado de lo mismo que había postrado a su mujer. Cuando se ofreció a irle a buscar comida a la cocina, le hizo un gesto de que se retirara.

—Déjame dormir.

Se dirigió a una habitación al fondo de la casa, junto a la de Bryce. Mei no podía creer en su buena suerte. Ahora Bryce no se sentiría tan libre de salir de su habitación con su padre al lado. Con Archer enfermo y Bryce atrapado, nadie se daría cuenta de que ella no dormía.

Si la perla se encontraba en el nido, sería suya. Había pensado cuidadosamente el resto de su plan. Rompería el nido, como si la lluvia lo hubiese destrozado y se hubiese llevado su contenido. Luego escondería la perla en algún lado fuera de su dormitorio, por si sospechaban de ella. Archer y Bryce se convencerían de que Viola había perdido la cabeza totalmente, en especial si reconocía que había escondido la perla en lo alto de un árbol. Luego, cuando Bluey volviese al final de las lluvias, recuperaría la perla y se iría con él. Volvería a Darwin y encontraría trabajo hasta ahorrar lo suficiente para comprar el billete para California. Por fin se reuniría con Thomas. Y Bryce se quedaría con sus odiosos padres y sus sueños de un futuro mejor.

Sintió un peso en el corazón. Por más que se dijese que Bryce se estaba enamorando de ella porque estaba listo para una mujer y ella se hallaba allí, ¿cómo

explicaba el ansia que ella sentía también? No había visto al hijo de su enemigo, sino a un hombre que se merecía ser amado.

—¿May?

—Tu padre está en casa. Hoy no hay paseo —le dijo, porque temía que se debilitase su decisión. Cada vez que se encontraba con Bryce, él le importaba más.

—Mi padre es un hombre duro, pero nunca te haría daño, May. Es incapaz de hacerlo.

Archer era capaz de mucho más que eso, pero ¿cómo decirle a Bryce que lo sabía?

—Por favor, no podemos seguir hablando de esto esta noche.

—Está bien, hasta mañana —dijo él, lanzando un suspiro.

Mei esperó lo que le parecieron horas antes de levantarse y ponerse un vestido azul como la medianoche. Tuvo cuidado de darle la vuelta al cuello blanco. Se trenzó el pelo y se la recogió, y luego se quitó los zapatos a pesar del temor a las serpientes y las zarzas. Una vez lista, salió sigilosamente de la casa. Deteniéndose cada pocos pasos para escuchar, corrió hasta los árboles.

Tendría que subirse para ver qué suerte había corrido el nido, pero a diferencia de Viola, no se desnudó, sino que se anudó la falda y se arremangó.

Con cuidado trepó, pero la altura la hizo marearse y dos veces tuvo que cerrar los ojos y quedarse abrazada al árbol hasta que el mundo le dejó de dar vueltas. Finalmente llegó a la rama y se estiró sobre ella, alargando la mano hasta llegar al nido, que agarró y tironeó suavemente. Cuando logró desprenderlo, se deslizó nuevamente hacia el tronco.

Se dio cuenta de que su largo camino hasta La Perla del Gran Precio se acababa allí. Si la perla se encontraba en el fondo del nido, desde ese momento en adelante, le pertenecería. Pero si no se encontraba allí, su viaje había sido para nada. Nunca encontraría la perla. Tendría que vivir su vida sin ella.

Extrañamente, no sabía cuál de las opciones prefería.

Le sudaban las manos tanto que tuvo que secárselas en el vestido antes de iniciar su exploración. Metió la mano y deslizó los dedos por el interior del nido, pero no había nada allí.

Había visto a Viola depositar algo en el nido, ¿no? Casi la había visto. Mei cerró los ojos. ¿Habría sido víctima de su imaginación esa noche? Estaba cerca, pero no lo suficiente para ver bien. ¿Se habría equivocado?

Repasó en interior del nido, arrancando el suave forro mientras avanzaba, pero sin resultado. El nido estaba vado e intacto. Buscó agujeros, pero ¿qué pájaro construiría un nido con agujeros por los que se pudiesen caer los huevos?

Sacudió el nido con rabia y luego, metódicamente, con cuidado, comenzó a romperlo en trocitos tota que lo convirtió en una pila de ramitas rotas en su regazo.

Se apoyó contra el tronco, No había perla allí. Nunca había habido una perla en ese nido, y ella era tan estúpida como Viola Llewellyn.

Capítulo 17

Un grito taladró la noche y Mei, agotada por el calor y las emociones se sentó en la cama de golpe.

—¡Tú lo has hecho! ¡Tú la has robado!

Le llevó unos preciosos minutos darse cuenta de dónde se hallaba y los acontecimientos de la noche anterior. Los gritos de Viola provenían del exterior, aunque Mei pensaba que faltaban horas para el amanecer.

¿La habría visto Viola buscar el nido? ¿Había esperado para luego mirar ella misma?

Se dio cuenta de que los gritos no se acercaban. Luego oyó la voz enfadada de un hombre.

—¡Calla, puta! ¡Yo no te he robado nada!

Mei reconoció a Archer y luego a Bryce, más calmado.

—Papá, ella no se encuentra bien, ya lo sabes. Déjala sola, por favor…

—¡Ha desaparecido! ¡Tú te la has llevado!

Mei se puso una bata y se fue rápidamente al salón desde donde los pudo ver a través de una ventana.

Los Llewellyn se hallaban en grupo frente a la casa. Bryce le apoyaba una mano en el brazo a su padre y su madre blandía los puños.

—¡Devuélvemela!

—Está completamente chiflada. Me voy adentro.

Archer les dio la espalda, pero Viola se le tiró encima. Antes de que Bryce pudiese detenerla, ella había hecho caer a Archer, que tropezó y se cayó de rodillas. Se dio vuelta y la agarró del brazo, haciéndola caer a su lado. Luego la abofeteó.

—Conque quieres atacarme, ¿eh?

—¡Papá! —Bryce lo agarró del brazo antes de que pudiese volver a golpear a Viola.

—La puse en un nido. El nido no está. No quedan más que ramitas. Ramitas —dijo Viola en voz baja y se sentó—. Lo has hecho tú. Sé que lo has hecho tú.

—No tienes ni idea de dónde la has puesto —gritó Archer—. Hace meses que no lo sabes, incluso más. Has perdido nuestro futuro, cerda estúpida. Nunca la volverás a encontrar.

—El nido ha desaparecido —dijo Viola, cubriéndose la cara.

—En cuanto acaben las lluvias, la internaré, y nada de lo que hagas podrá impedirlo.

—Si ella se va, yo también —dijo Bryce.

Archer se dirigió a la casa sin prestarle atención. Mei volvió a su habitación y cerró la puerta silenciosamente. Minutos más tarde oyó cómo Bryce ayudaba a una llorosa Viola a entrar. Encendió un farol y salió del cuarto como si se acabase de despertar.

—¿Está enferma? —preguntó. En la semioscuridad, se veía que la mejilla de Viola se comenzaba a hinchar.

—Él se la llevó. ¡Se subió al árbol y me la robó? —dijo Viola, sacudiendo la cabeza de lado a lado—. La agarró y ahora me internará.

Mei miró a Bryce interrogante, como si no con prendiese. Él meneó la cabeza, restándole importancia.

—Esa perla es mía —dijo Viola, mirando a Mei que echaba agua de la jarra en la jofaina a su lado—. Mi padre me la dio.

Mei miró a Bryce a los ojos y él se encogió de hombros.

—Por la mañana —le dijo a Viola—. Ya la encontrará. La ayudaremos a buscarla.

Viola se hizo un patético ovillo en la cama y se tapó la cara con el brazo.

—¿Quizás le deberíamos dejar el farol encendido? —dijo Mei, sin pensar.

—No, no podemos —dijo Bryce, meneando la cabeza.

Si Mei hubiese encontrado la perla, se la habría robado. Sin embargo, sintió pena por Viola, que había perdido el poco poder que le quedaba.

Bryce agarró la linterna antes de irse al salón.

—¿Te irás de Jimiramira como le has dicho a tu padre?

—Exacto. Tendría que haberme ido hace años. Vente conmigo. Sé de ganado. Ya me contratarán, y tú podrás trabajar en la casa. Quizás luego podamos encontrar un sitio que administrar entre los dos. Serías la esposa del jefe. Te gustaría, ¿no? Yo me ocuparía de ti, May.

La estrechó entre sus brazos y la besó con ansia. Ella se amoldó a su cuerpo y durante un momento formó parte de algo más que sí misma, más allá de los pensamientos, los planes y las misiones. Era simplemente una mujer.

—¡Puta! ¡China cabrona! ¡Te dije que dejaras a mi hijo en paz!

Bryce cayó al suelo y Archer se tiró al cuello de Mei. No podía gritar. Boqueó y sé debatió pero Archer apretó más fuerte. Un fuerte viento pasó por la habitación, dejándola a oscuras. Archer era fuerte, pero su hijo era más joven y más decidido. Le arrancó a Archer las manos del cuello de ella y rodó con él por el suelo. Mei trago aire como si se le fuese a acabar nuevamente. Los dos hombres se liaron a puñetazos. Ella comenzó a saltar alrededor de ellos, rogándoles que se detuviesen. Pero ellos siguieron. Los golpes de Bryce eran más precisos que los de Archer, que en ocasiones le daba al aire.

—¡Basta! —logró finalmente Mei agarrar a Bryce del brazo—. ¡Ya es suficiente, Bryce!

Él pareció oírla por primera vez, porque se puso rígido, aunque evitó con facilidad el siguiente puñetazo de Archer. Luego se alejó del radio de alcance de su padre y se puso de pie.

—¡Te dije que te apartaras de esa chica!

—¿Y por qué iba a hacerte caso? —preguntó Bryce, poniéndose al lado de Mei. Su respiración todavía estaba acelerada—. Me voy a casar con May, y tú no podrás evitarlo. No te quiero, ni a esta propiedad, ni nada que ver contigo. Haré mi vida sin ti.

—Yo lo hice… —se lo quedó mirando Archer—… todo… hice todo por ti.

—¿Todo? —rió Bryce amargamente—. ¿Qué has hecho, papá? ¿Construir esta casa espantosa? ¿Criar un poco de ganado? ¿Crees que eso me importa ahora?

Mei se adelantó, soltándose del brazo de Bryce. Había ido a Jimiramira con el afán de encontrar la perla y su venganza. Ahora se daba cuenta de que lo segundo no le interesaba. No les podía quitar nada a Archer y Viola, porque no poseían nada de importancia. No les podía quitar la perla, porque había desaparecido. Y tampoco les podía quitar a su hijo. De esa forma, no. Bryce no era un medio para lograr un objetivo. Era mucho más.

Lo amaba.

—Por favor, iros a la cama. Esas palabras no son dignas de vosotros —no miró a Bryce porque sabía que si lo hacía, se echaría a llorar.

—Ésta es mi casa —dijo Archer, poniéndose de pie—. No me digas lo que tengo que hacer.

Ella se dio la vuelta y Bryce la agarró de la mano, pero ella se la sacudió.

—Entonces, me iré yo a la cama. Y pensaré en mañana y en las cosas que habría que decir mañana.

Se dirigió a su habitación, pero ninguno de los dos hombres la detuvo.

La habitación era insoportable, pero se echó en la cama y se quedó quieta, sin moverse. Bryce estaba enamorado de ella y aunque parte de ella se sentía alborozada, otra sabía lo destinado al fracaso que ese amor se encontraba.

Porque, ¿cuánto tiempo pasaría hasta que algún conocido de Broome descubriese que Mei-Zhen Robeson había viajado hasta allí? ¿Cuánto tardaría la historia del asesinato de Tom Robeson en llegar a Bryce? ¿Cuántos momentos tendrían hasta que se diese cuenta de que no era una coincidencia que hubiese llegado a Jimiramira? ¿Cuántos latidos de corazón antes de que comprendiese que ella había ido allí a robar la perla?

¿La creería cuando le dijese que no la había encontrado nunca, que no se la había llevado del nido donde su madre la había puesto? Se imaginó lo traicionado

que Bryce se sentiría y finalmente, con las mejillas arrasadas en lágrimas, cayó en un sueño inquieto y angustiado.

—¡May!

Ella abrió los ojos haciendo un esfuerzo y se encontró en su pequeña habitación en Jimiramira. Estaba llena de humo. Miró horrorizada la puerta que se abría.

Bryce entró, tomándola por los hombros.

—¡Levántate, May! La casa está… —le dio un acceso de tos terrible y la agarró de la mano para acercarla a la puerta—. Sal —logró decir él—. Mi madre… no la puedo encontrar…

Ella comprendió. Quería que ella escapase, pero volvía a entrar a buscar a su madre.

Pero él la empujó hacia la salida y volvió a entrar.

El humo lo envolvió y Mei supo que si lo seguía, pondría en peligro las vidas de los dos. Le gritó otra vez que volviese, pero él no lo hizo, así que se alejó de la casa. A unos cincuenta metros, se tropezó con Larry.

—¿Quién más ha salido? —preguntó él—. ¿Dónde están el jefe y la señora?

Ella meneó la cabeza, comenzando a toser.

—Vaya al estanque. Buscaremos cubos. Hay que iniciar una cadena… —desapareció en la oscuridad.

Ella sabía que sería inútil, que la casa se quemaría por completo, con todos sus ocupantes. Al final de su vida, Viola no había resultado tan indefensa como parecía.

Oyó gritos y gente que corría. A lo lejos, los caballos relinchaban llenos de pánico y los perros del rancho comenzaron a aullar. Detuvo al primer hombre que pasó corriendo.

—¡Bryce! ¡Dentro!

—Ya no se puede volver a entrar, señorita.

Fue a trompicones hasta el estanque, deteniendo a otro hombre por el camino, Henry, el peón que la había ayudado a poner la casa en condiciones cuando llegó.

—¡Bryce… por favor!

—Lo único que podemos hacer es apagar el fuego —le echó el brazo por los hombros y caminó con ella hasta que se hallaron cerca del estanque—. En cuanto los negros vean el humo, vendrán a ayudar.

—Dejen que… se consuma —sollozó ella.

Henry desapareció y ella se dio la vuelta y miró la casa.

Y fue exactamente como en su sueño. Mientras la aurora comenzaba a iluminar el cielo, la galería se desplomó entre una lluvia de chispas.

Se quedó mirando hasta que la cadena de gente se comenzó a dispersar y se le acercó Henry. Junios miraron las humeantes ruinas. Henry habló con tranquilidad, como si estuviesen discutiendo del ganado que había que llevar al mercado.

—El jefe y la señora están muertos, casi hechos cenizas. El fuego se inició en una de las habitaciones posteriores. Seguro que ella prendió fuego al pobre desgraciado.

—¿Bryce? —logró preguntar ella, aunque le dolía la garganta por el humo que había tragado.

—Larry lo encontró desmayado junto a la puerta de entrada. Lo arrastró afuera y lo logró sacar justo a tiempo. Lo llevó al edificio de la cocina. Está en su habitación. Emma está con él.

Mei se dirigió al edificio de la cocina, que se hallaba lo bastante lejos de la casa para no verse afectado por el incendio.

Al pasar junto a las ruinas, vio a algunos hombres revolviendo entre los humeantes escombros y, más allá, los dos cuerpos carbonizados cubiertos con mantas.

La hija de Sauce se sintió llena de esperanzas. Archer y Viola habían muerto y su padre había sido vengado. La perla había desaparecido de sus vidas, pero Bryce no había desaparecido de la de ella.

Ella y Bryce tenían una oportunidad. Cuando pudiese hablar con claridad nuevamente, le podría decir la verdad, comenzando desde cero. Le podría explicar cómo sus sentimientos habían cambiado, la forma en que su amor por él había crecido. Quizás él la odiase. Quizás nunca la perdonase, pero tenía que averiguarlo. Thomas vivía al otro lado del mundo y ahora no tenía qué llevarle para comenzar su vida juntos. Bryce sé hallaba a unos metros de distancia y le podía dar toda.

Emma se levantó al verla llegar a la cocina y Mei le hizo señas de que se fuese. La muchacha le dirigió una mirada agradecida.

—Es dormido —Le dijo.

Mei hizo una pausa trente a la puerta de la habitación de Larry y la abrió lentamente. Bryce se hallaba boca arriba en la cama de Larry, con un brazo vendado. Le habían cortado los pantalones a la altura de una rodilla para poder vendarle una pierna también.

—¿May? ¿Te encuentras bien? —dijo, con la voz tan ronca como la de ella.

Ella asintió.

—Yo me salvé, pero ellos… están muertos —añadió Bryce, cerrando los ojos.

No supo qué decirle. No sabía si lo sentía o no. Viola estaba mejor muerta. Archer merecía morirse.

Su padre había muerto en el agua. El de él, en el fuego. El ciclo se hallaba completo.

Él se sentó en la cama, intentando no llorar. Ella trató de consolarlo y se acercó, abrazándolo. Él hizo un gesto de dolor cuando ella le tocó el pecho, pero al intentar ella alejarse, él la apretó contra sí.

—¿Quizás hayan logrado la paz ahora? —dijo Mei, apoyando la cabeza bajo la barbilla de él, aunque sabía que el pelo le olía a humo.

La abrazó con más tuerza.

—Sería una novedad —dijo, con voz quebrada.

Ella levantó el rostro y lo besó. Era la única forma que tenía de consolarlo. Quería que él supiese que lo amaba. Cuando le contase la verdad, quería que él recordase aquello, que recordase que en ese momento, cuando no tenía motivos para besarlo, lo había hecho de todos modos. Ni por la perla, ni por venganza, sino por amor.

—Oh, May —le dijo, deshaciéndole la trenza y soltándole el cabello sobre los hombros—. Prométeme que tú no me dejarás también.

Ella pensó que si él la perdonaba, se quedaría junto a él y lo ayudaría a construir un nuevo hogar de las cenizas de una casa que nunca había sido un hogar.

Él la hizo acostarse a su lado para poder besarla mejor. Sus brazos temblaban.

—Quédate conmigo…

Dejó que la desvistiese y gimió cuando le tocó el pecho. Luego, lentamente, se olvidó del pasado, se entregó a él y durante esos momentos no hubo fantasmas éntrelos dos.

De algún sitio cercano, Mei oyó el peculiar canto de un pájaro y recordó el escenario donde el ave del paraíso hacía su danza de cortejo nupcial. Seguro que el pájaro se encontraba cerca, investigando si quedaba algún trozo brillante de cristal o piedra.

Se enderezó en la cama mientras recordaba lo que Bryce le había dicho sobre el pájaro. El macho construía un escenario y luego lo adornaba con trocitos de cosas brillantes que encontraba. Conchas, trozos de hueso. ¿Una perla?

Se dijo que tenía que volverse a dormir, pero se levantó y se vistió.

Fuera, varios de los vaqueros aborígenes revolvían las ruinas. Larry se acercó desde el alojamiento de los hombres e hizo una pausa al verla pasar.

—Henry irá hasta la oficina de telégrafo para avisar lo que ha sucedido. Ya no tiene casa que cuidar. Si quiere irse, la podemos acompañar hasta allí. Y luego podrá irse hasta Darwin —no esperó una respuesta.

Ella se dirigió al estanque, sin saber qué deseaba realmente.

—Bryce —dijo en voz alta. Sabía que se estaba preparando para dejarlo.

Se detuvo al lindero del bosquecillo con la mente hecha un lío.

Por fin, se internó entre los árboles y se dirigió al escenario. A la luz del día era más grande y complejo de lo que lo recordaba de noche. Pero aunque una parte de ella se maravillaba ante el extraordinario talento del ave, otra parte de sí le gritaba que se diese la vuelta y echase a correr.

En vez de ello, se inclinó lentamente y después de hacer una profunda inspiración, miró dentro. La perla por la que su padre había muerto brillaba a la entrada.

El pájaro sabía que ninguna hembra podría resistir semejante tentación.

—Por supuesto, me llevé la perla —dijo Mei en el saloncito de su pequeño apartamento en San Francisco—. Me la puse en la palma y vi la cara de Thomas reflejada en ella. Sabía que no me la podía quedar, que tenía que traérsela a California. Eso era lo que mi madre hubiese querido. Tu abuelo seguía dormido, Cullen, cuando me fui con Henry un poco más tarde. Nunca lo volví a ver.

—¿Eligió a su hermano en vez de a mi abuelo? —preguntó Cullen.

—Me vine a América tres meses más tarde. Aunque Bryce hubiese querido, no me podría haber encontrado. Hubo muchas inundaciones la semana después del incendio. Logré llegar a Darwin, donde encontré a una familia que viajaba hacia aquí. Quedé en ayudarlos con los niños a cambio de mi billete. Yo era una ciudadana australiana porque mi padre era blanco. Y logré emigrar a América por ese mismo motivo. En esa época, a los chinos no los querían aquí tampoco.

—¿Valió la pena, tía Mei? —preguntó Liana, observándole el rostro.

—Me costó poco encontrar a tu padre, Liana, como me había sucedido tantas veces en los sueños —respondió ella, esbozando una triste sonrisa—. Thomas era alto y fuerte, tal como yo lo había imaginado, pero no se parecía en nada a mí, no tenía rasgos orientales. Nos encontramos en secreto. Me dijo que no quería que se enteraran los abuelos de que yo había venido, porque intentarían mandarme de nuevo a Australia.

Hasta la triste sonrisa desapareció.

—Saqué la perla para que la viese, y le hablé de nuestro padre y de Archer, y todo lo que había hecho para traérsela. Él alargó la mano y se la puso en la palma, acariciándola. Y luego me dijo que me volviese a la pensión, que iría en mi búsqueda al día siguiente para iniciar la nueva vida juntos.

Mei meneó la cabeza tristemente. No continuó.

—No volvió, ¿verdad? —susurró Liana.

—A la mañana siguiente, la policía vino. Dijeron que Thomas me había acusado de robarle el reloj y uno de los policías simuló encontrarlo entre mi ropa. Me tuvieron en la comisaria dos días. Luego uno de ellos vino a mi celda y dijo que Thomas retiraba los cargos, pero que si lo molestaba otra vez, haría que me

mandasen de vuelta a Australia. Podría haberlo hecho, por supuesto. Nuestro abuelo era un hombre poderoso y Thomas heredaría todo.

Liana miró a Cullen y vio que él la observaba.

—Cuando llegué a la pensión —concluyó Mei—, me esperaba una carta. En ella Thomas decía que nunca tendría que mencionar la perla o decir a nadie quién era yo. Si yo no hablaba, no me repatriaría. Eso era un favor, ya que yo era su hermana melliza.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 18

Sidney, Australia- El presente

Matthew no estaba seguro de dónde había desaparecido su billetero. Le había pagado al taxista, había pagado al recepcionista la primera noche del hotel de King's Cross y pagado en efectivo la peor cena de espaguetis que había comido en su vida. Luego había llegado a su habitación a trompicones y dormido diecinueve horas seguidas.

Y cuando finalmente había abierto los ojos, se dio cuenta de que le faltaba la cartera.

—Mierda —dijo Matthew cerrando los ojos.

Se encontraba en el hemisferio sur, todo lo lejos de San Francisco qué se podía estar; tenía el pasaporte de alguien más, el estómago vacío, una habitación de hotel que no podía pagar, y ni idea de dónde había perdido el billetero.

Se sentó en la única silla de la habitación e intentó recomponer los minutos entre tragarse el último espagueti y caer en la cama vestido.

Había pagado la comida en efectivo, con dinero australiano. Había cambiado el dinero en el aeropuerto y no había encontrado demasiado difícil acostumbrarse a la divisa australiana y había pagado todo en efectivo, metiendo lo que le sobró de los ochocientos dólares en el billetero. Lo recordaba porque se metió las monedas en el bolsillo delantero y la cartera en el de atrás.

Y ahora le faltaba el billetero.

Recordó la rabia que había sentido cuando el del restaurante le preguntó si era americano. Estaba convencido de que podía imitar el acento de su padre perfectamente, pero parecía que no.

—Le dije que había vivido en Norteamérica un par de años, salí a la calle…

Matthew recordó la calle frente al restaurante. No estaba lejos del hotel, pero era más sórdida. Había gente que entraba y salía de las tiendas, música fuerte y rítmica que provenía de altavoces con sonido a lata. Se acercó a un escaparate, esperando encontrar pipas de fumar droga y adminículos por el estilo, pero era exactamente igual a la farmacia cerca de su escuela, con la diferencia que lo más predominante eran los condones. Allí fue donde se le acercó la chica.

—¿Tienes un pitillo, tío?

Se había vuelto rápidamente para mirarla. Parecía que tenía al menos veinte años y era una cabeza más baja que su metro ochenta, con cabello castaño largo. Al principio pensó que tenía los ojos oscuros, pero luego se dio cuenta de que las pupilas estaban tan dilatadas que apenas estaban orladas de verde brillante.

—No fumo. Te has equivocado de tío, supongo —le respondió, sin saber qué hacer. Le llamó la atención su exótico perfume. Llevaba demasiado delineador, con los ojos pintados de negro como los de un coatí, pero igual era bonita.

—Quizás no seas el tío equivocado —sonrió ella. Tenía los dientes apenas torcidos, lo que la hacía más interesante que las chicas de su clase, todas con ortodoncias perfectas.

Se comenzaba a sentir exhausto pero no quería acabar la conversación, era lo más emocionante que le había sucedido hasta entonces.

—¿Vives por aquí?

—Por aquí y por allí. Me muevo bastante —dijo ella y alargó la mano para enderezarle el cuello de la camisa, como si fuese lo más normal del mundo.

Matthew no había oído que las chicas australianas fuesen más abiertas que las americanas.

—¿En dónde vives en América?

—¿Cómo sabes que soy americano?

—No sé. Tu forma de hablar. Y la camisa. Date la vuelta y déjame verla por detrás —dijo ella.

Y eso era lo que había hecho.

Matthew se cubrió la cara con las manos al darse cuenta de lo que había sucedido. Mientras estaba de espaldas, ella había chocado contra él. Accidentalmente, se le ocurrió en ese momento, porque en lo único que podía pensar era en la forma en que su cuerpo reaccionaba a ella.

Cuando se volvió a dar la vuelta, ella parecía totalmente inocente. Intercambiaron pocas palabras, él murmuró las suyas deseando poder acomodarse los vaqueros, y ella se fue.

La chica le había robado la cartera.

Matthew se levantó y agarró su mochila. Tenía que recuperarla. Si encontraba a la chica y a su dinero, volvería y pagaría la habitación, Pero si no, pasaría la noche en un parque y algún día le mandaría el dinero al hotel. Por suerte, el mostrador de recepción estaba vacío cuando Matthew salió sigilosamente a la semioscuridad de King's Cross.

—¿Qué quieres tú con una chica como ésa? —dijo la mujer, que parecía casi tan vieja como su adorada tía Mei. Hablaba con acento escocés. Matthew supuso que estaba dispuesta a ayudarlo porque ella también era extranjera. Se hallaba en una librería a unos doscientos metros de donde la chica lo había abordado.

—Tiene algo mío —dijo Matthew—. Tengo que encontrarla para recuperarlo.

—Pues, mejor sería que no la encontrases. ¿No te ha enseñado tu madre a distinguir entre el bien y el mal?

—¿Conoce a la chica? —Matthew levantó la vista.

—He intentado ayudarla, pero no ha querido. ¿Qué edad tienes, chico?

—Dieciocho.

Si se dio cuenta de que mentía, no lo dijo.

—Lo suficiente para estar enterado, ¿eh? Intenté sacarla de la calle, pero ella no quería ocuparse de los libros. Prefería pararse en las esquinas para ligarse a los hombres.

Matthew comprendió a lo que se refería la vieja y se dio cuenta de lo imbécil que había sido. La chica era una prostituta y él ni se había dado cuenta.

—¿Sabe dónde está ella ahora?

—Hace un tiempo que no la veo. Creo que tiene una habitación por aquí. Ojalá se volviese a de donde ha venido. Quizás entonces encontraría su verdadera vida.

A la medianoche, cuando abandonó la búsqueda, se resignó a dormir fuera. Había llegado demasiado lejos para volverse ahora.

El estómago le hizo ruido y comenzó a buscar un sitio donde poder abrir la mochila y sacar la bolsa de patatas que tenía. Ya había decidido que el mejor sitio para dormir sería entre unos arbustos. Un seto al lado de un edificio podría ser un buen refugio. Lo único que necesitaba era esconderse para encontrarse seguro.

Encontró exactamente lo que buscaba a un cuarto de milla de la librería. Había una iglesia de piedra en una calle tranquila rodeada de edificios venidos a menos. La cercaba una valla de metro veinte que acababa en pinchos contra el que crecía un tupido seto de pinos.

Matthew miró a ambos lados de la calle, que parecía desierta y fue a la parte de atrás. Había un portón con candado, pero parecía fácil de trepar. Tiró primero la mochila del otro lado y luego subió, manteniéndose en la sombra de las plantas mientras se dirigía a la parte delantera del edificio.

No podría haber pedido un sitio mejor. El suelo era arenoso y limpio, y el edificio lo protegía del viento, mientras las ramas de los pinos lo escondían perfectamente. Abrió la mochila y sacó las patatas, guardando las barras de chocolate que tenía para más tarde ya que no sabía cuándo podría comer una comida decente.

Las patatas nunca le supieron mejor.

La voz que lo despertó era joven y ronca, la de una chica hablando con un hombre.

—Es mi dinero. Yo me lo gané. No lo quiero todo, solamente para pagar mi habitación antes de que me echen…

El resto de la conversación fue interrumpido por un ruido y un chillido.

Matthew se sentó de golpe y miró entre los troncos de los pinos. A la luz de un farol, vio a un hombre sacudiendo a una delgada mujer por los hombros.

—¿Crees que sabes? Pues, bien, eres una puta imbécil, ¿sabes? Tengo diez como tú y ninguna de las otras se queja todo el tiempo. Ya te he dicho, dile a la vieja esa que le pagaré mañana. ¡Y si te crea problemas, dile que la próxima vez le daré algo más que un par de dólares!

Le dio un empujón a la chica, pero ella se recuperó y lo atacó, golpeándolo con los puños.

—¡Ese dinero es mío! ¡Y se suponía que tú tenías que cuidarme si te lo daba!

El hombre perdió la paciencia y mientras le agarraba los brazos y se los retorcía sobre la cabeza, le dio un golpe en el vientre con la rodilla.

Fue suficiente para Matthew. Saltó de los árboles y corrió hacia la calle.

—¡Eh, déjela en paz!

El hombre dejó a la chica, que cayó en la acera como una muñeca de trapo.

—¿A quién te crees que le das órdenes? —dijo, agarrándose a los barrotes frente a Matthew y sacudiéndolos. Luego echó la cabeza hacia atrás y lanzó una demente carcajada.

Matthew no se lo pensó dos veces. Nunca había visto maltratar a una persona. Agarró una de las muñecas del hombre con ambas manos y le dio un tirón, pasándola entre la cerca. Luego le retorció el brazo y se lo pasó por encima de su propio hombro y se lo golpeó a derecha e izquierda con las barras.

El hombre ya no reía. Intentó agarrarlo del pelo, pero Matthew se agachó a la vez que le tironeaba más el brazo mientras se lo retorcía. Sólo quería darle tiempo a la chica de escapar, pero al levantarle el brazo contra la verja, oyó un fuerte crujido. Horrorizado, lo soltó inmediatamente y el hombre cayó al suelo con un alarido.

Matthew no supo qué hacer. Se había quedado aturdido ante su propia fuerza, su rabia, y el resultado. Más aturdido todavía se quedó cuando la chica levantó una piedra y golpeó al hombre que se retorcía en el suelo a un lado de la cabeza.

Él se dejó de retorcer y se quedó totalmente inmóvil. La chica levantó la vista. La cara le resultaba familiar.

—Tenemos que irnos de aquí. Llamarán a la policía.

—Lo has matado —dijo Matthew, mirando al hombre.

—¡Pse! ¡Ojalá hubiese tenido esa suerte! —se inclinó—. ¿Ves? El pecho se le mueve. ¿Vamos?

Matthew titubeó un instante. Sentía que tenía que quedarse hasta que alguien recogiese al herido, pero si llegaba la policía, lo meterían en la cárcel y se tomarían todo el tiempo del mundo para investigar.

Y él no acabaría nunca con lo que había ido a hacer.

Miró a la chica a través de la verja.

—Tú me robaste el billetero.

—¡Ajá! Y estoy a punto de volver a robarla, así que si quieres recuperarla, será mejor que vengas conmigo.

Se oyeron unas sirenas a la distancia.

—Pero mi mochila está entre los arbustos.

—¡No tenemos tiempo!

Tenía razón. Las sirenas se aproximaban y oyó voces de uno de los edificios cercanos. Trepó a la verja mientras ella le revisaba al hombre los bolsillos. La cartera que encontró era la de Matthew.

—Ya la tengo. Vamos.

Él se la arrebató de la mano y se la metió en el bolsillo delantero del pantalón.

Matthew se sintió un poco mejor cuando acabaron de comer el pescado que compraron en un kiosco en el puerto de Sídney. Había recuperado su cartera, aunque casi no le quedaban más que setenta dólares, menos lo que se habían gastado en la cena. Algo era algo. Tricia, la chica, le había dicho que no había peligro de que la policía los persiguiese.

—Cuando Charlie se despierte no les dirá nada. Y si lo hiciera, lo conocen en la comisaría, así que no lo creerían;

—¿Por qué me robaste la cartera?

—Porque eras presa fácil.

—¿Cómo te diste cuenta? —le preguntó, consciente, muy a su pesar, de que tenía razón.

—Tenías aspecto de alguien que iría a mamá y papá para que le solucionasen el problema. No sabía que acabarías en la calle —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—Yo no sabía que eras una prostituta —dijo él, con rabia.

Ella se rió, y su carcajada estaba llena de sorprendente inocencia.

—Me di cuenta. Y pensar que creía que era buena.

—¿Por qué lo haces? La señora de la librería dijo que te había ofrecido un trabajo cuando le pregunté por ti. Buscaba mi cartera —explicó.

—Si quisiese ese tipo de trabajo me habría quedado en Humpty Doo.

—Pues eres demasiado joven para hacer lo que haces —dijo Matthew, sorprendiéndose ante su propio tono. Parecía su madre.

Ella no pareció ofenderse.

—¿Qué edad crees que tengo?

—No sé. ¿Veinte?

—Frío, frío —se rió ella—. Dieciséis.

—¿Y cuándo hace que…? —quería preguntarle, pero no sabía cómo.

—El año pasado. Me cansé del Territorio. Lo único que hay son moscas, vacas y tormentas de arena. ¿Has estado alguna vez allí?

—No, pero allí es a donde me dirijo. Mi abuelo, Roman Llewellyn, tiene un rancho… —recordó que su padre y la tía Mei siempre llamaban a los ranchos «estaciones»— una estación llamada Jimiramira.

—Sí, conozco Jimiramira.

—¿Vives cerca?

—Nada queda cerca en el Territorio. Mis padres tienen un poquito de tierra con plantaciones de mango. Ahorraron todo lo que pudieron para los malditos mangos. Dicen que lo hacían por mí.

Matthew pensó en su propia madre, que también decía que todo era para él.

—¿No echas en falta a tus padres? —Tricia no respondió, pero él insistió—. ¿No estarán preocupados por ti?

—Es demasiado tarde para pensar en eso. Además, no quiero volver —dijo Tricia, cruzándose de brazos.

—¿Y qué vas a hacer, seguir trabajando para Charlie? La próxima vez te podría matar.

—¿Y cuál es tu historia? —preguntó ella—. Y no me digas que no eres un yanqui. Te vi la licencia de conducir. Ponía San Francisco.

—Mi padre vive aquí. He venido a visitar a mi abuelo. No lo conozco y quería conocerlo. No sabe que estoy aquí, es una sorpresa.

—¿Y por qué no llamaste a tu padre ayer?

—En este momento está en los Estados Unidos.

Matthew había preferido no pensar en cómo se habría sentido su padre cuando él no apareció en Nueva York, o en las acusaciones que probablemente se estaban lanzando sus padres el uno al otro. Ojalá que su madre ya hubiese encontrado el mensaje.

—¿Y entonces, qué vas a hacer?

—Supongo que tomaré un autobús o un tren hasta donde me alcance el dinero y luego iré a pie.

—Estás totalmente chiflado. No hay nada en el corazón de este país excepto canguros, dingos y moscas a montones. No tienes ni idea de cómo sobrevivir allí.

Matthew esperó. Ella parecía a punto de decir algo.

—No pienso volver al Territorio. Nunca en la vida —dijo ella por fin.

—Es una pena. Te vendría bien irte para allá para que Charlie no te encontrase. Y apuesto que me podrías enseñar una pila de trucos.

—¿Y qué haría cuando llegase? No me podría quedar. Y tendría que volverme sola. No me apetece nada. Bastante me costó la primera vez.

—Cuando llegásemos allí, mi abuelo podría comprarte un billete a algún sitio donde Charlie no pudiese encontrarte.

—Ni siquiera conoces a tu abuelo.

—Quizás no, pero sé que nos ayudaría. Mi padre dice… —carraspeó—. Dice que es un hombre de grandes principios.

—¿Grandes principios? Quizás valga la pena el viaje para conocer a un hombre que tenga algún principio —dijo ella, levantando los ojos al cielo.

Quería que ella se fuese con él. Era una mezcla del temor a que Charlie le hiciese daño, con su propia soledad e inseguridad después de todo lo que había pasado.

—Supongo que no tengo nada mejor que hacer en Sídney hasta que Charlie se tranquilice. Quizás te acompañe. Pero sólo hasta Jimiramira. Ni pienso ir a Humpty Doo.

Matthew se dio cuenta de que Tricia quería decir otra cosa.

—Ni acercarte —le dijo—. Pero esta vez, tampoco te acerques a mi cartera.

—Perfecto —sonrió ella—. Seremos compañeros.

El corazón le dio a Matthew un vuelco.

—No podemos volver a mi casa, pero sé de un sitio donde podemos dormir esta noche.

Él se puso de pie, aunque estaba tan cansado que casi no se podía mover.

—Parece que ninguno de los dos tiene nada.

Ella se echó el cabello hacia atrás y se enderezó la falda.

—Con gusto compartiré mi mitad. ¿Y tú qué tal, compañero?

Matthew descubrió que todavía le quedaban fuerzas para sonreír.

Capítulo 19

San Francisco

—¿No sabías nada de eso? —preguntó Cullen, pasándose la mano por el pelo. Había permanecido callado hasta llegar al apartamento de Liana, pero la comenzó a interrogar en cuanto se fue el empleado de seguridad que estaba a cargo de responder el teléfono.

—Sabía que la tía Mei y mi padre no se hablaban. Pero hasta los trece años, ni sabía que ella existía —dijo Liana, dirigiéndose al bar.

Abrió una puerta y sacó una botella de *whisky* y se sirvió una generosa medida. Luego, sin decir nada, le ofreció la botella a Cullen.

Él negó con la cabeza.

—¿Así que no sabías que había sido Mei quien le había robado la perla a mi familia?

Ella terminó la copa antes de responder.

—Tú ya conoces parte de la historia.

—Pues quiero que me cuentes todo lo que sabes;

Ella se sirvió otra copa, pero no sé la bebió. Se la llevó al salón, y se sentó en una esquina del sofá.

—Cuando tenía trece años, mi clase fue de excursión a Chinatown. Mientras la profesora nos daba una explicación en la acera de Grant Avenue, me di cuenta de que una anciana me observaba. Cuando nos alejábamos de allí, se acercó y me dio un papel con un teléfono y una palabra: «Llámame».

—La mujer era Mei.

—Por supuesto que no era una coincidencia. Sabía de mi existencia desde que me fui a vivir con mi padre. Creo que me vigilaba.

—No es nada torpe.

—Hasta que nos conocimos, yo creía que mi pelo negro se debía a algún Robeson irlandés. Una vez, caminando con mi padre, un anciano chino nos habló en su idioma. Mi padre se puso furioso, aunque como siempre estaba furioso por algo, no me resultó raro.

Cullen permaneció en silencio. Liana miró el retrato de su hijo.

—Cuando la llamé, me pidió que fuese a verla a un restaurante en Chinatown. Yo sabía que a mi padre no le gustaría eso, así que, por supuesto, fui a verla. Esa vez no me dijo por qué quería verme, al menos no enseguida. El camarero fue a tomarnos el pedido. Charló y se rió con ella y yo me di cuenta de que hablaban de mí. Cuando se fue, la tía Mei me dijo que él le había preguntado si yo era su nieta. Yo me reí,

porque me pareció gracioso. Luego ella dijo: «Le dije que no, por supuesto que no. Tú eres mi sobrina».

—¿Y tú te sorprendiste?

—Pensé que estaba loca. Luego ella me dijo que mi padre y ella eran mellizos y que habían crecido separados. Cuando se reunieron tuvieron una terrible pelea y nunca más se volvieron a hablar. No quiso decirme por qué se habían peleado. Nunca; hasta esta noche. Me dijo que si se lo preguntaba a mi padre, éste lo negaría porque no quería que nadie supiese que era chino.

—¿Crees que intentaba vengarse de él al contarte el secreto?

—Quizás. Pero creo que lo que quería hacer era ayudarme para que no fuera como mi padre. Supongo que eso era lo que ella creía que su madre hubiese deseado. A pesar de lo que Thomas le había hecho.

—¿Y nunca ha demostrado que te tenga ningún rencor?

Durante un momento, Liana no se percató de a lo que se refería. Luego se dio cuenta de que hablaba de la desaparición de Matthew.

—¿Cullen, crees que tiene algo que ver con ello?

—¿Comprendes por qué nos ha contado esa historia esta noche?

—No. ¿Y tú?

Él negó con la cabeza.

—Después de esa primera comida, me cuidé bien de decirle nada a mi padre. Tía Mei sugirió que investigase un poco por mi cuenta si quería asegurarme de que era verdad. Así que le dije a mi padre que tenía que hacer un trabajo sobre mi árbol genealógico y le pedí que me ayudase a conseguir su partida de nacimiento. Dos meses más tarde descubría sin ninguna duda que una mujer llamada Lian Sing era mi abuela.

—¿Lian?

—Sí. El nombre chino de Sauce era Lian, Y me di cuenta de algo. Mi madre me había llamado Liana por mi abuela. De alguna forma había descubierto el secreto de mi padre y me había llamado así para darle rabia a él o como silencioso tributo a otra mujer que había resultado su víctima. Otra mujer cuya existencia Thomas había intentado negar.

—¿Tu madre nunca te dijo que tú tenías ancestros chinos?

La madre de Liana era otra historia en sí misma..

—Recuerda que mi madre abandonó a mi padre antes de que yo naciese. Él ni siquiera sabía que ella estaba embarazada. Hizo todo lo posible por mantener secreta la identidad de mi padre. Y cuando ella murió yo tenía sólo ocho años. No supe que tenía padre hasta que la asistente social de mi zona le encontró el rastro. Tía Mei tenía su propia partida de nacimiento. Todo coincidía.

—¿Y desde entonces te adoptó en su familia?

—Desde entonces ella me cobijó bajo su ala. A pesar de lo que sabrían de la perla, sus hijos y nueras siempre fueron amables conmigo. Hasta Frank, el hijo de su hijo más joven, trabaja para mí ahora que Thomas ha muerto.

—¿Tu padre nunca sospechó que la conocías?

—Durante años, no. Cuando lo hizo, se dio cuenta de que era demasiado tarde para negarlo. Pero me dio un ultimátum. O los Fong o él y todo lo relacionado con él, como Pacific International, la fortuna personal de los Robeson, todo hasta mi buen nombre y mi identidad como blanca, protestante y anglosajona. No fue una elección difícil. Yo era joven e idealista, tenía toneladas de rencor acumulado contra mi padre y un patrimonio heredado de mi madre así que me fui.

Levantó la vista hacia él.

—Y por el camino, por supuesto, te conocí y me casé contigo.

—Sí, de esa parte me acuerdo —dijo él, con una cálida mirada.

Liana sintió que se ruborizaba. Apartó la mirada e intentó concentrarse en la conexión que podría haber entre la historia y la desaparición de Matthew. ¿Sabría la tía Mei algo más que no les había dicho?

—¿En qué piensas, Lee?

—En la situación de Mei cuando llegó. Tan sólo tenía veinte años. Había abandonado al hombre que amaba por un hermano que la rechazó y la dejó con las manos vacías. Estaba sola en América, sin familia, sin amigos, sin trabajo. Lo único a su favor era que la mayoría de los chinos se habían visto obligados por ley a dejar sus familias en China, así que una mujer soltera era algo muy buscado. Ha de haber tenido montones de pretendientes para elegir. Una vez me dijo que se había casado con Wo Fong porque era un hombre amable, trabajador, y tenía un negocio con buenas perspectivas. Pero no se casó por amor.

—Así que se casó con un extraño y crió una familia mientras mi abuelo se preguntó durante el resto de sus días por qué lo había abandonado.

—¿Cómo era tu abuelo, Cullen?

—Casi no me acuerdo de él. Tenía cuatro años cuando murió. Era un hombre silencioso y remoto. Se casó con mi abuela porque las propiedades lindaban y ella estaba tan decidida a que sus tierras produjeran, como él con Jimiramira. Ella era una de esas mujeres australianas recias como un hombre y excelentes jinetes. Mi padre fue hijo único porque ella necesitaba un heredero, pero no quiso tomarse la molestia de tener más hijos.

—Ninguno de los dos se casó por amor, entonces.

—No sé si él fue infeliz, pero no creo que mi padre tuviese una familia. Sus padres siempre estaban o en una punta u otra de la propiedad, y nunca juntos.

Durante su matrimonio. Cullen había hablado poco de su padre. Liana sabía que llevaban años peleados, y parecía que esa situación no había cambiado desde su divorcio.

—Por lo que tía Mei nos ha dicho, parece que Bryce nunca tuvo la oportunidad de aprender a ser un buen padre —dijo ahora, para que él siguiese hablando.

—Bueno, creo que se lo logró transmitir a mi padre. Papá lo intentó, creo. Quería ser un buen padre, pero tampoco sabía cómo. Yo tenía diez años cuando murió mi madre y desde entonces se puso peor y peor —inspiró Cullen profundamente—. Durante todos estos años me he preguntado si yo lo he hecho igual de mal con Matthew.

Liana se dio cuenta de que Cullen sufría igual que ella y que no había hecho ningún esfuerza por ayudarlo. En los años en que habían permanecido separados, Cullen se había convertido en el padre que quería para su hijo.

—¿Qué ha pasado, Cullen? ¿Dónde está nuestro hijo?

—Creo que sé lo que tía Mei nos quería decir. No hemos sabido escuchar a Matthew. No de la forma en que debiéramos haberlo hecho. Nadie escuchó a Bryce ni comprendió sus sentimientos. Él intentaba proteger a cada uno de sus padres del otro… Del mismo modo que Matthew intentaba protegernos a nosotros.

—¿Y crees que por eso se ha ido?

Él le apoyó la mejilla en el pelo y ella sintió cómo lo recorría un estremecimiento.

—No lo sé —dijo—. No es su estilo asustarnos. Aunque hubiese huido, nos habría informado de que estaba bien.

—Quizás tiene miedo de llamar —dijo ella con la respiración entrecortada por el llanto—. Quizás sabe que la línea está intervenida.

—No ha mandado una carta tampoco.

—Quizás tiene miedo de que miremos el matasellos. O quizás no ha llegado todavía.

Cullen se enderezó de golpe, haciendo que ella también lo hiciera.

—Lee, ¿está el ordenador de Matthew encendido?

—Sí —dijo ella, tragándose los sollozos.

—Venga —se puso de pie y le tendió la mano. Ella dejó que él la ayudara a levantarse, luego lo siguió a la habitación de Matthew. Él se sentó frente al ordenador.

—Tengo que mandarle un e-mail a Sarah.

—¿Tu novia?

—No es mi novia, Lee.

—Entonces, ¿para qué?

—No le he dicho nada de lo que sucede. Tengo que hacerlo, porque alguien en Broome tiene que saber lo que pasa. Además, si le doy mi contraseña, podrá abrir mi correo electrónico. ¿Te das cuenta? Puede ver si Matthew me ha mandado algo.

Liana sintió un atisbo de esperanza.

—Llámala, Cullen. Pídele que lo haga ahora mismo.

—Es mala hora. Estará comiendo. Pero si le escribo ahora, mirará el correo cuando vuelva. Y le diré que llame en cuanto haya mirado el mío.

Mientras hablaba, componía una breve nota a Sarah. Liana la leyó por encima de su hombro. Él activó el programa y esperó que cumpliera los pasos para conectarse. Luego, igual de rápido, se desconectó.

—Qué raro dijo Cullen, leyendo él cartel que salió en la pantalla—. Dice que alguien está usando la misma cuenta. ¿Matthew comparte la cuenta con alguien?

—¿Qué quieres decir?

—¿A nombre de quién está la cuenta, Lee?

—A mi nombre. Y sólo Matthew y yo tenemos acceso a ella.

—Es obvio que no estás accediendo a la red desde otro ordenador, ¿no? Quiere decir que alguien sabe la contraseña de Matthew y está usándola.

—¿Matthew?

—Quizás.

El tono de Cullen no indicaba ni alivio ni alegría.

—¿Cuál es la otra posibilidad?

Él giró la silla para mirarla.

—Otra persona. Quizás su contraseña es algo obvio, como su fecha de nacimiento. O quizás la guardó en algún lado y alguien la encontró.

—¿Para qué querría alguien usar su contraseña, Cullen?

—Podría ser alguien que está buscando pistas igual que nosotros, Lee. Alguien más que lo busca.

Ella la minó a los ojos y se dio cuenta de que sabía algo que ella no.

—¿Qué sabes?

—Cuando Stanford llamó al banco de Matthew para mirar su cuenta, descubrió que no era la primera persona que lo hacía. No te lo dijo para no preocuparte innecesariamente.

—¿Crees que alguien quiere hacerle daño? ¿Por qué?

—Si Matthew tiene la perla, Lee…

—¡No la tiene! ¡No me la robaría nunca!

—Entonces, ¿quién se beneficiaría más si Mattew no volviese nunca?

—No sé a lo que te refieres.

—Tu padre le dejó todo a Matthew, ¿no?

Liana intentó explicarlo.

—Es un testamento complicado. Graham y yo tenemos uso de bastante capital mientras trabajemos para Pacific International. Pero sí, al fin y, al cabo, Matthew es quien hereda todo.

—¿Y si no vive, quién lo hereda?

—Graham… —dijo ella, lanzando la palabra como si fuese veneno.

Cullen se quedó en silencio nuevamente. Liana sacudió la cabeza.

—No, Cullen. No lo puedo creer. Graham y yo no somos amigos, pero él no le haría daño a Matthew. Mientras permanezca en Pacific International, es un hombre rico. ¿Qué puede desear que ya no tenga?

—No estoy diciendo que Graham haya secuestrado a nuestro hijo —dijo Cullen—. Pero quizás esta aprovechando esta oportunidad de oro.

Liana sabía que no se podía permitir descartar ninguna posibilidad, pero la idea de que Graham desease la muerte de su hijo la ponía enferma.

—Piénsalo —dijo Cullen. Giró la silla y se enfrentó a la pantalla nuevamente. Esta, vez sí que pudo entrar sin problemas. Quienquiera que estuviese conectado, ya había salido—. ¿Has mirado tu correo?

—Ya te he dicho que no uso esa cuenta. Jamás le dado mi contraseña a nadie. Nunca…

—¿Quién fue el que te lo instaló?

—Matthew. Quería enseñarme… Oh —se dio cuenta de lo que Cullen le quería hacer ver.

Cullen salió y entró otra vez volviendo a iniciar el proceso para conectarse usando el nombre de Liana.

—Supongo que también habrá metido tu contraseña.

—No sé —intentó pensar ella—. Es Cruella. El día que lo instaló estaba enfadado conmigo no sé por qué motivo. Siempre nos da mucha risa cuando nos acordamos.

—Pues es ésa, porque se está conectando.

—¿Por qué no se me habrá ocurrido? —preguntó ella, inclinándose sobre la pantalla y rogando tener correo de su hijo. Una voz masculina anunció que tenía correo. Esperó mientras llegaba el mensaje y se cerraba el programa.

—SEZ. Ése no es el apodo de Matthew —dijo Cullen.

—Mathew recibió un mensaje de alguien llamado SEZ, Cullen. Lo recibí yo la primera vez que abrí su correo —dijo Liana, mirando mientras Cullen abría la carta.

Cullen leyó en voz alta mientras ella seguía las palabras con la mirada.

Mamá, me encuentro bien. Te juro que no tienes que preocuparte. Puedo cuidar de mí mismo y volveré pronto. Supongo que cuando vuelva estaré castigado en mi habitación el resto de mi vida. Por favor, dile a papá que lo siento. Realmente quería ir de acampada con él más que nada en el mundo.

—Te quiero, Matthew —acabó de leer Liana y se le quebró la voz.

Esa vez no se resistió cuando Cullen la tomó en sus brazos.

—Lee, está bien.

—¿Y si él no escribió ese mensaje? —sonó la voz ahogada de Liana contra su hombro. ¿O si lo escribió bajo coacción? Quizás se encontraba bien cuando lo escribió, pero ahora no.

La estrechó entre sus brazos y le acarició el pelo.

—Lee —dijo, levantándole la barbilla. Tenía los ojos enrojecidos—. Ésta es la primera buena noticia que tenemos. Ahora hay que tener un poco de fe. En Matthew. En nuestra habilidad para encontrarlo.

—¿Por qué eres tan fuerte?

—No soy tan fuerte como tú crees. Dime que lo encontraremos. Eso me hará fuerte.

—Tú lo quieres tanto como yo —dijo ella.

—Lo bastante para hacer que vuelva a casa, pero sólo si tú estás conmigo.

—Sí. De acuerdo.

—Lee… —logró él sonreír, pero la sonrisa se borró de los labios al ver la expresión de sus ojos. Estaba aterrorizada, como si al decirle que confiaba en él se enfrentase a una vida entera de dolor.

—No te hará sufrir. Me arrancaré el corazón antes de hacerte daño nuevamente.

—Yo te afilaré el cuchillo.

No pensó en lo que hizo luego. Siempre se había dejado llevar por sus impulsos y eso era algo que no había erradicado completamente. A Liana le temblaban los labios y él se los rozó con los suyos como una promesa. Pero en cuanto la carne tocó la carne, se dio cuenta del error que había cometido. Porque al levantar la cabeza, vio en los sus ojos las mismas emociones que él sentía. Sobresalto. Descubrimiento. Resurrección.

Sabía que dijese lo que dijese, metería la para, así que dio un paso atrás, como si hubiese sido lo más natural del mundo y habló del único tema que la haría pensar en otra cosa.

—Entonces, trato hecho. Traeremos a Matthew a casa, cueste lo que cueste. Y lo primero que tenemos que hacer es averiguar quién es SEZ, porque esa persona tiene algo que ver en este entuerto. Para empezar, nos ha enviado un mensaje de nuestro hijo.

—Yo le mandé un mensaje después de recibir el suyo para Matthew, pero no me respondió.

—Creo que la mejor forma de invertir el tiempo va a ser hablar con los amigos de Matthew. Alguno de ellos puede saber quién es SEZ. ¿Qué te parece si empezamos por los compañeros de colegio? ¿Quién te ha dicho que no pueda ser un

chico del barrio? Mientras yo mando un mensaje a todos los que tenga en su lista de contactos del correo electrónico, tú llama a los que puedas por teléfono.

—¿Y Stanford? ¿No sospechará algo?

—Hazle saber que estamos convencidos de que Matthew se ha escapado y queremos hacer unas averiguaciones por nuestra cuenta sin que intervenga la policía. Dile que Sue se encargará de desviarte las llamadas al móvil si hay alguna. Y luego, ponte a llamar a los amigos de Matthew. Cuando nos vayamos a dormir esta noche, sabremos exactamente cuál será nuestro próximo paso.

Ella le rozó el hombro con la punta de los dedos, una caricia inesperada y agridulce.

Él cerró los ojos y deseó poder comenzar su vida desde el principio otra vez.

Alicia Rivera tenía el pelo negro y corto como un chico y una anilla en la nariz que se tocaba con frecuencia, como si le diese seguridad.

—No conozco a ningún SEZ —dijo, con gesto hosco—, ya se lo he dicho.

Cullen se inclinó hacia delante.

—La verdad es que le dijiste a la madre de Matthew anoche que no te chivabas de tus amigos. Eso no es exactamente lo mismo, ¿no?

La expresión de la adolescente reflejó un poco de temor. Liana se dio cuenta de que la estaban perdiendo.

—Alicia, sé que Matthew sólo tiene buenos amigos. Chicos leales que no le harían daño, pero a veces puedes hacer daño a alguien si haces lo que te piden. Tú detendrías a un amigo que hubiese bebido y quisiese conducir, ¿no? ¿Te das cuenta? Matthew ha desaparecido. Y podría estar en peligro.

—No sé dónde fue. No me dijo que se estaba escapando —dijo Alicia con un suspiro.

Liana asintió, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Pero quizás Simon sepa algo —dijo Alicia por fin.

—¿Simon?

—Simon van Valkenburg. Es un genio. Y creo que también es amigo de Matthew. Creo que se conocen.

—¿Simon es SEZ? —y en cuanto lo dijo, Liana presintió que así era—. Alicia, ¿me podrías dar la dirección de Simon? Si prefieres, no le diré dónde la he conseguido.

—¿Irá la policía a hablar con él?

—Solamente nosotros. Te lo prometo.

Alicia pensó un instante y luego se encogió de hombros.

—Vale. Pero no le digan a Matthew que se la he dado. No quiero que se enfade conmigo.

—¿Sabes cómo ir? —preguntó Cullen una vez que puso el coche en marcha.

Liana sabía dónde quedaba la dirección que Alicia les había dado y le indicó a Cufien cómo llegar hasta allí.

—Ojalá hubiésemos podido, hablar con la tía Mei —dijo luego. Había llamado a su tía dos veces esa mañana, pero ambas veces Betty había insistido en que Mei no se encontraba bien y tenía que descansar. Estaba claro que no quería hablar más con ellos.

Cullen se dirigió al carril de la derecha y bajó la velocidad al acercarse a una entrada a la autopista.

—¿Matthew nunca te ha mencionado a este Simon? —preguntó Cullen cuando se encontraron en la autopista Junipero Sierra en dirección este.

—No. Graham dice que lo trato como un bebé. Quizás tener un amigo que yo no conocía lo ha hecho sentirse adulto.

—O quizás nunca te había presentado a nadie como Simon.

—Quizás no, pero colecciona personajes excéntricos. Nunca nadie le parece raro. En eso se parece a ti.

—¿Así me veías?

—Te envidiaba por eso. Yo siempre tenía miedo de confiar en la persona equivocada.

—Y luego lo hiciste. Confiaste en mí. He pensado mucho en nuestro matrimonio desde que se acabó. Creo que cuando nos conocimos, nos vimos claramente. Lo que vimos fueron las verdaderas personas escondidas bajo las mascaras. Pero nos olvidamos de que cuando uno se casa, se lleva la máscara consigo.

Cullen se calló.

—De acuerdo, me has picado la curiosidad —dijo ella finalmente—. Continúa. ¿Qué viste y cuál era la máscara?

—¿Qué buscabas cuando te casaste conmigo, Lee?

—Un hombre fuerte —dijo ella después de pensar un momento—. Alguien con quien contar. Alguien con quien construir una vida.

—Ese hombre se encontraba allí, sólo que lo enterré tan profundamente que me costó años encontrarlo.

¿Cómo podía discutírselo sin comenzar una pelea? Además, el mero hecho de que estuviesen hablando de su matrimonio indicaba lo mucho que Cullen había cambiado.

—¿Y tú, qué buscabas? —le preguntó.

—Un espíritu libre. Alguien que no me exigiese nada. Una mujer con tanta confianza que no necesitaría darle nada que no quisiese darle.

—Y mira la que fuiste a elegir.

—Tú eras esa mujer. Me seguiste hasta la salvaje Australia. Aceptaste lo poco que había y nunca te quejaste. Quizás si hubiésemos tenido el coraje de ser lo que queríamos ser, lo habríamos logrado.

A Liana se le llenaron los ojos de lágrimas. No estaba acostumbrada a que le alabaran su peor defecto.

Cullen no retiró los ojos del camino, pero alargó la mano y le agarró la suya.

—Nos han dicho que Matthew y tú sois amigos por Internet —dijo Cullen, sentándose en el descolorido sofá. Apoyó el brazo en el respaldo y la mano le quedó cerca del cuello de Simon.

—A veces chateamos, sí.

—Matthew ha desaparecido y encontramos en su ordenador varios mensajes con tu apodo, uno de ellos dirigido a mí —dijo Liana y se inclinó hacia delante—. Necesitamos saber dónde está, Simon. Y está claro que tú sabes algo.

—Sí Matthew quisiera que lo supieran, lo diría él, ¿no?

—A veces los chicos de catorce años no toman las mejores decisiones. ¿Cuántos años le llevas?

—Un poco.

—Dile a la señora la edad que tienes —dijo Cullen en voz baja.

Simon lo miró y se arrinconó más en el sofá.

—Dieciocho.

—Eso podría ser un problema —dijo Liana, meneando la cabeza como si estuviese preocupada por él—. Matthew es menor y hay leyes relativas a ayudar a un menor a delinquir.

—¿Delinquir? —rió Simon nerviosamente. —Matthew no es un delincuente. Y ya volverá. Entonces podrán enterarse de donde ha estado.

—Nos enteraremos ahora mismo —dijo Cullen en el mismo tono de voz que antes.

—Lo dejé usar mi ordenador para escribir una carta. Luego se la mandé. Eso es todo.

—¿Dónde está? —preguntó Cullen.

Simon no habló.

—Mira —dijo Liana—, ¿crees que vale la pena ir a la cárcel por una cosa así, Simon? Matthew cometió un error al involucrarte. No le debes nada. Y nosotros

pensamos que puede estar en peligro. No quieres llevar eso sobre tu conciencia, ¿verdad? Por favor —rogó Liana. Ella era la policía buena y Cullen el duro—. Es todo lo que tenemos.

—Si realmente lo quisieran, ¿por qué complicaron tanto la vida? Lo obligaron a dividirse como un pavo de Navidad —hizo un gesto con la cabeza hacia Liana—. A usted le toca la pata —inclinó ahora la cabeza hacia Cullen—, a usted el ala.

Liana se sintió culpable, pero Cullen sacudió la cabeza.

—Oye una cosa, muchacho. Si no me dices dónde está mi hijo inmediatamente, te haré una demostración práctica de cómo se trincha un pavo en mi tierra —dijo, acercándose un poco más a Simon. Le rozó el cuello de la camisa con la mano.

—Matthew me va a matar, pero qué remedio me queda —suspiró Simon—. El caso es que hace un tiempo que chatea con una chica y parece que la chica tiene problemas. Matthew ha intentado ayudarla, pero se preocupó porque se iba por un mes, así que… decidió ir a verla. Sabía que usted no lo dejaría ir.

—¿Dónde vive la chica? —preguntó Cullen.

—¿No pueden dejarlo en paz?

—No, no podemos —dijo Liana.

—Se llama Brittany Saunders. Vive en un sitio llamado Tillman, en Arizona Matthew pensaba tomar un autobús en Denver para ir a verla.

—¿Puedes mandarle un e-mail para ver si Matthew ha llegado bien?

—No tiene ordenador. Usa el de una amiga de vez en cuando para conectarse.

—Matthew tiene su dirección.

—Sí, pero nunca me la ha dado. El pueblo no es mucho más que una gasolinera. No les costará trabajo encontrarlo.

Cullen y Liana se miraron. Ninguno de los dos confiaba en Simon, pero la historia era plausible. Demasiado plausible para ignorarla.

—Si estás mintiendo, chico, será mejor que nos digas la verdad, porque te haré vigilar y si volvemos sin nuestro hijo, sabré exactamente dónde encontrarte.

Simon lo miró con tristeza.

—Por favor, si encuentran a Matthew, díganle que lo siento.

Tillman resultó ser un punto en el mapa justo al lado de la frontera de Arizona. Podían ir en coche, pero tardarían demasiado. Matthew podría haberse ido para cuando llegasen. Lo mejor sería tomar un avión hasta el aeropuerto más cercano y luego alquilar un coche.

Pero a Liana la aterrorizaba volar.

—¿Lo podrás hacer? —le preguntó nuevamente Cullen. No la miró porque el miedo que reflejaban sus ojos te revolvía el estómago.

—Quiero hacerlo.

Estaban ya en el aparcamiento del aeropuerto.

—¿Sabes qué? ¿Qué tal si te sientas en mi regazo y nos besamos y manoseamos todo el viaje? —le apoyó una mano en la pálida mejilla e hizo que ella lo mirase con sus oscuros ojos temerosos como los de una gacela—. ¿O prefieres tomarte un vaso de *whisky*? ¿O un golpe en la cabeza, quizás?

—Siempre recurrías a las bromas cuando no sabías qué más hacer —sonrió ella débilmente.

—Daría mi brazo derecho por hacerte esto más fácil.

—¿Lo ves como una oportunidad para compensar todo lo que sucedió hace diez años? ¿Realmente te sientes tan culpable?

—No lo sé —durante aunque fuese un momento, había logrado hacerla olvidarse del vuelo.

—Había dos en ese matrimonio —dijo ella—. Yo también cometí errores.

—Pasamos buenos ratos también, ¿no?

—Lo que intentas es que me olvide de que vamos a volar, ¿verdad?

Él dio la vuelta al coche para abrirle la puerta.

—¿Funciona?

Ella lo miró desde el asiento, pero no hizo ademán de levantarse.

—¿Sabes cuántas veces Matthew me pidió que me subiese a un avión?

—Apoya la mano en mi brazo y levántate.

—Permíteme que me disculpe por adelantado. Te haré pasar vergüenza.

—¿La misma vergüenza que pasaste en las carreras cuando me equivoqué de caballo y no teníamos dinero para volver a casa?

—No tanta.

Cullen se puso en cuclillas a su lado.

—Déjame cuidarte, Lee. No puedo esperar a que me hagas pasar vergüenza. Será algo totalmente suevo para mí.

—Adelante, entonces —dijo ella, poniéndose de pie. Se tambaleó y él le agarró la mano. La tenía helada. Se la sujetó con una mano mientras le pasaba la otra por la cintura—. Iremos a encontrar a nuestro hijo.

Liana sabía dónde se había iniciado su miedo a volar. El primer ataque de pánico la había enviado volando a ver a un terapeuta, un amable hombre que atendía pocos pacientes y no hacía promesas, salvo escuchar. Había hecho más, por supuesto. Había logrado llegar a la fuente de su miedo, a los recuerdos que eran los más

difíciles de soportar. Uno de ellos la acompañaba ahora. Sentía la mano de Cullen, cálida y fuerte, tomándole la suya.

Y cuando el avión comenzó a circular por la pista y su corazón a galopar de terror, recordó.

Thomas Robeson no se había casado hasta los cincuenta y siete años porque había rechazado la herencia de Sauce de tal modo, que la posibilidad de tener un heredero con ojos rasgados lo había obligado a permanecer soltero.

Pero los solterones sufren sus propias formas de prejuicio y cuando comenzaron los rumores de que prefería a los hombres en su cama, había contemplado a las jóvenes de su propio grupo social y su helada mirada había recaído en Hope Lynch, la hija de uno de los socios de una antigua firma de abogados.

Hope tenía diecinueve años, con una pálida belleza que necesitaba años y confianza para madurar. No tenía ninguna motivación especial en su vida, ni carrera a la que dedicarse, ni opinión sobre nada. Había nacido cuando sus padres ya no tenían esperanzas de tener un hijo y estaban demasiado ocupados con sus vidas para ocuparse de ella. Hope era una niña espectral, que se podía pasar horas mirando por una ventana. Era perfecta para Thomas.

En cuanto a los Lynch, consideraban que un hombre mayor podría guiar y moldear a su hija, o al menos cuidar de día.

El día de la boda, Thomas le presentó La Perla del Gran Precio, engarzada para esa ocasión solamente en una delicada sujeción de oro que no arruinase su belleza. Luego, ella se dio cuenta de que los fotógrafos no le habían sacado ninguna foto en la que ella no estuviese con la perla. Mientras ella se cambiaba en la *suite* del hotel, él la llevó personalmente a la caja fuerte de su oficina.

Un año después de la boda, que resultó un evento social y tres meses después de la muerte de sus padres en un accidente de tráfico, Hope intentó quitarse la vida. Tras una estancia de cuatro semanas en una elegante clínica psiquiátrica, volvió a la mansión de Pacific Heights para tomar su sitio a la sombra del esposo que había aprendido a odiar y temer.

Pero la estancia en la clínica le había dado nueva fuerza y esperó hasta encontrar el momento en que dejarlo. Sabía que en cuanto tuviera veintiún años heredaría la fortuna de sus padres. El día en que firmó los documentos ante el notario, se esfumó. La muchacha cuya inteligencia nunca había sido apreciada había diseñado un complicado plan para que Thomas no la encontrase. No se llevó nada de la casa. Se cortó y tiñó el cabello, cambiando también su forma de vestir para adoptar ropas más deportivas. Vendió parte de sus acciones para contar con dinero en efectivo y compró un coche y una licencia de conducir falsa. Y luego desapareció en la contracultura de los hippies de la época, llena de idealismo, música folk y bares.

Dos meses más tarde, en el otro extremo del país, un médico le confirmó sus sospechas. Ella lo había abandonado, pero Thomas no la había abandonado a ella. Estaba embarazada de su hijo. No podía imaginarse una vida huyendo de Thomas, intentando esconderse, angustiada pensando que él la encontraría. Y como sabía que

su esposo era un hombre calculador con un corazón de piedra, le escribió una breve pero contundente carta:

Querido Thomas, cuando hacía mis planes para, abandonarte, busqué entre tus papeles para encontrar un arma. Tu certificado de nacimiento fue suficiente.

Por favor, bórrame de tu vida tan concienzudamente como borraste a tu madre china. Al igual que ella, mi única vergüenza es que una vez te amé. Guardaré tu secreto, Thomas, a no ser que intentes encontrarme o apelar mi divorcio.

Para entonces, Hope vivía en una casa llena de estudiantes y aunque no necesitaba el salario, comenzó a trabajar en una librería para entretenerse. La tímida joven que se hacía llamar Nancy Starke siempre estaba dispuesta a prestar dinero o un oído comprensivo y por primera vez en su vida, Hope se sintió aceptada.

El nacimiento de su hija fue motivo de alegría. Quizás, si hubiese sido un varón, habría visto a Thomas en él, pero la pequeña niña con el mechón de pelo negro no se parecía a ninguno de sus padres. Había heredado lo mejor de sus ancestros. Hope la llamó Liana por la madre de Thomas, cuya existencia la había provisto de una forma de mantener a su hija a salvo.

Liana creció entre los amigos de Hope, que jugaban con ella y la dejaban que se las apañase cuando se cansaban. La energía que había hecho a Hope comenzar esa nueva vida se fue acabando poco a poco cuando las drogas comenzaron a aparecer en la vida de sus amigos y en la de ella también.

Cuando Liana tuvo bastante edad para recordar lo que veía, Hope se drogaba con frecuencia. La mujer que siempre había sido un poco espectral, cada vez se alejaba más de la realidad.

Cuando Liana tenía cinco años, se habían vuelto a echar a la carretera. Una noche, Hope se recuperó la suficiente de la nebulosa inducida por las drogas en la que vivía para darse cuenta de que no había comida en la casa y ningún adulto que pudiera comprarla. Una mirada a las hundidas mejillas de su hija y su escuálido cuerpo le indicó que si alguien la delataba, perdería a su hija. Los siguientes años intentó darle una vida mejor.

La pequeña sabía que su madre la adoraba, pero era raro despertarse dos mañanas seguidas en el mismo motel o con el mismo hombre en la cama de Hope. Liana comenzó la escuela en tantos sitios distintos que se sentía rara si la profesora recordaba su nombre.

Cuando Liana tenía siete años, Hope volvió a tirar la toalla y se instalaron en una habitación de un pequeño pueblo del estado de Nueva York. La dueña de la casa era cariñosa como una abuela y le hacía galletas mientras la ayudaba con los deberes mientras Hope dormía día y noche. Hasta que un día, Hope no se volvió a despertar. La dueña de la casa la ayudó a enterrarla y cuidó de ella mientras los servicios sociales buscaban a su familia. Un mes más tarde, Thomas Robeson llegó al pueblo.

Dos años después de su divorcio de Hope, Thomas se había casado por segunda vez con una mujer casi igual a él y entre los dos se dedicaron a amasar una fortuna.

Thomas no tenía ningún interés en un hijo de Hope, pero sabía que si no se ocupaba de ella, la historia lo seguiría. Así que tomó el avión hasta Buffalo y luego fue en coche a examinar a su hija por primera vez.

Cuando entró, ella se encontraba dibujando. Levantó la vista y vio que un extraño la examinaba. Le pareció muy alto y viejo.

—Ponte de pie —le dijo el hombre— para que te vea.

Aunque Liana estaba acostumbrada a hacer lo que le viniera en gana desde muy pequeña, en esta ocasión decidió obedecer para verlo mejor.

—¿Quién eres? —le preguntó cuando él no dijo nada más.

—Yo soy quien hace las preguntas.

—Eso no es justo.

—Cállate.

Ella se calló porque había perdido el interés en él.

Thomas se acercó a ella y le levantó la barbilla para mirarla a los ojos.

—¿Cómo te llamas?

—No te lo puedo decir. Me dijiste que me callase, ¿recuerdas?

Él le apretó la barbilla hasta hacerla chillar de dolor.

He dicho que cómo te llamas.

—Liana Starke —retorció ella la cabeza, y él retiró la mano.

—Pues tu apellido no es ése. Es Robeson, y yo soy tu padre.

Cuando Liana le había preguntado a Nancy por su padre, ésta había llorado y llorado, hasta que Liana decidió no preguntarle más. Ahora comprendía el motivo de su llanto. Si ése era su padre, tenía toda la razón del mundo para ponerse triste.

—¿Y qué?

—Debí imaginar que Hope criaría a una gamberra.

—Mi madre se llamaba Nancy.

—Te vendrás a California conmigo y será mejor que aprendas buenos modales, señorita.

—Si me tocas, viejo, lo lamentarás.

Liana había aprendido a cuidar de sí misma hacía tanto tiempo, que se sabía todos los trucos para sobrevivir. Cuando Thomas intentó apoyarle la mano en el hombro, ella le clavó los dientes. Cuando él gritó e intentó darte un cachete, ella le dio un puntapié.

—Conque estás dispuesta a presentar batalla, ¿eh?

—No te preocupes. No iré contigo.

Pero lo hizo. Dos fortachones la metieron pataleando y gritando en el jet de su padre y Liana hizo su primer viaje en avión en el suelo de la pequeña bodega, atada y amordazada como un rehén.

Cullen sabía que Liana no estaba dormida. Su respiración irregular así lo indicaba.

—Falta poco, Lee —le agarró la mano y se la frotó. Luego, como si fuese lo más natural del mundo, se la llevó a los labios y la besó.

—¿Se puede saber qué haces? —le preguntó ella, con los dientes apretados.

—Quizás si hago que te enfades, te olvidarás del miedo.

—La primera vez no funcionó.

—¿La primera vez?

—Sí. La primera vez que volé. Estaba tan furiosa que me hice pis.

—Espero que no lo repitas ahora. ¿Qué fue lo que te enfadó tanto? —le preguntó, volviéndole a besar la mano.

—Que era demasiado pequeña para defenderme.

Escuchó mientras ella se lo explicaba con cuatro escuetas frases y deseó que Thomas Robeson estuviese vivo para poder matarlo con sus propias manos.

—Nunca me lo habías contado. ¿Por qué era semejante bastardo? —le preguntó—. ¿Lo sabes?

—Cuando tenía cuatro años, Thomas se separó de su madre y del único hogar que conocía. El barco en que venía acababa de entrar a puerto el día del terremoto de San Francisco. Nadie apareció en el puerto a buscarlo, por supuesto, porque la ciudad estaba en llamas. La mujer que lo acompañaba lo abandonó. Días más tarde, un bombero lo encontró entre las cenizas de un edificio. Nadie supo nunca qué le sucedió durante ese tiempo.

—Habrá sido duro para él, pero eso no justifica lo que te hizo a ti.

—Durante años me dije que él no tenía la culpa de ser como era. Pero es una cuestión de opciones. Archer no tenía por que matar a mi abuelo. Tía Mei se podría haber quedado con Bryce y construido una vida en Australia. Y Thomas Robeson podría haber querido a su única hija.

Cullen se frotó la mejilla con los nudillos de Liana.

—Fue mucho peor en tu casa de lo que nunca dejaste entrever, ¿no?

—Aprendí rápido. Me di cuenta de cómo darle a Thomas el mínimo sin dejar que ello me afectara —lanzó una amarga carcajada—. Aunque, pensándolo bien, supongo que me afectó, porque un día me levanté y todo me aterrorizaba. Empeoró después de dejarte, porque tuve que volver a él con el rabo entre las patas y durante

un tiempo lo tuve que ver todos los días. Cuando murió, me dejó la perla y una parva de inseguridades. Un legado interesante.

Sonó una campanilla y se encendió la señal de «cinturón de seguridad». Pronto aterrizarían.

—Pues no te ha vencido. Si encontramos a Matthew, volveremos en coche a la ciudad. No será necesario que vuelvas a hacer esto.

—Y si no, me subiré a todos los aviones que sean necesarios hasta que demos con él —dijo, abriendo los ojos. Cullen no supo qué era más fuerte, si el miedo o la determinación—. No dejaré que esto me venza.

Él no le soltó la mano. Por el contrario, mientras ella lo miraba, se la llevó a los labios otra vez.

Cuando retiraron el coche de alquiler de la agencia y compraron comida para el viaje, Liana sentía que estaba en proceso de curación. Nunca se subiría a un avión con alegría, pero la próxima vez, gracias a Cullen, no sentiría tanto miedo. ¿Qué le había manifestado? ¿Compasión? ¿Comprensión? No, había sido más profundo. Empatía, como si su sufrimiento fuese conocido porque él había sufrido también.

—Cuando esto acabe —dijo tensa—, hablaremos del régimen de visitas, Cullen. Matthew necesita pasar más de un mes al año contigo.

—¿Lo dices, porque has sobrevivido al vuelo? ¿Estarás bien sin él?

—¿Estás tú bien sin él?

—Nunca. Tendríamos que haber tenido un montón de hijos, Lee.

—No querías ni siquiera uno —dijo y recordó lo que él le había dicho—. Lo siento.

—Estoy listo ahora.

—¿Sarah va a ser la afortunada?

Él la miró de reojo y levantó una ceja.

—Lo que quería decir era que ahora estoy preparado para pasar más tiempo con Matthew.

Ella analizó sus motivos para mencionar a Sarah. No le gustó la verdad. Pensar en Cullen con otra mujer la entristecía. ¿Por qué iba a tener éxito con otra cuando con ella había fallado?

Cuando pararon a echar gasolina, Liana se apoyó contra el costado del coche mientras Cullen llenaba el tanque.

—¿Qué dijo el empleado?

—Que cuando lleguemos, probablemente no encontremos a nadie. Es un pueblito de mala muerte y la gasolinera cierra temprano, así que nadie nos podrá decir dónde es la casa.

—Pero quieres seguir igual, ¿no?

—Por supuesto.

Ella sintió algo amargo y rancio que tendría que haberse podrido hacía largo rato.

—Quizás encuentres una buena partida de dados para entretenerte.

La miró mientras sostenía la manguera.

—Quizás.

—Los dados no eran lo que se te daba mejor.

—No, mejor eran tas cartas.

—¿Y ahora?

Cullen sacó la manguera del tanque, sacudiéndola con cuidado antes de colgarla en el surtidor.

—Ahora apuesto conmigo mismo que vas a mencionar esto cada vez que puedas, Lee. Pero a eso es a lo único que juego.

—¿Ya no juegas más? ¿A nada?

—Lo hago día a día. Ya no uso palabras como: «más» o «nada».

—¿Cuánto tiempo, Cullen?

Él se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros suspendidos de las delgadas caderas.

—Lo suficiente y no lo suficiente.

—¿Días? ¿Meses? ¿Años?

La mandíbula se le puso tensa.

—Da la mismo. ¿Qué es lo que hago hoy? Eso es lo que importa.

—¿Y lo demás? ¿La bebida? ¿Las mujeres?

—Nunca fui un mujeriego. Mientras estuvimos casados, nunca tuve otra mujer. Nunca deseé a otra mujer. Y ya que estamos en el momento de las confesiones —continuó él—, no tengo problemas con la bebida, pero me he dado cuenta de que me resulta más difícil controlar el juego cuando bebo, así que estoy hecho un total y aburrido abstemio. Pero mis amigos me quieren igual.

Desde que Cullen llegó a California, la había apoyado mientras ella se enfrentaba a sus peores temores. Por primera vez desde la disolución de su matrimonio, sentía no haber estado junto a él para ayudarlo.

—Me siento orgullosa de ti. Estoy segura de que no te resulta fácil.

Él no le respondió.

—Y sé que no me tendría que importar después de tanto años, pero me alegro de que no estuvieses… de que no hubiese otra mujer. Pero faltabas de casa tanto y yo me sentía sola, y yo no…

—Siempre te quise —sonrió él tristemente—. Hasta el más imbécil podía ver lo que tenía, Lee. No quería otra mujer. Sólo quería ser el hombre que tú te merecías.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 20

Tillman, Arizona

—El tipo del bar me ha dicho que hay una especie de campamento cerca. Que está ahí desde los años treinta y no ha cambiado demasiado, pero la otra opción es seguir hasta que encontremos algo mejor.

Ella ya se había resignado a no encontrar a Matthew esa noche. Sería mejor preguntar con tranquilidad al día siguiente en la gasolinera que era el corazón de Tillman.

—Vamos al campamento. Y quién sabe. A lo mejor la gente de allí nos puede decir algo de Brittany.

Prosiguieron en silencio, saliendo de la autopista por un camino marcado con una señal de madera, A medio kilómetro de allí, Cullen se metió en un sendero de grava y se detuvo frente a una de varias cabañas destartaladas en la que colgaba un cartel que ponía: Oficina.

—¿Vienes?

Ella midió el espacio que la separaba de la puerta. Aunque estaba en un sitio en el que no había estado nunca, el corazón le latía tranquilamente. Supuso que el vuelo le había consumido la cuota de pánico designada para ese día.

—Claro.

—¡Esa es mi mujercita! —sonrió él. Pero la sonrisa se le borró del rostro, reemplazada por una mueca de dolor—. Lo siento. La fuerza de la costumbre.

Hubo una vez que esa frase había sido la frase que él usaba para felicitarla.

Liana se encogió de hombros, como si no tuviese importancia.

—Quizás tenga que ser «tu mujercita» hoy. Puede que no consigamos habitaciones separadas.

No estaba equivocada. Cuando abrieron la puerta de la cabaña, después de seguir las instrucciones de la gruesa mujer de vestido floreado que los atendió, Cullen lanzó un silbido. La cabaña era una ruina y había una sola cama.

—Al menos tendremos un techo sobre la cabeza.

—¿Te importa si uso el cuarto de baño primero? —preguntó Cullen, considerando que quien calla otorga, desapareció tras la única otra puerta y la cerró detrás de sí.

Liana abrió la cama y la revisó para ver si encontraba algún bicho. El colchón parecía bastante sólido. Se sentó en el borde y no se hundió. La cama era lo bastante ancha para los dos, pero a no ser que Cullen hubiese cambiado mucho, era de los que invaden el lado ajeno.

Cuando apareció se había vuelto a poner los vaqueros, pero no llevaba la camiseta.

—La camiseta está colgada en la ducha.

—Me toca a mí, pues.

—Yo esperaría un poco. El agua caliente se ha acabado.

—Prefiero esperar hasta mañana, muchas gracias —dijo Liana. Quería acabar con las intimidades, meterse bajo las sábanas y darle la espalda a Cullen. Cerró la puerta del baño y se cepilló los dientes con su cepillo nuevo. Luego se quitó el arrugado traje de lino y procedió a lavar la ropa interior y colgarla junto a la camiseta de Cullen. Se puso una camiseta larga que había comprado en el aeropuerto, deseando haber comprado también unas braguitas, aunque le llegaba a medio muslo. Apagó la luz y salió. Cullen se había metido en la cama y le daba la espalda.

—Un par de reglas —dijo él, sin darse la vuelta—. Prohibido apropiarse de las sábanas, prohibido roncar y prohibido meter mano esta noche, aunque me desees con locura.

—Si serás idiota. Siempre has recurrido al humor para conseguir lo que quieres.

—Exacto. Y mira lo lejos que he llegado.

Liana pensó en ello mientras intentaba dormir en la cama que, para su sorpresa, era muy cómoda. Se mantuvo de su lado, a varios centímetros de la imaginaria línea que la dividía en dos.

Liana había nacido en un mundo de total aceptación y nada de seguridad. Y su vida con Thomas había sido exactamente lo opuesto.

Pronto aprendió que su madrastra, Sammy y Graham, un gordito asmático en la pubertad, nunca estarían de su parte. Hasta que Mei entró en su vida, Liana se resignó a luchar sus batallas sola. Pero con Mei como su refugio, otras cualidades que tenía escondidas, salieron a la luz.

Mei fue la primera persona que reconoció su talento artístico. Y durante su adolescencia, cuando un curso de fabricación de joyas se convirtió en su pasión, fue Mei quien la alentó a que siguiera a su musa.

Y una característica que a Liana le había quedado grabada de la época en que vivía con su madre y todos sus amigos hippies, era la creencia de que hay que dejarse llevar por el corazón. Sin importarle todas las amenazas de Thomas, Liana sabía que sólo era cuestión de tiempo hasta poder hacerlo.

Alentada por Mei, encontró un diseñador en una tienda de artesanías que le enseñó a hacer vaciado con cera a cambio de que le cuidase los niños de vez en cuando. Cocía cuentas en un pequeño horno de cerámica y trenzaba delicada seda teñida a mano con un telar japonés.

El día en que cumplió diecisiete años, Thomas se acercó a su habitación, donde ella hacía un sencillo diseño, y la miró desde el pasillo con frialdad. Liana no intentó esconder nada. Mientras ella crecía con el correr de los años, Thomas se achicaba y aunque no era un anciano frágil, hacía tiempo que había dejado de abofetearla. Liana estaba segura de que le tenía temor.

—He venido para mostrarte tu regalo de cumpleaños —le dijo.

Como los cumpleaños nunca se celebraban en la casa de los Robeson, ella se sorprendió.

—¿Ahora?

—No parece que estés haciendo nada importante —dijo él, mirando su trabajo.

—Tienes razón —dijo ella, sonriendo dulcemente.

—Sería mejor que aprovechases el tiempo estudiando idiomas.

—Mi cantonés va mejorando mucho —le respondió ella, en un acceso de rabia que la hizo olvidar la cautela.

—¿Cantonés? —le preguntó él, mirándola sospechoso.

Sin saber por qué, ella continuó.

—Sí. He conocido a una mujer que me da clases particulares. Es lógico ¿no te parece? Con la población china que hay en San Francisco y todas las posibilidades de negocio en el extranjero, alguno de Pacific tiene que dominarlo. Lo he hecho para sorprenderte.

—¿Quién es esa mujer? ¿Dónde la has conocido?

Liana se preguntó qué la habría hecho hacer picar a Thomas. Su plan no era refregarte a Mei por las narices hasta poder irse de casa. Pero ya era demasiado tarde.

—Se llama Mei Fong. Es genial. Ingeniosa, cariñosa e inteligente. He aprendido mucho con ella.

—¿Cómo has conocido a esa mujer? —le preguntó él, entrando al dormitorio. No le preguntó qué era lo que había aprendido.

—Una de mis profesoras nos presentó. Pensé que te gustaría que aprendiese algo —dijo, lanzándole otra beatífica sonrisa.

La expresión de Thomas era totalmente helada.

—¿Qué sabes de ella?

—A ver… es viuda. Su esposo tenía un negocio importante, y sus hijos lo llevan ahora. Creo que tiene dinero. Me da clases como un favor.

—¿Qué más sabes? —le dijo él, intentando descifrar su expresión.

Ella simuló pensar.

—Tiene muchos nietos y bisnietos. La mayoría son chicos. Uno de ellos, Frank, tiene mi misma edad. Se va a Harvard el otoño que viene.

Él quería saber más, pero era evidente que no sabía cómo hacer la pregunta. Si ella no sabía la verdad sobre Mei, él mismo se podía delatar.

—No la verás más.

—¿Por qué no?

—Conozco a esa mujer. Su familia tiene mala reputación.

—Te habrás equivocado de persona. La familia de Mei está muy bien considerada.

—Pues no la verás más y punto.

Ella se sintió tentada de decirle todo. Nada le habría causado más placer que ver una verdadera emoción reflejada en el rostro de Thomas. Pero no estaba lista. Tenía un plan de vida y ése no era el momento de confrontarlo.

—Si tú lo dices —dijo encogiéndose de hombros, como si no le importase en absoluto—. La verdad es que no tengo demasiado tiempo libre. Lo hacía para darte una sorpresa. El objetivo de mi vida es hacerte feliz.

—El objetivo de tu vida es enfadarme —dijo él, acercándosele, pero ella no retrocedió—. Te he ofrecido el oro y el moro, y todo me lo tiras a la cara —hizo un gesto señalando las cuentas y alambres sobre su mesa—. ¿Crees que no me doy cuenta de todo esto? ¿Que tomas clases a escondidas? ¿Que no sé que has estudiado con ese hippy que está tan colgado como tu madre? Te vigilo.

Ella no se inmutó.

—Entonces, no sé cómo se te escapó lo de Mei.

Thomas levantó la mano. Ella levantó una ceja.

—Yo no haría eso —le dijo—. Podrías arruinarme el cumpleaños.

—Eres una vergüenza —dijo él bajando la mano—. También dejarás este pequeño hobby.

—Me parece que no, a no ser que interfiera con mis estudios. La mayoría de las chicas de mi edad tienen un hobby, Thomas. Piensa en todas las otras cosas que podría haber elegido.

—Tu futuro no está asegurado, Liana. Puedo sacarte de mi testamento. Ni siquiera tengo por qué darte un empleo de mecanógrafa en la empresa si no quiero.

Sus amenazas no tenían sentido, ya que ella sabía que a los dieciocho años heredaría la fortuna de su madre. Que él nunca la dominaría totalmente, porque ella sabía su secreto. No había habido nunca nada de lo que avergonzarse, pero el hecho de que lo escondiese durante tanto tiempo, era imperdonable.

Pero todavía no había llegado el momento, así que simplemente sonrió.

—Pues espero que no me ofrezcas nunca un puesto de mecanógrafa. Mi preparación como secretaria es nula.

Él se quedó totalmente quieto durante un momento, intentando recobrar la compostura. Luego sacudió la cabeza.

—Cámbiate de ropa. Te llevaré a ver tu regalo.

Ella se sorprendió.

—De acuerdo —y sin poder resistirse, añadió—. Nos lo pasaremos genial. Padre e hija por fin juntos.

Él se dio la vuelta sobre los talones y salió de la habitación.

Ella cerró la puerta y se apoyó contra ella. Se preguntó si podría vivir un año más con Thomas Robeson y todo lo que él representaba. Y si ella podría soportar la soledad que siempre la acompañaba.

El regalo de cumpleaños de Thomas era La Perla del Gran Precio. No es que se la fuera a dar, por supuesto, pero la llevó a la oficina, abrió la caja fuerte y se la mostró en la palma de la mano.

Liana sabía de su existencia, por supuesto. En su afán por informar a Liana sobre la historia de la familia, Mei le había contado la historia de Tom y Archer además de la de Sauce y de su propia infancia en Broome. Y Liana había visto fotografías de la perla que acompañaban artículos sobre Pacific International Growth and Development Durante décadas la empresa había utilizado la imagen de la perla como símbolo de pureza y perfección: Pacific International Growth and Perfection, la Perla del Pacífico.

—¿Te gustaría sostenerla en la mano?

Liana sabía perfectamente que si decía que sí, Thomas rehusaría. Y si decía que no, le echaría un sermón por su falta de aprecio ante su generosidad.

—Me parece maravillosa donde está —dijo, porque tuvo un segundo de inspiración.

—Nada de lo que tú crees será la mitad de bello. No sé por qué lo intentas siquiera.

—La ostra dio su vida por esa perla Yo no me comprometo de esa forma.

—Mi padre murió por esto.

Ella simuló sorpresa, como si Mei no le hubiese contado nunca la historia.

—¿Cómo?

Él le escrutó la cara, como sopesando la honestidad de su respuesta. Luego le relató la historia de Tom Robeson y Archer Llewellyn.

Liana lo escuchó atentamente, sorprendida de que el relato de Thomas fuese tan similar al de Mei.

—¿Y cómo la conseguiste tú?

—Los Robeson recuperamos lo que nos pertenece. Cuando me enteré de la existencia de la perla, me aseguré de que pertenecería a nuestra familia otra vez.

—¿Y los Llewellyn? ¿No la quieren recuperar?

—Dudo que sepan que nosotros la tenemos. Viven en Australia en un rancho sin valor. Pero estate alerta, Liana. Puede ser que algún día vengan a por ella. Cuando te pertenezca, será tu deber protegerla. Porque supongo que no creerás que te la daría ahora.

—Thomas —dijo ella, haciendo un gesto de exasperación—, al menos reconoce que te conozco mejor que eso.

Durante años él había insistido que ella lo llamase «papá», pero durante años ella se había negado a hacerlo.

—No será tuya si continúas desafiándome.

Ella sintió que las cadenas que los unían se apretaban más, pero sólo un poco. No deseaba la perla tanto como para eso.

—No deseas obediencia, tú lo que quieres es el control total.

—Soy demasiado viejo para tener otro hijo. No te deseé desde el principio, pero tu madre me desafió. Nunca tendré otro hijo, y Graham no tiene sangre Robeson. La perla debe continuar en nuestra familia.

—¿Por qué esté súbito interés en la familia? ¿Qué diferencia te supone si uno de la familia la tiene o no?

Se preguntó si ese hombre, que jamás le había demostrado ningún cariño, sentiría algún tipo de apego al padre que nunca había conocido o a las generaciones futuras. Parecía algo tan humano y tan raro en él.

—Cuando era pequeño, sentía agradecimiento por pertenecer a la familia Robeson, por lo que mis abuelos hicieron por mí.

—¿Y lo que no hicieron por ti? —preguntó ella después de un incómodo silencio—. ¿No deseaste nunca que hubiese alguien que te quisiese por el mero hecho de haber nacido?

Durante un segundo, hubo algo distante y casi infantil en su mirada. Pero desapareció antes de que ella estuviese segura de haberlo visto.

—Esta perla puede ser tuya algún día, Liana, pero sólo si vives de la forma en que yo quiero que lo hagas. Estudia y aprende. Perfecciónate. Controla lo que dices. Por encima de todo, demuéstrame que eres digna de este legado.

Un año más tarde, con el certificado de estudios secundarios bajo el brazo y la herencia de su madre a su nombre, Liana hizo las maletas, y se escapó en medio de la noche de la mansión de Pacific Heights. Nunca se había sentido más cerca de Hope que en ese momento.

El día de la entrega de diplomas, Thomas anunció que no asistiría, ni tampoco Sammy, ya que la acompañaría a una cena de negocios. Graham estaba en Princeton, así que ningún miembro de la familia se hallaría presente para celebrar la ocasión. Hasta que se acordó de Mei.

Mei le preguntó si sería sensato que fuese a la ceremonia, pero Liana le aseguró que Thomas no se hallaría presente.

—Además —añadió—, pronto tendré dieciocho años. Hasta ahora no tuve elección, pero ahora me da igual que se entere. Pronto no me podrá hacer más daño. Pero si tienes miedo de que luego te haga daño…

—Tengo hijos fuertes —dijo Mei— e influencias por ser quién soy.

Así que esa noche Liana recibió su diploma sabiendo que al menos había una persona sentada orgullosamente entre el público. La euforia duró lo que la ceremonia porque, cuando levantó la mirada del abrazo de la tía Mei, vio a Thomas y Sammy entre la multitud.

—Mi padre está aquí, tía Mei —le dijo—. Le diré que sé quién eres.

—Creo que ya lo sabe, Liana —le dijo Mei, dándole un beso y desapareciendo entre la gente antes de que su hermano llegase hasta donde se hallaban.

—He enviado a Sammy a casa —dijo Tom sin preámbulos, agarrándola del codo—. Vayamos caminando hasta que el coche regrese.

—¿A qué has venido? —dijo ella, arrancándose la mano de un tirón. Prosiguió en voz baja con una sonrisa en los labios—. Tengo dos invitaciones mejores esta noche. Y si tratas de detenerme, me volveré a subir al escenario y le diré a todo el mundo que Mei es tu hermana.

—No volverás a verla nunca jamás. Si lo haces, lo perderás todo. Elige, Liana — se dio la vuelta y se mezcló entre la gente, pero al contrario que su hermana, su altanería lo hacía sobresalir de entre todos.

Al día siguiente no hablaron y ella se dedicó a ultimar los detalles de su plan. Firmó los documentos para recibir la herencia de su madre y se compró un convertible de segunda mano. Esa noche se escapó y se fue directo al piso de su tía. Se sentía libre, por fin había logrado superar su infancia.

Golpeó la puerta del apartamento y en una rara demostración de emoción, le echó los brazos al cuello a Mei cuando ella apareció a abrir.

—¡Me voy, tía Mei! ¡Por fin! Deséame suerte.

Mei no le preguntó dónde iba. Conocía a su sobrina y su necesidad de lanzarse a volar. La apretó contra su pecho.

—Hay dos cosas que he lamentado en mi vida. La segunda era no tener una hija. Hasta que te encontré.

—Me has ayudado a superar esta etapa, tía —dijo Liana, con lágrimas corriéndole por las mejillas—. Eres la única persona a quien quiero.

—Pronto cambiará eso. Vete, pero ten cuidado. Como dice el proverbio chino, una vez que te subes al lomo del tigre, ya no te puedes bajar.

—No te comprendo.

—Has elegido un camino nuevo y atrevido. Una vez que te comprometes a hacerlo, tienes que cumplir tu objetivo.

—Claro que tengo que cumplirlo. Ya no puedo volver a casa.

Liana pasó el verano como aprendiz de una artesana de Nevada que le enseñó una técnica japonesa de trabajar los metales. En el otoño se instaló en Brooklyn, para comenzar a estudiar en el Prat Institute. Llamaba y escribía a Mei con frecuencia, e informaba a Thomas de sus nuevas direcciones, aunque sabía que él la habría escindido de su vida para siempre.

Con cada clase, con cada nuevo conocimiento que adquiría, aumentaba su deseo de orientarse a la joyería. Cuando comenzó el último año de su carrera, había ganado premios por sus diseños y el interés de los gigantes de la Quinta Avenida de Nueva York, así como de los pequeños productores de la Cuarenta y siete.

Al terminar la carrera, en un viaje a Manhattan para reunirse con un director de arte de Tiffany que había asistido a la exposición de sus trabajos, Liana conoció a Cullen.

Había desarrollado un elegante y exótico estilo propio, simbolizado por llamativa ropa de su propio diseño, que siempre usaba como telón de fondo para lucir sus propias joyas. Se enmarcaba el austero óvalo del rostro recogiéndose el largo cabello negro con peinetas de marfil o jade, o trenzándoselo con cordones de seda y cuentas. Ese día en Manhattan llevaba un vestido estilo princesa de un profundo color ciruela y su broche de oro favorito, con un engarce de perlas y amatistas. Se había entrelazado en el *chignon* un hilo de perlas y dejado los lóbulos de las orejas y los brazos desnudos para no arruinar el efecto.

La recepción donde esperaba era tan elegante como las joyas que producía Tiffany. La recepcionista podía ser una modelo. Los muebles grises eran lo bastante cómodos para sentirse a gusto pero Liana deseó tener una revista con que pasar el tiempo.

Un joven entró y le dio su nombre a la recepcionista. Liana observó cómo se le iluminaban los ojos a la chica y curvaba los labios artísticamente maquillados en una sonrisa. Liana lo miró mientras se acercaba a ella. Era delgado y llevaba una chaqueta azul marino y unos pantalones oscuros con la natural elegancia de un hombre más interesado en la comodidad que en el aspecto.

—¿Te importa si me siento?

Ella se movió, haciéndole sitio.

—¿Australiano?

—Exacto —sonrió él—. Y tú eres una yanqui, ¿no?

—Más o menos.

—Parece que tendré que esperar un rato. Con el cambio de horario me he hecho un lío y mi cita no es hasta dentro de media hora. Podría ir a dar una vuelta, pero dudo que encuentre este sitio nuevamente —le tendió la mano—. Cullen.

—Liana.

—¿Vives aquí?

—Brooklyn.

—No te irás a deshacerte de las joyas de la familia, ¿no? —le preguntó, dirigiendo una mirada al maletín que ella llevaba.

—Diseño joyas —rió ella—. Quieren ver mis trabajos.

—Eres demasiado joven para haber llegado tan alto —dijo él, sus ojos azules brillaban de buen humor. Cullen no era precisamente guapo, pero sus rudas facciones masculinas se aliaban con la sonrisa más carismática que ella hubiese visto jamás.

—¿Y tú? —le preguntó, a pesar de que no era su estilo indagar sobre la vida de los demás.

—Háblame primero de las perlas de tu broche. No, mejor yo te lo digo. La del medio es una maravilla, pero no es una de las nuestras. Probablemente japonesa, una Akoya. La capa de nácar de nuestras perlas es sesenta, quizás cien veces más gruesa que la de ellos. Nuestras perlas crecen dos veces más rápido también. Dos años contra sus cuatro. Por supuesto, hemos aprendido algo de lo que sabemos de ellos, así es que les damos un poco de crédito también.

—Apuesto a que lo tuyo no es un hobby.

—Tengo una granja de perlas en el oeste de Australia —dijo, rebuscando en el bolsillo hasta sacar una tarjeta de visita—. Southern Cross Pearls. No produzco muchas. Al menos por ahora. Pero lo que produzco es de primera calidad. Estoy intentando despertar un poco de interés aquí. Si no lo logro, tendré que dejarles la granja a los cocodrilos.

Ella agarró la tarjeta sin mirarla.

—¿Cultivas perlas en una granja? ¿Como otras personas cultivan soja?

Él se apoyó en el respaldo y cruzó las piernas.

—Un bisabuelo mío era perlero y le iba muy bien. Cuando el viejo Somerset murió, no le dejó nada a mi rama de la familia, la compañía pasó a un hijo de un segundo matrimonio y nosotros ni nos enteramos. Este pariente malvivía cultivando perlas pero pronto no quedó más que un poco de tierra en Pikuwa Creek y un par de lugres podridos.

Si alguien más hubiese estado relatando la larga historia, habría resultado rara, pero Cullen lo hacía con encanto. Liana asintió con la cabeza, esperando que él siguiera.

—¿Y allí es donde vives ahora?

—Ajá. El último descendiente murió, pero antes de hacerlo, logró localizarnos y la propiedad pasó a mi padre. Papá no quería saber nada de ella, ni de mí, para qué negarlo, así que me la pasó para que comenzara algo nuevo —esbozó una sonrisa—. Le cambié el nombre y le puse Southern Cross. No te esperabas semejante rollo, ¿eh?

Ella estaba fascinada tanto con la historia como con el hombre.

—Mi padre nació en Australia. En un sitio llamado Broome. ¿Queda eso por donde estás tú?

Él lanzó un suave silbido.

—Broome es la ciudad más importante de mi zona. Nosotros estamos a treinta millas hacia el norte.

—Mi abuelo fue perlero durante un tiempo. Su mejor amigo lo asesinó por una perla que encontraron.

—Eso es más común de lo que muchos piensan.

Se quedaron en silencio, pero ninguno retiró la mirada. Ella había intentado ignorar la química instantánea entre los dos, diciéndose que se sentía atraída por ese australiano porque era distinto, además de atractivo. Pero las explicaciones sobraban. De repente, se sentía mareada. El pulso le latía alocadamente. Y la sonrisa de él se hizo más profunda, más sexy. Luego él alargó la mano y le tocó el broche, rozándole inconscientemente el pecho.

—¿Las perlas pequeñas? Apenas son dignas de mención, pero has hecho un trabajo importante con ellas. Yo me intereso por mis perlas, no lo que se hace con ellas. Pero todas las perlas tendrían que estar engarzadas de esta forma. Me gustaría ver lo que podrías hacer con las mías.

—Yo también —dijo ella, y su voz fue apenas un susurro, a pesar de que intentó que sonara natural.

—¿Señorita Robeson?

Pasó un segundo sin que se pudiese mover. Luego levantó la vista y se dio cuenta de que la recepcionista se había puesto de pie.

—Liana Robeson —dijo Cullen, como tratando de memorizar el nombre—. Esta noche todavía seguiré en la ciudad. ¿Y tú?

—Quizás te espere cuando termine mi entrevista.

—Me encantaría —dijo él, lanzándole una atractiva sonrisa.

Al ponerse de pie, ella se dio cuenta de que aún sujetaba su tarjeta en la mano y la miró.

—¿Cullen Llewellyn?

—Exacto.

—De Broome…

—Casi —dijo él, frunciendo las cejas.

—¿Estás emparentado con alguien llamado Archer Llewellyn?

Él levantó una ceja, sorprendido.

—El nombre de mi bisabuelo era Archer. ¿Cómo lo supiste?

—Lo adiviné.

—¿Por qué? ¿Es importante?

Ella metió la tarjeta en el bolso. Luego lo volvió a mirar.

—No tendría por qué serlo realmente. Excepto que Archer Llewellyn fue quien asesinó a mi abuelo.

Cullen había logrado mantenerse en su lado de la cama porque se prohibió dormirse profundamente. Pero Liana se había ido acercando poco a poco y ahora sentía su cálido trasero apoyado contra el nacimiento de la espalda. Sonrió, pensando en los primeros días de su matrimonio, cuando las peleas no eran más que excusas para reconciliarse. Pero la sonrisa desapareció al pensar en las cosas que los separaban y que no podían arreglarse con sexo.

—Estás despierto —dijo ella—, ¿no?

—Antes de enfadarte, mide el colchón y divídelo entre dos.

Ella se movió apenas un poco.

—¿Habías pensado alguna vez que volveríamos a meternos en una cama juntos?

—Cuando descubrí quién eras, pensé que nunca nos meteríamos en una cama juntos —se puso boca arriba con las manos en la nuca para no sucumbir a la tentación de acercarse a ella.

—Estábamos condenados desde el principio —dijo ella, con voz de sueño.

—Sin embargo, el primer año no lo pasamos tan mal, ¿recuerdas? Ojalá que Matthew se enamore un día totalmente, como lo hicimos nosotros.

Ella se sentó en la cama, echándose el pelo hacia atrás.

—Si era totalmente entonces ¿por qué fracasamos? —lanzó un suspiro—. Será mejor que me vaya a duchar.

Él le miró las piernas desnudas y hermosas cubiertas hasta medio muslo por la camiseta.

—Nuestro fracaso no tuvo nada que ver con el amor, Lee.

Ella se detuvo con la mano en el picaporte.

—Ojalá sí. Si no nos hubiésemos querido tanto, todo habría resultado más fácil, ¿no? —entró en el cuarto de baño y él oyó el agua correr.

Recordó aquella primera noche en Nueva York. Se habían quedado hablando hasta tarde en la habitación del hotel. Y luego habían hecho el amor. No, el fracaso de su matrimonio no había tenido nada que ver con ello. Se habían enamorado tan pronto que él creyó tontamente que encontrarse había sido una victoria nacida de la tragedia de sus ancestros. Le pidió a ella que se volviese a Australia y ella dijo que sí.

En ese momento no le había pedido que se casase con él por temor a perder su libertad porque era joven, demasiado joven como para comprender que la soledad y el arrepentimiento eran las peores cadenas qué un hombre podía tener.

Pero ahora ya lo comprendía.

Cullen conducía el coche de alquiler por la autopista en dirección a Tillam.

—¿Qué le diremos cuando lo encontremos?

—No sé. No hemos tenido que resolver cosas juntos durante mucho tiempo.

—Propongo que lo dejemos que nos explique exactamente por qué lo ha hecho.

—Ese es un buen primer paso. Y luego lo matamos.

Se quedó silenciosa tanto rato que pensó que había terminado, pero luego ella volvió a hablar.

—Lamento haberte amenazado con decirle a Matthew lo que hiciste hace tantos años y por qué no podía seguir casada contigo. Tú dijiste que sabías que nunca le haría semejante daño. Pues bien, tienes razón. Nunca se lo diría.

—No importa, Lee. Ya lo sabe. Se lo dije.

—¿Qué le dijiste?

—Que cuando tenía cuatro años me jugué el fondo que tú habías creado para él. Y que lo hice para salvar a Southern Cross de una ruina que yo mismo había creado al jugarme todo el dinero que tenía. Que estaba tan aterrorizado, que en lo único que podía pensar era en jugar más, así que le robé su herencia.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Y ya que sabes esto —dijo Cullen, entrando en la gasolinera donde comenzarían sus investigaciones. Aparcó, y la miró—. Durante estos años he logrado ahorrar bastante. Tendrá su fondo después de todo.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Tuviste una racha de suerte?

—No he vuelto a apostar desde que te marchaste de Australia. El banco encontró un inversor anónimo dispuesto a ayudarme a sacar el negocio a flote. El resto fue puro trabajo de hormiga.

Las lágrimas le corrieron a ella por las mejillas y su mirada estaba llena de respeto. No lo había hecho por ella, ni para ganársela, porque sabía que era imposible. Pero por primera vez, se permitió fantasear con ello.

—¿Cómo la has logrado, Cullen?

—Del mismo modo que tú te subiste a ese avión ayer —sonrió él débilmente—. Pasito a pasito.

—Pero ayer yo te tenía a ti.

—Y hace años yo te perdí. No subestimes lo motivadora que puede ser la realidad.

Ella se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Vayamos a encontrar a nuestro hijo, Cullen.

Capítulo 21

Por primera vez desde su cena de espaguetis en Sídney, Matthew se sentía lleno. Además, estaba tan cansado que los golpes que se daba contra el costado de la camioneta con cada bache casi no lograban despertarlo.

La mujer del bar de carretera, la señora Myrtle, se había lucido. Primero, les había dado de comer. Luego había encontrado unos vaqueros, unas zapatillas de deporte y una camisa a cuadros para Tricia y una camiseta para él. Finalmente, los había dejado ducharse en una de las habitaciones que tenía para alquilar. Y cuando estuvieron listos, les presentó a Noel, el conductor de la camioneta.

—Yo no entraré en Jimiramira —les dijo—. Podéis dormir en el cruce y caminar a la mañana siguiente.

—Ya os encontraré algo para acampar —dijo la señora Myrtle—. Dile a tu abuelo que me lo devuelva cuando pase por aquí la próxima vez —habían trepado a la caja de la destartalada camioneta y ella les había dado unos sacos de dormir y unas lonas—. Señálales bien el camino —le dijo a Noel, mientras les alargaba sándwiches y botellas de agua mineral—. Y vosotros, no toméis atajos, que ya llegaréis a la casa si alguien no os recoge antes. Por si acaso, llamaré a Roman y le diré que esté alerta. Y tú, señorita, de vuelta a casa, que seguro que te están buscando.

Mientras iban por el camino a los sacudones, Matthew se preguntó si ella lo haría.

—Te peleaste con tus padres, ¿no? Por eso te fuiste —le dijo.

—Mi padre me estaba persiguiendo todo el tiempo. Trabaja más en casa. Trabaja más en la escuela. Estamos haciendo esto por ti, porque queremos que seas alguien. Me puso de los nervios, nada más.

—¿Te pegaba?

—Jamás. Nadie me había pegado en mi vida hasta Charlie.

—¿Te gritaba?

—No. Mi padre no grita.

—¿Sabes una cosa? No te entiendo.

—¿Por qué? Tú también te has escapado, ¿no? Has estado mintiendo todo el tiempo sobre quién eres y por qué estás aquí. A la vieja le dijiste que eras Matthew Llewellyn, el nieto de su amigo Roman. Por eso nos ha atendido tanto. Y tus documentos tienen otro nombre.

—Yo no he huido, no de la forma que tú piensas. Tenía que venir aquí a hacer algo.

—¿Qué?

—Conocer a mi abuelo —dijo. No era una mentira.

Sólo que no era toda la verdad.

Roman Llewellyn era un hombre delgado y recio. A los sesenta y tres años estaba tan fuerte como cualquier hombre de la mitad de sus años. Montaba varias horas todos los días y hacía las mismas tareas que les exigía a sus hombres.

—Jefe, la señora Myrtle lo llama por teléfono —dijo Luke, uno de sus peones aborígenes, desde la puerta del establo.

—¿Helen Myrtle? Lo atenderé aquí —dijo dirigiéndose a la habitación de los arneses. Agarró el teléfono y apretó un botón—. ¿Helen? —escuchó un momento—. ¿Estás segura? —le preguntó cuando ella terminó. Volvió a escuchar, le agradeció y colgó—. ¡Infiernos!

A pesar del saco de dormir y las lonas, el suelo había estado duro la noche anterior. Los sándwiches se les habían acabado y su sed era mayor que el agua que les quedaba. Pero todo eso parecía secundario comparado con el problema de la longitud del camino. Parecía que no llegaban nunca.

—¿Sabes? —dijo—. Quizás mi abuelo no nos deje quedarnos.

—¿Y si eso pasa, qué harás?

Matthew no quería pensar en ello. Le había llevado toda su energía llegar hasta allí.

—Supongo que seguiré el viaje. Hay otro sitio donde tengo que ir.

—¿Dónde?

—Australia Occidental.

Subieron una cuesta. A Matthew no le importó hacerlo, porque esperaba que cuando llegasen arriba verían la casa a la distancia. Sin embargo, otro llano y otra cuesta se extendían ante sus ojos.

—¡Caramba!

—¿Piensas ir caminando?

—No he pensado en nada —dijo él—. Todavía no. En este momento mi plan es ver a mi abuelo.

—¿Por qué tienes que ir a Australia Occidental?

—Porque sí.

—Pues allí sí que no voy.

—Al menos yo tengo claro dónde quiero ir. Tú ni siquiera lo sabes.

—Pues, en este momento sé algo que tú no sabes.

—¿Sí?

—Viene alguien.

Matthew había esperado la Jimiramira de los cuentos de la tía Mei con algunas alteraciones, pero en ningún momento se había imaginado lo que encontró al llegar. Por primera vez, Matthew comprendió. Cullen no había perdido una casa y un padre. Había perdido un pueblo entero, una forma de vida, una identidad.

—El jefe los espera en la casa —dijo el aborigen llamado Luke, que se bajó de la camioneta y cerró dando un portazo.

La casa principal, donde los esperaba su abuelo era color blanco resplandeciente y le daban sombra enormes eucaliptos. Una amplia galería de suelo rojo la rodeaba, con el techo de metal corrugado. El jardín era un vergel de enredaderas y arbustos limitado por una cerca de metal verde con un elaborado portón.

—¿Tu padre vivía aquí? —preguntó Tricia.

—No habla mucho de ello.

La casa era sólo uno de varios edificios. Por detrás se veía una enorme caballeriza. Se veían hombres a caballo, así como una flotilla de vehículos y a lo lejos una pista de aterrizaje con un pequeño avión en un extremo y un helicóptero en el otro. Matthew sospechaba que Jimiramira sería más grande que algunos estados de Nueva Inglaterra.

—Entremos, ¿de acuerdo? —dijo, intentando acomodarse un poco, aunque no pudo hacer demasiado con la camiseta y los vaqueros. Iba a conocer a su abuelo como un prófugo en vez de un hombre con una misión.

—Yo me quedo en el porche —dijo Tricia.

—¿Estás segura?

—Es tu reunión, no la mía —dijo ella.

Matthew se preguntó si lo que quería decir era que la de ella vendría más tarde. Esperaba que sí. Golpeó la puerta.

Una mujer de cabello gris y vestido a cuadros se acercó a la puerta mosquitero. Parecía sorprendida.

—Ejem… soy Matthew Llewellyn. He venido a ver a mi abuelo.

Ella murmuró algo por lo bajo. Podía ser una maldición o una plegaria. Luego abrió la puerta y miró fuera.

—¿Sabe tu abuelo…?

—Yo me ocuparé de él, Winnie —dijo un hombre.

Matthew encontró que un hombre mayor lo observaba. El corazón pareció detenérsele en el pecho. Winnie desapareció en el frescor de la casa y el hombre no volvió a hablar.

—Hola, señor. Mi nombre es Matthew Llewellyn. Soy el hijo de Cullen. ¿Es usted…? —de repente, Matthew se quedó cortado. Durante años se había imaginado este encuentro, pero en su imaginación este hombre había sonreído y le había dado la bienvenida.

—Soy Roman Llewellyn.

—Sé que no me esperaba.

Se quedaron mirándose. Matthew veía rasgos de su padre en la cara curtida de Roman, pero su permanente gesto adusto era tan diferente a Cullen, que lo hacían parecer más extraño todavía.

—¿Por qué has venido a Jimiramira?

—Pensé que si no tomaba el toro por las astas, nunca lo conocería a usted. A veces las cosas son tan importantes que no se las puede dejar en manos de otras personas.

—¿Cómo has venido aquí? ¿Y tus padres?

Matthew le explicó brevemente su viaje.

—Has mentido, robado, engañado a tu madre. Eres una vergüenza.

—Quizás. Y quizás sea un chico que está harto de que decidan por mí sin preguntarme mi opinión. Apenas si veo a mi padre. A usted no lo conocía a pesar de haber nacido en Australia. Quiero saber quién soy y de dónde vengo. Y… —se detuvo justo a tiempo. No estaba preparado para darle esa explicación todavía.

—Ya mismo llamas a tu madre. Y luego te mandaré de vuelta. Con una escolta si es necesario.

—Puede hacer eso —dijo Matthew, mirando a su abuelo a los ojos—. O puede dejarme pasar un día aquí. ¿Qué diferencia le supone un día, señor? Llevo toda la vida esperando conocerlo. Llamaré y le diré a mi madre que estoy bien, nunca he querido preocuparla. Pero he venido por otro motivo también y si me manda de vuelta, nunca podré decírselo.

—Te crees que eres tu padre, ¿eh? Que puedes solucionar todo hablando.

—Espero ser como él —dijo Matthew, que nunca se enfadaba pero que ya estaba llegando al límite de su paciencia—. Es el mejor hombre del mundo. Por supuesto, apenas lo sabe usted, porque ya no le habla.

—No sabes lo que dices.

Matthew se acercó, propulsado por su rabia.

—Oh, sí que lo sé. Lo sé todo. Sé que mi padre tenía un problema con el juego, que cometió errores serios. Sólo espero parecerme a él cuando crezca y no a usted; porque yo voy a cometer muchos errores en mi vida. ¡Y luego, quiero lamentarlos tanto como él lamenta los suyos y trabajar igual de duro que él para arreglarlos!

—Has cometido un gran error al venir aquí.

—No, porque tenía que ver de dónde vengo. Y de quién. Y ahora lo sé.

Roman se acercó un poco más y Matthew se preguntó si le pegaría. Sé enfrentaron como contendientes en un combate de boxeo y luego Roman meneó la cabeza. Se dio la vuelta.

—Entra —dijo por encima del hombro—. Y trae a la chica. Winnie os dará de comer y luego os podéis duchar. Cuando hayas terminado, ven a mi despacho.

Matthew habló antes de que su abuelo desapareciese.

—Señor, mis padres no me dejarán ir a ningún lado después de esto. Puede que esta sea la única oportunidad que tendremos de estar juntos.

—Pues es más de lo que yo deseaba, muchacho —dijo Roman desapareciendo y Matthew se quedó sólo.

Cuando el cáncer se llevó a su querida esposa, Roman se hundió tanto en su propia pena, se sintió tan desconsolado, que abandonó a Cullen a su propia suerte. Habían pasado veinte años desde que vio a Cullen por última vez y no había día en que no pensase en él o en el desastre en que había resultado la vida de su hijo porque no tenía un padre que lo guiase. No pasaba ni un día en que Roman no se arrepintiese de ello. Sin embargo, no sabía que podía hacer ya.

¿Dónde estaría Cullen? ¿Estaría desesperado porque su hijo había desaparecido? Matthew pensaba que una nota tranquilizaría a sus padres, pero él sabía que no. Sabía lo que era perder un hijo.

Golpearon a la puerta de su despacho y gruñó una respuesta. La puerta se abrió de golpe.

—Si manda a ese niño de vuelta, me voy con él —dijo Winnie, retirando la mano de la cadera lo suficiente para señalarlo con el dedo—. Y además, me llevaré a mi Harold conmigo. Y entonces, ¿quién se ocupará de usted, si se puede saber?

—Mujer, esto no es de tu incumbencia.

—Yo llevo esta casa y todo lo que tiene dentro —dijo ella sin amedrentarse—. Y mi Harold es su administrador. Por fin tiene usted la oportunidad de arreglar las cosas y no estoy dispuesta a que la pierda.

Winnie era la única persona que le podía hablar en ese tono y además sabía que la rutina le resultaba tan importante a Roman que, con tal de que no se le alterara, no la dejaría ir.

—Por ejemplo —prosiguió Winnie—. ¿Le ha preguntado cómo ha llegado hasta aquí? ¿Quién es la chica, eh? —lo desafió y no dejó que le respondiese—. Pues creo que lo sé.

—¿Y eso que tiene que ver con mi nieto?

—¿Recuerda a Robby Simmons? —preguntó ella, imperturbable.

—¿El vaquero de la estación Coolibah Downs? Un hombre excelente.

—Pues ya no es más vaquero en Coolibah Downs. Él y su mujer tienen una propiedad en Humpty Doo. Frutales, creo.

—¿Qué tiene Robby que ver con la chica?

—Su hija desapareció por Navidades. Recuerdo haber visto su foto en el periódico.

—¿Qué piensas hacer al respecto?

—¿Qué cree que debería hacer?

Roman se quedó pensando un rato. Por más que entendiera mucho de campo y ganado, sabía poco de niños.

—Supongo que será mejor que llames a Robby —dijo finalmente—. Es lo que él esperaría.

—Supongo que será lo mejor. ¿Y el niño?

Roman no respondió.

—¿No le parece que el pobre ha hecho un gran esfuerzo en venir aquí?

—Winnie, te estás pasando de la raya.

—Compórtese como un jefe, y lo respetaré como tal —dijo ella sin alterarse antes de marcharse.

Roman se quedó sentado mirando los papeles que tenía delante sin ver. Había aprendido a vivir con la muerte de Joan y la separación de Cullen y ahora se internaba por territorio inexplorado. Tal como temía, la vida que había construido tan cuidadosamente por medio de caminos por los que circulaba sin salirse ni un centímetro, se estaba derrumbando a su alrededor.

Media hora más tarde, volvieron a golpear a la puerta. Sabía sin preguntar de quién se trataba y le dijo que entrara. Matthew, con el pelo mojado por la ducha, entró tan tranquilamente como si estuviese en San Francisco.

—Me siento mejor —dijo—. Me he puesto morado de salchichas. Creo recordar el sabor de cuando era niño.

—Eres un niño.

—Un niño pequeño. Cuando vivía en Australia, ¿me visitó alguna vez? ¿Es eso algo que he olvidado también?

—No.

—Qué pena. Dicen que era bastante simpático cuando era niño. Claro que no a todos les gustan los niños. Hay gente que prefiere a los adolescentes.

Roman no pudo disimular más. Cada palabra que decía el niño le llegaba directo al corazón.

—No os visitaba porque la relación con tu padre estaba tan mal que ya no la podíamos arreglar. No hubiese querido que lo hiciera.

—¿Se lo preguntó?

—No tengo por qué hacerlo. Soy su padre.

—Sé de Jimiramira, sé de Archer y Bryce. Sé mucho más de ellos de lo que sé de usted.

Roman se sorprendió. Él no le había contado demasiado a Cullen, y menos sobre la familia. Se preguntó de dónde habría sacado la información.

—¿Te lo ha contado tu padre?

—No.

—¿Tu madre, entonces?

—No. Ella no sabe todo lo que yo sé. Ni mi padre tampoco. Fue mi tía, Mei Fong. Ella vivió aquí una vez cuando el padre de usted era joven y Archer y Viola vivían. Estaba aquí cuando Jimiramira se incendió.

Matthew lo pilló de improviso. Roman esperaba algo distinto. Rabia, quizás un discurso sobre sus deberes de abuelo, un intento de avergonzarlo. Pero nunca una conferencia sobre la historia de la familia.

—Estoy totalmente confundido —dijo—. ¿Por qué iba a vivir una tía tuya aquí?

—Tía abuela. Es la hermana de mi abuelo. El abuelo Robeson. A él tampoco le gustaban los niños. Ése es uno de los motivos por los que he tenido que venir. Usted es el único abuelo que me queda.

—¿Uno de los motivos?

—Hay otro.

—Es hora de que llames a tu madre, chico, y le digas que te vas ya mismo a casa —dijo Roman, porque no quería saber más. Estaba seguro de que si se enteraba de algo más, se hundiría en el abismo que se le abría a los pies.

—La llamaré. Sólo que no voy a casa. Hay algo que debo hacer primero. Luego me iré a casa y seguro que no podré salir de ella hasta que tenga veintiuno —esbozó una sonrisa igual a la de Cullen—. Mi padre tendrá que venir a California a verme —dijo y se puso serio—. No será demasiado agradable.

—¿Por qué?

—Él y mi madre apenas si se hablan. No sé lo que sucedería si tuviesen que estar en la misma casa mucho tiempo.

—¿No te escapaste porque querías que se volvieran a reunir?

—¿Está de broma? —le preguntó Roman, genuinamente sorprendido.

—No. Intento averiguar por qué has aparecido en mi puerta.

—Supongo que no es difícil, abuelo. Porque usted nunca se apareció en la mía.

* * *

Matthew se sorprendió de que su abuelo se marchase después de establecer la conexión con el radioteléfono y lo dejase sólo en el despacho para que hiciera su llamada telefónica. Escuchó el conocido mensaje grabado y esperó al pitido.

—Hola, mamá. Soy Matthew —dijo—. Estoy a salvo, y estoy muy bien.

Vio que una sombra se alargaba en el pasillo y se dio cuenta de que tenía que decir algo más o su abuelo aparecería enseguida.

—Estoy en Australia. Sé que no debería de estar aquí, y como sabía que si venía cuando papá estuviese aquí le echarías la culpa a él, me marché mientras él estaba en América. Necesitaba saber de dónde procedo. Volveré a casa en un par de días… —pensó que su abuelo entraría, corriendo al oír eso, así que se dio prisa en acabar— y te pagaré cada céntimo del billete con intereses, mamá. Puedes sacar lo que tengo en el banco para empezar. Lo siento, pero nadie parece comprender lo importante que es esto para mí —titubeó—. Lamento no haberte encontrado, pero quizás sea mejor que no hablemos hasta que yo vuelva. Luego tendrás todo el tiempo del mundo para decirme lo que piensas porque seguro que estaré castigado durante un largo, largo rato —se imaginó a su madre escuchando el mensaje con los ojos llenos de lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta—. Te quiero. Y si hablas con papá en cualquier momento, dile que también lo quiero a él.

Le había dado a su abuelo el teléfono de Pacific International porque tenía miedo de que fuese más fácil de localizar la llamada si lo hacía a su casa. Al día siguiente alguna secretaria o ayudante lo escucharía al principio de un día ajetreado. Con un poco de suerte, quizás alguien pensase que era un número equivocado. Había tenido buen cuidado en no decir el nombre de su madre. Colgó y su abuelo volvió a entrar en la habitación.

—No estaba, pero dejé un mensaje.

—¿Y le dijiste dónde estabas?

—Le dije que estaba en Australia.

—Pues ya la llamaré más tarde yo. No te creas que te has salido con la tuya, muchacho. Y qué tal si ahora me cuentas algo de esa chica que te has traído. Y quiero que me digas la verdad lisa y llana.

—No lo sé todo —dijo Matthew cautelosamente. Por un lado quería que ella se reuniera con sus padres, pero por el otro, no quería delatarla—. Nos conocimos en Sídney… y decidimos viajar juntos. Ella conoce el Territorio y me pareció que me podría ayudar.

—¿Es ella del Territorio, muchacho?

Matthew se sentía como una trucha enganchada en un sedal que lentamente se enroscaba. De repente, se le ocurrió una idea.

—Ya sé. ¿Por qué no se lo preguntamos? —sonrió. Se había desenganchado del anzuelo.

—¿Es de Humpty Doo?

—Podríamos preguntarle eso también. Y… ¿Abuelo?

Roman se estremeció.

—Me gustaría ver Jimiramira. ¿Me podría alguien mostrar cómo es? Puede que yo no… ejem, sabe, vuelva. Al menos pronto.

—¿Quieres que te lleve a verla?

—No es necesario que sea usted, aunque sería fantástico si pudiese.

Roman lanzó un profundo suspiro que le salía del centro del corazón.

—Supongo que como no volverás pronto, tendré que pasar un poco de tiempo contigo ahora.

—¿En serio?

—Te pareces a tu padre cuando haces eso. Y a mi padre también por cierto. Tengo unas fotos. ¿Te gustaría verlas esta noche?

—¿De mi padre y usted? —preguntó Matthew, estupefacto.

—Ambos. Y puedes tutearme, muchacho —dijo Roman, con ceño adusto para que no se tomase demasiadas libertades.

—Genial —dijo Matthew, refiriéndose quizás a ambas cosas.

Roman llevó a los dos chicos a un corral al lado de las caballerizas para elegir montura.

—¿Sabes montar? —preguntó.

—Claro. Mi padre siempre me lleva a montar en el verano y tomé lecciones cuando era pequeño.

—¿Y tú? —le preguntó a Tricia, carraspeando para mostrar lo que pensaba de las lecciones de montar.

—Como un jinete de carreras.

—Parece que eres del Territorio.

—Oh, he andado por ahí.

Matthew rogó que no diese demasiadas explicaciones mientras elegía un castaño cariblanco. Roman le lanzó una mirada de aprobación. La elección de Tricia, una yegua gris, no fue acogida con el mismo entusiasmo.

—¿Estás segura de que la puedes llevar? No la criamos aquí.

—Está bien, gracias.

Montaron y a Matthew le llevó un poco acostumbrarse a la montura, que no tenía pomo. La yegua de Tricia caracoleó un poco en cuanto ella la montó, pero enseguida la tuvo bajo control.

—Una chica del Territorio —murmuró Roman.

Salieron cabalgando hacia la casa.

—Cuando el incendio, mi padre era poco más que un chaval. Y él y los vaqueros construyeron una casa. No era demasiado, pero yo crecí allí. Siempre le prometía a mi madre que le haría una casa mejor, pero a ella le alcanzaba con un techo y cuatro paredes. Cuando traje a tu abuela aquí, quise algo que la luciese sentirse orgullosa.

—¿Y lo estaba?

El abuelo carraspeó.

—Amaba esta casa, sí.

—¿Está enterrada allá? —preguntó Matthew, señalando una tumba en una colina a más de cincuenta metros. Estaba rodeada de una cerca de hierro pintado y sombreada por enormes eucaliptos también.

—Ajá.

—Me gustaría visitarla más tarde.

Matthew siempre recordaría el resto de la tarde. Pasaron otros edificios y el abuelo les explicó para qué usaban cada uno.

—Ésa es la tienda —señaló una construcción baja de piedra—. No podemos quedarnos sin algo.

Luego señaló la fresquera, cuyas paredes se mojaban regularmente para mantener la temperatura baja. Pasaron por los barracones de los vaqueros, el comedor, unas oficinas con un estrecho porche y una ventana alta y larga, e incluso una piscina, que por el momento estaba vacía.

También vieron hombres a caballo moviendo rebaños en corrales llenos de polvo y miles de mugidos de animales.

—Tenemos otros campamentos en la propiedad —dijo Roman—. Y alguna que otra cabaña esparcidas a lo largo de las fronteras, para nuestros jinetes. Cada uno de ellos tiene que conservar el alambrado en buenas condiciones durante unos setecientos u ochocientos kilómetros. Es un trabajo duro y solitario.

Matthew notó cómo el abuelo bajaba la guardia a medida que progresaba la tarde. Si todo de lo que tuviesen que hablar en la vida fuese Jimiramira, no tendrían ningún problema, pero se sorprendió cuando Roman los hizo atravesar un portón a una laguna alimentada por un arroyo sombreada por una variedad de árboles. Cuando se acercaron con los caballos, una bandada de pájaros salió volando.

—Galahs y cacatúas —dijo Roman—, Son una molestia.

Matthew pensó que nunca había visto nada tan hermoso como ésos pájaros, que eran un oasis de color contra el austero paisaje.

Roman se bajó del caballo y sujetó el cabestro del de Tricia para que ella también se bajara.

—¿No te recuerda a la laguna de Coolibah Downs? Un poco más pequeña, por supuesto, pero siempre me la recuerda cuando voy allí.

—Es más pequeña, es cierto —dijo ella y cerró la boca con fuerza. Se había puesto totalmente rígida—. ¿Cómo lo supo?

—Winnie te reconoció por la foto que publicaron los periódicos. A tu padre se lo quiere mucho por aquí.

—Pues ni pienso volver a Humpty Doo —dijo Tricia—, así que no se entusiasme. Sólo necesitaba tomarme un descanso de mi trabajo de Sídney.

—¿Qué tipo de trabajo, chica?

—Uno que haría que a un viejo se le pusieran los pelos de punta —dijo ella, desafiante.

Matthew miró sorprendido cómo su abuelo asentía con la cabeza.

—No estarás buscando algo mejor, ¿no?

—¿Por qué? ¿Quiere que me venga más al norte?

—¡Háblame como te ha enseñado tu padre que lo hagas, niña! Recuerdo a tu madre también. Buena gente, los dos. Y se avergonzarían de ti.

—¿No crees que sé eso?

—¿Y por ello es que no quieres volverte a casa?

Ella levantó la barbilla, pero Matthew creyó ver que en los ojos le brillaban lágrimas contenidas.

—Nos vendrías bien aquí —dijo Roman, acercándose al agua, como si no tuviera interés en su respuesta—. Por ahora, Winnie y el contable comparten la responsabilidad de la tienda, pero ninguno de los dos tiene tiempo para ello. Tendrías que estar a cargo de ella. ¿Qué tal se te da la contabilidad?

—Bastante bien.

—Es un trabajo en serio, no toleraré la haraganería. Tendrías que trabajar duro. Y si hay alguna señal de problemas o malos hábitos, despedida.

—Me estará vigilando, esperando que meta la pata.

—No más de lo que vigilo a todos los demás. Y no le incumbe a nadie dónde has estado o qué es lo que has hecho.

—¿Y por qué habría de darme trabajo?

—Porque sé que cuando cruzo una vaca premiada con un toro de pedigrí, el ternero es bueno, aunque se escape al desierto una temporada. Tarde o temprano, vuelve. Piénsatelo —se puso en cuclillas al borde del agua y agarró un poco con las manos para lavarse la cara.

Matthew miró a Tricia, que se había quedado con la vista perdida en el espacio, y se sorprendió de lo mucho que la envidiaba.

* * *

—Tu abuelo es un tío cabal. ¿Qué te parece su oferta? ¿Crees que tendría que aceptar?

Winnie los había mandado a que «tomasen el fresco» mientras ella terminaba la cena y se hallaban en un banco a la sombra de los eucaliptos.

—Por supuesto —dijo Matthew, consciente de la presión de la cadera de ella contra la suya—. Es un buen sitio para volver a empezar.

—He estado en el almacén a echar una ojeada, nada más. Habría que ordenarlo bien, pero los he visto peores.

—¿Podrías ser feliz en el Territorio? Dijiste que lo odiabas.

—Quizás lo odiaba porque no sabía qué más había por allí. Ahora ya lo sé.

—¿Y es mejor?

—Más seguro —suspiró ella, y su aliento cálido le acarició a Matthew la mejilla—. En la gran ciudad vi un montón de cosas que ojalá no hubiese visto. Otra vez que quiera ser chica urbana, supongo que esperaré a tener un trabajo mejor. Quizás tenga, que estudiar algo.

—No pensé que te dejaría en Jimiramira cuando me fuese.

—¿Te vas?

—Tengo que hacerlo. Mi abuelo va a llamar a mi madre y tengo que irme antes de que mande a alguien para que me lleve a casa. Te echaré de menos —le dijo, no sólo porque había sido excitante estar con ella, sino porque además le gustaba. Era valerosa y directa. Era la mejor compañía que podía haber deseado.

—Supongo que yo también, yanqui, pero quizás nos volvamos a encontrar.

Se miraron. Estaban a unas pocas pulgadas de distancia y Matthew sabía que todo dependía de él. Se inclinó hacia ella y le sujetó la nuca con la mano. Su cabello era suave y liso. No cerró los ojos, porque si lo iba a hacer, no quería perderse nada. Le rozó los labios con los suyos, luego se los presionó más fuerte, hasta que ella comenzó a devolverle el beso. Ella le pasó los brazos por la espalda y se estrechó contra él. Y en el ocaso del desierto australiano, Matthew tocó el cielo con las manos.

Los padres de Tricia llegaron una hora antes de la caída del sol en un pequeño avión pilotado por un amigo. Tricia, a quien no le habían dicho que venían, pero que seguramente sospechaba algo, se quedó titubeante en la puerta del salón hasta que su madre, una mujer de dulce rostro y ojos verdes como los de su hija, le abrió los brazos.

Matthew salió para dejarlos solos y se encontró con su abuelo en el porche, hablando con el piloto.

—¿Te apetece dar una vueltecita? —le preguntó Roman, y Matthew casi lanzó un aullido de alegría.

Diez minutos más tarde se hallaban en el cielo sobre Jimiramira. El mundo era demasiado brillante, el aire demasiado escaso, y Matthew lo inspiraba a grandes bocanadas. No tenía miedo, sólo deseaba poder aferrarse a cada instante.

Cuando volvieron a aterrizar, el cielo estaba color rosa. Se despidieron del piloto, que quería ir a ver a uno de los vaqueros en los barracones.

—¿No podemos ir hasta el cementerio? —preguntó Matthew cuando se acercaban a la casa.

—Puedes ir solo.

—Pero preferiría ir contigo. Así me hablas de la gente que está enterrada allí.

—Quieres todo, ¿no muchacho? Igual a tu padre. Él tampoco estaba satisfecho con nada —dijo Roman, echando a andar hacia el cementerio—. A veces, cuando era pequeño, me lo encontraba aquí, sentado en la tumba de su madre, contándote lo que había hecho en el día, como si ella lo escuchase —meneó la cabeza—. Se querían mucho esos dos. Cuando Joan vivía nos mantuvo a los tres uni…

Se interrumpió en la última palabra, como si hubiese dicho demasiado. Matthew sintió que se le agarrotaba la garganta, como al dejarle el mensaje a su madre. Nunca había pensado en su padre como un niñito solitario sin nadie con quien hablar, salvo su madre muerta. Y supo que había llegado el momento de decirle a su abuelo para que había ido.

—Abuelo, te dije que conocerte y ver a Jimiramira era uno de los motivos de venir a Australia —dijo y miró a la distancia.

—Acaba de una vez, muchacho —dijo Roman finalmente.

—Es más sencillo d de lo que pensaba —dijo Matthew, mirándolo—. Hace mucho tiempo, dos de mis ancestros encontraron una perla. Y esta perla es tan perfecta que todos los que la tocan, todos los que la poseen, se empequeñecen a su lado. Es la única forma en que puedo explicarlo. La perla saca a la luz todo lo malo de quienes la tienen o desean o…

—¿De qué hablas, muchacho?

—De La Perla del Gran Precio —Matthew comenzó a hablar atropelladamente—. Mi bisabuelo, Tom Robeson, la encontró en el Océano Índico. Tu abuelo, Archer Lewellyn, lo mató para no tener que compartirla. Su suegro, Somerset, se la regaló a su hija para sembrar la cizaña entre los dos. Y ella luego incendió la casa cuando creyó que Archer la había encontrado. Pero había sido mi tía abuela Mei quien la encontró y se la robó a Bryce para llevársela a Thomas Robeson, mi abuelo, a San Francisco. Y ahora la tiene mi madre. Y la perla la está destruyendo porque es perfecta, pero saca a relucir todo lo malo que tienen las personas, ¿comprendes?

Roman se apoyó contra la verja y observó a su nieto.

—¿Qué tiene todo eso que ver conmigo, muchacho? Nunca he visto la perla, a pesar de haber oído de ella. Pero no entiendo ni la mitad de lo que me cuentas.

—Pero a ti también te ha afectado, ¿no te das cuenta? —dijo excitado—. Tu padre amaba a la tía Mei, pero cuando ella se marchó con la perla, probablemente él tuvo miedo de amar otra vez, incluso a ti. ¿Y no es ese el motivo por el que no has sabido querer a mi padre como debieras?

Roman dio un paso adelante, como para silenciarlo.

—Una parva de tonterías.

Matthew se sintió repentinamente lleno de paz. Confiaba en que Roman lo ayudaría. Se levantó la camisa y bajó la cinturilla de los vaqueros. Un gran esparadrapo redondo le cubría el ombligo. Se lo quitó suavemente y su abuelo lo miró con desconfianza. Luego puso la otra mano por debajo y dejó que La Perla del Gran Precio le cayera en la palma.

—Por esto es por lo que he venido aquí —dijo, alargando la mano para que la viese—. Quiero que vengas a Broome conmigo, abuelo. No tengo edad para alquilar una barca por mi cuenta y tampoco sabría cómo navegaría. Yo he nacido para hacer esto, sólo que nadie se da cuenta de ello. Quiero devolver la perla donde mi bisabuelo la encontró. Soy el único que puede hacerlo, porque soy tanto Robeson como Llewellyn.

—¡Te has vuelto loco!

—No, abuelo —dijo Matthew, mirándolo con tristeza—. Soy el único que se ha dado cuenta de que la única forma de liberarnos de esta perla será echarla de nuevo al océano.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 22

San Francisco

Después de una mirada a la cara de asesino de Cullen, Simon van Valkenburg les dijo todo.

—Se ha ido a Australia —les dijo desde el umbral mirando a Liana, como si Cullen fuese demasiado peligroso—. A conocer a su abuelo.

—¿Australia? —lo miró ella sin comprender durante un segundo.

—Sí. Matthew sabía que usted nunca lo dejaría ir, así que tomó la iniciativa —miró a Cullen de soslayo—. Quería hacerlo mientras usted estuviese aquí, así ella —señaló a Liana con la cabeza— no pensaría que había sido idea suya.

—¿Y mi padre sabe que él va? —se acercó Cullen más, haciendo que Simon retrocediese.

—Nadie lo sabe salvo yo. Yo… —se interrumpió.

—Tú, ¿qué?

—Yo, ejem, lo ayudé a hacer los planes.

—¿Qué planes?

—De volar a Sídney. Pensaba que allí podría encontrar un avión correo para ir a Jimiramira.

—¿Y por qué nos mandaste a Arizona? ¿Hacer todo ese viaje hasta la casa de esa chica, darle el susto de aparecer en su puerta reclamando a Matthew? Todas las explicaciones… —seguía Liana sin comprender.

—Para darle un poco de ventaja —dijo Cullen—. Probablemente tenía todo planeado por si aparecíamos a buscarlo. Pero lo que me gustaría saber es cómo lo hizo Matthew. Necesita pasaporte, visado, dinero…

—Yo puedo explicarle…

—¿Y por qué íbamos a creerte?

—Porque es la verdad —dijo Simon—. Lo arregló todo desde mi ordenador. Usó una tarjeta suya de un banco de Nevada, una que usted creyó que había cancelado. Cerciórese si quiere. Matthew no haría una cosa así si no tuviese un motivo. Pensaba que era importante.

—Es mi culpa —dijo Liana.

—Es culpa de Matthew —dijo Cullen con firmeza—. Y se lo diré en cuanto lo vea.

—¿Por qué no le dejan en paz? —intervino Simon, con sorprendente coraje—. Ha arriesgado mucho, ¿saben? Déjenlo que vuelva por su cuenta. ¿No pueden

esperar a que esté aquí para resolverlo, en vez de correr tras él como un niño travieso?

—Iremos por él, Simon —dijo Cullen, controlando la voz—, porque quizás Matthew no pueda volver por sí sólo. Parece que alguien más lo está buscando y si lo encuentra, quizás no lo veamos nunca más. Así que si sabes algo más, por favor dínoslo.

Simon no les pudo dar más información. Finalmente dijo que lamentaba que estuviesen preocupados.

—Pero Matthew está bien —insistió—. Sabe cuidarse.

De vuelta al apartamento, Liana apoyó la cabeza contra el respaldo. Se encontraba exhausta del viaje a Arizona, estaba enfadada, aterrorizada.

—Australia…

Se tragó las lágrimas.

—Tenía una tarjeta de crédito de un banco de Nevada. Y pensé que la había cancelado.

—¿Por qué se le habrá ocurrido hacer algo así? —se preguntó Cullen con tono de frustración—. Jamás le he dado motivo para que pensase que papá quisiese verlo. Hemos hablado de las cosas que haríamos juntos en Australia cuando pudiese finalmente visitarme, pero difícilmente podemos hacerlas ahora, ¿no? Con él allí y yo aquí, ya me dirás tú.

Liana compartía su frustración, pero la mente ya le estaba trabajando.

—Tenemos que ir a Australia y traerlo, Cullen.

—¿Tenemos? Es al menos un viaje de quince horas, sin contar el transporte hasta Jimiramira. Necesitarás un visado y un pasaporte…

—Tengo pasaporte. Lo renuevo cuando es necesario, aunque no lo use. Y los visados son prácticamente automáticos actualmente.

—¿No confías en que lo haga solo? ¿Después de todo lo que hemos hablado crees qué me lo quedaré allí una vez que llegue?

A la vez que él la miraba a los ojos, ella miraba dentro de su corazón.

—No. Confío plenamente en ti.

—¡Dios, ojalá tuviese más tiempo para disfrutarlo!

—Cuando lleguemos a casa, haré los arreglos por teléfono.

—¿Y Stanford? ¿Y tu hermano?

No sabía qué decirles. Había llamado a Sue varias veces desde Arizona y todos los mensajes habían sido de los dos, que estaban molestos porque ellos se habían ido sin informarles.

—No podemos decirles la verdad —dijo con énfasis—. Ahora que estamos a punto de encontrarlo, no. No hay motivo para decirles que está en las antípodas. Y

si… —se cortó. Había más motivos para mantener el destino de Matthew secreto que los que Cullen sabía.

—Si Graham es quien está buscando a Matthew por sus propios motivos con la ayuda de Stanford… —continuó Cullen cuando ella no prosiguió.

—Me seguirán a mí si yo desaparezco —dijo Liana, recobrando la compostura—. Nos seguirán hasta Australia.

—Entonces tendremos que despistarlos —dijo Cullen, aparcando el coche en el garaje de Liana—. Pero primero averigua lo de la tarjeta y después yo llamaré a mi padre.

No hablaron en el ascensor y ella se dio cuenta por su expresión que él estaba barajando posibilidades. Al llegar a la puerta del apartamento, revolvió en su bolso y, al no encontrar la llave inmediatamente, llamó al timbre.

—Debemos de haberla pillado en un mal momento —dijo Liana frunciendo el ceño cuando Sue no abrió.

—Quizás ha salido.

—Imposible. Me prometió que se quedaría montando guardia junto al teléfono —dijo Liana, encontrando la llave en un bolsillo del bolso. Abrió la puerta y entró en el oscuro vestíbulo. Intentó dar la luz, pero no había electricidad—. ¿Sue?

Sus pasos sonaron como ladrillos en el silencio. El salón estaba vacío y oscuro, y también el comedor. Había alguien en la cocina.

—¡Sue! —gritó Liana, arrodillándose junto a su asistenta, que estaba despatarrada boca abajo en el suelo de terracota.

Cullen se arrodilló a su lado y le tomé el pulso.

—Lo tiene firme y fuerte —dijo, después de un momento.

Sue gimió y se apoyó en un brazo, mirándolos sin reconocerlos un instante. Tras otro gemido, se incorporó, sentándose y sacudiendo levemente la cabeza.

Liana le apoyó las manos en los hombros para ayudarla a mantenerse erguida.

—Oí un ruido. Me di la vuelta para ver quién era y luego todo… —dijo Sue, gimiendo nuevamente al mover la cabeza.

Liana le exploró delicadamente la nuca con los dedos. Y Sue le apartó la mano, protestando.

—Tiene un chichón más grande que La Perla del Gran Precio en la cabeza. La han golpeado.

—Llama al 911 —dijo Cullen, haciendo una seña al teléfono antes de desaparecer.

Liana se dio cuenta de que iba a cerciorarse de que no hubiese nadie en el piso. Se le aceleró el corazón. No quería que se enfrentara al peligro solo. Agarró el teléfono y llamó, dando una breve explicación antes de volver a colgar.

—¿Te puedo dejar sola un momento, Sue?

Ante la respuesta afirmativa de su asistenta Liana siguió a Cullen silenciosamente, deseando a cada paso tener un arma. Llegó hasta el dormitorio de Matthew sin encontrárselo.

—¡Dios Santo!

Habían entrado en la habitación y revuelto todo. El colchón se hallaba fuera de la cama, el ordenador había desaparecido, junto con parte del aparato de música, y el suelo estaba cubierto de papeles y objetos que Matthew conservaba en los estantes con cariño.

—No toques nada. Esperemos que llegue la policía —dijo Cullen, que se hallaba parado en el centro de la habitación.

—¿Has mirado en la habitación de los invitados?

—No te preocupes. Quienquiera que fuese, ya se ha ido.

Oyeron sirenas. Parece que ayudaba vivir en un sitio privilegiado.

—Qué coincidencia que sea esta habitación la que han arrasado, ¿no?

—Creo que la persona que leyó su correo la otra noche no se quedó satisfecha con ello y quería meterse en la cabeza de Matthew, El ordenador era lo más cercano que tenía.

—Pero también se llevaron los altavoces.

—Lo han hecho para despistar.

—Están tratando de encontrar a Matthew.

—Sí. Intentan encontrar a nuestro hijo, Lee. Y nosotros tenemos que encontrarlo antes sin que nadie se entere de dónde hemos ido.

La policía sirvió de poco. Les tomaron declaración y se fueron. Y los paramédicos se fueron sin Sue, que prometió ir a su propio médico acompañada de una amiga.

—No habían forzado la cerradura, Lee.

—Ya he llamado al cerrajero.

—¿Quién tiene llaves del piso?

—Sue, Matthew y yo. Pero Matthew las pierde cada dos por tres.

—Así que alguien puede habérselas robado y él pensó que las había perdido.

—Iré a ver lo de la tarjeta, Cullen.

Mientras ella revolvía en su despacho, Cullen fue al salón y llamó a su padre. Había acabado cuando ella apareció con un papel en la mano.

—El ama de llaves dice que papá se ha ido al otro extremo de la propiedad unos días —dijo Cullen, poniéndose de pie—, y no quise dejar nombre ni mensaje. Será

mejor contar con el factor sorpresa. Si mi padre sabe que yo he llamado, quizás se niegue a contestar el teléfono luego.

—¿Sigue enfadado contigo? ¿Después de todos estos años?

—No quiero arriesgarme.

Ahora fue el turno de Liana de hablar al banco de Nevada, que confirmó la información que Simon les había proporcionado. Habían cargado a su tarjeta un gasto de dos mil dólares para abonar a Quantas Airlines.

—Al menos esta vez Simon no mentía —dijo Liana, después de colgar.

—¿Estás segura de que quieres hacer este viaje?

Se imaginó en un avión nuevamente, pero esta vez durante horas y horas. El corazón le comenzó a latir, pero asintió.

—Voy contigo, Cullen —dijo con la boca seca—. Intenta detenerme y verás.

Graham se levantaba temprano y trabajaba en el gimnasio religiosamente, para luego comerse un desayuno que daba al traste con todo su esfuerzo. El peso siempre había sido su punto débil y Thomas lo había hecho sufrir sin compasión por ello toda la vida.

—¿Qué haces aquí? ¿Has oído algo?— dijo Graham, bajándose de la cinta. Se secó el sudor de las redondas mejillas con una toalla de mano.

—Lo hemos encontrado —y porque la verdad era más triste que la mentira, no tuvo necesidad de fingir—. Está en Arizona.

—¿Arizona? —se sorprendió Graham—. ¿Qué diablos hace allí?

—Está confundido, Graham. Turbado —hizo un gesto de desesperanza con las manos—. Se hizo amigo de una chica en Internet y se fue a visitarla. Quería alejarse de Cullen y de mí. Nunca se ha rebelado contra nada. Supongo que le ha llegado el turno.

—¿Así que se vuelve a casa?

—No, pero lo hemos visto, Cullen y yo nos enteramos por un amigo. Hemos estado allí.

Pensó en las horas que ella y Cullen se habían pasado eligiendo la mentira. Después de un largo debate, la historia de Simon les había parecido lo mejor. Y si era Graham quien lo estaba buscando y quería cerciorarse, que se diese el paseíto que ella y Cullen se habían dado.

—¿Quieres decir que lo dejasteis allí?

—No quisimos presionarlo para que no lo volviese a hacer a la primera oportunidad que se le presentase. Así que se quedará en el rancho donde vive su amiga con su familia unos días más. Es gente respetable, Graham.

—No me lo puedo creer. ¡Estáis actuando como si el chico estuviese de vacaciones y se ha escapado de casa!

Ella sabía que Graham tenía razón, pero logró simular indignación.

—¡Hace una semana me dijiste que te parecía que lo ahogaba demasiado! No estoy de acuerdo con lo que ha hecho, pero es lo único que se me ocurre hacer en este momento.

Graham se quedó en el vestíbulo mirándola. Su indignación sí que era genuina.

—Sé perfectamente lo que te he dicho, pero Pacific ya se ha gastado un montón de dinero en este asunto. Hace días que Stanford no se dedica más que a él. Quiero el teléfono de donde se encuentra para poder cerciorarme de quienes son o que Stanford lo haga.

Ella había esperado una reacción por el estilo, pero se le heló la sangre ante su insistencia en velar por su seguridad. A pesar de su apariencia agradable, su hermano podía ser muy duro. Lo había visto negociando para Pacific International. Él sería quien ganaría más si Matthew no volvía a casa.

—Te doy mi palabra de que está bien. No quiero que interfieras.

—Sólo quiero llamar para ver si está bien. Puede que necesite a su tío en este momento que lo ayude a usar un poco la cabeza. Ese chico no es un peón de rancho. Es d heredero de Pacific International.

—Ese chico es mi hijo —dijo Liana, enderezándose.

Finalmente tuvo que dejarla ir. Y ella le dijo que lo mantendría informado, que se iría por unos días de vacaciones para reponerse.

Luego Cullen la llevó hasta las oficinas de California Street para que pudiese hablar directamente con Stanford.

Al salir, Liana se preguntó cuánto tardaría Stanford en ponerse en contacto con su hermano. ¿Cuánto les llevaría hacer el camino que Cullen y ella habían hecho hacia el desierto de Sonora? Por lo menos, si lograban llegar hasta la caravana cerca de la gasolinera, Brittany Saunders no estaría allí para ayudarlos. Estaba en paradero desconocido y cuando comenzase la universidad de Prescott el otoño siguiente, lo haría con una sustanciosa cuenta corriente que se había ganado al desaparecer durante el verano para que nadie la pudiese interrogar.

La última parada era la casa de Frank en Pacifica. Como tenía que viajar ese fin de semana, Frank se había tomado medio día libre y se encontraba en la terraza practicando con un palo de golf.

—¡Hola! ¿Qué haces por aquí? —sonrió Frank, pero se puso serio inmediatamente—. Sabes algo, ¿no?

Ella le contó la misma mentira.

—Pues mira qué rico el niño —dijo, dejando el palo y secándose las manos en las bermudas.

—Ya lo sé. Nosotros tampoco estamos contentos, pero al menos sabemos que está a salvo.

—¿Cómo estás tú?

Deseó poderle contar la verdad. Frank era lo más parecido a un amigo íntimo que tenía desde su vuelta a San Francisco. Era el nieto que más se parecía a Mei y el parecido la había atraído hacia él desde el principio, junto con su sentido del humor, que hacía que sus horas en Pacific International resultasen más soportables.

—Supongo que estoy bien —dijo ella esbozando una sonrisa controlada—. Pero el tema este me ha alterado un poco. Necesito tomarme unos días para pensar.

—¿Tu ex tiene algo que ver con ello?

—En este momento me doy cuenta de lo mucho que Matthew necesita la guía de un hombre —dijo, sorteando el obstáculo con elegancia.

—Ojalá pudiese hacer más.

Frank no había sido una presencia constante en la vida de Matthew, pero en varias ocasiones había aparecido en los eventos deportivos del niño. Mei, que siempre había tenido un sitio especial en su corazón para Frank, le había pedido que lo cuidara, y Frank había hecho lo que podía.

—Ha sido afortunado teniéndote —le aseguró Liana—. Pero ahora me voy un par de días. Necesito un poco de espacio.

—¿Y Matthew se ha ido con su padre?

—No —dijo ella y repitió el resto de la mentira—. Yo me voy a Monterrey.

—¿Estarás bien? —le tozo él una sonrisa.

—Sí, gracias. Y no hay nada que no pueda dejar para más adelante en el trabajo.

—¿Se lo has dicho a abuela?

—Cada vez que llamo, Betty me dice que no se puede poner. ¿Quieres decirle que en cuanto Matthew venga la iremos a visitar?

—Yo se lo diré.

Ella le dio un breve abrazo y se dio la vuelta para marcharse.

—Me alegro de que todo esté bien —se oyó la voz de Frank aliviada—. Yo también he sido adolescente y sé los jaleos que pueden montar.

Capítulo 23

Queensland

Llegaron de noche, después de un viaje interminable en que ambos habían dormido la mayor parte del tiempo. Como no había conexión para cerca de Jimiramira hasta el día siguiente, Cullen había reservado hotel porque sabía que estarían exhaustos. Intentó llamar a su padre, pero no hubo respuesta.

—No es tan raro. Quizás no lo oye. Mañana volveremos a llamar.

El hotel era pequeño pero encantador, y les habían dado habitaciones contiguas. Liana abrió la suya y él la siguió dentro. La puertaventana del balcón estaba abierta y daba a un pequeño estanque, iluminado con luces de colores. Un poco artificial para su gusto, pero romántico, suponía.

—¿Por qué no han respondido al teléfono? ¿Crees que Matthew estará bien, Cullen?— preguntó Liana, pálida de fatiga y preocupación.

—Si está con papá, está bien —respondió, haciendo un esfuerzo por parecer seguro—. Y no hay motivo para pensar que no haya llegado. Es un chico listo, nuestro Matthew.

—¿Cómo es que haces este viaje tan horrible todos los años? Porque aunque te guste volar…

—Lo tengo que hacer para poder estar con Matthew.

—Tendría que haberme dado cuenta de lo mucho que ello decía sobre ti. Siempre estabas allí, aunque fuese complicado ir o incómodo por tu trabajo.

—Ahora no importa, Lee.

—Me importa a mí.

A Liana se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Venga, que todo saldrá bien —le dijo—. Estás agotada por el viaje. Con un buen descanso te sentirás mejor.

—¿Me podrás perdonar por negarme a ver lo buen padre que eres?

Antes, le habría respondido inmediatamente. No había logrado controlar al impulsivo Cullen totalmente, pero al menos ya canalizaba la energía que seguía teniendo. Había madurado.

—Sí —dijo finalmente—. Todo lo que has hecho, lo has hecho para sobrevivir. Y Dios sabe, Lee, que te di motivos para que me odiases.

—No. Yo sabía, aún entonces, que te dominaban fuerzas que no podías controlar. Pero hice un esfuerzo para odiarte porque era la única forma que tenía de marcharme. Te quería tanto —sacudió la cabeza y las lágrimas le rodaron por las mejillas.

—Ya pasó —le dijo y la estrechó contra su pecho antes de darse cuenta de lo que hacía—. Intenta olvidarlo —le acarició el pelo—. Date una ducha come algo y luego duerme. No digas nada de lo que te puedas arrepentir.

Ella lo miró con los ojos abiertos y vulnerables La mujer amarga que lo había recibido en San Francisco había desaparecido. Aquella más tierna era casi una desconocida, excepto que aquella más tierna era la mujer que él había amado.

Se dirigió a la puerta sin que ella intentara detenerlo.

—Hasta mañana —dijo. Antes de que ella respondiese, ya había salido y cerrado tras de sí.

En su propia habitación, se metió en la ducha caliente largo rato. Luego se afeitó y se lavó los dientes, pero cuando acabó, no se sentía mejor. Se sentía totalmente despierto y frustrado sexualmente.

Llamaron a la puerta y se ató una toalla a la cintura. Supuso que Liana le había pedido comida. Entreabrió la puerta, esperando encontrarse con un empleado del hotel, pero ella se encontraba allí, con el cabello mojado como el suyo y los ojos asustados.

—He pedido comida para los dos —se encogió de hombros—. ¿Te importa? No quiero estar sola.

¿Si le importaba? Se hallaba descalza y llevaba un vestido de tirantes que le llegaba a media pantorrilla. Con la cara lavada y el cabello suelto sobre los hombros, parecía la joven que acababa de darle un hijo.

—Quizás no sea una buena idea —le respondió, cruzando los brazos sobre el pecho desnudo.

—No me lo había planteado de una forma ni de otra —dijo ella, sin simular que no lo había entendido—. Ven conmigo, come algo. Necesito tu compañía. ¿Por favor?

¿Cómo podía negarse? Sólo en sus sueños más profundos aparecía ella a buscarlo de esa forma. Y cada vez, él no se podía negar.

—Me pondré algo —asintió con la cabeza.

—No tardes. Ya está el té.

Durante un segundo se quedó quieto porque, después de todo, quizás era un sueño. Y no quería despertarse.

—No sabía lo que querrías —dijo ella—, así que he pedido demasiado. Bollos, té, sándwiches, un plato de verdura, tarta. Probablemente prefieras filete con huevos, ¿no?

—En este momento me comería la pata de la cama.

—¿Hubieras preferido un refresco o café?

—¿Rehusar un té? ¿Un australiano como yo?

—Nos divertimos al principio, ¿eh? —sonrió ella, y se preguntó si él también recordaría lo mismo que ella. Los atardeceres que compensaban el insoportable verano de Australia Occidental y los amenazadores cocodrilos de agua salada que tomaban el sol demasiado cerca de la casa. Solían sentarse juntos en el viejo porche, mirando el agua mientras el cielo cambiaba de color. A veces, después de cerciorarse de que nadie los veía, hacían el amor a la luz del crepúsculo. Cullen le sonrió.

—Podríamos haberlo logrado, ¿no? Tuvimos la oportunidad.

—Podríamos, si hubiéramos crecido un poco.

—Si yo hubiese luchado contra mi adicción…

—Si yo hubiese luchado contra mis temores…— dijo ella, levantando la mano cuando él intentó contradecirla—. Sí, Cullen. Si yo me hubiese construido una vida propia, independiente de la tuya. Pero me dejé toda la confianza en Nueva York. Desde el principio, me sentí abrumada por Australia. Todas mis inseguridades salieron flotando a la superficie.

—Tendríamos qué conocernos ahora. Por primera vez. Sin historia.

—Sin Archer y Tom, ni Mei y Bryce.

—Ni Liana y Cullen. Sólo dos personas que se atraen tan poderosamente que todo lo demás parece carecer de importancia.

—¿No fue eso lo que nos trajo los problemas la primera vez? —dijo ella mirándolo a los ojos.

—No. Eso es lo que casi nos salvó.

Ella se dio cuenta de que se habían acabado las palabras y que el futuro era lo que se les presentaba. Él alargó la mano y le agarró la suya, llevándosela a los labios y besándole los nudillos.

Liana sintió el beso en todo el cuerpo. Lo deseaba como siempre lo había hecho, aún en los momentos peores. Porque él era el único hombre que llegaba a ella de verdad.

Cullen tenía los azules ojos llenos de deseo. Apoyó la mano de ella contra su mejilla recién afeitada y le besó la mano. Pero sus labios eran suaves, una tentación, no una exigencia. Entrelazó sus dedos con los de ella y al verlos, Liana recordó las veces que sus cuerpos se habían entrelazado también. El recuerdo era poderoso, primitivo y tentador. Tan tentador…

El pánico la invadió, primitivo y conocido.

—Mira, esto es una mala idea —dijo, poniéndose de pie. Le soltó la mano.

—¿Te parece?—se quedó él sentado.

—Estamos cansados. No sé lo que hago.

—Yo creo que sí lo sabes.

—De acuerdo. Lo sé. Por eso mismo, Cullen. ¿Estás dispuesto a que esto comience nuevamente?

—¿Esto?

—Esto. Nosotros. Todo. Casi nos hemos perdonado. ¿Podríamos volverlo a hacer si perdiésemos el control? Hemos avanzado mucho más de lo que nunca creí. No quiero destruir eso.

—¿Qué es la vida sin riesgos, Lee? ¿Crees que mantenerte segura te ha hecho sentirte viva, Lee? ¿No es eso a lo que se debían tus miedos?

—¡Quizás no me sienta viva, pero al menos no siento que estoy colgando de un precipicio! Porque así era como me sentía contigo, Cullen. Y tú sentías que te había encadenado y tirado la llave. No somos el uno para el otro. ¡Dios Santo, no hemos aprendido nada!

—Yo sí —dijo él, poniéndose de pie—. Y te lo diré. Amar no es escalar una montaña sin el equipo de seguridad. Es dar algo y recibir algo a cambio. Es un riesgo y sufrimiento, pero, te lo dice un jugador, vale la pena apostar.

—Pues a mí no me lo parece.

Él asintió, pero el calor de su mirada se hizo hielo mientras lo observaba.

—De acuerdo.

—Lo siento.

—Lo sé —dijo, pasando a su lado con cuidado de no tocarla.

Ella no se dio la vuelta ni lo siguió.

—Por favor. Tenemos que seguir trabajando juntos. Hagámoslo por Matthew.

—Nada impedirá que encontremos a nuestro hijo —dijo él, cerrando la puerta con cuidado detrás de sí.

Ella se quedó largo rato mirando la mesa con la comida que casi habían compartido y luego tiró su plato vacío al suelo, donde se rompió con estrépito.

A la mañana siguiente volarían hacia Darwin, desde donde un amigo de Cullen los llevaría en su avión hasta Jimiramira. No habían desayunado juntos y hablaron lo imprescindible hasta que se encontraron sentados en el autobús hacia el aeropuerto.

—Casi lo hemos encontrado —le dijo Cullen.

Ella le agradeció en silencio su forma de tranquilizarla. Si se sentía enfadado por su rechazo de la noche anterior, parecía que no lo iba a demostrar:

—Háblame del avión a Jimiramira, así sabré qué esperar.

—Este vuelo o te mata o te cura del todo el miedo a volar.

Ella hizo un gesto de exasperación con los ojos.

—Es un avión pequeño y John hace vuelos acrobáticos. Tendremos que recordarle de vez en cuando que no haga figuras en el aire.

—Estás decidido a no ayudarme, ¿no?

—No se puede ensayar todo en esta vida, Lee. John es el mejor piloto que conozco. ¿Crees que le confiaría tu vida a cualquiera?

El vuelo a Darwin fue corto, por suerte. Cuando bajó las escalerillas y caminó junto a Cullen hacia el edificio, tenía las piernas sorprendentemente firmes.

—John nos espera dentro —dijo él, mirando el reloj—. Probablemente se encuentre allí ya.

Había intentado llamar a Jimiramira esa mañana, pero no había habido respuesta tampoco.

—¿Vas a llamar nuevamente?

—Ya no. Matthew es capaz de escapársenos otra vez si sabe que llegamos.

—¿Por qué? Logró lo que quería. Un viaje a Australia. Ver a su abuelo.

—Eso es lo que le dijo a Simon. ¿Cómo sabemos que ese es el verdadero motivo del viaje? ¿Te has olvidado de la perla?

—Estoy programada genéticamente para acordarme de ella siempre.

—Pues la perla de las narices está en mis genes también.

—Eso significa que Matthew la tiene en dosis doble.

—Y podría significar que la lleva consigo, Lee.

—Puede que la tenga —reconoció por primera vez. Porque era un niño que había mentido y robado y para llegar a donde estaba. Un niño lleno de secretos—. Pero, ¿por qué? No se me ocurre ninguna explicación.

—La trae de vuelta a Australia. Apuesto a que cree que pertenece a Jimiramira. Eso es lo que Mei intentaba decirnos. Quizás fue ella quien le dio la idea.

El edificio era pequeño, con coloridas tiendas llenas de arte aborigen y camisetas llenas de canguros. Cullen la dejó un instaste para ir a buscar al piloto. Rodeada del ruido del aeropuerto, con las familiares voces australianas a su alrededor no pudo engañarse más. Había recorrido medio mundo nuevamente. Nuevamente, como ya lo había hecho una vez. Aquella, por amor. Esta por amor también.

El avión, un Cessna de cuatro plazas, remontaba las corrientes de aire como un águila. Ella tenía miedo, pero no tanto como había pensado.

—¿Qué significa Jimiramira?

—Grande, en aborigen. No había demasiada poesía en la vida de Archer Llewellyn. Quería algo grande y lo tuvo, aunque hay otras propiedades más grandes en el Territorio, o estaciones, como las llamamos aquí.

—¿Te preocupa ver a tu padre?

—Tendría que haber hecho esto hace rato. No es un hombre joven. Hay cosas que tenemos que decirnos.

—¿Por qué no has venido antes? —le preguntó suavemente.

—Quería que Soutern Cross funcionase por sí sola primero. No quería que papá creyese que le venía a pedir ayuda. Quería que supiera que venía a solucionar cosas, no porque quisiera algo. Me pagó más de una deuda cuando yo vivía con él. No quería que tuviese ningún temor de que eso volviese a suceder.

—Te pagó las deudas. ¿No demuestra ello un poco de afecto por ti, Cullen?

—Siempre creí que lo hacía porque no quería que afectara a Jimiramira. Conocía a los hombres a quienes yo debía dinero. No podía arriesgar su propia reputación.

Liana esperaba que Roman Llewellyn fuese lo bastante cariñoso para cuidar de Matthew.

—Ya estarnos llegando —dijo Cullen y gritó a John, que se lo confirmó—. De acuerdo. Lee. Ahora nos enteraremos de qué es lo que sucede.

El aterrizaje fue inesperadamente suave y no había nadie esperándolos, ya que no habían avisado que llegaban.

—Esperemos unos minutos. Seguro que nos han visto aterrizar. Si no vienen, podemos ir andando, no queda lejos.

—¿Qué se siente al estar en casa? —le preguntó a Cullen mientras se espantaba los tábanos con la mano.

—Mi casa es la casa que compartí contigo.

El corazón le dio un salto en el pecho.

Cullen se alejó a hablar un segundo con el piloto que miraba algo en el motor. Una nube de polvo se acercaba a la distancia. Cuando Cullen volvió, una camioneta destartalada frenó junto a la pista y el conductor paró el motor.

—John está haciendo un arreglo y se quedará aquí. Yo vendré más tarde a avisarle de cuáles son los planes.

Un aborigen de pelo gris salió de la camioneta y se les acercó. Cullen sonrió y tendió la mano.

—Luke, cuánto tiempo.

—Cullen —dijo Luke, esbozando una cálida sonrisa.

—¿Está mi padre aquí? —preguntó Cullen.

—Winnie me ha dicho que os lleve a la casa —dijo él, encogiéndose de hombros, como si no supiese.

Cullen agarró las dos maletas y lo siguió a la camioneta.

—¿Winnie? —preguntó Liana.

—Ha de ser la ama de llaves. No la conozco. Cuando yo vivía aquí, papá no podía permitirse una ama de llaves.

—Ella lleva mucho tiempo con el jefe —dijo Luke—. Harold, su marido, es el administrador.

Cullen lanzó un suave silbido.

—¿Papá permite que alguien más administre la estación?

Se detuvieron frente a la casa y Liana registró los detalles mientras buscaba a Matthew con la mirada. Esperaba que estuviese en el porche, pero nada se movió en el calor de la tarde.

—Es hermosa —le dijo a Cullen—. Un oasis. Después de la historia de Mei, no sabía qué esperar.

—Papá la construyó para mi madre.

—¿Fue feliz ella aquí? ¿Lo recuerdas?

—Sí. Fue una buena vida para todos nosotros mientras ella vivía.

Se bajaron del coche y Luke les dio las maletas antes de irse a aparcarlo.

—Supongo que nos esperará Winnie —dijo Cullen—, y con un poco de suerte, una pareja de Llewellyns.

Winnie esperaba en la puerta y le bastó a Liana con verle la pena en los ojos para saber que su hijo no estaba allí.

—Su padre no está —le dijo a Cullen sin preámbulos después de las presentaciones—. He hecho té. Entren a tomar una taza.

Liana miró a Cullen, que le pasó un brazo por los hombros.

—Gracias —dijo ella tensamente—. Nos vendría bien una taza.

La cocina era grande y ventilada. Estaba limpia como un quirófano. Winnie les indicó que se sentaran a la mesa.

—Por favor, Winnie —dijo Liana—, díganos qué es lo que sucede. Hemos estado desesperados de preocupación. No supimos que Matthew había venido a Australia hasta ayer.

—Anteayer —corrigió Cullen—. Creo.

Winnie sirvió el té y se acercó a la mesa con la bandeja. Les ofreció azúcar y galletas antes de sentarse ante su taza.

—Les contaré todo, porque sé lo que estarán sintiendo. Y porque ya ha habido suficiente dolor en esta casa. Su hijo llegó… —estiró los dedos de la mano y pareció contar hacia atrás—. Martes, sí, exacto, el martes. Su padre no tenía ni idea de que venía. Recibió una llamada de Helen Myrtle, que tiene un bar de carretera con unas habitaciones y una tienda —tomó un trago de té—. Como le decía, Helen llamó al jefe y la dijo que su nieto y una chica,..

—¿Una chica? —preguntó Liana.

—Sí, querida, una chica. Déjeme que le explique —procedió a hacerlo. Cuando les hubo contado sobre la llegada de Matthew, sobre Tricia y los padres de Tricia, se apoyó en el respaldo de la silla—. Me sorprende que se hayan dado cuenta tan pronto de dónde estaba.

—Winnie, llamé a Jiimramira más o menos cuando usted dice que llegó Matthew y pedí hablar con mi padre. Alguien me dijo que estaba en la otra punta de la propiedad y que no volvería en unos días.

—Ya lo sé. Fui yo y la verdad es que no me enorgullezco de haberle mentido. Pero me di cuenta de quién era inmediatamente. Tiene la misma voz de su padre por teléfono, ¿sabe? Y sabía por qué estaría llamando. Quería…

—¿Qué?—exigió Cullen.

—Quería que pasasen un poco de tiempo juntos, se da cuenta. Tenía miedo de que usted hiciera que su padre le mandase al chico a casa inmediatamente. Sabía que tarde o temprano el jefe haría que Matthew la llamase a usted, cosa que hizo, naturalmente. Supongo que lo que intentaba era darles un poquito de tiempo.

—Pero nunca recibimos una llamada de Matthew —dijo Liana.

—No me sorprende. El chico quería que fuese un secreto. Quizás logró engañar al jefe también cuando le dijo que la había llamado.

—El muchacho sigue sin aparecer —señaló Cullen—. Winnie, ¿dónde está Matthew? ¿Y mi padre?

Winnie se terminó el té antes de responder, como buscando fuerzas para hablar. —Eso es lo que no sé, ¿sabe? Lo siento de verdad, pero ayer por la mañana me levanté temprano, como siempre, e hice el desayuno. Hice más de lo normal, por su hijo. Ese sí que come. Le encantan las salchichas. Luego fui a llamarlo. Pensé que era raro que su padre no se hubiese levantado ya. Es puntual como un reloj. Cinco en punto todas las mañanas, ni un segundo más tarde. Todas las mañanas…

Debió ver la impaciencia en los ojos de Liana, porque fue derecho al grano.

—Matthew no estaba en su habitación —dijo contrita—. Había usado la cama, pero todas sus cosas habían desaparecido. Así que fui a decírselo al señor Llewellyn, pero su habitación estaba vacía también. Me temo que los dos se habían ido. Y nadie ha sabido de ellos desde entonces.

—Parece que se han ido en uno de los coches —dijo Cullen cuando volvió de interrogar a los empleados, incluido Harold, el marido de Winnie—, uno de los todoterrenos de la finca. Harold cree que se han llevado provisiones también. Parece ser que papá se llevó unas bujías, una batería y otras cosas del almacén. Todo el mundo lleva esos repuestos y gasolina cuando sale en el coche. Si no puedes arreglar tu propio coche, quizás tengas que esperar días hasta que alguien te auxilie.

—¿No le dijo a nadie que se iba?

—Como es el jefe, puede hacer lo que le venga en gana —dijo Cullen, haciendo un gesto desesperanzado con las manos—. Será difícil localizarlos, nos llevan bastante ventaja.

—¿Y si alguien más ha seguido a Matthew hasta Jimiramira, Cullen? ¿Y si alguien lo encontró con tu padre?

—Estaban bien los dos la noche anterior. Dice Winnie que les sirvió el té. Es evidente que no querían que los oyeran y se fueron a hurtadillas. Por algún motivo, mi padre no quiere que los encontremos todavía.

—¿Por qué? —preguntó Liana, metiéndose el cabello detrás de las orejas.

—No lo sé, Liana. Necesito un poco de tiempo para pensarlo. Voy a ir a preguntarle a John si puede esperar un poco hasta que veamos qué vamos a hacer.

—¿Qué puedo hacer mientras?

—¿Por qué no miras en el cuarto donde durmió Matthew? Quizás encuentres alguna pista allí.

Winnie le indicó la habitación y Liana la revisó metódicamente, pero no encontró nada. Se hallaba allí cuando volvió Cullen.

—He estado pensando en lo que has dicho, Lee. Puede que tengas razón y papá sólo quería mostrarle a Matthew la propiedad sin que nadie los interrumpiera. Dondequiera que hayan ido, se ocupará de él.

—¿No los podríamos encontrar desde el aire?

—John dice que el tren de aterrizaje estará listo para mañana. Si le parece bien, podemos dar una vuelta por si los vemos. Pero ahora lo tiene desarmado.

—Había otro avión en la pista.

—John dice que le traía un repuesto. Hace un mes que está parado. Y él helicóptero está en uno de los campamentos. Aprovechemos para mirar el despacho de papá a ver sí encontramos una nota.

El despacho era una habitación amplia y ordenada, con librerías en las paredes, un archivo y un escritorio. Cullen echó una mirada por encima pero no encontró nada.

—Nada a la vista —dijo, sentándose en la sitia. Levantó un papel de una pila y lo leyó, mientras Liana se ponía en cuatro patas para ver si alguna nota se había caído al suelo—. Bonito espectáculo —dijo y Liana se dio la vuelta rápidamente, poniéndose de pie.

—Si quieres, yo miro los pápeles y tú te agachas —le dijo, enrojeciendo.

—Yo estoy encantado así —dijo él, revisando una pila tras otra de papeles—. Parece que papá está cruzando los Hereford con Brahman. No le resultará fácil en una propiedad de este tamaño. Demasiados toros salvajes por todos lados —sacó otro documento—. Ha cancelado algunos créditos recientemente…

—¿Nada de Matthew?

—No. Sólo el tipo de papeles que uno esperaría que… —se inclinó hacia delante, frunciendo la frente.

Liana se limpió las manos en los pantalones.

—¿Has encontrado algo?

Cuando él no le respondió, ella se acercó a la mesa.

—¿Qué es, Cullen?

—La respuesta a muchas preguntas —dijo, dejando el documento sobre la mesa.

Ella no titubeó. Le apoyó la mano en el hombro, frotándoselo automáticamente en un gesto muy conyugal.

—¿Te encuentras bien?

Él se apoyó en el respaldo de la silla y cerró los ojos. Ella se colocó detrás de él y comenzó a hacerle un masaje en serio con ambas manos.

—Siempre me encantaba que me lo hicieras —suspiró él.

—Me da la sensación de que todavía te gusta.

—¿Recuerdas que te dije que alguien le prestó a Southern Cross suficiente dinero para consolidar las deudas y mantenernos a flote después de que yo me hubiese jugado todo su capital?

Todo encajó de golpe, y ella supo lo que él le iba a decir.

—Era mi padre. Aquí hay una carta del banco que me consiguió el préstamo. Una cancelación del préstamo.

—¿Nunca sospechaste que el inversor era tu padre?

—Pensé que él sería el último en ayudarme. Cuando me mandó a Southern Cross, me dijo que estaba seguro de que fracasaría y que esa sería la última herencia que conseguiría de él.

—Cuando la gente está enfadada a veces dice cosas en las que no cree, Cullen. Dios sabe que nosotros lo hemos hecho con frecuencia.

—¿Por qué crees que lo hizo, Lee?

Ella continuó masajeándole la espalda.

—Quizás él sabía lo que significaba perder todo. Quizás no quería que tú pasases por lo mismo.

—No lo conoces.

—Parece que tú tampoco —dijo ella, sintiendo que se liberaba de un gran peso. Se había imaginado que Matthew estaba con un hombre incapaz de sentir cariño. Ahora se daba cuenta de que Roman era capaz de más—. Cullen, es un hombre más cariñoso de lo que tú crees. Y te quiere.

—Dios Santo…

Liana pensó en todos los errores que se habían cometido, todo el amor desperdiciado, todas las desgracias que habían sufrido ambas familias.

Y pensó en Matthew, cuya herencia no era Jimiramira, no era Pacific International, no era Southern Cross, ni siquiera era La Perla del Gran Precio, sino todos los errores que esas dos familias habían cometido durante generaciones.

—Tenemos que encontrar a nuestro hijo, Cullen. Y tenemos que encontrar a Roman. Antes de que les suceda algo.

—Creo que sé dónde ir, Lee.

Ella esperó, sin atreverse a preguntar.

—Se han ido a Pikuwa Creek —dijo Cullen—. Es el sitio de nacimiento de Matthew. Le correspondió a papá por derecho de nacimiento. Creo que han vuelto allí. Juntos.

Matthew se preparó para otra sacudida. El día anterior habían viajado todo el día por un camino de tierra que atravesaba el corazón de Jimiramira y otras propiedades que parecían tener más rocas, ríos secos y matorrales que vacas. Ese día, después de una noche bajo las estrellas y un desayuno de té y pan cocido en el rescoldo, se habían levantado antes del amanecer y conducido más rápido, con una sola parada en una rústica gasolinera para cargar gasolina y el mejor filete que había comido en su vida.

—Abuelo, ¿por qué no os habláis papá y tú?

Roman esquivó un bache que en la época de lluvias hubiese sido un estanque.

—Te ha llevado un tiempecito preguntar.

—Te ha llevado tu tiempecito confiar en mí.

—¿Qué te hace pensarlo, muchacho?

—Porque no me mandaste a casa cuando te mostré la perla.

—Soy un redomado imbécil.

—Parece que es hereditario, ¿eh? —sonrió Matthew—. Entonces, ¿por qué no os habláis tú y mi padre?

Matthew dejó que su abuelo se concentrara en la conducción hasta que el camino se hizo más liso. El sol comenzaba a ponerse, y a juzgar por el día anterior, seguirían conduciendo hasta que se hiciera noche cerrada, hasta que Roman estuviese demasiado cansado para seguir.

—Tu padre y yo nunca hablamos demasiado —dijo Roman por fin—. Nunca mis respuestas le parecieron suficientes, así que comenzó a buscar la compañía de otros. Vagabundos que provenían de otras propiedades, se quedaban un día, sacaban lo que podían y luego se iban. Tendría que haberlo vigilado más estrechamente y haber acabado con ello, pero siempre estaba trabajando en una punta u otra de la estación, lejos de él demasiado tiempo. Le enseñaron a jugar, pero no le enseñaron a parar.

—Papá no juega más. Hace mucho tiempo.

—Algo he oído.

—¿En serio? —preguntó Matthew, sorprendido.

—Uno se entera de cosas aunque no quiera.

—Tú quieres enterarte de mi padre, ¿no?

Roman no lo negó.

—Un día tuvimos una pelea. Lo mandé al oeste, a Pikuwa Creek. Pensé que estaría mucho mejor si no me tenía que preocupar más de él.

—Nunca dice nada malo de ti, ¿sabes? —dijo Matthew—. Pero me dijo que algún día vendría a casa para aclarar las cosas entre tú y él. Tanto si tú quieres como sino.

—¡Clásico de mi hijo! —lanzó Roman un resoplido.

—¡Tu hijo es el mejor padre del mundo!

—Pues, como no lo ha aprendido de mí, supongo que tengo motivos para estar orgulloso de él.

Matthew se tranquilizó, pero después se puso triste.

—No creo que se sienta demasiado orgulloso de mí. No comprenderá lo que he hecho.

—¿Y tu madre?

—La perla le está destruyendo la vida. Un día ni siquiera podrá salir del apartamento. Quizás cuando la perla no esté de una vez por todas ella vea por qué tenía que hacerlo.

—Mira, muchacho —dijo Roman.

En la luz del crepúsculo, contra unos eucaliptos, dos canguros saltaban junto a la huella.

—¡Qué fuerte!

—Llegaremos a Derby mañana antes del mediodía. Seguro que mi amigo Pete nos prestará una barca. Se ha ofrecido tantas veces en el pasado…

Roman ya le había contado la historia de su amigo, que lo había ayudado a enviar ganado a Asia cuando ése era el mejor mercado. Se había jubilado ahora y se dedicaba a restaurar barcos viejos en Derby, al norte de Pikuwa Creek.

—¿Crees que podremos navegar solos, abuelo?

—Ya cruzaremos el puente cuando lleguemos a él, muchacho. Ahora tenemos que parar. Estoy agotado.

* * *

—¿Por qué has venido conmigo, abuelo? —preguntó Matthew cuando se encontraban tendidos mirando las estrellas. Roman se mantuvo silencioso tanto tiempo que pensó que ya se había dormido.

—He descubierto un par de cosas sobre el tiempo con los años. Uno siempre cree que le sobra, Matthew. Luego, un día, te das cuenta de lo equivocado que estabas. Nadie tiene suficiente. Y a veces hay cosas que hay que hacer mientras se pueda.

—¿Qué cosas? —preguntó Matthew.

—Cosas, como que La Perla del Gran Precio no haga daño a nadie de nuestra familia otra vez.

Matthew sintió una oleada de valentía.

—¿Cosas como conocer a tu nieto?

—¡Cielo Santo, muchacho! ¡Ya es hora de dormir!

Matthew se quedó largo rato mirando la Cruz del Sur y recordando a su padre, cuya empresa se llamaba así: Southern Cross.

Cullen miró a Liana mientras John se acercaba a la pista de aterrizaje de Southern Cross. Quizás nunca dejaría de tener miedo a volar, pero estaba claro que lucharía contra cualquiera que quisiera hacerle daño a su hijo.

—No te equivoques, Cullen —le dijo ella, como si le hubiese leído el pensamiento—. Cuando esto acabe, probablemente me arrastraré bajo una cama y me quedará allí un año.

—¡Qué va! Estás recordando lo que es no estar muerta de miedo todo el tiempo.

Esa mañana habían volado por encima de Jimiramira buscando el todoterreno o señales de un campamento, pero no habían encontrado nada. A las diez se habían dado por vencidos y se habían vuelto a cargar combustible para partir hacia Pikuwa Creek.

—Mira, mira —señaló Cullen—. ¿Ves eso que brilla en el agua? Son las balsas de aluminio que sujetan los paneles con las ostras en el agua. Les sacarnos una radiografía antes de meterlas allí, así que sabemos que contienen perlas.

—Hay un montón.

—No somos la granja más grande, pero sí la mejor.

—A Matthew le encantará. No es lo mismo que oír historias. Si viene…

—Seguro que vendrá.

—Me digo todo el tiempo que está bien. Después de todo, está con tu padre. Pero tengo un presentimiento… —meneó la cabeza.

—Remitámonos a los hechos. No tenemos evidencia de que lo hayan seguido a Australia —la voz se le endureció—. Y si para ello tengo que usar la cabeza e ignorar todo lo demás, eso es lo que haré.

Ella se mantuvo en silencio hasta que John aterrizó.

—No puedo creer que esté aquí de nuevo —dijo ella tan bajo que casi no se oyó.

—Encontrarás todo muy cambiado.

—He cambiado y tú también, ¿por qué iba a ser diferente Pikuwa Creek?

Porque algunas cosas permanecían exactamente iguales.

Intentó imaginarse la casa a través de los ojos de ella, pero no pudo. No podía recordar cómo había sido la casa diez años atrás, porque los cambios que había hecho habían sido graduales y terapéuticos. La energía que no había dedicado a Southern Cross Pearls, la había invertido en el *bungalow* que había compartido con Liana y su hijo.

—Es… —ella se dio la vuelta y los ojos le brillaban—. Es espectacular, Cullen. Has hecho un milagro.

Cullen no se había dado cuenta de que necesitaba que ella reconociese su trabajo. Honestamente había creído que el placer y la curación que le había producido renovar la casa y diseñar el paisaje habían sido suficientes. Pero estaba equivocado.

—¿Lo has hecho tú?

—En su mayoría.

—Es perfecta. Me encanta el tejado rojo. ¿Es de hierro, como en Jimiramira? Parece un templo chino.

—Es estilo Broome, así en la época de las lluvias, el agua escurre fácilmente.

—Has ampliado la galería, ¿no? Y el enrejado de los costados… Has plantado mucho también. Acacias, poincianas, ¿ésa es una buganvilla?

De repente alguien se asomó a la galería. Una mujer joven de rizos cortos y rubios, y el hechizo se rompió.

—Allí está Sarah —le dijo él, apoyándole la mano en la cintura y empujándola hacia delante—. Déjame que te la presente y luego veremos qué sabe.

La ilusión que reflejaban los ojos de ella se desvaneció y pareció por un instante que no se podía mover del sitio. Él sabía que tenía miedo a lo que Sarah les pudiese decir.

Subieron los escalones mientras ella los esperaba la sombra.

—Soy Sarah —se presentó, tendiendo una mano a Liana—. Todavía no hemos oído nada de ellos, pero he alertado a todos los hombres y las mujeres de la granja

para que tengan los ojos abiertos. ¿Qué queréis que haga ahora? Podría llamar a la policía de Broome Derby.

Cullen nunca se había sentido más agradecido su calma eficiencia.

—¿Has mirado mi correo electrónico?

—No hay nada allí. Lo siento.

—No sería mala idea alertar a la policía —dijo Liana, después de murmurar un cortés saludo a Sarah.

—Será mejor que lo haga yo. Puedo dar una descripción mejor. ¿Quién está en la granja hoy?

Ella le dio de memoria una larga lista de nombres.

—¿Tantos?—se sorprendió Liana.

—No es el sitio que tú conocías, Liana. Tenemos una tripulación permanente de más de cincuenta hombres y ayuda extra de vez en cuando durante el año. Sarah, ¿quieres llevar a Liana a dar una vuelta mientras arreglo las cuentas con el piloto y llamo a las comisarías? Tengo otras llamadas que hacer. Lee, cuando hayas visto todo lo que desees ver, vente a la casa y té acomodaremos.

—¿Lista para echar un vistazo? —le preguntó Sarah.

Cullen se preguntó si iría. Necesitaba estar solo para hacer sus llamadas, sentirse libre de expresar sus peores temores, para que la policía lo tomase en serio.

—De acuerdo —dijo Liana—. Pero Cullen, si oyes algo, si sucede algo…

—Te iré a buscar a la carrera.

—Siempre deseé que Matthew y yo pudiésemos nadar aquí. Pero las mareas nos habrían llevado si los cocodrilos no lo hubiesen hecho antes.

Se hallaban al borde de una playa de arena blanca que bajaba a la bahía, y la recordaba perfectamente.

—La marea es la razón por la que nuestras perlas son tan buenas. Una pulgada por minuto. Todos esos nutrientes que pasan por la concha. Es el sitio perfecto. Si Cullen quisiese vender, tendría una cola hasta Broome de compradores.

Se oía el orgullo en la voz de la otra mujer, pero Liana se preguntó si no habría algo más. Sarah llevaba cinco años allí, y aunque Cullen le había jurado que su relación era totalmente profesional, Liana se preguntó de quién habría sido la elección.

—¿Traen las conchas a la costa para sembrarlas?

—No, lo hacen en el barco. Cullen fue uno de los primeros en darse cuenta de el valor de hacerlo así. Las ostras se suben a nuestro barco, el Southern Cross, se

siembran y se ponen en el fondo del océano otra vez. Pero hay que darlas vuelta y limpiarlas durante cuarenta días para que se forme una perla.

Liana conocía el proceso de sembrado. Se abría la concha y se le insertaba una cuña. Luego un técnico muy experimentado hacía una incisión en el molusco e insertaba un minúsculo núcleo fabricado expresamente para ello. Luego, durante un período de meses, la ostra segregaba nácar para protegerse de ese cuerpo extraño, enquistándolo y produciendo así la perla.

—¿Sigue siendo igual de caro el proceso? ¿Hay técnicos australianos que lo hagan ahora?

—¿No sabía que lo hace Cullen?

—¿Cullen?

—Es famoso en la zona porque siembra todas sus ostras él mismo, a bordo del Southern Cross. Por eso la compañía ha crecido de forma tan espectacular.

—¡Qué genial!

—El éxito de la siembra es alrededor del treinta por ciento. De esas perlas, sólo un cinco por ciento será de calidad. El resto serán irregulares…—se interrumpió Sarah, avergonzada—. Perdone, seguro que ya lo sabe.

—… o keshi —dijo Liana, recordando lo mucho que le gustaba mirar las perlas keshi—. Siempre le gustó trabajar con ellas. Perlas rebeldes.

—A mí también me gustan —dijo Sarah, lanzando le la primera sonrisa genuina—. Pero el éxito de Cullen es mucho más que la media. El diez, incluso el quince por ciento de sus perlas es de calidad. Y casi el cincuenta por ciento de sus implantes tiene éxito.

—¿Sabe él por qué?

—No, pero yo creo que es porque canta cuando trabaja.

—¿En serio?

—Las adora. De verdad. ¿Sabe lo que dicen de hablarles con cariño a las plantas de interior?

Liana se imaginó a Cullen cantando con su adorable voz fuera de tono a las ostras, como muchas veces le había cantado a su bebé.

Sarah siguió explicándole el negocio mientras caminaban por la propiedad.

—Se ha convertido en una industria muy productiva, ¿no? —Cullen había sacado a flote un negocio endeudado y lo había convertido en lo que obviamente era una granja perlera rentable. Y en el proceso había logrado la lealtad y quizás el amor de esa mujer.

—Todavía somos pequeños, pero estamos expandiéndonos rápidamente. Cullen es quien tiene ojo para el negocio, ¿sabe? Sabe cuándo correr riesgos y cuándo no.

Liana canturreó una canción.

—¿Perdón? —dijo Sarah.

—Nada. La canción de un jugador. Cuando estábamos casados, era una de las favoritas de Cullen.

—Supongo que éste es un tipo de negocio que le va a un jugador —dijo Sarah—, aunque le puedo asegurar que no hay nada de temerario en la forma en que lo lleva. Todos los empleados tenemos voto y todos recibimos una participación en los beneficios. Le pedimos que se mantuviese firme cuando quería probar algo nuevo y nos escuchó. Eso no es característico de un jugador, ¿no? En fin, me alegro de conocerla, Liana. Siempre había querido hacerlo.

—¿Por qué?

—He visto parte de su trabajo. Usted tiene un enorme talento. Brillante. Él se niega a tener un joyero en la empresa, ¿sabe?

—¿Por qué?

—Creo que no quiere que nadie más engarce sus perlas.

Liana no quería pensar en ello. De repente, el aire le pareció pesado y quieto, pero tenía el cuerpo cubierto de sudor frío. Sacudió la cabeza, pero fue peor.

—No diseño ya joyas, Sarah. Probablemente no podría si quisiera.

—Qué pena.

—La gente cambia, y sus intereses también.

—Pues espero que los míos nunca cambien. Adoro este sitio y todo lo que hacemos aquí.

Liana también había adorado ese sitio y al hombre que lo poseía. Había odiado al mismo hombre cuando él lo había perdido todo en el juego. Y, finalmente, ella también había apostado. Había tirado los dados y se había llevado sus ganancias cuando había abandonado a Cullen y marchado de Pikuwa Creek.

¿Y qué había perdido en el cambio? A pesar de estar inmersa en el conocido ataque de pánico, la respuesta estaba clara. Había perdido su alma, su corazón, la musa que guiaba su mano y su imaginación. Había perdido un hombre porque él había cometido un terrible error y luego ella se había dedicado a cometer el suyo.

Odiaba Pacific International y su puesto allí. Odiaba el tipo de vida que había acabado llevando, resultado de su desesperada ansiedad de seguridad. Odiaba a la mujer en la que se había convertido.

—Vamos a la sombra —dijo Sarah, agarrándola del brazo. Liana rechazó su ayuda.

—No tiene nada que ver con el calor —dijo, apretando los ojos. Se sentía catapultada en el tiempo por los latidos de su corazón a un sitio que Sarah no había visto nunca, una pequeña granja perlera de cochambrosos edificios y barcos que hacían agua, tripulados por hombres que sólo aparecían a regañadientes cuando se habían bebido la paga en el bar local.

A pesar de lo que había pasado, ella también adoraba el sitio. No la habían hecho irse ni el calor, las moscas, las serpientes venenosas o los cocodrilos. Tampoco la habían obligado a irse los errores de Cullen, como se había intentado convencer durante diez años. La había hecho irse una infancia que la había destrozado. No había encontrado la paz o la felicidad allí porque nunca la había buscado en el único sitio donde la podía encontrar.

Dentro de sí misma.

—¿Lee?

Abrió los ojos y Cullen se hallaba frente a ella. No sabía el tiempo que llevaba allí, reviviendo los años de su matrimonio.

—Tienes la piel tan helada como el agua del mar —dijo él, tomándole el rostro entre las manos.

Ella se las cubrió con las suyas.

—Lo siento, Cullen. Perdóname por creer que era culpa tuya. Por tener tanto miedo de que Matthew te quisiera más que a mí. Por dejarte cuando más me necesitabas.

—Tuviste que hacerlo —dijo él, meneando la cabeza—. Hiciste bien en hacerlo.

—Me fui tan lejos porque te seguía queriendo, ¿comprendes?

—Entonces también lo comprendí.

—Y mira lo que has hecho. Mira en lo que te has convertido. Yo te abandoné, aunque sabía que tú tenías todo esto dentro. Me marché y abandoné todo lo que era a cambio de Pacific International. Y eso me ha destruido.

Él no dijo nada, porque no había forma de que lo comprendiese completamente.

Ella se dio la vuelta y miró la bahía, donde las ostras flotaban, ignorantes del tesoro que escondían en sus entrañas.

—Durante diez años no he hecho más que asustarme más, tener mayor inseguridad, convencerme de la necesidad de protegerme de los demás.

—No te ha destruido.

—¿No te das cuenta? Para mi padre, lo único que hice bien en mi vida fue tener a Matthew. Y él sabía perfectamente que los hijos aprenden copiando. ¿Qué ha visto Matthew en mí? No tengo vida real aparte de mi trabajo. Mi trabajo es tan estrecho como las paredes que me rodean. Yo soy mi padre, soy Thomas Robeson. Y cada día le enseño a mi hijo a ser como soy.

—Te olvidas de una diferencia. Lo adoras y él lo sabe.

—¡Pero se ha ido! —se dio vuelta en sus brazos y le empujó el pecho—. ¡Fui yo quien lo obligué a ello! ¡Se vino por su cuenta porque yo no lo dejaba que viniese a verte! He intentado controlarlo de la misma forma en que Thomas intentaba controlarme a mí.

Cullen le volvió a enmarcar el rostro con sus manos mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Escúchame un momento. Primero, encontraremos a nuestro hijo y le preguntaremos por qué huyó. Ninguno de los dos seguirá culpándose de nada hasta que él nos lo diga.

—¿De qué te tienes que culpar tú…?

—Segundo —la interrumpió él con firmeza Desde este mismo instante, nos olvidaremos del pasado. Se acabó. Yo cometí errores. Tú cometiste errores. Pero ya paso. Éramos jóvenes e hicimos lo que pudimos. Basta, terminado.

—¡No ha acabado nada! ¡Nuestro hijo ha desaparecido!

—Lo único que importa ahora es el futuro, Lee.

Ella se quedó totalmente quieta intentando absorber sus palabras.

—Sí —le dijo él—. Es así de sencillo. Deja que sea sencillo.

—Quiero recuperar esos años —dijo ella en voz apenas audible—. ¿No te das cuenta? De eso es de lo que se trata.

—Pero no los podemos recuperar. Sólo tenemos los años que vienen. Y dependerá de nosotros, ¿no? Cómo los vivimos. Porque sólo nosotros somos quienes decidimos lo que va a suceder.

Capítulo 24

El interior de la casa era diáfano y ventilado. El salón tenía el mobiliario básico, con unas fotos de Matthew en la pared detrás del sofá a cuadros. Pilas de libros y algunos ordenadores testificaban que Cullen pasaba algún tiempo allí.

—Puedo poner el aire acondicionado, si quieres —dijo, quitando una pila de papeles para que ella se sentase.

—No te molestes —dijo ella, meneando la cabeza. Soplaba la brisa de la bahía por las ventanas abiertas y la casa era cómoda.

—Te traeré algo de beber.

Ella se encontraba agotada. Mientras descansaba, oía las olas en la playas y los gritos de los hombres en la distancia.

—Sarah debe de haber hecho compras. Encontré zumo.

Cuando aceptó el vaso, se alegró de ver que no le temblaba el pulso.

—He puesto tus cosas en la habitación de Matthew.

—¿De Matthew?

—Siempre pienso en ella así, aunque la casa esté tan diferente. Pero está por donde estaba la que él usaba cuando era pequeño.

—¿Recuerdas cuando comenzó a salirse de la cuna por la noche y metérsenos en la cama?

—Recuerdo que podía ser un incordio —dijo sonriendo, y ella le devolvió la sonrisa. A pesar de todo.

Se quedaron en silencio pensando en su hijo.

Cullen dejó el vaso sobre la mesa cuando los dos habían pensado demasiado.

—La policía está alerta, Lee. Me conocen, escucharon todo lo que les he dicho. Whitey Pendergast en Derby me prometió que llamaría a un tipo que conoce en Hall's Creek para preguntarle si ha oído algo.

—Ya tendrían que haber llegado, Cullen. Salieron de Jimiramira hace días.

—Esto no es California. Podrían estar arreglando algo a la vera del camino. Matthew va a ver la verdadera Australia.

—Mira —dijo ella emocionada, al ver que él intentaba protegerla—, tendrás tus cosas que hacer. Hagamos un trato. Yo voy a descansar un rato y luego cocinaré algo. Cuando estés listo, ven.

—De acuerdo. Volveré a eso de las seis —se caló el sombrero—. No sé lo que encontrarás en la cocina, pero cuando vivías aquí, hacías maravillas con nada.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Durmió una hora en el sofá, y luego recorrió la casa, asombrándose de los cambios que él había hecho y lo cómodas y hermosas que se veían las habitaciones, con sus amplios ventanales hacia la bahía.

Pero no pudo enfrentarse al estudio. Evitó esa parte de la casa como si fuese la escena de un asesinato. Cullen había arreglado esa habitación para ella al principio de su relación, antes de su embarazo, antes de su boda, antes de que todo comenzase a desintegrarse. El estudio había sido su santuario, y ella se había pasado horas dichosas allí, convirtiendo las perlas de Cullen en arte.

Y ella había tenido éxito. Más éxito del que ninguno de los dos había soñado. Su trabajo se había vendido en Sídney, París y Tokio, alcanzado precios que la habían asombrado. Había incluso pensado en contratar personal, sacar una marca propia, abrir sus propios salones de exposición en Broome o Darwin. Antes de que Cullen le arrancase con el juego el corazón a Southern Cross, antes de que su matrimonio sucumbiese a una plaga de silencio, seguido de recriminaciones y mentiras. Antes de que agarrase a Matthew y dejase a su joven esposo para siempre y volviese a San Francisco y a las tiránicas exigencias de su padre.

Evitando abrir la puerta de lo que había sido su estudio y que seguro que sería otra cosa, se fue a la cocina, donde la invadió la nostalgia. La cocina estaba como la había dejado ella, con quizás unas cacerolas nuevas. Había un mantel rojo cereza en la mesa del rincón, probablemente para alegrar el viejo linóleo de los armarios.

Encontró las cosas en las mismos armarios en que se guardaban durante su época allí y se puso a cocinar. Preparó pollo con verduras y arroz, y cuando estuvo listo, sacó los cubiertos y los platos que había comprado en Broome antes de que Matthew naciese.

Cullen llegó tarde, pasadas las seis. Cuando entró en la cocina, le echó una mirada a su cara expectante.

—Tengo un poco de información.

—¿Ha llamado la policía?

—No —dijo él, colgando su sombrero en una percha junto a la nevera—. Me he pasado la tarde llamando a las distintas estaciones a lo largo de la ruta que probablemente haya tomado papá. No he tenido suerte, pero Winnie me ha llamado.

—¿Winnie? ¿Qué dijo?

—Mientras me estaba contando que nadie sabía nada de mi padre, se le ocurrió llamar a la amiga con la que Matthew apareció en Jimiramira.

—¿Tricia?

—Exacto. Así que cortó conmigo y la llamó.

—¿Y?

—Y resulta que Matthew le había dicho a Tricia que tenía planes de venirse a Australia Occidental.

—Entonces tienes razón. Es verdad que viene hacia aquí.

—No es demasiada información, pero mejor que nada.

Liana se volvió hacia la cocina. El corazón le galopaba en el pecho, no sólo por las noticias de Matthew, sino también por los recuerdos. ¿Cuántas veces había colgado el sombrero Cullen en la misma percha y se había quedado luego en el umbral de la misma puerta esperando mientras ella le daba los últimos toques a la comida? El pasado y el presente se confundían. Si ya no sentía que tenía veinticuatro años, ¿cómo seguía sintiendo las mismas emociones?

—¿Te gusta la casa?

—Has hecho maravillas. Has trabajado muchísimo.

—¿La has visto toda?

Ella se dio la vuelta y meneó la cabeza en respuesta. Cullen no pareció sorprendido, aunque ella se preguntó si se habría dado cuenta de la habitación que había elegido evitar.

—Me gusta la galería. ¿Servimos aquí y llevamos los platos?

—Iré a ver si hay que pasarle un trapo a la mesa.

—Ya lo he hecho yo. Échame una mano con esto.

—Huele que alimenta. No te has olvidado de cómo hacerlo.

—Supongo que será como montar en bici.

Ninguno de los dos hizo gesto de servir la comida. La respiración de Liana se hizo entrecortada, pero no era por el pánico.

—Como mi amor por ti, que nunca ha muerto.

Lo dijo tan bajo que durante un segundo ella no estuvo segura de haberlo oído.

—Lo dices de broma.

—Lo digo muy en serio.

Ella no podía apartar la mirada de sus ojos.

—Hace diez años que no nos vemos.

—Cuando acabé de hacer el trabajo que tuve con mi corazón, me di cuenta de que seguías en él. Hace bastante que lo sé, y lo he aceptado.

Se le acercó más, le acarició la mejilla y sonrió tristemente.

—No es que te esté pidiendo una segunda oportunidad. No pretendo nada con esto, sólo que sepas que tú querías amor y que siempre te ha estado esperando aquí.

La única forma de huir de la intimidad de su mirada fue cerrando los ojos.

—Abre los ojos —le dijo él, acariciándole el rostro, luego el cabello.

Se quedaron mirándose conteniendo la respiración. Luego ella se encontró en sus brazos, apretándose cadera contra cadera, los pechos aplastados contra su torso, las manos hambrientas recorriéndole la espalda. Los labios de él fueron duros contra los de ella, pero ella tampoco le dio cuartel. Le devolvió cada beso, lengua contra lengua, rozando, tomando y soltando, exigiendo.

Ella gimió, porque de repente se convirtió en una criatura de profundos y puros anhelos. Necesitaba volar alto con él, como lo había hecho al principio de su matrimonio. Necesitaba que no hubiese seguridades, garantías, contratos. Pensó brevemente en Matthew, pero esa noche lo único que podía hacer por su hijo era amar a su padre.

—Di que no, y dilo ahora —dijo Cullen con los labios contra su garganta—. Luego será demasiado tarde.

—Sí.

La levantó en sus brazos con facilidad, llevándosela a su dormitorio. Se desvistieron mutuamente, aunque ninguno recordó luego cuándo. La colcha le resultó suave contra la espalda, porque no tuvieron tiempo de quitarla. La piel de ella era cálida, el cuerpo de él musculoso y duro contra el de ella. Se llenaron las manos del otro, buscando lo nuevo y lo conocido a la vez. Él le aplastó el cuerpo contra la cama con el suyo, luego ella se le montó encima con las piernas enredadas con las suyas y los corazones unidos en un mismo y desesperado ritmo.

El mayor placer que ella había conocido llegó con la menos sutil de las victorias. Si durante diez años había anhelado silenciosamente a Cullen, ahora sabía que él también lo había hecho con igual intensidad.

No hubo un momento final de unión, porque ya se habían unido de formas que importaban más al primer contacto. Cuando por fin él se hundió profundamente en ella, fue sólo la culminación y el principio de la liberación. Ella gritó cuando no pudo contener el placer ni un minuto más.

Cuando acabaron de comer en la cama, se metieron bajo las sábanas, con el cabello de Liana desparramado sobre el brazo de Cullen mientras ella lo miraba echada contra él.

Él no se podía creer que hubiese sucedido. Ella le pasó los nudillos por la mejilla.

—Hemos corrido un riesgo, Cullen, a menos que te hayas hecho una vasectomía.

Ni sé le había pasado por la cabeza protegerse.

—¿No tomas la píldora?

—No es una buena idea a mi edad.

Él se quedó en silencio, intentando formular una disculpa, cuando en realidad el cuerpo le cantaba de júbilo. Se incorporó, apoyándose contra las almohadas y la cabecera.

—Lee, hemos dado un gran paso hoy. Pero si no quieres seguir avanzando por ahora, nos quedamos aquí.

—Por ahora…

—Yo quiero más. Quiero tenerte otra vez, de la forma que tú quieras venir. Me da igual esperar meses o años. Podemos dormir juntos o no mientras resolvamos esto. Si quieres te hago socia del negocio, si quieres nos vamos a vivir a Broome. Si quieres vivir parte del año en California, encontraré una forma de hacerlo también. Pero no estoy dispuesto a perderte otra vez.

—No sabes lo que me juego aquí —dijo ella y se separó de él. La expresión de adormilado placer había sido reemplazada por agitación. Él vio cómo se podía tensa, y ello lo hizo perder la calma a su vez—. Si me marcho de California, todo por lo que he luchado se esfumará. Quizás no tendría que haberme ido, pero lo hice. Y ahora tú me pides que lo deje todo. No comprendes.

Tenía razón. Había algo que él no lograba comprender, pero se daba cuenta de que se estaba apenando demasiado para verlo en ese momento.

—¡Infiernos! Estamos enredándonos nuevamente. Detengámonos aquí mismo. Primero encontremos a Matthew. Y luego veremos.

Ella pareció querer decir más, pero finalmente asintió con la cabeza.

—¿Quieres dormir conmigo esta noche? —le preguntó él, forzando una sonrisa—. Ni promesas ni compromisos. Sólo duerme conmigo.

Pareció que ella iba a negarse, pero finalmente asintió con la cabeza.

Se acomodaron en la cama y Liana le dio la espalda. Cullen se acercó a ella y le besó el cabello, apoyándole la mano en la cintura.

—Todo saldrá bien, Lee —le dijo—. Ya verás que lo arreglaremos, sea lo que sea.

Ella no se apartó, pero cuando Cullen se estaba durmiendo se dio cuenta de que ella estaba rígida y despierta entre sus brazos.

A la mañana siguiente se atrevió a entrar con Cullen. No sabía lo que había esperado. El estudio estaba allí, intacto en todos los sentidos. Habían pasado diez años y la mayoría de lo que había en esa habitación probablemente ya se hubiese quedado antiguo. Pero lo fundamental seguía allí. Allí podía crear.

Si pudiese crear.

Sacudió la cabeza. La pena la invadió para rellenar el hueco en su interior.

—Cuando crucé la puerta aquella vez, dejé mi talento atrás. Todo lo demás me espera aquí, menos eso.

—¿Estás segura? —parecía escéptico—. ¿Sabes por qué?

Sí lo sabía. Estaba asustada de su talento, de la euforia que la invadía cuando escuchaba a su voz interior. Temía correr riesgos en ese momento y ¿qué era el arte sino riesgos, cada uno mayor que el otro?

Temía esa habitación, más asustada de lo que había encontrado allí y aún más asustada de dejar la red de seguridad que diez años atrás había detenido su caída hacia la desolación.

—No quiero recobrar mi talento —dijo, mirándolo—. Así de simple, Cullen. No quiero ser esa mujer otra vez. Estoy demasiado mayor y asustada para ello.

—¿No crees que es demasiado pronto para decidir nada? ¿No podemos…?

—No. No podemos —lo interrumpió ella—. Tú me has dicho la verdad. Te debo lo mismo. Tengo que seguir en el puesto que tengo en Pacific. Si me marcho, todo por lo que he trabajado, desaparecerá.

—¿Qué perderás exactamente?

—El testamento de mi padre era complicado —dijo ella apartando la vista—. Pero resumiendo, lo que dice es que si me quedo, tendré todo lo que necesite durante toda mi vida y a mi muerte Matthew hereda todo, pero si me voy, no recibo nada y Matthew tendrá que dividir la herencia con Graham y sus hijos, si los tuviera.

—¡Pero eso es chantaje!

—Es el futuro de nuestro hijo.

—¿Qué más utilizó tu padre para dominarte? Es La Perla del Gran Precio, ¿no? —dijo él, acercándose—. Incluyó a la perla en el mismo paquete ¿no?

Ella cerró los ojos. Cuando habló finalmente, lo hizo sin expresión ninguna en la voz.

—Cuando volví a San Francisco, Thomas estaba enfermo. Un día me llamó a su lecho y me dijo que me dejaba la Perla del Gran Precio, pero sólo si yo accedía a no dejar que Matthew viniese a Australia hasta que tuviese dieciocho años. Dijo que si Matthew venía a Australia, quizás tu quisieses quedártelo e intentaras intercambiarlo por la perla. Que al fin y al cabo eras un Llewellyn.

Cullen permaneció es silencio.

—Si yo vuelvo a ti antes de que Matthew cumpla los dieciocho o si él viene a Australia, la perla será vendida. A mí no me importa, pero eso quiere decir que nunca pertenecerá a Matthew. La perla por la que murió mi abuelo nunca pertenecerá a su bisnieto.

—¿Si vuelves a mí? ¿Eso también está en el trato? ¿Y Matthew lo sabe?

—No sé. Quizás sí.

—Por eso está en Australia, así que la has perdido —una nueva comprensión se reflejó en sus ojos—. No, claro que no. Nadie sabe que él está aquí. Todos creen que está en Arizona. Por eso quisiste que este viaje fuese un secreto. ¡No sólo estabas preocupada por su seguridad, sino también por tu herencia! ¡Y en cuanto lo encontremos, piensas meterlo en el país sin que nadie se entere y aquí no ha pasado nada!

—No lo comprendes, Cullen. Esa perla es toda la seguridad que Matthew necesitará en la vida. Podrá hacer lo que quiera, ser quien quiera…

—No es Matthew, Lee. Eres tú. La maldita perla de las narices representa tu vida entera, ¿no? Nunca has podido encontrar el equilibrio entre la libertad y la seguridad. Tu madre te dio libertad sin seguridad, y tu padre te dio seguridad, pero te ató de manos.

—¿Qué tiene que ver mi infancia con esto?

—La perla es un monstruo de la naturaleza. Es el intento de una ostra de curarse, pero además, hay algo que has olvidado. A la larga, la perla fue responsable de la muerte de la ostra. No te curará, pero podrá matar lo mejor que hay en ti —hizo una pausa—. Quizás ya lo ha hecho —dijo antes de salir de la habitación.

Quiso llamarlo, recordarle que diez años atrás él la había empujado a hacerlo, que ella estaba sola y aterrorizada de no poder hacer lo suficiente por su hijo sola.

Hundió la cara en las manos, tan cansada y desesperanzada que no supo si podría enfrentarse a otro día de espera. Había echado a Cullen con la verdad. ¿Habría hecho lo mismo con Matthew?

—Lee.

Cullen se hallaba en el umbral.

—Ha llamado la policía de Derby. Ha habido un asesinato. Un anciano llamado Pete Carpenter. Alguien recordó que un hombre y un niño preguntaron por su casa ayer. El niño responde a la descripción de Matthew. Vístete. Nos vamos a Derby.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 25

Whitey Pendergast, un oficial de la policía de Derby, los esperaba cuando llegaron a lo que quedaba del astillero donde Peter Carpenter, se había retirado, El astillero, que había pertenecido a su padre, no era más que escombros humeantes.

Al borde del agua, Whitey rozó con la bota la pila de cenizas que había sido un cobertizo.

—Se dedicaba a restaurar barcos viejos que había ido coleccionando con el tiempo. Para vender, supongo. Lo que ven es todo lo que queda.

Cullen miró el agua. El fuego que había consumido la casa y el cobertizo se había extendido al muelle y a los barcos anclados en la dársena. Whitey les explicó que habían encontrado el cuerpo de Pete en la bodega de uno de sus últimos trabajos con un tiro en la sien.

El aire estaba cargado de humo. Liana tosió y se aclaró la garganta.

—¿Hay probabilidades de que haya más cuerpos?

Cullen se sorprendió de que ella hiciese la pregunta tan directamente. Mientras Whitey les explicaba lo que creían que había sucedido, él había estado pensando en una forma menos directa de averiguarlo.

—No le quiero mentir —dijo Whitey sin mirarla—, pero no lo creo. Hemos registrado todos los barcos y lo que queda de la casa y el cobertizo, incluso el maletero del coche.

—Mandaré algunos de mis buzos para que echen un vistazo a los barcos hundidos, para asegurarnos —dijo Cullen—. Ahora, dígame otra vez lo que sabe de Matthew y mi padre.

Whitey le explicó la información que habían recibido, de un joven y un viejo que parecían estar buscando a Pete.

—Estaremos alerta. Puede que sean los últimos que vieron al viejo Pete con vida, además de quien lo asesinó.

Liana se acercó a los hombres.

—Whitey, es posible que alguien esté persiguiendo a nuestro hijo.

Cullen quería esperar hasta tener más datos, pero Liana tenía razón. El momento había llegado.

—¿Persiguiéndolo? —preguntó Whitey, quitándose el sombrero para pasarse la mano por el cabello húmedo de sudor.

Cullen le contó la historia de la desaparición de Matthew y lo demás de la forma más breve posible. Whitey escuchó, con el entrecejo cada vez más fruncido.

—¿Por qué iba a querer alguien perseguirlo?

—Qué te parece si se lo cuentas tú —dijo Cullen, dirigiéndose a Liana.

Ella lo miró a los ojos con los suyos tristes y por primera vez desde su conversación en el estadio, sintió un atisbo de compasión por ella. Ella levantó la barbilla y miró a Whitey.

—¿Ha oído alguna vez la historia de la Perla del Gran Precio?

Intentaron averiguar más por Derby, pero nadie los había visto a ellos ni al todoterreno. Al no tener éxito, volvieron al astillero, pero nada interesante había aparecido en las cenizas.

—Una cosa —dijo Whitey, con la cara manchada de hollín—. Hubo una llamada en la comisaría, pero no la hemos podido investigar por ahora. Un tipo del taller mecánico de Broome dice que ayer Pete le llevó un coche para arreglar diciéndole que no era suyo.

—¿Qué tipo de coche?

—No he hablado con él. Recibí el mensaje hace unos minutos. Tome —sacó un papelito del bolsillo—. Pero si encuentra algo, dígamelo.

—De acuerdo —dijo Cullen y se lo metió en el bolsillo.

Cuando llegaron al garaje, el mecánico les señaló una hilera de coches.

—El tercero —les dijo, dándoles las llaves.

Tras revolver los papeles de la guantera, Cullen estuvo seguro de que el coche era el todoterreno de Jimiramira.

—Así que estuvieron con Pete —dijo Liana y se le quebró la voz—. ¿Dónde estarán? Han tenido tiempo más que suficiente para llegar a Pikuwa Creek si le pidieron un coche prestado.

Él salió del coche.

—Si allí es donde iban. Pero no le pidieron un coche, querían otra cosa.

—¿Qué?

—Una barca. ¿No te das cuenta, Lee? —le dijo Cullen mirándola con la tristeza reflejada en los ojos—. Matthew comprende lo que tú no has comprendido nunca. La perla ha destruido antes, y ahora está a punto de destruir a la persona que él más quiere Va a echarla al océano para salvarte.

Matthew se agarró de la borda mientras la barca levantaba velocidad. Puede que el abuelo no hubiese navegado durante años, pero no se había olvidado de lo fundamental y con un poco de práctica había recobrado su antigua habilidad.

—¿Te parece raro ir al sitio donde Archer mató a Tom?

Roman se apoyó en la barra del timón.

—Tú eres quien es tanto Robeson como Llewellyn. Dímelo tú.

—Pues, supongo que Tom podría comprenderlo, pero Archer diría que soy un soberano imbécil.

—Nunca lo conocí —dijo Roman, que estaba inusualmente conversador—. Pero mi padre me contó la historia de la perla.

—¿Te contó cómo Archer había matado a Tom?

—Sí. Años después de la muerte de su padre, alguien que había vivido en Broome pasó por Jimiramira y se lo contó todo. Él recordaba que cuando mi abuelo bebía, veía fantasmas y sabía que había sucedido algo terrible.

Matthew sintió un escalofrío.

—Mi padre me dijo que cuando el incendio destruyó la casa, los vaqueros no quisieron construir la nueva en el mismo sitio, porque pensaban que la perla estaría allí. Además, decían que se oían los gemidos de una mujer cuando revolvían las cenizas buscándola. Cuando llegó el momento de construir la casa para mí Joan, un brujo de la tribu de Luke vino e hicieron una ceremonia una noche. No sé lo que hicieron, la verdad, quizás algo para que todos nos sintiéramos mejor. Es sólo una casa, y durante bastante tiempo, muy feliz.

—Puedes ser feliz de nuevo, abuelo.

—No necesito una casa para ser feliz, Matthew —sonrió Roman—. Tengo un nieto. En lo que a mí concierne, eso es suficiente.

—¿No crees que la tía Mei estará dormida? Son las nueve pasadas en San Francisco —preguntó Cullen después de apagar el motor del coche, pero sin bajarse.

—Le diré a Betty que la despierte. Necesito hablar con ella. Puede ser la única persona que sepa dónde han ido Matthew y tu padre —dijo Liana abriendo la puerta.

A pesar de que se habían puesto en contracto con el Museo Histórico de Broome para averiguar dónde habían pescado La Perla del Gran Precio, no les habían dado respuesta antes de volverse a Pikuwa Creek.

—La llamaré —dijo Liana—. Tú ponte en contacto con el Southern Cross y pídeles al capitán y la tripulación que estén alertas.

—De acuerdo. Les diré que se comuniquen con los otros barcos de la zona y que pasen el mensaje. Es como buscar una aguja en un pajar, pero lo intentaré.

Se separaron y Liana se dirigió a la cocina. Era irónico que cuando probablemente ya hubiesen perdido la perla y el motivo que los retenía a ella y a su hijo en California, estuviesen más alejados que nunca. Le llevó un momento comprender el radioteléfono y luego tuvo que esperar que la operadora la conectara con el apartamento de la tía Mei en Chinatown.

El teléfono sonó largo rato y finalmente Betty respondió. Rápidamente, Liana le explicó que llamaba de Australia.

—Tengo que hablar inmediatamente con la tía Mei sobre Matthew. Es urgente.

Mientras esperaba que se pusiera al teléfono, miró un calendario que había en la pared. Estaba lleno de anotaciones. Contarle a M lo de la serpiente de mar y J. Leerle a M el artículo del Broome Advertiser. Contarle a M sobre el Shinji Matsuri de este año y el desfile.

Matthew no había podido visitarlo, pero Cullen había encontrado formas de mantenerlo en contacto con Pikuwa Creek. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Liana? —sonó la voz cascada de la tía Mei.

—¿Dónde está Matthew, tía Mei? ¿Te dijo tu madre alguna vez de dónde sacaron La Perla del Gran Precio del mar?

Se hizo un silencio.

—Se la ha llevado Matthew —dijo Mei por fin.

—Sí, creemos que sí. Cullen dice que piensa echarla al mar.

—¿Tiene problemas? —preguntó Mei, con voz preocupada.

—En absoluto —dijo Liana, intentando suavizar la voz para no asustarla—, pero necesitamos saber que está bien.

—Quieres… la perla.

—¡No! —tragó ella—. Quiero a mi hijo. Por favor, tía Mei. ¿No recuerdas el sitio? Seguro que fuiste tú quien se lo dijo a Matthew.

—No puedo recordar lo que comí de cena, pero ciertamente que recuerdo dónde encontraron la perla.

—¿En dónde?

—En un sitio llamado El Cementerio. ¿Cómo iba a olvidar semejante nombre?

Liana sintió un estremecimiento.

—Gracias. Eso es lo que necesitábamos.

—El niño es lo mejor de las dos familias. Eso es lo que tiene que hacer. No correrá peligro.

Al entrar en la oficina de Cullen, Sarah, le señaló la puerta cerrada.

—Está llamando al barco. También ha hablado con Withney. No hay noticias todavía.

—Sarah, ¿has oído hablar de una zona perlera que llamaban El Cementerio en el siglo pasado?

Sarah se levantó para mirar un mapa que había en la pared.

—No, no conozco el nombre. Y aquí no figura. ¿Es allí donde está Matthew?

—Probablemente.

—Quizás el nombre ha cambiado, o sólo lo llamaban así los marineros… Ya sé, llamaré a mi padre. Seguro que lo sabe. Es perlero de tercera generación.

Sarah llamó con el teléfono de su mesa.

Cullen salió de la oficina cuando Sarah colgaba.

—El Cementerio —le dijo Liana—. Tía Mei se acordó.

—Es una de las bahías de King Sound —dijo Sarah—. Papá dice que murieron muchos buzos allí, que por eso le pusieron ese apodo.

—Cygnet Bay —hizo un gesto de impaciencia con la mano Cullen.

—¿Conoces la zona? —preguntó Liana.

—Casi perdí un buzo allí el año pasado.

—¿Cómo?

—Había un tiburón más grande que él.

Cullen se hallaba a la orilla del agua con un empleado cuando Liana se acercó con los bolsos que había llenado para los dos.

—Ellis nos llevará en el avión hasta Yampi Sound —le explicó, después de presentarlos—. La otra granja está en una isla allí. Está más cerca del Cementerio. Agarraremos uno de nuestros barcos de trabajo —hizo un gesto hacia un pequeño hidroavión que flotaba en el agua—. Será mejor que te enrolles los pantalones.

Liana lo hizo sin protestar y se dirigieron al bote de goma. Ellis arrancó el motor fuera de borda de un tirón y en un momento iban a toda velocidad hacia el avión.

—¿Viene con nosotros? —gritó Liana, sobre el ruido del motor.

—Cuantos menos seamos, mejor —dijo Cullen. No sabía con lo que se encontrarían en alta mar y no quería una persona más de la que responsabilizarse.

Ella no puso objeción, aunque parecía preocupado.

Cuando amerizaron en una pequeña cala de Yampi Sound, los esperaba el Robinette, listo para partir. Era con lo único que contarían en las horas que se acercaban.

—Pon nuestro equipaje abajo —dijo, lanzando los bolsos en dirección a Liana. Le dio la espalda para hablar con Ellis y Ken, el gerente de Yampi antes de despedirse.

Liana volvió a salir mientras él controlaba rápidamente el equipo.

—Traes un arma, ¿no? —le dijo.

—Efectivamente —le respondió—. Si tienes algún problema, éste no es el sitio para ti.

—¿Tienes dos?

—¿Cuándo aprendiste a disparar?

—En San Francisco. Pero nunca me llegué a comprar un arma.

—Tengo una treinta y ocho y un rifle. Cuando salgamos, puedes practicar un poco en el océano, por si acaso.

—De acuerdo.

—Esto no es un juego, Lee. Todavía le puedo decir a Ellis que te lleve de vuelta.

—Ya sé que no es un juego.

Cuando cayó la noche y Cullen apagó el motor, no habían hecho el progreso que esperaban. Les quedaban horas hasta llegar al Cementerio.

—No habrá suficiente luz de luna para seguir avanzando —dijo Cullen, dando un golpe de frustración a la borda—. Tenía la esperanza de poder seguir hasta la medianoche, pero no hay caso. No podemos ver nada en la oscuridad.

—¿Viene tormenta? —preguntó Liana mirando el cielo.

—Puede que lo tengamos un poco complicado mañana —reconoció él.

—Éste no es el mejor barco para capear un temporal, ¿no?

—Puede que sea mejor que el que llevan ellos.

—Y no sabemos si alguien más los ha alcanzado, ¿no?

—No pienses en eso ahora. Será mejor que durmamos un poco.

Un rato más tarde, se encontraban en sacos de dormir en el pequeño espacio disponible. El Robinette se mecía ligeramente. Liana pensó en todos los sitios en los que había dormido desde la desaparición de Matthew. Sitios raros, amenazadores, pero por primera vez en años, no sentía pánico. Se hallaba en un barco en mar abierto, su vida era una ruina a su alrededor y sin embargo, se sentía tranquila.

—El ojo del huracán —dijo, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—¿Qué?

—El ojo del huracán. El centro de la tormenta, cuando todo está en paz, pero sabes que lo peor está por llegar. Allí es donde estamos ahora. Hemos pasado un infierno y mañana pasaremos otro infierno. Tengo miedo por Matthew, pero no me asusta nada más. Por primera vez en mucho, mucho tiempo. Me pregunto por qué.

—¿No lo sabes? —le preguntó él, que se hallaba boca arriba con las manos en la nuca.

—¿Por qué?

—La perla, Lee. Es la primera vez desde que te marchaste de Australia que la perla y todo lo relacionado con ella está fuera de tus manos.

—¿Abuelo?

—Pensé que no venías nunca, muchacho. Habían anclado para pasar la noche.

Matthew subió y le dio a su abuelo el jarro de estofado que había servido directo del bote, dejándose caer a su lado. Comieron en silencio hasta que Matthew casi acabó. Se sentía con fuerzas para decir algo que llevaba pensando todo el día.

—Quizás no sea necesario que lleguemos allí. Estamos bastante cerca, ¿no? La podría tirar ahora mismo y asunto terminado.

Roman se quedó en silencio un momento.

—Hagamos las cosas bien. Encontremos el sitio y hagámoslo como corresponde.

—¿De veras que me vas a dejar que lo haga cuando llegue el momento? —exigió Matthew—. Porque no voy a cambiar de opinión.

—Cuando llegue el momento, la decisión será tuya —dijo Roman—. Te doy mi palabra.

Durante toda la mañana, Liana había oteado el horizonte, pero las picadas aguas de King Sound se hallaban desiertas. Desgraciadamente, el cielo gris lo hacía más difícil.

—No hay nadie —dijo.

—No es época de ostras, pero seguro que hay algún pesquero por ahí. Las aguas son muy ricas y hay muchos sin licencia tratando de hacer una buena temporada.

—Si Matthew y tu padre se encontraran con ellos…

—No te preocupes. Casi sería mejor que estar solos en estas aguas.

O casi solos. Liana sabía que la mayor amenaza era la de quienquiera que había matado a Pete Carpenter.

Tenía la esperanza de que la bahía fuese lo bastante compacta para avistar a otro barco sin dificultad, pero había manglares en la costa, así como islas con densa vegetación que cubrían grandes zonas de agua.

—¿Qué es eso? —preguntó Cullen, señalando al este.

Liana no vio nada hasta que dirigió los binoculares a una sombra que se recortaba contra la costa.

—Parece una barquita.

—Sí. No es un barco de pesca.

Cubrieron el resto de la distancia en silencio. Cuando se acercaron y Liana apuntó los binoculares otra vez, reconoció a Matthew.

—¡Cullen! —señaló—. ¡Es Matthew, mira!

—Tranquila, Lee —dijo Cullen. Había sacado la semiautomática con la que habían estado practicando el día anterior.

—¿Qué haces?

—No sabemos con quién está —dijo, metiéndose la pistola en la cinturilla de los pantalones cortos.

—Parece un hombre mayor. Seguro que es tu padre.

—Ven aquí y toma el timón.

Ella le pasó los binoculares y agarró la rueda. Él enfocó y volvió a agarrar la rueda.

—Sí, es mi padre. Y no están con nadie, a menos que estén dentro.

—Vamos a ver.

Liana se agarró a la borda mientras el barco aceleraba. Un trueno resonó en el cielo, pero la tormenta ya no la preocupaba. Matthew se hizo más grande, hasta que no necesitó de los binoculares para verlo. Cullen apagó el motor y le tiró un cabo a un Matthew boquiabierto.

—Amárranos, hijo.

Matthew obedeció y Roman se acercó a su lado.

—¿Allí o aquí, papá? —preguntó Cullen una vez que los barcos estuvieron asegurados.

—Nosotros no somos los que vinimos a buscaros —dijo Roman con voz ronca.

—Eso sí que no has hecho —dijo Cullen, tendiéndole la mano a Liana para que pasase al barco de vela. Luego la siguió.

Liana se acercó a Matthew, le dio un abrazo de oso y sintió cómo él la apretaba convulsivamente. Lo sujetó un momento y luego lo apartó de un empellón.

—¿Tienes idea de lo que nos has hecho pasar?

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Matthew, todavía aturdido.

—¿Que qué hago aquí? —lo empujó nuevamente con las manos aún más fuerte. Él trastabilló—. ¡Me mentiste! Te escapaste. Abriste mi caja fuerte y sacaste la perla. ¿Tú me preguntas a mí qué hago aquí?

—Dale la oportunidad de que se explique —le dijo Cullen, poniéndole la mano sobre el hombro. Pero ella no podía parar.

—¡Teníamos miedo de que estuvieses muerto!

—Estoy bien, ma. Sé cuidarme. Tenía que hacer una cosa, nada más.

Cullen se dirigió a su padre.

—Un chico de catorce años no tiene demasiado juicio, pero, ¿dónde estaba el tuyo? ¿No sabes lo que es preocuparse por un hijo?

—Tú me diste bastante por lo que preocuparme.

—No tenías derecho a mantener la presencia de Matthew secreta.

—Hice lo que tenía que hacer.

—¿Y yo? —preguntó Liana—. ¿Yo no contaba?

—Basta —dijo Matthew—. Yo convencí al abuelo de que lo hiciese. Lo hizo por mí. Si queréis enfadaros con alguien, enfadaros conmigo, ¿de acuerdo?

—Ya lo sabemos, Matthew —dijo Cullen—. Robaste la perla y la trajiste aquí. Pensaste que ayudabas a todo el mundo al deshacerte de ella. Y ya lo has hecho, supongo.

—No, la tengo yo —dijo Roman, metiéndose la mano en el bolsillo del pantalón. Sacó con cuidado una caja de joyería—. Tu madre ponía sus sortijas aquí cuando limpiaba la casa —le dijo a Cullen. Abrió la tapa y mostró La Perla del Gran Precio. Mientras Liana observaba conteniendo la respiración, Roman tomó la perla entre el índice y el pulgar. Pero no se la dio a ella como esperaba. Le dio la espalda—. Alarga la mano, Matthew.

—No lo hagas, papá —dijo Cullen—, Matthew tiene catorce años. No tiene edad para tomar ese tipo de decisión.

Matthew miró a su padre y luego a su abuelo, quien le puso la perla en la mano y le cerró los dedos en torno a ella.

—Saca a la luz los peores defectos de quien la tiene —dijo Matthew—. Mamá, te estabas poniendo cada vez peor. Apenas si podías salir de casa. Estabas tan triste…

—No fue por la perla, Matty —dijo Liana, con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre la cubierta. Matthew apretó el puño y los nudillos se le pusieron blancos.

—He visto algunas de tus joyas, mamá. Y papá me dijo que te encantaba diseñarlas.

—Tu madre hará lo que tenga que hacer —dijo Cullen—, sin mirar las consecuencias.

—Pero no puedes controlar la perla —le dijo Matthew—. Es maligna. ¡La odio!

Un trueno retumbó, impidiendo que se oyera lo que decían.

—Es una perla —dijo Roman cuando se hizo nuevamente la calma—. Sólo una perla. Ni buena, ni mala. Una perla que hace que la gente actúe de forma estúpida o criminal. Pero eso es todo, muchacho. Y quizás tú puedas cambiar eso ahora. Pero no tirándola al agua.

Liana alargó la mano con la palma hacia arriba. Se sentía desorientada, como si no fuese ella, sino muchas personas que ansiaban lo que más querían. Archer, que quería conseguir su sueño de tierra y ganado. Tomas, que creyó ciegamente en la lealtad y la amistad más que en la vida. Viola y Sauce, Bryce y Mei, e incluso Thomas, que había esperado que una perla perfecta lo protegiese de la vergüenza de sus ancestros y el terror infantil de una ciudad derrumbándosele alrededor.

Sin embargo, finalmente, la perla les había prometido a cada uno de ellos todo y no les había dado nada.

Matthew le soltó la perla en la mano.

—Cuando sea mía, la traeré aquí y la arrojaré al mar.

—Cuando sea tuya —le dijo Cullen—, yo te ayudaré.

Una nueva voz habló.

—No creo que llegue nunca a ser tuya, Matthew.

Liana levantó la vista a la vez que los hombres se daban la vuelta. Frank Fong se encontraba en una lancha motora justo a proa. Cullen sacó su semiautomática y lo apuntó, pero no fue lo suficientemente rápido. Frank levantó la mano e hizo fuego primero. La pistola cayó con estrépito a la cubierta y se deslizó por una ranura.

—¡Papá! —gritó Matthew, arrojándose hacia su padre para sujetarlo. Roman se dirigió a Frank, pero este lo apuntó—. Usted es el siguiente, viejo.

Roman titubeó.

—¿Qué haces? —gritó Matthew—. Éste es mi padre, Frank. ¡Le has disparado!

Liana se metió la perla en el bolsillo. Luego se arrodilló y abrió la camisa de Cullen. La herida le sangraba profusamente. Se quitó la chaqueta y se la ató apretadamente alrededor del hombro con las mangas. Cullen se puso pálido y la cabeza le colgó hacia delante. No podía hacer más por él, así que se levantó y se enfrentó a su primo.

—Frank, tú eres mi primo, mi amigo.

—Realmente era tu amigo —dijo, y por un momento pareció genuinamente contrito—. Pero, después de todo, mi abuela y tu padre eran mellizos, ¿no? Y eso no le impidió a Thomas robarle la perla.

La tormenta se desencadenó, sacudiendo el barco. Con la emoción de la reunión con Matthew, se habían olvidado que había un asesino esperándolos. Unos pocos minutos de descuido habían bastado.

—¿Quieres que te de la perla? ¿Es eso?

—¿Será por eso que tú eres la jefa y yo el empleadillo?

—¿Sabes qué otra cosa se me ha ocurrido?

—¿Tiene que ver con el viejo de los barcos?

Liana se sintió descompuesta, aunque ya había supuesto que él había matado a Pete Carpenter.

—La tía Mei fue quien lo planeó todo. Lo sabes, ¿no, Frank?

—¡Por favor! —lanzó él una carcajada—. Abuela no tiene nada que ver con esto. ¿Crees que me mandó aquí? Te quiere como a una hija.

Liana metió la mano en el bolsillo del pantalón y estiró el brazo sobre el agua.

—Matthew tenía razón. Estaba ciega. Dejé que la perla arruinara mi vida —dijo, abriendo la mano. No miró La Perla del Gran Precio descender a las aguas que la habían creado. De repente, sintió la mano vacía, pero el corazón lleno. Mientras Cullen se ponía de pie a su lado, sintió que amanecía un nuevo milenio—. Matthew la robó, y ahora ha desaparecido.

La lluvia le chorreaba a Frank por la cara, pero él habló tranquilamente.

—No, primita. Matthew se llevó la perla que yo puse dentro de la caja fuerte. ¿Sabes lo fácil que fue instalar una cámara de vídeo y grabarte cuando abrías la combinación? La copia es buena. Francesa. Cullen te puede explicar cómo las hacen.

—Si tú la robaste —preguntó Matthew— ¿por qué nos has seguido aquí? ¿Qué te importaba lo que yo hacía con la falsa?

—Chico listo —le sonrió, como lo hacía en el pasado—. Yo tenía la auténtica, pero sabía que tarde o temprano alguien descubriría que había desaparecido, así que me quería cerciorar de que te deshicieras de la copia también. Ésta es una bahía muy peligrosa, llena de bichos asquerosos —simuló tener un escalofrío—. Lo sé, porque llevo esperando bastante. Si alguien encuentra lo que ha quedado de vosotros, será un milagro.

—¡No Frank! Si nos matas, nunca tendrás la verdadera perla —gritó Cullen con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Tengo la verdadera perla.

—¿Dónde, aquí contigo, supongo?

—Efectivamente.

—Piénsalo otra vez, hombre.

La sonrisa de Frank perdió un poco de brillo.

—¿De veras? Tienes diez segundos para explicarte.

—La auténtica… Perla del Gran Precio… está en mi caja… fuerte de Pikuwa Creek… Yo la cambié primero… por una copia —cada palabra le costaba un esfuerzo.

—Te imaginaste la combinación, ¿verdad, papá? —intervino Matthew—. Igual que yo, sólo que tú lo hiciste antes.

—¡Cállate Matthew, o le disparo a tu padre! ¿De qué combinación habla? —preguntó Frank, apuntando con el revolver a Cullen—. Ésta es tu oportunidad, Cocodrilo Dundee.

—Fácil… el día del terremoto de San Francisco…

—Casi me engañasteis —rió Frank—. La fecha del terremoto fue Abril 18, 1906. Eso es cuatro, dieciocho, ¿no? Recuerdo la combinación, y no empieza en cuatro.

—No, es la hora y la fecha de atrás para adelante —gritó Matthew—. Doce, cinco, seis, diecinueve, dieciocho, cuatro. Yo la saqué un día que estaba jugando con los números en el despacho de mamá, después de estudiar en el colegio el terremoto. Probé de una forma y no funcionó, así que cuando di la vuelta a la cifra y se abrió, supe que tenía que robar la perla.

Un relámpago iluminó la indecisión en la cara de Frank.

—¡Vamos a Pikuwa Creek a buscar la perla verdadera, Frank! —rogó Liana—. Por favor.

—¡Callaos! —dijo, apuntándola con el revólver—. ¡Callaos todos!

El barco rolaba más ahora, y el Robinette le golpeaba la borda con cada rolido.

Roman se acercó un poco, luego se detuvo cuando Frank levantó la vista. Frank hacía equilibrio como un buen marinero, pero no pudo resistirse más, Liana se dio cuenta de su indecisión, su deseo de saber la verdad, y, finalmente, la codicia que eclipsó el sentido común. Rogó que Roman encontrase el momento preciso, y finalmente éste llegó.

El arma se movió un segundo cuando Frank necesitó las dos manos para sacar una cajita del bolsillo.

Roman saltó.

El disparo sonó como un cañonazo. Liana vio que Roman se ponía rígido y caía sobre Frank, empujándolo por encima de la borda. La pistola dio un golpe sobre la cubierta y ambos hombres cayeron al agua.

—¡Abuelo! —gritó Matthew.

—¡Trae un remo, Matthew! —gritó Liana—. ¡El remo!

—¡Agárrese, Roman!

Algo agarró el remo. Era difícil ver en la oscuridad. Vio manos, luego una cabeza plateada.

—¡Agárralo, Matthew, tira! —se inclinó y lo agarró de la camisa mientras el anciano pataleaba en el agua para ayudarse. Finalmente lograron sujetarlo de los brazos y tirar.

—Despacio —gritó—. Matthew, poco a poco, para que no volquemos.

Lo subieron a bordo por fin.

Mientras intentaban rescatar a Roman, los barcos se habían ido acercando a la costa. No podía ver a Frank.

La tormenta estaba pasando, pero las olas seguías siendo altas y un hombre podía desaparecer entre ellas.

—¡Frank!

Su respuesta fue un alarido aterrorizado. Ella vio los golpes horribles en el agua y pensó en el buzo de Cullen, a quien casi había matado un tiburón. Pero luego vio el arcángel de la muerte australiano, la silueta de un enorme cocodrilo de mar atraído por la sangre del hombre que ahora estaba a salvo en el bote.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 26

Matthew se encaramaba en la cerca del potrero donde Luke había estado trabajando con una potranca blanca como la nieve. Estaba sola ahora, pero cada vez que Matthew le hablaba, se le acercaba más. Era una de las nacidas en Jimiramira, descendiente de los purasangres de la estación. Ese mismo día, Roman le había dicho que al día siguiente, cuando cumpliese quince años, se la regalaría.

La había llamado *Perla*.

—¿Qué te parece?

Matthew se dio la vuelta. Su abuelo se encontraba detrás de él.

—Se supone que tienes que dormir la siesta.

—El día en que un gamberro como tú me pueda decir lo que tengo que hacer con mi vida, será el día en que no me vuelva a subir al barco de nadie.

—Yo no te lo digo. Lo dice el doctor Kelter —le dijo sin turbarse—. Todavía tienes que descansar durante la parte más calurosa del día.

—No me conoce en lo más mínimo.

Matthew se bajó de un salto para ponerse a su lado, por si Roman necesitaba alguien en quien apoyarse.

—Es hermosa. Nunca he tenido un regalo mejor.

—Tienes que venir a visitarla. Espero no haberla desperdiciado en un chico que nunca viene a montarla.

—Pikuwa Creek no queda tan lejos. Volveremos siempre que podamos. Yo vendré en las vacaciones del colegio y tú también vendrás a visitarnos. Papá dice que se lo has prometido.

—Me refería a visitar al caballo, muchacho, no a mí —dijo Roman, suavizando las palabras con una sonrisa.

Matthew miró más allá de su abuelo a la pareja que se acercaba caminando lentamente. Estaban tan absortos, que ni se dieron cuenta que él los miraba. Cullen todavía se encontraba pálido, pero estaba recobrando las fuerzas. Quizás no sembrase sus propias perlas ese año pero en el otoño ya tomaría las riendas del negocio otra vez.

Liana se le colgaba del brazo, pero quien necesitaba apoyo era el padre de Matthew. Cuando Whitney Pendergast y la tripulación de uno de los lugres de la Southern Cross los había encontrado, a Cullen se le había colapsado un pulmón y había perdido tanta sangre que se había desmayado. La intervención de un enfermero a bordo le había salvado la vida.

Liana se había quedado a su vera durante toda su recuperación, rehusando a marcharse siquiera un minuto. Y Matthew y Roman la habían acompañado muchas veces.

Matthew todavía se sorprendía de ver a sus padres juntos, aunque había contado con más de un mes para acostumbrarse. De niño, nunca se había imaginado una reconciliación, ni siquiera la había esperado. Sin embargo, allí estaban, juntos, y la vida de Matthew había cambiado para siempre.

—Me gusta tu madre —dijo Roman, con voz ronca—. Es una mujer fuerte. Para que lo sepas.

—¿Te gusta él?

—A mí siempre me gustó. Supongo que yo no le gustaba a él —dijo Roman y se quedó silencioso un minuto—. ¿No echarás en falta San Francisco?

—Iremos de visita —dijo Matthew, pensando en los diseños que su madre le había mostrado la noche anterior, dibujos de joyas que haría con las perlas de su padre. Había hablado de abrir una tienda en San Francisco para vender su trabajo, así como una en Broome. Le prometió que viajarían a California cuanto pudieran para ver amigos y a la tía Mei, que necesitaba su amor más que nunca ahora. Hasta el tío Graham planeaba unas vacaciones en Australia, para que no se olvidaran que seguía siendo parte de la familia.

—Creo que todavía tiene un poco de miedo —dijo Matthew, expresando su mayor temor en voz alta.

—¿Miedo?

—Vivir en Australia no le resultará fácil —intentó encontrar una forma de explicarlo—. Para mí, es como un juego nuevo, que siempre quise jugar pero nunca me dejaron. Ella lo jugó hace mucho tiempo y perdió.

Roman apoyó la mano en su hombro.

—Francamente, muchacho, pienso que es hora de que dejes de preocuparte por todo el mundo. Por lo que se puede ver, tu padre y tu madre pueden cuidarse por sí solos. Tú ocúpate de convertirte en un hombre.

Matthew se imaginó una perla perfecta enterrada para siempre en el fondo de Cygnet Bay. Algo cedió dentro de su pecho, como una mano que se abría lentamente, un peso que desaparecía entre una oleada y la otra.

—Quizás sea lo mejor —asintió su abuelo.

Detrás de él la potranca, Perla, resopló, desafiante. Se dio la vuelta y extendió la mano entre los troncos de la cerca, cloqueando suavemente. No se sorprendió cuando ella se acercó lo suficiente para frotarle el hocico de terciopelo contra la palma.

Fin